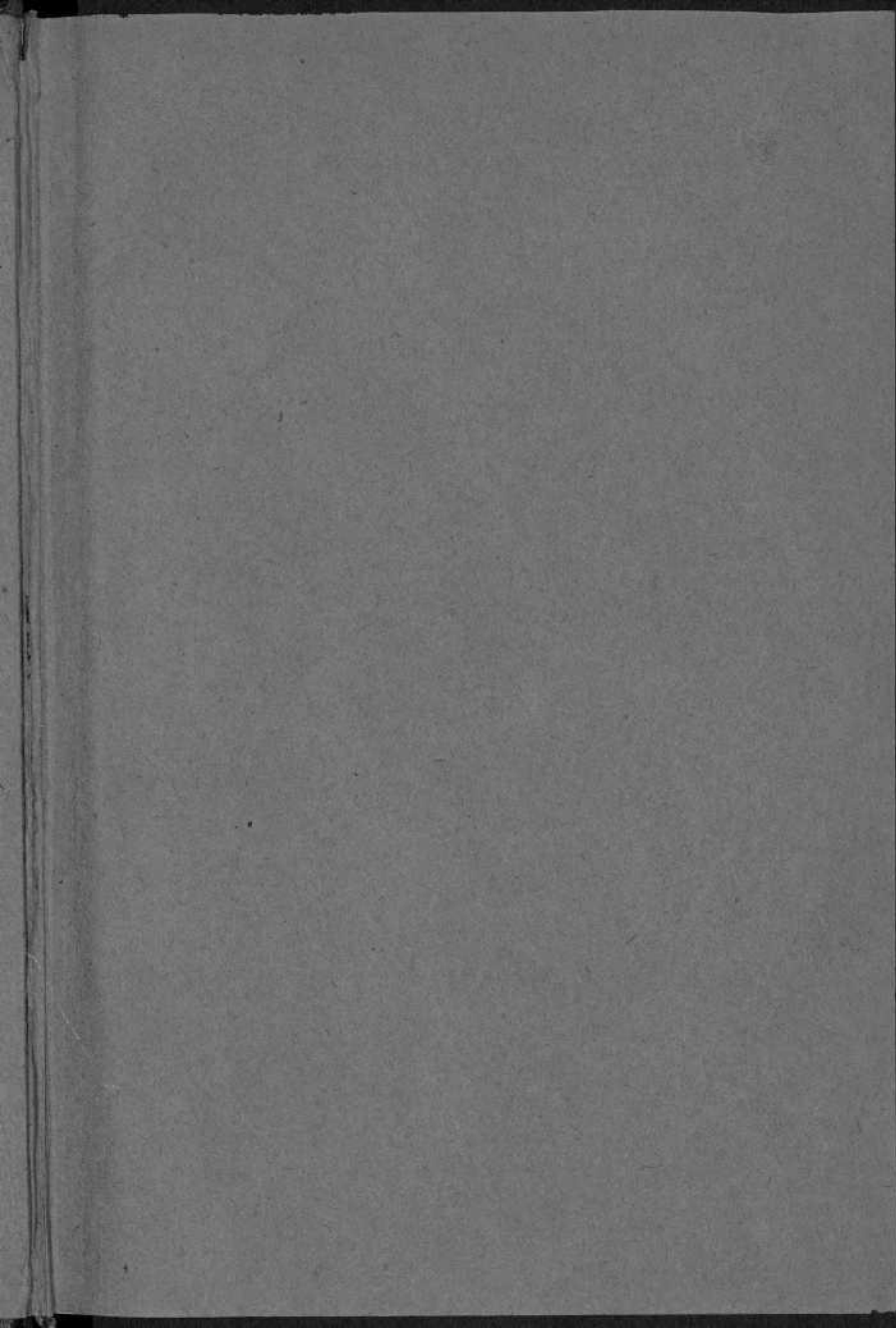
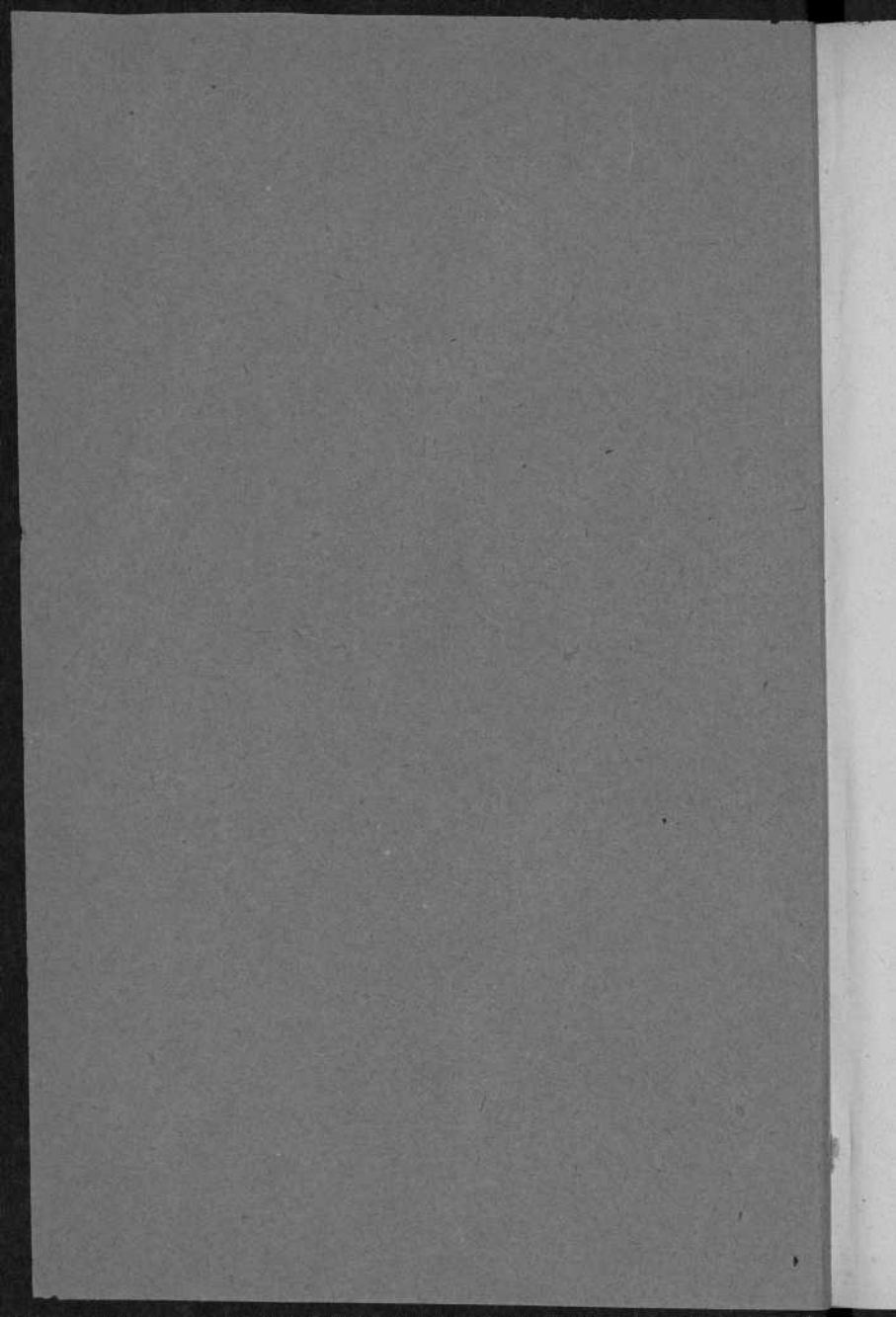


14767  
~~14767~~





25

205

HISTORIA UNIVERSAL  
DURANTE  
LA REPÚBLICA ROMANA.

---

L



BIBLIOTECA CLÁSICA  
TOMO LXXI

HISTORIA UNIVERSAL  
DURANTE  
LA REPÚBLICA ROMANA

ESCRITA POR  
POLIBIO MEGALOPOLITANO

VERSIÓN CASTELLANA

DE

D. AMBROSIO RUI BAMBA

ADICIONADA CON TODOS LOS FRAGMENTOS  
DESCUBIERTOS HASTA AHORA



MADRID  
LUIS NAVARRO, EDITOR  
CALLE DE LA COLEGIATA, 6

1884



---

IMPRESA CENTRAL Y ESTEREOTIPÍA Á CARGO DE V SAIZ  
Colegiata, 6, Madrid.

---



## PRÓLOGO DEL TRADUCTOR.

---

La historia es el género de estudio más acomodado á la capacidad de todos y que con más facilidad nos proporciona sabiduría y prudencia. Es de admirar cómo conociendo estas dos ventajas la tenemos en tan poca estima. En mi concepto no es otra la causa, sino que en el día aprendemos á hablar, pero no á vivir. Leemos la historia, no para formar nuestras costumbres, sino para producirnos con más gracia; y la política y filosofía moral en que consiste el régimen de nuestra vida, ó no las estudiamos, ó es sólo con el fin de disputar. Ciertamente que quien leyere á Polibio con estas disposiciones, hallará muy poco gusto en sus escritos. No abunda en él la elocuencia, no tiene las mayores gracias su estilo, ni hallarán atractivos los gramáticos; pero los que sólo busquen la solidez, y los que sepan que la historia es una filosofía práctica que se ha de leer para obrar y no puramente para saber, encontrarán mil incentivos que los provoquen á su lectura.

Nació Polibio en Megalópolis, ciudad del Peloponeso, en la olimpiada 143, antes de Jesucristo 205 años. Tuvo por maestro en la política á su padre Licortas, y en el arte de la guerra á Filopemen, uno de los mayores capitanes de su tiempo. Dió muestras de su valor en la guerra de los Romanos contra Perseo,

y vencido este monarca, fué uno de los mil Aqueos que vinieron en rehenes á Roma, en castigo del celo y ardimiento con que habían defendido su libertad. Por su valor y talento se granjeó la amistad de Scipión y Fabio, quienes tuvieron á gran dicha el haber logrado un tal maestro. Acompañó á Scipión á Cartagena, viajó con él por el África, y se halló en el sitio de Numancia. Poco después, por muerte de éste, le vino á ser insoportable la mansión en Roma, y se retiró á su patria, donde murió de la caída de un caballo, á los ochenta y dos años de edad, olimpiada 164, antes de Jesucristo 124 años.

Compuso varias obras, como son la Vida de Filopemen, un Tratado sobre la Táctica, la Historia de la guerra de Numancia, un libro sobre los habitantes de la Zona Tórrida, ciertas cartas á Zenón Rodio, y la Historia que ahora damos traducida. De todas ellas sólo nos ha quedado la última, que Polibio llama *Universal*, por contenerse en ella no sólo la segunda guerra Púnica, sino todo lo que había acaecido en el mundo en el espacio de cincuenta y tres años; esto es, desde la olimpiada 140 y principio de la guerra de Anníbal, hasta la ruina del reino de Macedonia, olimpiada 153. En ella se veía, á más de los combates, las declaraciones de guerra, tratados de paz, negociaciones, embajadas, y demás sucesos acaecidos á Romanos, Cartagineses, Sicilianos, Macedonios, Aqueos, Etolios, Españoles, Númidas, Galos, Ilirios, Ligures, Sardos, Baleares, Celtíberos, Corsos, Capadocios, Bitinios, Egipcios y demás pueblos del mundo entonces conocido. Todos estos hechos ocupaban 38 libros, á los que había añadido dos que servían de introducción á su historia. De estos 40 no nos han quedado más que cinco enteros y como nos los dejó Polibio. Los fragmentos de los doce siguientes, y las embajadas y

ejemplos de Virtudes y Vicios, que el emperador Constantino Porfirogeneta extrajo de la historia de Polibio en el décimo siglo para insertarlos en sus pandectas políticas, los debemos á dos eruditos españoles, D. Diego de Mendoza y D. Antonio Agustín, sin cuyo infatigable estudio y diligencia acaso carecería ahora la Europa de estos apreciables restos de la antigüedad.

Tengo por superfluo recomendar una obra que ha merecido la aprobación constante de los sabios en todas las edades. Las repetidas ediciones que se han publicado, los copiosos escolios con que se han esmerado en ilustrarla, y las diversas traducciones que de ella se han hecho en todas las lenguas cultas de la Europa, me ahorran este trabajo. La desgracia es que no haya llegado entera á nuestras manos. Yo no veo otro historiador que más haya cuidado de lo que debía decir, ni que más haya despreciado las relaciones vulgares. Suya es aquella máxima, de que la verdad en la historia es lo mismo que los ojos en los animales; así como á éstos, si se les sacan los ojos, quedan inservibles, lo mismo á aquélla, si se la quita la verdad, viene á quedar en una narración estéril é infructuosa. Firme en este propósito, sólo escribió lo que vió ó supo de personas fidedignas y contemporáneas: el mayor elogio que se puede hacer de un historiador. Para esto se tomó el trabajo de ver casi todos los países de que compuso su historia. Estuvo en Cartagena, presencié el sitio de Numancia, y corrió casi toda la España. Viajó por el África, navegó el mar Atlántico, y se halló en la toma de Cartago. Visitó la Galia, recorrió los Alpes, y encontró una memoria del mismo Anníbal, á la que se atuvo para lo perteneciente á la segunda guerra Púnica. Registró los libros Censuales y otros monumentos de Roma, que Scipión

le franqueó é hizo sacar del templo Capitolino. Reconoció en los diez y siete años que estuvo en esta capital el archivo de los Scipiones, la única familia justamente que manejó casi todos los asuntos de Italia, África, España é Iliria, acaecidos en los cincuenta y tres años á que se extiende su historia. Los frutos de todos estos viajes é investigaciones fueron la veracidad, la prudencia, la imparcialidad y el desprecio de las fábulas; de suerte que en estas apreciables cualidades es muy superior á todos los historiadores que antes ó después escribieron, y la crítica dicta que prefiramos á todas sus memorias.

En efecto, si leo á Herodoto, veo sí el padre de la historia, pero también el de la mentira, á más de que no saco de él muchas reglas de prudencia para conducirme. Si registro á Tucídides, admiro el autor de una historia particular escrita en bello estilo; pero noto alguna oscuridad, veo que sólo nos dejó un ejemplo inimitable, y que cuanto al argumento de su historia es tanto inferior á Polibio quanto la Grecia á lo restante del mundo. Si hojeo al dulce Jenofonte, advierto que en una historia fingida nos pinta las artes de la paz y de la guerra; pero me conduelo de que en una seria y verdadera se haya olvidado de esta máxima. Si manejo á Diodoro, le hallo entregado á ridículas fábulas en la primera parte de su historia, y en la segunda, aunque preciosa, no ser muy acomodado para formar un político. En Dionisio Halicarnaseo advierto un rival de Polibio, sin uso ni experiencia en los negocios de Estado, empeñado en ilustrar la parte más seca, incierta y oscura de una república, y sólo cuidadoso de hacer lucir el talento de la palabra. En Dión veo un autor en todo plausible, menos en lo que es alabado el nuestro. Finalmente, en Tito Livio admiro un escritor amante de la virtud,

instruído en la toga y superior al nuestro en la elocuencia; pero ignorante en la táctica, parcial, supersticioso, prefiriendo cuentos ridículos á razones sólidas, y sembrando á cada paso portentos y prodigios. Mas á Polibio le veo exento de estos vicios. Su veracidad se manifiesta en la moderación con que refiere y en la ninguna repugnancia que halla la razón en cuanto dice; su prudencia, en la solidez con que reflexiona y en las máximas de política y de conducta que vierte á cada paso; su imparcialidad, en la indiferencia con que trata á Romanos y Griegos, sin embargo de las obligaciones que debía á los primeros y el parentesco que le estrechaba con los segundos. Por último, su aversión á las fábulas se ve en la juiciosa crítica que hace de los historiadores Filino y Fabio, y en el trabajo que se tomó de viajar por los Alpes para combatir las extravagancias de los autores que describen estas montañas. Estas dotes históricas en ningún otro autor las veo reunidas.

La principal recomendación de Polibio en lo antiguo no fué la vana elocuencia y mera suavidad de las palabras, sino su exacta explicación de las acciones políticas y militares. Efectivamente, no escribió para ostentar su talento, sino para gobernar prácticamente los hombres. Por eso para los políticos será una escuela, donde hallarán los intereses que median entre los Estados, la intención y política que usaron para manejar los asuntos, los tratados de paz, las negociaciones y embajadas que antes ó después intervinieron. En ella encontrarán pintadas las costumbres de los pueblos, la geografía de los lugares y los orígenes de su riqueza. Finalmente, aquí verán las diversas especies que hay de gobernar los hombres, la fuerza y vigor de cada una de las constituciones, los vicios que las son connaturales y la natu-

ral revolución ó trastorno de unas en otras. Esta ventaja de la historia de Polibio sobre las antiguas es tanto más apreciable cuanto aun en nuestras modernas no se halla reemplazado este hueco. Vemos que casi todas se reducen á una seca y estéril narración de hechos, sin exponer motivos, sin criticar acciones y sin proveernos de máximas de política y de conducta.

Los militares no se cansarán de leer una obra que para la inteligencia de cualquier batalla les señala el campamento, les describe el terreno, les especifica los montes, ríos y desigualdades, les refiere lo que hizo cada cuerpo, y expone las causas de su derrota ó vencimiento. Sólo una descripción tan circunstanciada puede satisfacer la expectación de los militares curiosos y suavizar en parte el dolor de no haberse hallado presentes; porque las relaciones militares es menester que contengan una multitud prodigiosa de incidentes, sin los cuales aun la más viva imaginación es imposible llegue á formar juicio. Yo no sé si reirme ó indignarme cuando leo en Dión las batallas de Farsalia, Actio y otras. Veo en ellas que por entregarse todo á la elocuencia se muestra ignorante en la táctica. Pero pónganse en manos de Polibio estas batallas, y todo lo contrario: se describe el sitio, se ordena el ejército, se da razón de las medidas que se tomaron, y se especifican mil otras circunstancias. Esta, á mi ver, es la causa de que no se admire más la táctica de los antiguos. Como las operaciones militares son las que dan mayor golpe á la imaginación, en todos tiempos ha habido historiadores que han llenado abundantemente sus historias de estos acontecimientos, pero no todos han desempeñado igualmente el objeto. Los más, brillantes en sus descripciones, han hecho poco caso de la exactitud. Tales son

los Titos Livios y los Plutarcos. Guiados del fuego de su imaginación, han trasladado al latín y al griego las relaciones militares, como hombres cuyo principal objeto eran las gracias del estilo. Ve aquí por qué estos autores son débiles testimonios para la táctica. Cuando pareció Vegecio ya había decaído el arte militar romano. Creyó poderle resucitar haciendo extractos de los autores ya olvidados. El medio era bueno, si Vegecio hubiera tenido experiencia y discernimiento; pero recopiló sin distinción, y confundió, como Tito Livio, la táctica de Julio César con la de las guerras Púnicas. Convengamos, pues, en que la táctica antigua se ha de buscar en aquellos hombres que dejaron á la posteridad lo que ejecutaron con sus manos ó vieron por sus ojos. Tales son Tucídides, Jenofonte, Polibio, Julio César y Arriano. Aquí se encuentra el arte militar en el más alto grado de perfección á que llegó entre Griegos y Romanos.

Estas son las prendas que adornan la historia de Polibio y las singularidades que la distinguen entre tantas otras griegas y romanas. Veamos ahora por el reverso esta medalla. Los gramáticos y retóricos le censuran de que hace frecuentes y largas digresiones, de que es duro su estilo y de que la dicción no es pura. No pretenderé disculparle de todas estas faltas; jamás he jurado en las palabras de ningún maestro; pero procuraré exponerlas con claridad, formando mi juicio y dejando libre el de cada uno. Veamos sobre qué recaen estas digresiones. Aquí se trata de la formación de la República Aquea, y por qué medios ha llegado á tanta elevación: allí de la infelicidad de los Cinetenses: acá de las cualidades que debe tener un General: allá de los faros y modos de hacer señas por ahumadas; y últimamente se examina por qué las legiones romanas han vencido la

falange macedónica, habiendo ésta pasado siempre por invencible. Yo no reputo éstas por digresiones. A unas las considero como unas cómodas estancias, que recrean al lector y le dan aliento para proseguir su camino por la seca narración de los hechos; y á otras como una explicación de lo que antes ó después se dice para que la razón no encuentre repugnancia.

Del mismo modo se reputa por digresión todo el libro sexto, en que Polibio trata del gobierno romano. Pero ¡oh santos cielos! Polibio, al principio del libro tercero, había pintado la República Romana, decaída y vacilante con las tres jornadas del Tesino, Trebia y Trasimenes, y á fines del mismo arruinada y deshecha con la derrota de Cannas: el verla después de repente arrojar á Anníbal de la Italia, vencerle en África é imponer la ley á Cartago, era cosa que sorprendería aun al lector más estúpido, y acaso atribuiría á prodigio una mudanza tan extraordinaria: pues ¿qué remedio? hacerle ver la fuerza y vigor que en sí encerraba la República Romana, para que de este modo, contemplando las causas y origen de las cosas, no calificase de maravilla lo que era efecto de la constitución de su gobierno. Pues esto es cabalmente lo que hace Polibio en el sexto libro. Desengañémonos que no es fácil dar gusto á estos críticos que sólo buscan en la lectura las palabras. Vivan enterados de que Polibio sólo cuidó de enseñar á gobernar prácticamente los hombres, despreciando á los que por un espíritu de vanidad hacen sólo gala del talento.

Mayor apologista necesita contra la dureza de su estilo; bien que á mí me acomoda más el modo de pensar de Diodoro Siculo, que reprueba en la historia el demasiado esmero en la elocuencia. Dionisio Halicarnaseo dice que no hay paciencia para leer un historiador que no cuida del aliño de las palabras. La



censura no puede estar mejor puesta, ni por persona más inteligente. Polibio, si cuenta, refiere mal, y si reflexiona, habla con poca gracia. Esta falta se la atribuirán los gramáticos y retóricos, pero los políticos, militares y gentes que sólo buscan lo sólido, harán poco caso de este defecto. Dionisio busca en nuestro historiador lo que él con tanto estudio anhelaba, esto es, períodos torneados y numerosos. No se puede negar que en Polibio no se hallan aquellas gentilezas que se encuentran por toda la obra de Dionisio; que el estilo de aquél es áspero y desabrido, en vez de que el de éste es florido y castigado. Pero yo no veo en estos dos escritores griegos sino su obligación y carácter; más de extrañar sería que, á pesar de estos estímulos, hubieran escrito en un estilo contrario. En Dionisio advierto un retórico que por su profesión pule los períodos, lima los miembros y pone toda su estimación en la cadencia y número de las palabras. En Polibio veo un historiador que sencillamente me cuenta por la noche lo que ha hecho ó visto por el día, y que sólo hace gala de la exactitud y de la verdad, constitutivos de la historia. En aquél me figuro un literato metido en el rincón de su estudio, con todo el ocio necesario para limar sus expresiones; y en éste un militar, todo ocupado en la acción, y, por consiguiente, descuidado en las palabras. Con todo, no se le pueden negar á Polibio ciertas gracias. Tiene muchas cosas dichas con finura, que no tuvieron los anteriores, principalmente en las sentencias y oraciones. Tito Livio le sigue en éstas frecuentemente, y á veces le copia, como se ve en la que Scipión dijo en Cartagena para aquietar á los sediciosos. Por lo cual su lectura es utilísima á los estudiosos, aun para las gracias de estilo, la copia y la abundancia de voces y sentencias.

La dicción de Polibio no es menos defectuosa. Se diferencia notablemente de la elegancia ática, tanto en el uso y propiedad de cada palabra, como en la composición de todas. Se encuentran en él muchas nuevas, sea en la forma, sea en el sentido. Mezcla las poéticas con las prosaicas, las áticas con las vulgares, y se hallan algunas que huelen á latinas. No se pueden excusar á Polibio estos defectos. Pero en cambio de estos lunares tiene, para los que sólo busquen la instrucción, las singularidades de haber hecho filósofa la historia y haber añadido máximas de crítica y de política á la estéril narración de hechos á que estaba reducida; y para los filólogos la ventaja de que, instruidos en la frase polibiana, han andado lo más para entender todos aquellos historiadores que en parte ó en todo no conocieron la fluidez ática, cuales son los Diodoros, Diones, Josefos, Halicarnaseos, Herodianos y Arrianos.

Me parece que basta esta crítica para formar juicio de las gracias y defectos de Polibio. En cuanto á la traducción, tengo que hacer algunas advertencias. La primera, que es fiel y exacta, y que en ella se ha seguido la edición hecha en Lipsia por Juan Pablo Krauss, 1764. La segunda, que se ha repartido en capítulos, á los que se han puesto sus epígrafes, ya para mayor comodidad del lector, ya para que toda la obra saliese uniforme, pues desde el libro sexto en adelante los tiene el mismo texto. La tercera, que en la cronología se ha seguido la que Isaac Casaubón puso al Polibio. Y la cuarta, que en cuanto á los vicios del estilo, unos son hijos de mi ignorancia y otros me ha pegado Polibio, pues es imposible al traductor desentenderse enteramente de los defectos del original.

---

## PRÓLOGO DEL AUTOR.

---

Si los que han dado á luz hechos y acciones antes que yo hubieran omitido hacer el elogio de la historia, tal vez me vería en la precisión de inclinar á todos á la elección y estudio de estos comentarios, en el supuesto de que no hay profesión más apta para la instrucción del hombre que el conocimiento de las cosas pasadas. Pero como no algunos, ni de un mismo modo, sino casi los historiadores todos se han valido de este mismo exordio y peroración, sentando que el estudio y ejercicio más seguro en materias de gobierno es el que se aprende en la escuela de la historia, y que la única y más eficaz maestra para poder soportar con igualdad de ánimo las vicisitudes de la fortuna es la memoria de las infelicidades ajenas, no tiene duda que así como á ningún otro sentaría bien el repetir una materia de que tantos y tan bien han tratado, mucho menos á mí. Principalmente cuando la misma novedad de los hechos que voy á referir es suficiente por cierto para atraer y excitar á todos, jóvenes y ancianos, á la lectura de esta obra. Pues, á la verdad, ¿habrá hombre tan estúpido y negligente que no apetezca saber cómo y por qué género de gobierno los Romanos llegaron en cincuenta y tres años no cumplidos á sojuzgar casi toda la tierra, acción hasta entonces sin ejemplo? ¿O habrá alguno tan

entregado á los espectáculos, ó á cualquiera otro género de estudio, que no prefiera instruirse en materias tan interesantes como éstas?

Pero el modo de manifestar que el tema de mi discurso es singular y magnífico, será principalmente si comparamos y cotejamos los más célebres imperios que nos han precedido, y de que los historiadores han dejado copiosos monumentos, con aquel soberbio poder de los Romanos, estados á la verdad dignos de semejante parangón y cotejo. Los Persas obtuvieron por algún tiempo un vasto imperio y dominio; pero cuantas veces osaron exceder los límites del Asia, aventuraron, no sólo su imperio, sino también sus personas. Los Lacedemonios disputaron por mucho tiempo el mando sobre la Grecia; pero después de conseguido, apenas fueron de él pacíficos poseedores doce años. Los Macedonios dominaron en la Europa desde los lugares vecinos al mar Adriático hasta el Danubio, parte á la verdad bien corta de la sosodicha región; añadieron después el imperio del Asia, arruinando el poder de los Persas; pero en medio de estar reputados por señores de la región más vasta y rica, dejaron no obstante una gran parte de la tierra en ajenas manos. Dígalo la Sicilia, la Cerdeña, el Africa, que ni aun por el pensamiento se les pasó jamás su conquista. Díganlo aquellas belicosísimas naciones situadas al occidente de la Europa, de quienes apenas tuvieron noticia. Mas los Romanos, al contrario, sujetaron, no algunas partes del mundo, sino casi toda la redondez de la tierra, y elevaron su poder á tal altura que los presentes envidiamos ahora y los venideros jamás podrán superarle. Todas estas cosas se manifestarán más claramente por la relación que se va á hacer, y al mismo tiempo se evidenciará cuántas y cuán grandes utilidades es capaz de acarrear á un

amante de la instrucción una fiel y exacta historia.

Por lo que hace al tiempo, comenzaremos esta obra en la olimpiada ciento y cuarenta: por lo perteneciente á los hechos, daremos principio entre los Griegos por la guerra que Filipo, hijo de Demetrio y padre de Perseo, junto con los Aqueos, declaró á los Etolios, llamada guerra social: entre los Asiáticos, por la que Antioco y Ptolomeo Filopator disputaron entre sí la Cæle-Syria: en Italia y África por la que se suscitó entre Romanos y Cartagineses, llamada comúnmente guerra de Annibal. Todos estos hechos son una consecuencia de los últimos de la historia de Arato el Sicioniano. En los tiempos anteriores á éste, los acontecimientos del mundo casi no tenían entre sí conexión alguna. Se nota en cada uno de ellos una gran diferencia, procedida, ya de sus causas y fines, ya de los lugares donde se ejecutaron. Pero desde éste en adelante, parece que la historia como que se ha reunido en un solo cuerpo. Los intereses de Italia y África han venido á mezclarse con los de Asia y Grecia, y el conjunto de todos no mira sino á un solo fin y objeto, causa por que he dado principio á su descripción en esta época. Pues vencedores los Romanos de los Cartagineses en la guerra mencionada, y persuadidos de que tenían andada la mayor y más principal parte del camino para la conquista del universo, osaron desde entonces por primera vez extender sus manos á lo restante y trasportar sus ejércitos á la Grecia y países del Asia.

Si nos fuese familiar y notorio el gobierno de los estados que entre sí disputaron el sumo imperio, no nos veríamos acaso en la precisión de prevenir qué designios ó fuerzas les estimularon á emprender tales y tan grandes obras. Pero supuesto que los más de los Griegos ignoran la política de los Romanos y de

los Cartagineses y no tienen noticia de su antiguo poder y acciones, tuvimos por indispensable que este y el siguiente libro precediesen á lo demás de la historia, para que ninguno, cuando llegue á la narración de los hechos, dude ni tenga que preguntar de qué recursos ó de qué fuerzas y auxilios se valieron los Romanos para emprender unos proyectos que los hicieron señores de toda la tierra y mar que conocemos. Antes bien por estos dos libros y la preparación que en ellos se haga, vendrán en conocimiento los lectores de cuán justas medidas tomaron para concebir el designio y conseguir hacer universal su imperio y dominio.

Lo peculiar de mi obra y lo que causará la admiración de los presentes es, que así como la Providencia ha hecho inclinar la balanza de casi todos los acontecimientos del mundo hacia una parte y los ha forzado á tomar un mismo rumbo, así también yo en esta historia expondré á los lectores bajo un solo punto de vista el mecanismo de que ella se ha servido para la consecución de todos sus designios. Esto es principalmente lo que me ha incitado y movido á escribir esta obra, como asimismo haber notado que ninguno en mis días había emprendido una historia universal, cosa que entonces hubiera estimulado mucho menos mi deseo. Veía yo al presente historiadores que han descrito guerras particulares y han sabido recoger varios sucesos acaecidos á un mismo tiempo; pero al mismo paso echaba de ver que ninguno, á lo menos que yo sepa, se hubiese tomado la molestia de emprender una serie universal y coordinada de hechos, cuándo y de qué principios se habían originado y cómo habían llegado á su complemento. Por lo cual creí ser absolutamente necesario no omitir ni permitir pasase en confuso á la posteridad la mejor y más útil obra de

la Providencia. Y á la verdad que estando ella creando cada día seres nuevos y ejerciendo sin cesar su poder sobre las vidas de los hombres, jamás ha obrado cosa igual ni ostentado mayor esfuerzo que el que al presente admiramos. De esto es imposible enterarse el hombre por la historias particulares, á no ser que por haber corrido una por una las más célebres ciudades, ó haberlas visto pintadas con distinción, se presuma al instante haber comprendido toda la figura, situación y orden del universo, cosa á la verdad bien ridícula.

A mi modo de entender, los que están persuadidos á que por la historia particular se puede uno instruir lo bastante en la universal, son en un todo semejantes á aquellos que, viendo los miembros separados de un cuerpo poco antes vivo y hermoso, se presumen estar suficientemente enterados del espíritu y gallardía que le animaba. Pero si uno, uniendo de repente los miembros y dando de nuevo su perfecto sér al cuerpo y gracia al alma, se lo mostrase segunda vez á aquellos mismos, bien sé yo que al instante confesarían que su pretendido conocimiento distaba antes infinito de la verdad y se asemejaba mucho á los sueños. Y ciertamente, que por las partes se forme idea del todo, es fácil; pero que se alcance una ciencia y conocimiento exacto, imposible. Por lo cual debemos estar persuadidos á que la historia particular conduce muy poco á la inteligencia y crédito de la universal, de la que únicamente el reflexivo conseguirá y podrá sacar utilidad y deleite, confrontando y comparando entre sí los acontecimientos, las relaciones y diferencias.

Daremos principio á este libro por la primera expedición de los Romanos fuera de Italia. Esta se une con el fin de la historia de Timeo, y coincide en la

olimpiada ciento veintinueve. Por lo cual debere-  
mos explicar el cómo, cuándo y con qué motivo,  
después de bien establecidos en Italia, emprendieron  
pasar á la Sicilia, el primero de todos los países fuera  
de Italia que invadieron; asimismo exponer neta-  
mente el motivo de su tránsito, no sea que inquirien-  
do causa sobre causa hagamos insoportable el princi-  
pio y fundamento de toda nuestra historia. En este  
supuesto, por lo que hace á la cronología, deberemos  
tomar una época confesada y sabida de todos, y tal  
que por los hechos pueda ser distinguida por sí mis-  
ma, aunque nos sea preciso recorrer brevemente los  
tiempos anteriores para dar una noticia, aunque su-  
cinta, de lo acaecido en este intervalo. Pues una vez  
ignorada ó dudosa la época, tampoco lo restante me-  
rece asenso ni crédito; como al contrario, bien esta-  
blecida y fijada, todo lo que se sigue encuentra apro-  
bación en los oyentes.

---



---

---

# HISTORIA UNIVERSAL.

## LIBRO PRIMERO.

### CAPÍTULO PRIMERO.

Someten los Romanos todos los pueblos circunvecinos.—Messina y Regio son sorprendidas: aquélla por los Campanios, y ésta por los Romanos.—Castiga Roma la traición de sus compatriotas.—Derrota de los Campanios por Hierón, rey de Siracusa.

Corría el año diez y nueve después del combate naval del río Ægos, y el décimosexto antes de la batalla de Leutres (387 antes de J. C.), en el que los Lacedemonios firmaron la paz de Antalcida con el Rey de los Persas; Dionisio el viejo, vencidos los Griegos de Italia junto al río Eleporo, sitiaba á Regio; y los Galos apoderados á viva fuerza ocupaban la misma Roma, á excepción del Capitolio; cuando los Romanos, ajustada la paz con los Galos con los pactos y condiciones que éstos quisieron, recobrada su patria contra toda esperanza, y tomando esta dicha por basa de su elevación, declararon después la guerra á sus vecinos. Hechos señores de todo el Lacio, ya por el valor, ya por la dicha en los encuentros, llevaron sucesivamente sus armas contra los Tirrenios, los Cel-

tas y los Samnitas, confinantes al oriente y septentrión con los Latinos.

Poco tiempo después los Tarentinos, temerosos de que los Romanos no quisiesen satisfacer el insulto hecho á sus embajadores, llamaron á Pirro en su ayuda, en el año antes que los Galos invadiesen la Grecia (281 antes de J. C.), fuesen deshechos en Delfos, y pasasen al Asia. Entonces fué cuando los Romanos, sojuzgados los Tirrenios y Samnitas, y vencedores ya en muchos encuentros de los Celtas que habitaban la Italia, concibieron por primera vez el designio de invadir lo restante de este país, reputándole no como ajeno, sino como propio y perteneciente en gran parte. Los combates con los Samnitas y Celtas los habían hecho verdaderos árbitros de las operaciones militares. Por lo cual, sosteniendo con vigor esta guerra, y arrojando al cabo á Pirro y sus tropas de la Italia, atacaron después y sometieron á los que habían seguido el partido de este Príncipe. Con esto sojuzgados contra lo regular y sujetados á su poder todos los pueblos de Italia, á excepción de los Celtas, emprendieron sitiar á los Romanos, que á la sazón poseían á Regio.

Fué igual y casi en todo semejante la suerte que tuvieron estas dos ciudades, Messina y Regio, situadas ambas sobre el estrecho. Poco tiempo antes del en que vamos hablando, los Campanios que estaban á sueldo de Agatocles, codiciosos de la hermosura y demás arreo de Messina, pensaron en faltar á la fe con esta ciudad, al instante que la ocasión se presentase. En efecto, introducidos con capa de amigos y apoderados de la ciudad, destierran á unos, degüellan á otros, y no contentos retienen las mujeres é hijos de aquellos infelices, según que la suerte hacía caer á cada uno entre sus manos; y por último reparten

entre sí las restantes riquezas y heredades. Dueños de la ciudad y de su ameno territorio por un camino tan pronto y de tan poca costa, no tardó su maldad en hallar imitadores.

Por el mismo tiempo en que Pirro disponía pasar á Italia (280 años antes de J. C.), los de Regio, atemorizados por una parte con su venida, y temiendo por otra á los Cartagineses, señores entonces del mar, imploraron la protección y auxilio de los Romanos. Introducidos en la ciudad cuatro mil de éstos al mando de Decio Campano, la custodiaron fielmente por algún tiempo, y observaron sus pactos; pero al cabo, provocados del ejemplo de los Mamertinos, y tomándolos por auxiliares, faltaron á la fe con los de Regio, llevados de la bella situación de la ciudad, y codiciosos de las fortunas de sus particulares. Consiguientemente, á imitación de los Campanios, echan á unos, degüellan á otros, y se apoderan de la ciudad. Mucho sintieron los Romanos esta perfidia; pero no pudieron por entonces manifestar su resentimiento, á causa de hallarse ocupados con las guerras de que arriba hicimos mención. Mas luego que se desembarazaron de éstas, pusieron sitio á Regio, como hemos dicho. La ciudad fué tomada (271 años antes de J. C.), y en el mismo acto de asaltarla pasan á cuchillo la mayor parte de estos traidores, que se defendían con intrepidez, previendo la suerte que les esperaba. Los restantes, que ascendían á más de trescientos, hechos prisioneros, los envían á Roma, donde conducidos por los pretores á la plaza, son azotados y degollados todos, según su costumbre; castigo que los Romanos creyeron necesario para restablecer, cuanto estaba de su parte, la buena fe entre sus aliados. La ciudad y su territorio fué restituída al punto á los de Regio.

Los Mamertinos (así se llamaban los Campanios

después que se apoderaron de Messina) mientras subsistió la alianza de los Romanos que habían invadido á Regio, no sólo vivían en pacífica posesión de su ciudad y contornos, sino que inquietando infinito las tierras comarcanas de los Cartagineses y Siracusanos, hicieron tributaria una gran parte de la Sicilia. Pero luego que sitiados los de Regio les faltó este socorro, al instante los Siracusanos, por varios motivos que voy á exponer, los estrecharon dentro de sus muros.

Poco tiempo antes, originadas varias disensiones entre los ciudadanos de Siracusa y sus tropas, haciendo éstas alto en los contornos de Mergana, eligieron por sus jefes á Artemidoro y Hierón, que después reinó en Siracusa; Príncipe á la verdad de tierna edad por entonces, pero de bella disposición para el gobierno y expediente de los negocios. Este, tomado el bastón, entró en la ciudad con el auxilio de ciertos amigos (275 años antes de J. C.), y dueño de los espíritus revoltosos, supo conducirse con tal dulzura y magnanimidad, que los Siracusanos, aunque descontentos con la licencia que los soldados se habían tomado en las elecciones, todos unánimes consintieron recibirle por pretor. Desde sus primeras deliberaciones descubrieron los espíritus reflexivos que aspiraba á mayores cargos que los que daba de sí la pretura.

La consideración de que los Siracusanos, apenas salían las tropas y sus jefes de la ciudad, ardían en intestinas sediciones y amaban la novedad, y el ver que Leptines excedía mucho á los demás ciudadanos en autoridad y crédito, y gozaba de gran reputación entre la plebe, determinaron á Hierón á contraer con él parentesco, á fin de dejar en la ciudad un apoyo para cuando tuviese que salir á campaña con las tropas. En efecto, casóse con la hija de éste, y echando

de ver que sus antiguas tropas extranjeras estaban llenas de vicios y de revoltosos, determina sacar su ejército, pretextando llevarle contra los bárbaros que ocupaban á Messina. Campado cerca de Centoripa, ordena su armada en batalla lo largo del río Ciamosoro, y retiene consigo en lugar separado la caballería é infantería siracusana, aparentando invadir á los contrarios por otra parte. Presenta al enemigo los extranjeros solos, consiente que todos sean destrozados por los bárbaros, y durante esta carnicería vuelve sin peligro con sus ciudadanos á Siracusa. Concluído con maña el fin que se había propuesto, y desembarazado de todos los malsines y sediciosos de su armada, levantó por sí un suficiente número de tropas mercenarias, y ejerció en adelante el mando sin sobresalto (269 años antes de J. C.). Para contener los bárbaros, fieros é insolentes con su victoria, arma y disciplina prontamente sus tropas siracusanas, sácalas, y encuentra al enemigo en las llanuras de Mila sobre las márgenes del Longano, donde hace una gran carnicería en sus contrarios; coge prisioneros á sus jefes, reprime la audacia de los bárbaros, y vuelto á Siracusa, es proclamado rey por todos los aliados.

## CAPÍTULO II.

Imploran los Mamertinos el auxilio de los Romanos.—Vence la razón de Estado los inconvenientes que había en concederle.—Su primera expedición fuera de Italia.—Derrota de los Siracusanos y Cartagineses.

Destituídos antes los Mamertinos, como he dicho arriba (265 años antes de J. C.), del auxilio de los de Regio, y desconcertadas ahora enteramente sus miras

particulares por las razones que acabo de exponer, unos se refugiaron á los Cartagineses, y pusieron en sus manos sus personas y la ciudadela; otros enviaron legados á los Romanos para entregarles la ciudad, y suplicarles socorriesen á unos hombres, que provenían de un mismo origen. Asunto fué este que dió que deliberar por mucho tiempo á los Romanos. Parecíales estaba á la vista de todos la sinrazón del tal socorro. Reflexionaban que haber hecho poco antes un castigo tan ejemplar con sus propios ciudadanos, por haber violado la fe á los de Regio, y enviar ahora socorro á los Mamertinos, reos de igual delito, no sólo con los Messenios sino también con los de Regio, era cometer un yerro de difícil soldadura. No ignoraban la fuerza de esta inconsecuencia; pero viendo á los Cartagineses, no sólo señores ya del Africa, sino también de muchas provincias de España, y dueños absolutos de todas las islas del mar de Cerdeña y Toscana, temían y con fundamento, que si á estas conquistas añadían ahora la Sicilia, no viniesen á ser unos vecinos demasiado poderosos y formidables, teniendoles como bloqueados, y amenazando á la Italia por todas partes. Que de no socorrer á los Mamertinos pondrían prontamente esta isla bajo su obediencia, no admitía duda alguna. Pues una vez apoderados de Messina, que sus naturales les ofrecían, no tardarían en tomar también á Siracusa, cuando ya casi todo lo restante de la Sicilia reconocía su dominio. Previendo esto los Romanos, y juzgando les era preciso no desamparar á Messina ni permitir á los Cartagineses hiciesen de esta isla como un puente para pasar á Italia, tardaban mucho tiempo en resolverse.

El Senado tampoco se atrevía á decidir, por las razones que hemos apuntado. Juzgaba que tanto en la injusticia del socorro de los Mamertinos, como en las

ventajas que de él podrían provenir, militaban iguales razones. Pero el pueblo, agobiado por una parte con las guerras precedentes, y deseando de cualquier modo el restablecimiento de sus atrasos; por otra haciéndole ver los pretores, á más de lo dicho, que la guerra, tanto en común como en particular, traería grandes y conocidas ventajas á cada uno, determinó enviar el socorro. Expedido el plebiscito (264 años antes de J. C.), eligen por comandante á Appio Claudio, uno de los cónsules, y le envían con orden de socorrer y pasar á Messina. Entonces los Mamertinos, ya con amenazas, ya con engaños, echaron al Gobernador cartaginés, por quien estaba ya la ciudadela; y llamando á Appio, le entregaron la ciudad. Los Cartagineses, creyendo que su Gobernador había entregado la ciudadela por falta de valor y de consejo, le dan muerte de cruz; y situando su armada naval junto al Peloro, y su ejército de tierra hacia las Sennas, insisten con esfuerzo en el cerco de Messina.

A este tiempo Hierón, creyendo se le presentaba buena ocasión para desalojar enteramente de la Sicilia los bárbaros que ocupaban á Messina, hace alianza con los Cartagineses, mueve su campo de Siracusa y toma el camino de la susodicha ciudad. Campado á la parte opuesta, junto al monte Chalcidico, cierra también esta salida á los sitiados. Entretanto Appio, general de los Romanos, átravesando de noche el estrecho con indecible valor, entra en Messina. Pero advirtiéndole que los enemigos estrechaban con actividad la ciudad por todas partes, y reflexionando que el asedio le era de poco honor y mucho peligro, por estar los enemigos señoreados del mar y de la tierra, envía primero legados á uno y otro campo, con el fin de eximir á los Mamertinos del peso de la guerra; pero no siendo escuchadas sus proposiciones, la ne-

cesidad al fin le hizo tomar el partido de aventurar el trance de una batalla y atacar primero á los Siracusanos. En efecto, saca sus tropas y las ordena en batalla, á tiempo que Hierón venía dispuesto á combatirle. El combate duró por mucho tiempo; pero al cabo Appio venció á los contrarios, los persiguió hasta sus trincheras, y despojados los muertos, se volvió otra vez á la ciudad.

Hierón, pronosticando mal de lo general de sus negocios, venida la noche, se retiró arrebatadamente á Siracusa. Al día siguiente Appio, que advirtió su huida, lleno de confianza, creyó no debía perder tiempo, sino atacar á los Cartagineses. Dada la orden á las tropas de que estuviesen prevenidas, las saca al romper del día, y dando sobre los contrarios, mata á muchos y obliga á los demás á refugiarse precipitadamente en las ciudades circunvecinas. Bien se aprovechó después de estas ventajas: hizo levantar el sitio de la ciudad; corrió y taló libremente las campiñas de los Siracusanos y de sus aliados, sin atreverse ninguno á hacerle frente á campo raso; y por último, acercó sus tropas y emprendió poner sitio á Siracusa.

Tal fué la primera expedición de los Romanos con ejército fuera de Italia, por estas razones y en estos tiempos. La cual considerando yo ser la época más conocida de toda la historia, tomé de ella principio, recorriendo á mas de esto los tiempos anteriores, para no dejar género de duda sobre la demostración de las causas. Porque para dar una idea á los venideros por donde pudiesen justamente contemplar el alto grado del poder actual de los Romanos, me pareció preciso el que supiesen cómo y cuándo, perdida su propia patria, comenzaron á mejorar de fortuna; asimismo en qué tiempo y de qué manera, sojuzgada la Italia, emprendieron extender sus conquistas por defuera.



Y así no hay que admirar que teniendo que hablar en adelante de las repúblicas más célebres, recorramos primero los tiempos anteriores. En el supuesto de que esto lo haremos por tomar ciertas épocas de donde fácilmente se pueda conocer de qué principios, en qué tiempo y por qué medios haya llegado cada pueblo al estado en que al presente se halla, así como lo hemos ejecutado hasta aquí con los Romanos.

### CAPÍTULO III.

Materia de los dos primeros libros, que sirven de preámbulo á esta historia.—Crítica de Polibio sobre los historiadores Filino y Fabio.

Ya es tiempo de que, dejándonos de estas digresiones, hablemos de nuestro asunto, y expongamos breve y sumariamente lo que se ha de tratar en este preámbulo. La primera en orden será la guerra que se hicieron Romanos y Cartagineses en Sicilia. A ésta se seguirá la de Africa, con la que están unidas las acciones de Amílcar, Asdrúbal y los Cartagineses en España. Durante este tiempo pasaron por primera vez los Romanos á la Iliria y estas partes de Europa, y en los anteriores acaecieron los combates de los Romanos contra los Celtas que habitaban la Italia. Por entonces fué en la Grecia la guerra llamada Cleoménica, con lo que daremos fin á todo este preámbulo y al segundo libro. El hacer una relación circunstanciada de estos hechos, ni á mí me parece preciso, ni conducente á mis lectores. Mi designio no ha sido formar historia de ellos; sólo sí me he propuesto recordar sumariamente en este aparato lo que pueda conducir á las acciones de que hemos de hablar. Por

lo cual, apuntando por encima los acontecimientos de que antes hemos hecho mención, sólo procuraremos unir el fin de este preámbulo con el principio y objeto de nuestra historia. De este modo continuada la serie de la narración, me parece toco justamente lo que otros historiadores han ya tratado, y con esta disposición preparo á los aficionados un camino expedito y pronto para la inteligencia de lo que adelante se dirá. Seremos un poco más escrupulosos en la relación de la primera guerra entre Romanos y Cartagineses sobre la Sicilia. Pues á la verdad no es fácil hallar otra, ni de mayor duración, ni de aparatos más grandes, ni de expediciones más frecuentes, ni de combates más insignes, ni de vicisitudes más señaladas que las acaecidas á uno y otro pueblo en esta guerra. Por otra parte, estas dos repúblicas eran aún por aquellos tiempos sencillas en costumbres, medianas en riquezas é iguales en fuerzas; y así, quien quiera enterarse á fondo de la particular constitución y poder de estos dos Estados, antes podrá formar juicio por esta guerra que por las que después se siguieron.

Otro estímulo no menos poderoso que el antecedente para dilatar me sobre esta guerra, ha sido ver que Filino y Fabio, tenidos por los más instruidos escritores en el asunto, no nos han referido la verdad con la fidelidad que convenía. Yo no presumo se hayan puesto á mentir de propósito, si considero la vida y secta que profesaron. Pero me parece les ha acaecido lo mismo que á los que aman. A Filino le parece por inclinación y demasiada benevolencia que los Cartagineses obraron siempre con prudencia, rectitud y valor, y que los Romanos fueron de una conducta opuesta; á Fabio todo lo contrario. En lo demás de su vida es excusable semejante conducta. Pues es natural á un hombre de bien ser amante de sus amigos y

de su patria, lo mismo que aborrecer con sus amigos á los que éstos aborrecen y amar á los que aman. Pero cuando uno se reviste del carácter de historiador, debe desnudarse de todas estas pasiones, y á veces alabar y elogiar con los mayores encomios á los enemigos, si sus acciones lo requieren; otras reprender y vituperar sin comedimiento á los más amigos, cuando los defectos de su profesión lo están pidiendo. Así como á los animales, si se les saca los ojos, quedan totalmente inservibles, del mismo modo á la historia, si se la quita la verdad, sólo viene á quedar una narración infructuosa. Por lo cual el historiador no debe detenerse ni en reprender á los amigos, ni en alabar á los enemigos. Ni temer el vituperar á veces á unos mismos y elogiarlos otras, puesto que los que manejan negocios, ni es fácil que siempre acierten, ni verosímil que de continuo yerren. Y así, separándose de aquellos que han tratado las cosas adaptándose á las circunstancias, el historiador únicamente debe referir en su historia los dichos y hechos como sucedieron. Que es verdad lo que acabo de decir, se verá por los ejemplos que se siguen.

Filino, comenzando á un tiempo la narración de los hechos y el segundo libro, dice que los Cartagineses y Siracusanos pusieron sitio á Messina; que pasando los Romanos por mar á la ciudad, hicieron al instante una salida contra los Siracusanos; que habiendo recibido un descalabro considerable, se tornaron á Messina, y que volviendo á salir segunda vez contra los Cartagineses, no sólo fueron rechazados, sino que perdieron un buen número de sus tropas. Al paso que refiere esto, cuenta que Hierón, después de concluída la refriega, perdió la cabeza de tal modo, que no sólo, puesto prontamente fuego á sus trincheras y tiendas, huyó de noche á Siracusa, sino que abandonó todas las for-

talezas situadas en la provincia de los Messinos. Igualmente que los Cartagineses, desamparandó al punto sus atrincheramientos después del combate, se esparcieron por las ciudades vecinas, sin atreverse á hacer frente á campo raso; motivo porque los jefes, advertido el miedo que se había apoderado de sus tropas, determinaron no aventurar la suerte al trance de una batalla. Pero que los Romanos que los perseguían, no sólo talaron la provincia, sino que acercándose á la misma Siracusa, emprendieron ponerla sitio. Todo esto, á mi ver, está tan lleno de inconsecuencias, que absolutamente no necesita de examen. A los que supone sitiadores de Messina y vencedores en los combates, á estos mismos no los representa que huyen, que abandonan la campaña, y al fin cercados y apoderados del miedo sus corazones: á los que, por el contrario, pinta vencidos y sitiados, nos los hace ver después perseguidores, señores del país, y por último sitiadores de Siracusa. Concordar entre sí estas especies, es imposible. Pues ¿qué medio, sino decir precisamente ó que los primeros supuestos son falsos, ó los asertos que después se siguen? Estos son los verdaderos. Pues lo cierto es que los Cartagineses y Siracusanos abandonaron la campaña, y que los Romanos al instante pusieron sitio á Siracusa, y aun (como él mismo asegura) á Echetla, ciudad situada en los confines de los Siracusanos y Cartagineses. Resta por precisión que confesemos que son falsos sus primeros supuestos, y que este escritor nos representó á los Romanos vencidos, cuando fueron ellos los que desde el principio tuvieron la superioridad en los combates de Messina. Cualquiera notará este defecto en Filino por toda su obra, é igual juicio hará de Fabio, como se demostrará en su lugar. Pero yo, habiendo expuesto lo conveniente sobre esta digresión, procuraré, tor-

nando á mi historia, guardar siempre consecuencia en lo que diga, y dar á los lectores en breves razones una justa idea de la guerra de que arriba hicimos mención.

#### CAPÍTULO IV.

Alianza de Hierón con los Romanos.—Sitio de Agrigento.  
Salida de la plaza, rechazada por los Romanos.

Llegada de Sicilia á Roma la noticia de los sucesos de Appio y de sus tropas (263 años antes de J. C.); y creados cónsules M. Octacilio y M. Valerio, se remitieron todas las legiones con sus jefes, unas y otros para pasar á Sicilia. Asciende el total de tropas entre los Romanos, sin contar las de los aliados, á cuatro legiones que se eligen todos los años. Cada una de las legiones se compone de cuatro mil infantes y trescientos caballos. Á la llegada de éstas, muchas ciudades de los Cartagineses y Siracusanos, abandonando su partido, se agregaron á los Romanos. La consideración del abatimiento y espanto de los Sicilianos, junto con la multitud y fuerza de las legiones romanas, persuadieron á Hierón que se podía prometer esperanzas más lisonjeras de los Romanos que no de los Cartagineses. Y así, estimulado de la razón á seguir este partido, despachó embajadores á los Cónsules para tratar de paz y alianza. Los Romanos oyeron con gusto la propuesta, especialmente por los convoyes; pues señores entonces los Cartagineses del imperio del mar, temían no les cerrasen por todas partes el transporte de los víveres, principalmente cuando en el pasaje de las primeras legiones se había experimentado una grande escasez de comestibles. Por lo cual,

atento á que Hierón en esta parte les serviría de mucho provecho, abrazaron con gusto su amistad. Ajustados los pactos, de que el Rey restituiría á los Romanos los cautivos sin rescate, y á más pagaría cien talentos de plata, de allí adelante vivieron éstos como amigos y aliados de los Siracusanos; y el rey Hierón, desde aquel tiempo, acogido á la sombra del poder romano, y auxiliándole siempre según las circunstancias lo exigían, reinó tranquilamente en Siracusa, sin más ambición que la de ser coronado y aplaudido entre sus vasallos. En efecto, fué Príncipe el más recomendable de todos, y el que por más tiempo gozó el fruto de su prudencia en los negocios públicos y privados.

Llevado á Roma este tratado, y aprobadas y ratificadas por el pueblo con Hierón sus condiciones, determinaron los Romanos no remitir en adelante todas las tropas á Sicilia, sino únicamente dos legiones; persuadidos á que con la alianza de este Rey se habían descargado en parte del peso de la guerra, y que á su modo de entender abundarían de esta manera sus tropas más fácilmente de todo lo necesario. Los Cartagineses, noticiosos de que Hierón se había declarado su enemigo, y que los Romanos se empeñaban con mayor esfuerzo sobre la Sicilia, concibieron necesitaban mayores acopios con que poder contrarrestar sus enemigos y conservar lo que poseían en esta isla. Por lo cual, levantando tropas á su sueldo en las regiones ultramarinas, muchas de ellas ligures y celtas, y muchas más aún españolas, todas las enviaron á Sicilia. A más de esto, viendo que Agrigento era por naturaleza la ciudad más acomodada y fuerte de su mando para los acopios, recogieron en ella las provisiones y tropas, resueltos á servirse de esta ciudad como de plaza de armas para la guerra.

Los Cónsules romanos que habían concluído el tratado con Hierón tuvieron que volverse á Roma (262 años antes de J. C.); y L. Postumio y Q. Mamilio, nombrados en su lugar, vinieron á Sicilia con las legiones. Éstos, penetrada la intención de los Cartagineses, y el objeto de los preparativos que se hacían en Agrigento, determinaron insistir en la acción con mayor empeño. Por lo cual, omitidas otras expediciones, marchan con todo su ejército á atacar la misma Agrigento, y puestos sus reales á ocho estadios de ella, encierran los Cartagineses dentro de sus muros. Por estar entonces en sazón la recolección de mieses y dar á entender el sitio que duraría algún tiempo, se desmandaron los soldados á coger frutos con más confianza de la que convenía. Los Cartagineses, que vieron á sus enemigos dispersos por la campaña, hacen una salida, dan sobre los forrajeadores, y desbaratándolos fácilmente, acometen unos á saquear los reales, y otros á degollar los cuerpos de guardia. Pero la exacta y particular disciplina que observan los Romanos, así en esta como en otras muchas ocasiones, salvó sus negocios. Se castiga de muerte entre ellos al que desampara el lugar ó abandona absolutamente el cuerpo de guardia. Por eso entonces, aun en medio de ser superiores en número los contrarios, sosteniendo el choque con valor, muchos de ellos mismos perecieron, pero muchos más aún de los enemigos quedaron sobre el campo. Por último, cercados los Cartagineses cuando estaban ya para saquear el real, parte de ellos perecieron, parte hostigados y heridos fueron perseguidos hasta la ciudad.

Esto fué causa de que los Cartagineses procediesen en adelante con mayor cautela en las salidas, y los Romanos usasen de mayor circunspección en los forrajes. En efecto, cuando ya aquéllos no se presenta-

ban sino para ligeras escaramuzas, los Cónsules romanos dividieron el ejército en trozos, situaron el uno alrededor del templo de Esculapio que estaba al frente de la ciudad, y acamparon el otro en aquella parte que mira hacia Heraclea. El espacio que mediaba entre los dos campos, lo fortificaron por ambos lados. Por parte adentro tiraron una línea de contravalación, para defenderse contra las salidas de la plaza, y por parte afuera echaron otra de circunvalación, para estar á cubierto de las irrupciones de la campaña y prohibir se metiese é introdujese lo que se acostumbra en las ciudades cercadas. Los espacios que mediaban entre los fosos y los ejércitos estaban guarnecidos de piquetes, y fortificados los lugares ventajosos de trecho en trecho. Los aliados todos les acopiaban pertrechos y demás municiones que traían á Erbeso, y ellos, llevando y acarreando continuamente víveres de esta ciudad poco distante del campo, se proveían superabundantemente de todo lo necesario.

En este estado permanecieron las cosas casi cinco meses, sin poder alcanzar una parte de otra ventaja alguna decisiva, mas que las que ocurrían en las escaramuzas. Pero al cabo, hostigados los Cartagineses del hambre por la mucha gente que encerraba la ciudad (no eran menos de cincuenta mil almas), Anníbal, que mandaba las tropas sitiadas, no sabiendo ya qué hacerse en tales circunstancias, despachaba sin cesar correos á Cartago, para informarles del estado actual é implorar su socorro. En Cartago se embarcaron las tropas y elefantes que se pudieron juntar y las remitieron á Sicilia á Hannón, otro de sus comandantes. Este recoge los víveres y tropas en Heraclea, se apodera con astucia de la ciudad de Erbeso, y corta los víveres y demás provisiones necesarias á los ejércitos contrarios. De aquí provino que los Romanos, á un



tiempo sitiadores y sitiados, se hallaron en tal penuria y escasez de lo necesario, que muchas veces consultaron levantar el sitio; lo que hubieran ejecutado por último si Hierón con suma diligencia y cuidado no les hubiera provisto de aquello más preciso é indispensable.

## CAPÍTULO V.

Combate y toma de Agrigento por los Romanos.—Retirada de Annibal.—Primer pensamiento de hacerse marinos los Romanos, y preparativos para esta empresa.

Viendo Hannón á los Romanos debilitados de la peste y del hambre (262 años antes de J. C.), por ser poco sano el aire que respiraban; y al contrario, juzgando que sus tropas se hallaban en estado de combatir, coge los cincuenta elefantes que tenía con lo restante del ejército, y lo saca con diligencia fuera de Heraclea, intimando á la caballería nómida batiase la campaña, se acercase al foso de los contrarios, provocase su caballería, procurase atraerla al combate, y hecho esto, aparentase retroceder hasta incorporársele. Ejecutada esta orden por los Nómidas, y acercándose á uno de los campos, al punto la caballería romana se echó fuera y dió con valor sobre ellos. Estos se retiraron según la orden hasta que se juntaron con los de Hannón, donde ejecutado un cuarto de conversión se dejan caer sobre los enemigos, los rodean, matan muchos de ellos, y persiguen los restantes hasta el campo. Concluída esta acción, Hannón se acampó en un sitio que dominaba á los Romanos, amparándose de una colina llamada Toro, distante como diez estadios de los contrarios. Dos meses duraron las

cosas en este estado, sin ocurrir acción alguna decisiva, mas que los ligeros ataques diarios. Bien que Anníbal, con fanales y nuncios que incesantemente enviaba á Hannón desde la ciudad, le daba á entender que la multitud no podía sufrir el hambre, y muchos por la escasez desertaban al campo contrario. Entonces el Comandante cartaginés determinó aventurar la batalla. El romano no se inclinaba menos á esto, por las razones arriba apuntadas. Por lo cual, sacando uno y otro sus ejércitos al lugar que mediaba entre los dos campos, se vino á las manos. Mucho tiempo duró la batalla; pero al cabo los Romanos hicieron volver la espalda á los mercenarios cartagineses que peleaban en la vanguardia, y cayendo éstos sobre los elefantes y demás líneas que estaban detrás, fueron causa de que todo el ejército cartaginés se llenase de confusión y espanto. La huida fué general, los más quedaron sobre el campo, algunos se salvaron en Heraclea, y la mayor parte de elefantes, con todo el bagaje, quedó por los Romanos.

Venida la noche, la alegría de una acción tan memorable y el cansancio de la tropa hizo relajar la disciplina en las centinelas. Anníbal, que no hallaba remedio en sus negocios, juzgó que esta negligencia le presentaba una oportuna ocasión para salvarse. Sale á media noche de la ciudad con sus tropas mercenarias, ciega los fosos con cestos llenos de paja, y saca su ejército indemne sin que lo perciban los contrarios. Los Romanos, que advirtieron lo sucedido con la luz del día, pican por el pronto, aunque ligeramente, la retaguardia de los de Anníbal; pero poco después se arrojan sobre las puertas de la ciudad, y no hallando resistencia la saquean con furor, y se hacen dueños de multitud de esclavos y de un rico botín de toda especie.

Llevada la noticia al Senado romano de la toma de Agrigento, se alegró infinito y concibió grandes esperanzas. Ya no se aquietaba con sus primeras ideas, ni le bastaba haber salvado á los Mamertinos y haberse enriquecido con los despojos de esta guerra. Se prometía nada menos de que sería fácil arrojar enteramente los Cartagineses de la isla, y que ejecutado esto tomarían un gran ascendiente sus negocios; á esto se reducían sus conversaciones y este era el objeto de sus pensamientos. Y á la verdad, veían que por lo perteneciente á las tropas de tierra iban las cosas á medida de sus deseos. Pues les parecía que L. Valerio y T. Octacilio, cónsules nombrados en lugar de los que habían sitiado á Agrigento (261 años antes de J. C.), administraban á satisfacción los negocios de Sicilia. Pero poseyendo los Cartagineses el imperio del mar sin disputa, estaba en balanzas el éxito de la guerra. Pues aunque en los tiempos inmediatos después de tomada Agrigento, muchas ciudades mediterráneas habían aumentado el partido de los Romanos por temor á sus ejércitos de tierra, muchas más aún marítimas lo habían abandonado temiendo la escuadra cartaginesa. De donde persuadiéndose más y más que la balanza de la guerra era dudosa á una y otra parte por lo arriba expuesto, y sobre todo, que la Italia era talada muchas veces por la escuadra enemiga, mientras que el Africa al cabo no experimentaba extorsión alguna, resolvieron echarse al mar á ejemplo de los Cartagineses.

No fué este el menor motivo que me impelió á hacer una relación más circunstanciada de la guerra de Sicilia, para que así no se ignorase su principio, de qué modo, en qué tiempo y por qué causas se hicieron marinos por primera vez los Romanos. La consideración de que la guerra se iba dilatando, les sus-

citó por primera vez el pensamiento de fabricar cien galeras de cinco órdenes de remos y veinte de á tres. Pero les servía de grande embarazo el ser sus constructores totalmente imperitos en la fábrica de estos buques de cinco órdenes, por no haberlos usado nadie hasta entonces en la Italia. Por aquí se puede conjeturar con particularidad el magnánimo y audaz espíritu de los Romanos. Sin tener los aprestos, no digo proporcionados, pero ni aun los absolutamente precisos, sin haber jamás formado idea del mar, les viene entonces ésta por primera vez al pensamiento, y la emprenden con tanta intrepidez, que antes de hacer experiencia del proyecto se proponen prontamente dar una batalla naval á los Cartagineses, que de tiempo inmemorial tenían el imperio incontestable del mar. Sirva de prueba para la verdad de lo que acabo de referir y su increíble audacia, que cuando intentaron la primera vez trasportar sus ejércitos á Messina, no sólo no tenían naves con cubierta, pero ni aun absolutamente embarcaciones de transporte, ni siquiera una falúa. Antes bien, tomando en arriendo buques de cincuenta remos y galeras de tres órdenes de los Tarentinos, Locres, Eleatos y Napolitanos pasaron en ellas con arrojo sus soldados. Durante este transporte de tropas los Cartagineses les atacaron junto al estrecho, y uno de sus navíos con puente, deseoso de batirse se acercó tanto, que encallado sobre la costa, vino á poder de los Romanos, de cuyo modelo se sirvieron para construir á su similitud toda la armada. De suerte, que á no haber acaecido este accidente, sin duda su impericia les hubiera imposibilitado llevar á cabo la empresa.

Mientras que unos, á cuyo cargo estaba la construcción, se ocupaban en la fábrica de los navíos, otros, completando el número de marineros, los ense-

ñaban á remar en la tierra de esta manera: sentábanlos sobre los remos en la ribera, haciéndoles observar el mismo orden que sobre los bancos de los navíos. En medio de ellos estaba un comandante, que los acostumbraba á todos á levantar á un tiempo el remo inclinándolo hacia sí las manos, y á bajarlo impeliéndolas hacia afuera, para comenzar y acabar los movimientos á la voluntad del que los mandaba. Preparadas así las cosas y concluídos los navíos, los echan al mar, y, poco expertos á la verdad en la marina, costean la Italia á las órdenes del Cónsul.

## CAPÍTULO VI.

Sorpresa de Lipari por Cn. Cornelio, malograda.—Imprudencia de Anníbal.—Instrumento de Duilio para atacar.—Batalla naval de Mila y victoria por los Romanos.—Muerte de Amílcar, y toma de algunas ciudades.

Cn. Cornelio, que mandaba las fuerzas navales de los Romanos (260 años antes de J. C.), intimada la orden pocos días antes á los capitanes de navío para que después de aprestada la escuadra hiciesen vela hacia el estrecho, sale al mar con diez y siete navíos y toma la delantera hacia Messina, con el cuidado de tener pronto lo necesario para la armada. Durante su mansión en este puerto se le presentó la ocasión de sorprender la ciudad de los Liparos, y abrazando el partido sin la reflexión conveniente, marcha con los dichos navíos y da fondo en la ciudad. Anníbal, capitán de los Cartagineses que á la sazón estaba en Palermo, enterado de lo acaecido destaca allá con veinte navíos al senador Boodes, quien, navegando de noche, bloquea en el puerto á los del Cónsul. Venido el día, los

marineros echaron á huir á tierra, y Cneio, sorprendido y sin saber qué hacerse, se rindió por último á los contrarios. Los Cartagineses con esto, apoderados de las naves y del comandante enemigo, marcharon al instante á donde estaba Anníbal. Pocos días después, en medio de haber sido tan ruidosa y estar aún tan reciente la desgracia de Cneio, le faltó poco al mismo Anníbal para no incurrir á las claras en el mismo yerro. Porque oyendo decir que estaba cerca la escuadra romana que costeaba la Italia, deseoso de enterarse por sí mismo de su número y total ordenanza, sale del puerto con cincuenta navíos, y doblando el promontorio de Italia, cae en manos de los enemigos que navegaban en orden y disposición de batalla, pierde la mayor parte de sus buques, y fué un milagro que él se salvase con los que le quedaban. Los Romanos después, acercándose á las costas de Sicilia y enterados de la desgracia sucedida á Cneio, dan aviso al instante á C. Duilio, que mandaba las tropas de tierra, y esperan su venida. Al mismo tiempo, oyendo que no estaba distante la escuadra enemiga, se preparan para el combate.

Sin duda al ver sus navíos de una construcción tosca y de tardos movimientos, les sugirió alguno el invento para la batalla, que después se llamó *cuervo*; cuya estructura era de esta manera: se ponía sobre la proa del navío una viga redonda, cuatro varas de larga y tres palmos de diámetro de ancha; en el extremo superior tenía una garrucha, y alrededor estaba clavada una escalera de tablas atravesadas, cuatro pies de ancha y seis varas de larga. El agujero del entablado era oblongo y rodeaba la viga desde las dos primeras varas de la escalera. A lo largo de los dos costados tenía una baranda que cubría hasta las rodillas, y en su extremo una especie de pilón de hierro que re-

mataba en punta, de donde pendía una argolla; de suerte que toda ella se asemejaba á las máquinas con que se muele la harina. De esta argolla pendía una maroma, con la cual, levantando los *cuervos* por medio de la garrucha que estaba en la viga, los dejaban caer en los embestimientos de los navíos sobre la cubierta de la embarcación contraria, unas veces sobre la proa, otras haciendo un círculo sobre los costados, según los diferentes encuentros. Cuando los *cuervos*, clavados en las tablas de las cubiertas, asían algún navío, si los costados se llegaban á unir uno con otro, le abordaban por todas partes; pero si lo aferraban por la proa, saltaban en él de dos en dos por la misma máquina. Los primeros de éstos se defendían con sus escudos de los golpes que venían rectos, y los segundos, poniendo sus rodelas sobre la baranda, precavían los costados de los oblicuos. De este modo dispuestos, no esperaban más que la ocasión de combatir.

Al punto que supo C. Duilio el descalabro del jefe de la escuadra, entregando el mando de las tropas de tierra á los tribunos, marchó á la armada, é informado de que los enemigos talaban los campos de Mila, salió del puerto con toda ella. Los Cartagineses, á su vista, ponen á la vela con gozo y diligencia ciento y treinta navíos, y despreciando la impericia de los Romanos no se dignan poner en orden de batalla, antes bien, como que iban á un despojo seguro, navegan todos vueltas las proas á sus contrarios. Mandábalos Annibal, el mismo que había sacado de noche sus tropas de Agrigento. Montaba una galera de siete órdenes de remos, que había sido del Rey Pirro. Al principio los Cartagineses se sorprendieron de ver, al paso que se iban acercando, los *cuervos* levantados sobre las proas de cada navío, extrañando la estruc-

tura de semejantes máquinas. No obstante, llenos de un sumo desprecio por sus contrarios, acometieron con valor los que iban en la vanguardia. Pero al ver que todos los buques que se acercaban quedaban aferrados por las máquinas, que estas mismas servían de conducto para pasar las tropas y que se venía á las manos sobre los puentes, parte de los Cartagineses fueron muertos, parte asombrados con lo acaecido se rindieron. Fué esta acción semejante á un combate de tierra. Perdieron los treinta navíos que primero entraron en la acción, con sus tripulaciones. Entre ellos fué también tomado el que montaba Anníbal; pero él escapó con arrojo en un esquife como por milagro. El resto de la armada hacía vela con el designio de atacar al enemigo, pero advirtiéndoles la proximidad el estrago de su primera línea, se apartó y evitó los choques de las máquinas. No obstante, fiados en la agilidad de sus buques, contaban poder acometer sin riesgo al enemigo, rodeándole unos por los costados y otros por la popa. Mas viendo que por todas partes se les oponían y amenazaban estas máquinas y que por precisión habían de ser asidos los que se acercasen, atónitos con la novedad de lo ocurrido, toman al fin la huida, después de pérdidas en la acción cincuenta naves.

Los Romanos, lograda una satisfacción tan increíble en el mar, concibieron doblado valor y espíritu para proseguir la guerra. Desembarcaron en la Sicilia, hicieron levantar el sitio de Egesta, que estaba en el último extremo, y partiendo de allí, tomaron á viva fuerza la ciudad de Macella. Después de la batalla naval, Amílcar, capitán de los Cartagineses, que mandaba las tropas de tierra y á la sazón se hallaba en Palermo, informado de que se había originado cierta disensión en el campo enemigo entre los Romanos y



sus aliados sobre la primacía en los combates, y cerciorado de que éstos campaban por sí solos entre Páropo y los Termas Himerenses, da sobre ellos de repente con todo el ejército cuando estaban levantando el campo, y mata cerca de cuatro mil. Ejecutada esta acción, marchó á Cartago con los navíos que le habían quedado salvos, y de allí á poco pasó á Cerdeña, tomando otros navíos montados por algunos de los triarcaras de mayor fama. Poco tiempo después, sitiado por los Romanos en cierto puerto de Cerdeña (isla que desde que los Romanos pusieron el pie en el mar se propusieron conquistarla), perdidas allí muchas de sus naves, le echaron mano los Cartagineses que se habían salvado, y al punto le crucificaron.

En el año siguiente (259 antes de J. C.) no hicieron cosa memorable los ejércitos Romanos que estaban en Sicilia. Pero venidos que fueron los sucesores cónsules A. Atilio y C. Sulpicio, marcharon contra Palermo, por estar allí las tropas cartaginesas en cuarteles de invierno. En efecto, acercados los Cónsules á la ciudad, pusieron todo su ejército en batalla (258 años antes de J. C.); pero no presentándose los enemigos, marchan de allí contra Ippana, y al instante la toman por asalto. Tomaron también á Mitistrato, cuya natural fortaleza había hecho resistir el sitio mucho tiempo. La ciudad de los Camaríneos, que poco antes había abandonado su partido, fué igualmente ocupada, después de avanzadas las obras y derrocados sus muros. Enna y otros muchos lugares de menor consideración de los Cartagineses sufrieron la misma suerte. Concluída esta campaña, emprendieron sitiar la ciudad de los Liparos.

## CAPÍTULO VII.

Descalabro recíproco de Romanos y Cartagineses.—Orden y disposición de sus armadas.—Batalla de Ecnomo, y victoria por los Romanos.

El año siguiente (257 antes de J. C.), C. Atilio, cónsul romano, habiendo arribado á Tindarida, y advirtiendo que la escuadra cartaginesa navegaba sin orden, previene á sus tripulaciones que le sigan, y él parte con anticipación acompañado de diez navíos. Los Cartagineses, que vieron á los enemigos, unos montar sobre sus buques, otros estar ya fuera del puerto, y entre aquéllos y éstos mediar una gran distancia, se vuelven, les hacen frente, y rodeándoles, echan á pique todos los otros, menos el del Cónsul, que por poco no fué apresado con toda la gente; pero la buena marinería de que estaba tripulado y la agilidad de movimientos, le salvaron felizmente del peligro. Los restantes navíos romanos, que venían poco á poco, se reúnen, y situándose de frente, acometen á los enemigos, apresan diez buques con sus tripulaciones, echan ocho á fondo, y el resto se retira á las islas de Lipari. Como de esta acción unos y otros juzgasen que habían salido con iguales pérdidas, todo su conato fué aumentar fuerzas navales y disputarse el imperio de la mar. Durante este tiempo, los ejércitos de tierra no hicieron cosa alguna memorable; únicamente se ocuparon en expediciones leves y de corto momento. Pero las armadas navales, preparadas como queda dicho, se hicieron á la vela en la primavera siguiente. Los Romanos aportaron á Messina con trescientos treinta navíos largos y con puente, de

donde salieron, y dejando la Sicilia á la derecha, doblado el cabo Pachino, pasaron de parte allá de Ecnomo, por estar acampado en aquellos contornos el ejército de tierra. Los Cartagineses salieron al mar con trescientos cincuenta navíos con puente, tocaron primero en Lilibea, y de allí dieron fondo en Heraclea de Minos.

El objeto de los Romanos era marchar al África y pasar allí el teatro de la guerra, para que de este modo los Cartagineses no cuidasen defender la Sicilia, sino su propia patria y personas. Los Cartagineses pensaban al contrario: consideraban que el África era de fácil arribo; que una vez entrados los Romanos, toda la gente de la campiña se les rendiría sin resistencia; y así, lejos de consentirlo, procuraban aventurar el trance de una batalla naval. Dispuestos de este modo, unos á hacer una irrupción y otros á rebatirla, bien se dejaba conocer de la obstinación de uno y otro pueblo, que amenazaba un próximo combate. Los Romanos hacían los preparativos para en uno y otro caso, bien se hubiese de pelear por mar, bien se hubiese de hacer un desembarco por tierra. Por lo cual, entresacada de sus ejércitos la flor de las tropas, dividieron toda la armada que habían de llevar en cuatro partes. Cada una de ellas tuvo dos denominaciones. La primera se llamó la *primera legión* y la *primera escuadra*, y así de las demás. La cuarta no tuvo nombre; se la llamó *Triarios*, como se la acostumbraba llamar en los ejércitos de tierra. El total de esta armada era de ciento y cuarenta mil hombres; de suerte que cada navío llevaba trescientos remeros, y ciento y veinte soldados de armas. Los Cartagineses, por su parte, se preparaban con sumo estudio y cuidado para un combate naval. El total de su ejército, según el número de buques, ascendía á más de ciento cincuenta mil

hombres. A vista de esto, ¿quién, al considerar tan prodigiosa multitud de hombres y navíos, podrá, no digo mirar, pero ni aun oír sin asombro la importancia del peligro, y la grandeza y poder de las dos repúblicas?

Los Romanos, reflexionando que á ellos convenía bogar en alta mar, y que los enemigos les excedían en la ligereza de sus buques, procuraron formar un orden de batalla resguardado por todas partes y difícil de romper por los contrarios. Para esto, los dos navíos de seis órdenes, que montaban los cónsules M. Atilio Régulo y L. Manlio (256 años antes de J. C.), fueron puestos paralelamente los primeros al frente. Detrás de cada uno de ellos ordenaron uno por uno los navíos en orden sucesivo. Al uno seguía la primera escuadra, y al otro la segunda; pero siempre haciendo mayor el intervalo, á medida que cada buque de cada división se iba situando; de suerte que sucediéndose los unos á los otros, todos miraban con las proas hacia fuera. Ordenadas de este modo la primera y segunda escuadra á manera de ángulo, pusieron detrás la tercera de frente en línea recta, con cuya situación todo el orden de batalla figuraba un triángulo perfecto. A éstas se seguían las embarcaciones de carga, tiradas á remolque por los navíos de la tercera escuadra. A espaldas de ésta colocaron la cuarta, llamada de los Triarios, de tal suerte prolongada sobre una línea recta, que superase uno y otro costado de los que tenía delante. Dispuestas del modo dicho todas las divisiones, el total de la formación representaba un triángulo, cuya parte superior estaba hueca y la base sólida; pero el todo, fuerte, propio para la acción, y difícil de romper.)

Durante este tiempo, los jefes cartagineses, exhortando brevemente sus tropas, y haciéndolas ver que

ganada la batalla naval únicamente tendrían que defender la Sicilia, pero que si eran vencidas aventuraban su propia patria y familias, dan la orden de embarcar. Los soldados ejecutaron prontamente el mandato, por pronosticar del éxito según lo que acababan de oír, y con buen ánimo y resolución se hicieron á la vela. Pero advirtiendo sus jefes la formación de los contrarios, y adaptándose á ella, situaron las tres divisiones de su armada sobre una línea, prolongando el ala derecha hacia el mar en ademán de rodear á los enemigos, vueltas contra ellos las proas de todos sus navíos. La cuarta división, de que se componía el ala izquierda de toda su formación, estada ordenada en forma de tenaza, inclinada hacia la tierra. El ala derecha, compuesta de los navíos y quinquereemes más propios por su ligereza para desconcertar las alas de los contrarios, la mandaba Hannón, aquel que había sido vencido en el sitio de Agrigento. La izquierda estaba al cuidado de Amílcar, aquel que se batió en el mar junto á Tindarida, y el que en esta ocasión, haciendo que cargase el peso de la batalla en el centro de la formación, usó de esta estratagema durante el combate.

Apenas advirtieron los Romanos que los Cartagineses se extendían sobre una simple línea, atacaron el centro, y por aquí se dió principio á la acción. Amílcar, entonces, para desunir la formación de los Romanos, mandó al instante á su centro echase á huir. En efecto, retiróse éste con diligencia, y los Romanos iban con valor en su seguimiento. La primera y segunda escuadra perseguía á los que huían; mientras que la tercera, que remolcaba las embarcaciones de carga, y la cuarta, donde estaban los Triarios destinados á su defensa, quedaban separadas. Cuando pareció á los Cartagineses que la primera y segunda

estaban á una gran distancia de las otras, entonces puesta una señal sobre el navío de Amílcar, al punto se vuelve toda la armada y ataca á los que la perseguían. Grande fué la refriega que se originó de una y otra parte. Los Cartagineses llevaban mucha ventaja en la pronta maniobra de sus buques y en la facilidad de acercarse y retirarse con ligereza; pero el valor de los Romanos en los ataques, el aferrar los *cuervos* á los que una vez se acercaban, la presencia de los dos Cónsules que combatían á su frente, y á cuya vista se excedía el soldado, no les inspiraba menos confianza que á los Cartagineses. Tal era la situación del combate por esta parte.

Durante este tiempo, Hannón, á cuyo cargo estaba el ala derecha, que desde el principio de la acción había subsistido separada, tomando altura dió sobre los navíos de los Triarios y los puso en grande aprieto y congoja. Los Cartagineses que estaban situados cerca de tierra se ordenan de frente en vez de la formación que antes tenían, y vueltas las proas, acometen á los que remolcaban los barcos de carga. Estos, dejadas las cuerdas, vienen á las manos y se baten con sus contrarios. De suerte que el total de la acción estaba dividida en tres partes, y otros tantos eran los combates navales, mediando mucha distancia entre unos y otros; y como las divisiones de una y otra armada eran iguales, según la separación que habían hecho al principio, acaecía que lo era también el peligro; pues en cada una de ellas se verificaba justamente lo que de ordinario sucede, cuando es en un todo igual el poder de los combatientes. Pero al fin vencieron los primeros, porque forzados los de Amílcar echaron á huir, y Manlio unió á los suyos los navíos que había apresado. Régulo, luego que advirtió el peligro en que se hallaban los Triarios y las em-

barcaciones de carga, marcha prontamente á su socorro con los navíos de la segunda escuadra que le habían quedado ilesos. Con su venida y ataque que hace á los de Hannón, los Triarios, que estaban ya para ceder malamente, se recobran y vuelven á tomar espíritu para la carga. Los Cartagineses entonces hostigados, ya por los que les atacaban de frente, ya por los que les acometían por la espalda, y rodeados por el nuevo socorro cuando menos lo pensaban, cedieron y echaron á huir á alta mar.

Durante este tiempo, vuelto ya Manlio de su primer combate, advierte que el ala izquierda de los Cartagineses tenía arrinconada la tercera escuadra sobre la costa: llega también Régulo á la sazón, después de haber dejado en salvo el convoy y los Triarios, y emprenden uno y otro socorrer á los que peligraban. Estaban ya éstos como sitiados, y sin duda hubieran perecido. Pero el respeto de los Cartagineses á los *cuervos* se contentaba con tenerlos bloqueados y cercados contra la costa, y el temor de ser aferrados no les dejaba acercar para atacarlos. Llegados que fueron los Cónsules, cercan prontamente á los Cartagineses, apresan cincuenta navíos con sus equipajes, y sólo unos pocos se escapan virando hacia tierra. Esta es la relación de la batalla, contada por partes. La ventaja de toda ella quedó por los Romanos. De éstos perecieron veinticuatro navíos; de los Cartagineses, más de treinta; de los Romanos, ningún navío con tripulación vino á poder de los contrarios; de los Cartagineses, sesenta y cuatro.

## CAPÍTULO VIII.

Pasan al África los Romanos y toman á Aspis.—M. Atilio Régulo queda solo en África.—Batalla de Adis y victoria por los Romanos.—Reprueba Cartago las proposiciones de paz que M. Atilio la propone.

Después de esta victoria, los Romanos acopiaron mayores provisiones, carenaron los navíos que habían apresado, y cuidando de la marinería con el esmero competente á lo bien que se había portado, se hicieron á la vela, dirigiendo su rumbo al África. Su primera división abordó al promontorio de Hermea, el cual, situado al frente del golfo de Cartago, se introduce en el mar mirando á la Sicilia. Aquí esperaron los navíos que venían detrás, y reunida toda la armada, costean el África, hasta llegar á la ciudad llamada Aspis. Hecho aquí el desembarco, sacaron sus buques á tierra, y rodeados de un foso y trinchera, disponen sitiar la ciudad, por no haberla querido entregar de buena voluntad sus moradores.

Vueltos á su patria los Cartagineses que habían salido salvos del combate naval, y persuadidos á que la victoria ganada ensoberbecería á los contrarios y los encaminaría prontamente á la misma Cartago, habían defendido con tropas de tierra y fuerzas navales los puestos avanzados de la ciudad. Pero desengañados de que los Romanos con efecto habían hecho su desembarco y tenían sitiada á Aspis, desistieron de observar el rumbo de su venida, levantaron tropas y fortificaron la ciudad y sus contornos. Apoderados de Aspis los Romanos, dejan una competente guarnición para resguardo de la ciudad y su país, y enviados le-



gados á Roma que diesen parte de lo ocurrido, se informasen de lo que se debía hacer y cómo se habían de portar en adelante, marchan después prontamente con todo su ejército, y comienzan á talar la campaña. No hallaron resistencia alguna, por lo cual arruinaron muchas quintas magníficamente construidas, robaron infinidad de ganado cuadrúpedo, y embarcaron en sus navíos más de veinte mil esclavos. Durante este tiempo vuelven de Roma los legados con la resolución del Senado de que era preciso que uno de los cónsules subsistiese, quedándose con las fuerzas correspondientes, y el otro condujese á Roma la armada. Régulo fué el que se quedó con cuarenta navíos, quince mil infantes y quinientos caballos. L. Manlio, con los marineros é infinidad de cautivos, pasando sin riesgo por la Sicilia, llegó á Roma.

Apenas advirtieron los Cartagineses que los enemigos se preparaban para una guerra más dilatada, eligieron primeramente entre sí dos comandantes, Asdrúbal, hijo de Annón, y Bostar, y enviaron después á decir á Amílcar, á Heraclea, que se restituyese cuanto antes. Éste, con quinientos caballos y cinco mil infantes, viene á Cartago, y nombrado tercer comandante delibera con Asdrúbal sobre el estado actual de los negocios. Convinieron en que se debía defender la provincia y no permitir que el enemigo la talase impunemente. Pocos días después (256 años antes de J. C.) Régulo sale á campaña, toma por asalto los castillos que no tenían muros y pone sitio á los que los tenían. Llegado que hubo á Adis, ciudad importante, sitúa sus reales alrededor de ella y emprende con calor las obras y el cerco. Los Cartagineses se dieron prisa á socorrer la ciudad, y en la firme inteligencia que libertarían las campiñas de la tala, sacaron su

ejército, ocuparon una colina que dominaba á los contrarios, aunque incómoda á sus propias tropas, y se acamparon en ella. Tener puestas sus principales esperanzas en la caballería y los elefantes y desamparar el país llano encerrándose en lugares ásperos é inaccesibles, era mostrar á los enemigos lo que debían hacer para ofenderlos. En efecto, sucedió así. Desengañados por la experiencia los capitanes romanos de que lo desventajoso del sitio inutilizaba lo más eficaz y temible del ejército contrario, sin aguardar á que descendiese al llano y se pudiese en batalla se aprovechan de la ocasión y suben la colina por una y otra parte al rayar el día. La caballería y los elefantes de los Cartagineses fueron absolutamente inútiles. Los soldados extranjeros se defendieron con generoso valor é intrepidez, y obligaron á ceder y huir la primera legión; pero atacados después, y cercados por los que montaban la colina por la otra parte, tuvieron que volver la espalda. Después de esto, todo el campo se disipó. Los elefantes y la caballería ganaron el llano lo más pronto que pudieron, y se pusieron en salvo. Los Romanos persiguieron la infantería por algún tiempo, robaron el real enemigo, y después, batida toda la campaña, saquearon las ciudades impunemente. Hechos señores de Túnez, se acantonaron en ella, ya por la comodidad que tenía para las incursiones que meditaban, ya también por estar en una situación ventajosa para infestar á Cartago y sus contornos.

Los Cartagineses, vencidos poco antes sobre el mar y ahora sobre la tierra, no por el poco espíritu de sus tropas, sino por la imprudencia de los capitanes, se hallaban en una situación lamentable de todos modos. A esto se añadía que, invadida su provincia por los Númidas, les causaban éstos mayores daños que

los Romanos. De que provenía que, refugiados por el miedo los de la campaña á la ciudad, estaba ésta en una suma consternación y penuria, causada en parte por la multitud, y en parte por la probabilidad de un asedio. Régulo, que veía frustradas las esperanzas de los Cartagineses por mar y tierra, se juzgaba casi señor de Cartago. Pero el temor de que el Cónsul que había de venir de Roma á sucederle no se llevase el honor de haber concluído la guerra, le impelió á exhortar á los Cartagineses á un ajuste. Fué éste oído con agrado, y se envió á los principales de la ciudad, quienes, confiriendo con el Cónsul, distaron tanto de avenirse con ninguna de las proposiciones que se les hacía, que ni aun pudieron oír con paciencia lo insoportable de las condiciones que les quería imponer. En efecto, Régulo, como absoluto vencedor, creía debían reputar por gracia y especial favor todo cuanto les concediese. Los Cartagineses, al contrario, considerando que, aun en el caso de ser sujetados, no les podía sobrevenir carga más pesada que la que entonces se les imponía, no sólo se tornaron agriados con semejantes propuestas, sino también ofendidos de la dureza de Régulo. El Senado de Cartago, oída la propuesta del Cónsul, aunque perdidas casi las esperanzas de todo remedio, conservó no obstante tal espíritu y grandeza de ánimo que eligió antes sufrirlo todo, padecerlo todo y tentar cualquier fortuna, que tolerar ninguna cosa indecorosa é indigna á la gloria de sus anteriores acciones.

## CAPÍTULO IX.

Llega Jantippo á Cartago, y se le entrega el mando de las tropas.—Ordenanza de Cartagineses y Romanos.—Batalla de Túnez y victoria por los Cartagineses.—Reflexiones sobre este acaecimiento.

Por este tiempo (255 años antes de J. C.) llegó á Cartago cierto conductor, de los que habían sido anteriormente enviados á la Grecia, trayendo consigo un gran reemplazo de tropas, entre las que venía un cierto Jantippo Lacedemonio, criado á la manera de su país y bastante instruido en el arte de la guerra. Éste, informado por una parte del descalabro acaecido á los Cartagineses, y del cómo y de qué manera había pasado; por otra contemplando los preparativos que aun les restaban y el número de su caballería y elefantes, prontamente echó la cuenta y declaró á sus amigos que los Cartagineses no habían sido vencidos por los Romanos, sino por la impericia de sus comandantes. Divulgada prontamente por los circunstantes entre la plebe y los generales la conversación de Jantippo, determinan los magistrados llamar y hacer experiencia de este hombre. En efecto, viene, les hace ver las razones que le asistían, demuestra los defectos en que habían incurrido, y asegura que si le dan crédito y se aprovechan de los lugares llanos, tanto en las marchas como en los campamentos y ordenanzas, podrían fácilmente no sólo recobrar la seguridad para sus personas, sino triunfar de sus enemigos. Los jefes aplaudieron sus razones, y persuadidos le confiaron al instante el mando de las tropas.

Cuando se divulgó entre el pueblo la voz de Jan-

tippo, corría ya un cierto rumor y fama que hacía concebir de él á todos grandes esperanzas. Pero cuando sacó el ejército delante de la ciudad, le puso en formación, y comenzó, dividido en trozos, á hacer evoluciones y á mandar según las reglas del arte, se reconoció en él tanta superioridad respecto de la impericia de los anteriores comandantes, que todos atestiguaron á voces la impaciencia de batirse sin dilación con los contrarios, en la firme inteligencia de que no podía suceder cosa adversa bajo la conducta de Jantippo. Con estas disposiciones, aunque los jefes reconocieron que las tropas habían recobrado un espíritu indecible, no obstante las exhortaron según la ocasión lo requería, y pocos días después se puso en marcha el ejército. Se componía éste de doce mil infantes, cuatro mil caballos, y casi cien elefantes.

Cuando los Romanos advirtieron que los Cartagineses hacían las marchas y situaban sus campamentos en lugares llanos y descampados, en medio de que en esto les sorprendía la novedad, no obstante, seguros del éxito, deseaban con ansia venir á las manos. En efecto, se fueron acercando, y camparon el primer día á diez estadios de los enemigos. En el siguiente tuvieron consejo los jefes cartagineses sobre lo qué y cómo se había de obrar en el caso presente. Pero las tropas, impacientes por el combate, se amontonan en corrillos, claman por el nombre de Jantippo, y piden que se las saque cuanto antes. A vista de este ímpetu y deseo del soldado, junto con el asegurar Jantippo que no había que dejar pasar la ocasión, ordenaron los capitanes que estuviese pronta la armada, y dieron facultad al Lacedemonio para que usase del mando conforme le pareciese que convenía. Revestido de este poder, sitúa sobre una línea los elefantes al frente todo el ejército. A espaldas de las bestias co-

loca la falange cartaginesa en una distancia proporcionada. Las tropas extranjeras, á unas las entromete en el ala derecha, y otras, las más ágiles, las ordena con la caballería al frente de una y otra ala.

Luego que vieron los Romanos formarse á sus contrarios, salieron al frente en buena ordenanza. Pero asombrados por prever el ímpetu de los elefantes, ponen al frente los velites, sitúan á la espalda muchos manípulos espesos, y dividen la caballería sobre las dos alas. Por el hecho mismo de ser toda su formación menos espaciosa que antes, pero más profunda, estaban bellamente dispuestos para resistir el choque de las fieras; pero para contrarrestar el de la caballería, que era mucho más superior que la suya, lo erraron de medio á medio. Después que ambas armadas se situaron á medida de su capricho, y cada línea ocupó el lugar que la correspondía, permanecieron en formación, aguardando el tiempo de venir á las manos.

Lo mismo fué mandar Jantippo á los conductores de los elefantes que avanzasen y rompiesen las líneas de los enemigos, y á la caballería que los ciñese y atacase por ambas alas, que acometer también los Romanos con grande estrépito de armas y algazara según la costumbre. La caballería romana, por ser la de los Cartagineses mucho mayor, desamparó al instante el puesto en una y otra ala. La infantería situada sobre el ala izquierda, parte por evitar el ímpetu de las fieras, parte por desprecio de las tropas extranjeras, atacó la derecha de los Cartagineses, y haciéndola volver la espalda, la rechazó y persiguió hasta el campo. Las primeras líneas que estaban al frente de los elefantes, agobiadas, repelidas y atropelladas por la violencia de estos animales, murieron á montones con las armas en las manos. El resto de la formación

por la profundidad de sus filas perseveró sin desunirse hasta cierto tiempo; pero cuando las últimas líneas, cercada por todas partes de la caballería, se vieron en la precisión de hacer frente para pelear, y las primeras que habían abierto paso por medio de los elefantes, puestas estas fieras á la espalda, encontraron con la falange cartaginesa, intacta aún y coordinada que las pasaba á cuchillo; entonces, fatigados por todas partes los Romanos, la mayor parte fué oprimida por el enorme peso de estos animales, el resto sin salir de formación fué asaetado por la caballería, y sólo unos pocos tomaron la huída. Pero como el país era llano, unos murieron á manos de los elefantes y de la caballería; otros hasta quinientos que huían con Régulo, fueron poco después hechos prisioneros y traídos vivos con el mismo Cónsul. Los Cartagineses perdieron en esta acción ochocientos soldados extranjeros, que estaban opuestos á la izquierda de los Romanos. De éstos únicamente se salvaron dos mil, que persiguiendo al enemigo, como hemos dicho, se echaron fuera de la batalla. Todos los demás quedaron sobre el campo, á excepción del cónsul Régulo y los que con él huyeron. Las cohortes romanas que se salvaron se refugiaron á Aspís como por milagro. Y los Cartagineses, ufanos con el suceso, volvieron á la ciudad, después de haber despojado los muertos, llevando consigo al Cónsul y demás prisioneros.

Reflexione cualquiera atentamente sobre este paso, y hallará infinito conducente al arreglo de vida de los mortales. La desdicha que acaba de suceder á Régulo es una evidencia de que aun en las prosperidades debemos desconfiar de la fortuna. El que poco antes no daba lugar á la conmiseración ni cuartel al vencido, se ve hoy reducido á suplicar á este mismo por su propia vida. Parece que lo que en otro tiempo dijo tan

al caso Eurípides, *que un buen consejo vale más que muchas manos*, lo está ahora comprobando la misma experiencia. Un solo hombre, un solo consejo; derrota ejércitos al parecer invencibles y disciplinados; al paso que restablece una república que visiblemente se iba á arruinar de todo punto y recobra los espíritus abatidos de sus tropas. He hecho mención de estos avisos para corrección de los que lean estos comentarios. Pues siendo dos los caminos que tienen de enmendar sus defectos los mortales, el de sus propias infelicidades ó el de las ajenas, aquel que nos conduce por nuestros domésticos infortunios es sin duda más eficaz, pero más seguro el que nos guía por los ajenos. Por lo cual, de ningún modo debemos elegir voluntariamente el primero, porque nos adquiere la corrección á costa de muchas penas y trabajos; pero el segundo lo debemos andar siempre buscando, porque sin riesgo alguno nos hace verlo mejor. Á vista de esto, debemos estar persuadidos, que el mejor estudio para morigerar las costumbres es el que se hace en la escuela de una fiel y exacta historia. Porque sola ella en todo tiempo y ocasión nos provee sin peligro de saludables avisos para lo mejor. Pero esto basté de moralidades.

## CAPÍTULO X.

Regreso de Jantippo á su patria. — Victoria naval de los Romanos. — Tempesta que éstos sufren. — Carácter del pueblo romano. — Toma de Palermo.

Los Cartagineses, habiéndoles salido las cosas á medida del deseo, no perdonaron exceso alguno de alegría, ya tributando á Dios repetidas gracias, ya ejer-



ciendo entre sí mutuos oficios de benevolencia. Pero Jantippo, que había hecho tomar tal ascendiente y aspecto á los intereses de Cartago, se volvió á marchar de allí á poco, después de bien pensado y reflexionado el asunto. Las acciones gloriosas y extraordinarias acarrear por lo regular, ya negras envidias, ya vehementes calumnias. Estas en su patria los naturales las pueden soportar, por la multitud de parentescos y amistades; pero á los extranjeros cualquiera de ellas es fácil de arrollar y exponer á un precipicio. De diverso modo se cuenta la partida de Jantippo; pero yo procuraré manifestar mi dictamen valiéndome de ocasión más oportuna.

Los Romanos, recibida la noticia de lo acaecido en el África cuando menos la esperaban, pensaron al momento equipar una armada y sacar del peligro la gente que había quedado salva del combate. Los Cartagineses al contrario, con el anhelo de someter estas tropas, habían acampado y puesto sitio á Aspís; pero no pudiendo tomarla por el espíritu y valor de los que la defendían, tuvieron al fin que levantar el cerco. Con el aviso que recibieron de que los Romanos equipaban una flota, en la que habían de venir otra vez al África, repararon parte de sus navios y construyeron otros de nuevo. Con lo que tripulados prontamente doscientos de ellos, se hicieron á la vela, para observar la venida de los contrarios.

Al principio del estío (255 años antes de J. C.) los Romanos, botados al mar trescientos cincuenta navios, entregan el mando de ellos á Marco Emilio y Servio Fulvio, y se hacen á la vela. Costeaba esta flota la Sicilia como quien mira al África, cuando al montar el promontorio de Hermea se encontró con la armada cartaginesa, y haciéndola volver prontamente la espalda al primer choque, apresó ciento catorce navios

con sus tripulaciones. Después toma á bordo en Aspis la gente moza que había quedado en el África, y vuelve á dirigirse á la Sicilia.

Ya había andado sin peligro la mitad del camino, y estaba para tocar en la provincia de los Camaríneos, cuando la sobrevino tan terrible tempestad y tan gran contratiempo, que toda ponderación es corta respecto de la magnitud del fracaso. De trescientos sesenta y cuatro navíos, sólo ochenta se salvaron. Los demás, unos sumergidos, otros estrellados por las olas contra las rocas y promontorios, representaban la costa cubierta de cadáveres y fragmentos. No hay memoria en las historias de catástrofe naval mayor que ésta en un solo día. La causa de este infortunio no tanto se ha de atribuir á la fortuna, cuanto á los jefes. Porque asegurando repetidas veces los pilotos que no se debía navegar inmediato á la costa exterior de la Sicilia, que está mirando al mar de Africa, por ser muy profundo el mar en aquella parte y difícil de abordar; á más de esto, que las dos constelaciones infaustas á la navegación, Orión y el Perro, en cuyo intermedio navegaban, la una no era aún enteramente pasada, y la otra empezaba á descubrirse; no obstante, sordos á sus representaciones los Cónsules, se engolfan temerariamente en alta mar, con el anhelo de que ciertas ciudades situadas sobre la costa se les rendirían atemorizadas con la noticia de la precedente victoria. Pero ellos no reconocieron su imprudencia hasta que incurrieron en grandes infortunios por unas débiles esperanzas.

Generalmente los Romanos se valen de la violencia para todas sus empresas. Juzgan que su fantasía debe tener efecto por una especie de necesidad, y que nada de lo que una vez se figuraron es para ellos imposible. Muchas veces por este furor han tenido efecto sus in-

tentos, pero algunas les ha acarreado visibles infortunios, principalmente en el mar. En la tierra, como únicamente tienen que lidiar contra los hombres y sus obras, y medir sus fuerzas contra otras iguales, por lo general han triunfado, y rara vez ha desmentido la ejecución á la idea. Pero cuando han querido apostárselas al mar y violentar el cielo, han incurrido en tamaños contratiempos; lo que ya han experimentado no una sino muchas veces, y experimentarán aún, mientras no corrijan esta audacia y desenfreno que los persuade á que en todo tiempo el mar y la tierra debe ser para ellos transitable.)

Enterados los Cartagineses del naufragio de la armada romana, se presumieron que la victoria precedente por tierra, y la catástrofe presente por mar, los ponía en estado de hacer frente á sus contrarios, y emprendieron con más ardor los preparativos marítimos y terrestres. Enviaron al instante á Asdrúbal á la Sicilia, y le entregaron, á más de las tropas que antes tenía, las que habían venido de Heraclea con ciento y cuarenta elefantes. Después de despachado éste, equiparon doscientos navíos y prepararon lo demás necesario para la expedición. Asdrúbal, habiendo aportado felizmente á Lilíbea, se ocupaba en amaestrar las fieras y las tropas, resuelto á apropiarse la campaña.

Los Romanos, instruídos del pormenor del naufragio por los que habían escapado, sintieron infinito este accidente. Pero firmes en no ceder una vez á la fortuna, determinaron volver á construir de nuevo doscientos veinte navíos. En efecto, concluída esta armada en tres meses, lo que parece increíble, los cónsules nombrados, Aulo Atilio y Cn. Cornelio, la preparan prontamente y se hacen á la vela (254 años antes de J. C.). Atraviesan el estrecho, toman en

Messina los buques que se habían salvado del naufragio, y dando fondo con trescientos navíos en Palermo de Sicilia, ciudad la más importante de la dominación cartaginesa, emprenden ponerla sitio. Adelantados los trabajos por dos partes, y hechos los demás preparativos, arriman las máquinas. Fácilmente se echó á tierra un torreón inmediato al mar, por cuyas ruinas entró el soldado de mano armada y se apoderó de la ciudad *nueva* á viva fuerza. Con este accidente vino á estar en gran peligro la otra parte de la ciudad, llamada *vieja*, por cuyo motivo la entregaron prontamente sus habitantes. Apoderados de ella los Romanos, vuelven á Roma, dejando guarnición en la ciudad.

## CAPÍTULO XI.

Segunda tempestad que sufren los Romanos.—Batalla de Palermo.  
Construcción de una nueva armada por estos.

A el estío siguiente, los nuevos cónsules Cn. Servilio y C. Sempronio se hicieron á la vela con toda la armada (253 años antes de J. C.), pasaron á la Sicilia y marcharon de allí al Africa. Costearon esta región é hicieron muchos desembarcos, pero se tornaron á la isla de los Lotofagos, llamada Meninx, poco distante de la pequeña Sirtes, sin haber hecho cosa memorable. Durante la mansión en esta isla, su impericia les hizo dar en un bajío. La menguante del mar dejó en seco sus navíos y los puso en un gran conflicto; pero vuelta poco después la marea cuando menos la esperaban, arrojaron al mar toda la carga, y apenas hubieron alijado, cuando echaron á andar á manera de

quien va huyendo. Llegado que hubieron á la Sicilia, doblaron el cabo de Lilibea y abordaron á Palermo. De allí su temeridad los condujo por mar á Roma, en cuyo viaje sufrieron otra vez tan horrible borrasca, que perdieron más de ciento y cincuenta navíos. Con estas pérdidas tan considerables y repetidas, el pueblo romano, aunque en todo émulo del honor sobremanera, desistió de levantar otra flota, y forzado de la actualidad de los negocios, ciñó sus restantes esperanzas á los ejércitos de tierra, envió á la Sicilia á los cónsules L. Cecilio y Cn. Furio con las legiones (252 años antes de J. C.), y equipó únicamente sesenta navíos para trasportar víveres á las tropas.

Con estos infortunios mejoraron de semblante los intereses de Cartago. Poseían ya sin disputa el imperio del mar por cesión de los Romanos, y en las tropas de tierra tenían bien fundadas esperanzas. Y con razón, pues la fama divulgada de la batalla de Africa, el haber roto los elefantes sus líneas, y haber muerto infinidad de soldados, habían hecho concebir á los Romanos una idea tan espantosa de estas fieras, que en los dos años siguientes acampados muchas veces en los territorios de Lilibea y Selinuncia, á cinco ó seis estadios de los enemigos, no osaron jamás presentarse al combate ni descender absolutamente á los llanos, por temor al ímpetu de estas bestias. Pues aunque sitiaron durante este tiempo á Terma y Lipari, esto fué apostándose en lugares escabrosos é inaccesibles. Este temor y abatimiento que los Romanos advirtieron en sus ejércitos de tierra, les hizo mudar de resolución y tornar sus pensamientos á la marina. En efecto, crearon cónsules á C. Atilio y L. Manlio, construyeron cincuenta navíos, y matricularon y recogieron prontamente la gente correspondiente para la armada.

Asdrúbal, comandante de los Cartagineses, testigo del espanto de los Romanos en los campamentos anteriores, informado de que uno de los Cónsules había partido á Italia con la mitad del ejército (252 años antes de J. C.), y que Cecilio quedaba en Palermo con la parte restante para defender los frutos de los aliados, cuya cosecha estaba ya en sazón; Asdrúbal, digo, marcha de Lilibea con su ejército y sienta sus reales sobre los límites del territorio de Palermo. Cecilio, que advirtió su confianza, contuvo sus tropas dentro de la ciudad, con la mira de provocar su audacia. Fiero el Cartaginés de que en su concepto Cecilio no se atrevía á hacerle frente, avanza temerario con todo el ejército, y descendiendo por unos desfiladeros al país de Palermo. El procónsul, no obstante la tala de frutos que el Cartaginés hacía hasta la ciudad, subsistía firme en su resolución hasta ver si le incitaba á pasar el río que corre por delante. Pero cuando ya tuvo de esta parte los elefantes y el ejército, destaca al instante sus tropas ligeras para que los provoquen y precisen á poner todo su campo en batalla. Al fin, cumplido su deseo, sitúa algunas tropas ligeras delante del muro y del foso, con órden de, si los elefantes se acercaban, dar sobre ellos una carga cerrada de saetas; y en caso de verse estrechados, retirarse al foso, y desde allí volver á la carga contra los que se arrimasen. Manda después á los artesanos llevar dardos de la plaza y estar dispuestos por parte afuera al pie del muro. Él con sus cohortes se aposta en la puerta opuesta al ala izquierda de los enemigos, para remitir de continuo socorros á sus ballesteros. Empeñada algo más la acción, los conductores de los elefantes, émulos de la gloria de Asdrúbal y deseosos de que á ellos se les atribuyese la victoria, avanzaron todos contra los primeros que peleaban, los pusieron

fácilmente en huída y los persiguieron hasta el foso. Acercáronse después los elefantes, pero heridos por los que disparaban desde el muro, y traspassados á golpe seguro con los continuos chuzos y lanzas de los que coronaban el foso, se enfurecen al fin acribillados de flechas y heridas, se vuelven y acometen á los suyos, atropellan y matan los soldados, confunden y desordenan sus líneas. A vista de esto, Cecilio saca prontamente el ejército, da en flanco con sus tropas de fresco, y coordinadas sobre el ala de los enemigos descompuestos, causa un grande estrago en los contrarios, mata á muchos, y hace huir á los demás precipitadamente. Toma diez elefantes con sus indios, y se apodera de todos los demás que habían arrojado á sus conductores, rodeándolos la caballería después de la batalla. Concluída la acción, generalmente se confesaba que Roma era deudora á Cecilio de que sus tropas de tierra hubiesen recobrado el valor y hubiesen vindicado la campiña.

Llevada á Roma la noticia de esta victoria, se alegraron infinito, no tanto porque privados de los elefantes quedaban muy inferiores los enemigos, cuanto porque con la toma de estas fieras habían recobrado el espíritu sus soldados. Con este motivo se confirmaron también en su anterior resolución de enviar los Cónsules á la expedición con la armada y tropas navales, y procurar poner fin á la guerra del modo posible. Dispuesto todo lo necesario para la partida, salen al mar los Cónsules con doscientos navíos hacia la Sicilia. Ya era este el décimocuarto año de la guerra (251 antes de J. C.). Echan anclas en Lilibea, y con la incorporación de tropas de tierra que había en la isla, emprenden poner sitio á la ciudad con la esperanza de que, apoderados de ella, pasarían fácilmente al Africa el teatro de la guerra. Cuanto á esta

parte, casi pensaban lo mismo que los Romanos los comandantes cartagineses, y hacían las mismas reflexiones. Por lo cual desatendiendo lo demás, únicamente insistieron en socorrer esta plaza, y aventurar y sufrirlo todo por su conservación, por no quedarles ya recurso alguno, poseyendo los Romanos lo demás de la Sicilia, á excepción de Drepana. (Pero para que los ignorantes en la geografía no confundan lo que se va á decir, procuraré dar á mis lectores una breve noticia de la oportunidad y situación de este país.)

## CAPÍTULO XII.

Situación de la Sicilia.—Sitio de Lilibea.—Traición de las tropas extranjeras descubierta.—Socorro que envía Cartago bajo la conducta de Annibal.—Salida de los sitiados contra las máquinas.

Toda la Sicilia está situada respecto á Italia y sus límites del mismo modo que el Peloponeso respecto al resto de la Grecia y sus extremos. Esta es la diferencia que entre las dos se halla: que aquella es isla, y ésta península. El istmo de ésta es transitable, y el de aquella vadeable. La figura de la Sicilia es un triángulo. Las vértices de cada ángulo son otros tantos promontorios. De éstos, el que mira á Mediodía y se avanza al mar de Sicilia, se llama *Pachino*; el que yace al Septentrión y termina la parte occidental del estrecho, distante de Italia como doce estadios, *Peloro*; y últimamente, el tercero se llama *Lilibeo*, mira al Africa, está situado cómodamente para pasar á los promontorios de Cartago de que arriba hicimos mención, dista de ellos como mil estadios, se inclina hacia el ocaso del invierno, y divide los mares de Africa y



de Cerdeña. Sobre este último cabo está situada la ciudad del mismo nombre, y á la que entonces los Romanos pusieron sitio. Está bien guarnecida de muros, y rodeada de un profundo foso y esteros que llena el mar, cuya travesía para entrar en el puerto necesita de mucha práctica y experiencia.

Los Romanos, situados sus reales delante de esta ciudad por una y otra parte (251 años antes de J. C.), y guarnecidos los espacios que mediaban entre los dos campos de foso, trinchera y muro, comenzaron el ataque por un torreón situado á la orilla del mar que mira al Africa. Se añadían sin cesar obras á obras; se avanzaban cada vez más los preparativos, con lo que, por último, echaron á tierra seis torreones contiguos al susodicho y emprendieron batir con el ariete todos los restantes. Como el sitio se estrechaba con actividad y esfuerzo, los torreones, unos estaban amenazando ruina de día en día, otros se habían ya venido á tierra y las obras se iban internando más y más en la ciudad; la consternación y espanto era grande entre los cercados, en medio de que ascendía la guarnición á diez mil mercenarios, sin contar los habitantes. No obstante, Imilcón, comandante de esta tropa, no omitía cosa de cuantas le podían conducir. Reparaba las brechas, hacía contraminas y molestaba no poco á los contrarios. Todos los días inspeccionaba las obras por sí mismo y observaba cómo podría poner fuego á las máquinas, con cuyo objeto les daba día y noche tantos y tan obstinados combates, que á veces en estos encuentros quedaba más gente sobre el campo que la que suele morir en las batallas campales.

Durante este tiempo algunos oficiales de los de mayor graduación en las tropas extranjeras conspiraron entre sí de entregar la ciudad á los Romanos. Satis-

fechos de la sumisión de sus tropas, pasan por la noche desde la plaza al campo contrario y conferencian con el Cónsul sobre el asunto. Alexón, natural de la Acaya, que en otro tiempo había salvado á Agrigento de la traición tramada por las tropas extranjeras á sueldo de los Siracusanos, descubrió también entonces el primero la conspiración y la denunció al comandante cartaginés. Este junta prontamente los oficiales que habían quedado, les exhorta con súplicas, les promete magníficas gracias y recompensas para que subsistan en la fe que le habían pactado y no coadyuven á la traición de los que habían salido. Recibidas con aceptación sus persuasiones, envía al instante emisarios á las tropas extranjeras: á los Galos á Anníbal, hijo de Anníbal, que había muerto en Cerdeña, por la familiaridad que había contraído con ellos en aquella expedición; á los otros mercenarios diputa á Alexón, por la aceptación y crédito que entre ellos tenía. Juntan éstos la guarnición, la exhortan, la aseguran de las recompensas que á cada uno ofrecía el comandante, y la persuaden tan bien á desistir del empeño, que vueltos poco después á los muros los traidores, para congregarse y declarar á sus compañeros lo que los Romanos les ofrecían, lejos de asentir á su demanda, ni aun se dignan escucharles, y los despiden con piedras y saetas que les tiran desde el muro. Por lo dicho se ve que la falta de fe en las tropas extranjeras puso á pique de perecer á los Cartagineses. Pero Alexón, á cuya fidelidad debieron anteriormente los Agrigentinos, no sólo su ciudad y país, sino sus leyes é inmunidades, fué también la causa en esta ocasión de que á los Cartagineses no se les frustrasen sus intentos.

Nada de esto se sabía en Cartago; pero conjeturando las necesidades de un asedio, equiparon cin-

cuenta navíos, bajo el mando de Anníbal, hijo de Amílcar, trierarco y amigo íntimo de Adherbal, á quien, después de una exhortación conveniente á las presentes coyunturas, destacan en diligencia con orden de que, pospuesta toda tardanza, use de su espíritu á medida de las circunstancias y dé socorro á los cercados. En efecto, sale al mar Anníbal con diez mil hombres, da fondo en las islas Egusas, situadas entre Lilibea y Cartago, y espera allí tiempo oportuno para su viaje. Se aprovecha después de un próspero y suave viento, despliega todas las velas, y arrebatado de su impulso, llega á la entrada del puerto con sus soldados armados sobre las cubiertas y dispuestos para la acción.

El repentino descubrimiento de la escuadra, y el temor de que la violencia del viento no les arrastrase dentro del puerto con sus enemigos, contuvo á los Romanos para impedir el arribo del socorro y estarse á la capa admirando la audacia de los contrarios. La multitud del pueblo que coronaba los muros, ya inquieta con el suceso, ya alegre en extremo con el auxilio inesperado, alentaba con aplausos y algazara á los que venían. Por último, Anníbal entra con temerario arrojo y confianza, da fondo en el puerto y desembarca sus gentes sin peligro. Los de la ciudad, no tanto estaban gozosos por la venida del socorro, aunque muy capaz de aumentar sus fuerzas y esperanzas, cuanto por no haber osado los Romanos impedir la entrada á los Cartagineses.

Imilcón, gobernador de la ciudad, advirtiendo el espíritu y buen ánimo de los ciudadanos con la venida del socorro, y de los recién llegados con la falta de experiencia en los trabajos ocurridos, deseoso de aprovecharse de las disposiciones de unos y otros antes que se resfrasen, los convoca á junta para poner

fuego á las máquinas de los sitiados. Aquí, por medio de un largo discurso conveniente á las circunstancias del día, en que les promete en particular y en común á los que se señalen magníficos dones y presentes de parte de la república, excita en ellos tal valor, que todos unánimes atestiguan y claman que sin detención los saquen al enemigo. Entonces el comandante, aplaudido y aceptado su buen deseo, despidió la asamblea, previniéndoles se recogiesen temprano y obedeciesen á sus jefes.

Poco después llamó á los comandantes, distribuyó entre los más aptos los sitios que cada uno debía ocupar, les dió la señal y tiempo de apostarse, y mandó á los oficiales estar en los puestos con las tropas de su mando á la vigilia de la madrugada. Obedecidos sus mandatos, saca el ejército al amanecer y ataca las máquinas por diferentes partes. Los Romanos, que habían previsto lo que había de suceder, no estaban ociosos ni desprevenidos, antes bien acudían prontamente donde era menester y hacían una vigorosa resistencia. Poco tardó la acción en hacerse general y ser obstinado el combate alrededor de las murallas. Los de la ciudad no eran menos de veinte mil, y los de fuera eran aún en mayor número. La acción era tanto más viva, cuanto el soldado peleaba confusamente sin guardar orden, según le dictaba el impulso. De suerte que como eran tantos los ataques de hombre á hombre y línea á línea, parecía que cada uno se había desafiado á un combate particular, bien que la mayor vocería y confusión era alrededor de las máquinas. Este era el objeto que uno y otro partido se había propuesto al situarse en sus puestos: los unos hacer volver la espalda á los que defendían las obras, los otros no abandonarlas; y era tal la emulación y ardor de aquéllos en insistir desalojarlos, y la obsti-

nación de éstos en no ceder al ataque, que al fin morirían unos y otros en los mismos puestos que habían ocupado desde el principio. Mezclados unos con otros, hubo quienes con la mecha, estopas y fuego en la mano, atacaron con tal furor las máquinas por todas partes, que los Romanos se vieron en el último peligro, sin poder contener el ímpetu de los contrarios. Por último, el Comandante cartaginés, á vista de la mucha gente que moría, mandó tocar á retirada, sin haber podido apoderarse de las máquinas, cuyo fin se había propuesto. Y los Romanos, que estuvieron á pique de perder todos sus preparativos, quedaron al cabo señores de sus obras y las conservaron todas sin lesión alguna.

### CAPÍTULO XIII.

Audacia de un Rodiano, que al fin es apresado por los Romanos.  
Incendio de las baterías.

Después de esta acción, Anníbal, ocultándose á los enemigos, salió del puerto por la noche con sus navíos para Drepana, donde estaba Adherbal, jefe de los Cartagineses. Es Drepana una plaza cuya ventajosa situación y conveniencia del puerto hacía muy interesante su conservación á los Cartagineses, distante de Lilibea como ciento veinte estadios. En Cartago se deseaba tener noticias de lo que pasaba en Lilibea, pero no se podía, por tener los sitiados cerrada la entrada del puerto y guardarla los sitiados con exactitud. No obstante, cierto hombre de distinción, llamado Anníbal, Rodio de nación, se ofreció á marchar á Lilibea, y enterado por sí de lo ocurrido, volver con

la noticia de todo. Fué aceptada con gusto su oferta, aunque se desconfiaba del cumplimiento, por estar anclada la escuadra romana á la boca del puerto. Él, no obstante, equipada su embarcación, se hace á la vela, y arribando á una de las islas que están delante de Lilibea, al día siguiente se aprovecha felizmente de un viento favorable, entra á las cuatro de la mañana, á vista de todos los enemigos, que admiran su atrevimiento, y se dispone á salir al día siguiente. El Cónsul, deseoso de tener más bien custodiada la entrada, apronta por la noche diez de sus más ágiles navíos, y él con todo el ejército se pone desde la ribera en observación de los pasos del Rodiano. Estos navíos, atracados cuanto era dable en los esteros de una y otra parte de la boca, estaban con los remos levantados, para atacar y apresar la nave que había de salir. Pero al fin el Rodio hace su salida á vista de todos, y satisfecho de su audacia y agilidad, insulta de tal modo á los enemigos, que no sólo saca por medio de los navíos contrarios su buque y tripulación sin lesión alguna, sino que virando de una parte á otra, se para algún tanto con los remos levantados, en ademán de provocarlos; y sin atreverse ninguno á presentarse por la celeridad de su curso, marcha después de haber insultado con sola su embarcación toda la escuadra. Esta maniobra, que repitió después muchas veces, acarreó una grande utilidad: á los de Cartago, por tener continuamente noticia de las urgencias de la plaza; á los sitiados, por haberles aumentado su espíritu, y á los Romanos, por haberles amedrentado con su arrojo.

Mucho contribuyó á la audacia del Rodiano la exacta noticia que tenía de la entrada del puerto por su experiencia en los bajíos. Para esto, después que tomaba altura y comenzaba á ser visto, tornaba de tal

modo su proa hacia la torre del mar como quien viene de Italia, que ésta servía de impedimento á las demás que miran al Africa, para no ser visto. Por este solo medio es fácil á los que navegan con viento favorable, conseguir la boca del puerto. La audacia del Rodio alentó á muchos expertos en aquellas rutas á seguir su ejemplo. El gran perjuicio que de esto se seguía á los Romanos, les estimuló á cegar la boca; pero por la mayor parte fué inútil su empeño. Era mucha la profundidad del mar. Nada de cuanto se echaba permanecía por lo regular, ni subsistía en el mismo sitio. Las olas y violencia de la corriente conmovían y esparcían, ai tiempo de caer, lo que se arrojaba. Unicamente en un lugar en que había un banco de arena, se pudo levantar un cúmulo de fagina á mucha costa. Una galera de cuatro órdenes, de diferente construcción que las demás, varó pasando de noche por este sitio, y vino á poder de los enemigos. Señores de ella los Romanos, la tripularon de marineros escogidos, y observaban á todos los que entraban en el puerto, y sobre todo al Rodio. Este por casualidad entró una noche, y poco después volvió á salir á vista de todos. Pero advirtiéndole que la galera adaptaba sus movimientos á los suyos, se asombró al reconocerla. Al principio tentó ganarla la delantera; pero alcanzada por la destreza de los remeros, se vió al cabo precisada á hacer cara, y batirse con sus contrarios. Eran éstos superiores en número y elección de soldados, y así fué apresada. Dueños los Romanos de este buque bien construído, lo equipan de todo lo necesario, y refrenan de este modo la audacia de los que navegaban á Lilibea.

Los sitiados reparaban con ardor las ruinas, pero no tenían esperanza de inutilizar y destruir las baterías de los enemigos, cuando se originó una tempes-

tad de aire, cuyo ímpetu y fuerza contra los cimientos de las máquinas era tal, que hacía bambolear los cobertizos, y llevaba tras sí con violencia las torres que precedían para su defensa. A este tiempo (251 años antes de J. C.), algunos Griegos que estaban á sueldo advirtieron la oportunidad que se les presentaba de arruinar las obras, de cuyo intento dieron parte al comandante. Este lo aprueba, dispone al punto lo necesario para la empresa, y juntos los jóvenes ponen fuego por tres partes á las máquinas. Como la diuturna construcción de las obras tenía tan propensos á la combustión los materiales, y la violencia del aire soplabá y conmovía los fundamentos de las torres y máquinas, venía á ser eficaz y activo el pábulo del fuego; principalmente cuando el atajarlo y socorrerlo era absolutamente difícil é impracticable á los Romanos. Este accidente les puso en tal consternación, que ni comprender ni ver podían lo que pasaba. Las tinieblas en que estaban envueltos, las chispas que el viento les impelia, y la densidad del humo, sofocaban y mataban á muchos, sin poder acudir á donde el fuego demandaba. Cuanta mayor era la incomodidad para los Romanos por lo expuesto, tanta mayor era la ventaja para los que prendían el fuego. Todo lo que les podía cegar, todo lo que les podía ofender, impelia y llevaba el viento contra los sitiados; en vez de que todo lo que se tiraba, todo lo que se arrojaba en su ofensa, ó para ruina de las baterías, todo se aprovechaba, por ver los sitiados sin obstáculo lo que tenían delante. Hasta la violencia del mismo viento coadyuvaba á hacer más eficaz y vehemente el daño. Por último, la pérdida fué tan general, que hasta los fundamentos de las torres y las cabezas de los arietes quedaron inutilizadas por el fuego. Con estos contratiempos los Romanos convirtieron el sitio en bloqueo, se con-



tentaron con rodear y cercar la ciudad con foso y trinchera, ceñir con un muro su propio campo, y lo demás dejarlo al tiempo. Los de Lilibea al contrario, reparando las ruinas de los muros, sufrían ya el asedio con más constancia.

#### CAPÍTULO XIV.

##### Sorpresa de Drepana malograda.

Cuando llegó y se divulgó en Roma la noticia de que la mayor parte de la armada había perecido, ó en la defensa de las máquinas, ó en lo demás del asedio, al punto se alistó gente, se juntó hasta diez mil hombres, y se remitieron á Sicilia. Pasado que hubieron éstos el estrecho, y llegado á pie hasta los reales, el cónsul Pub. Claudio congrega los tribunos, y les dice: «Ahora es la ocasión de que toda la armada marche á Drepana. Adherbal, capitán de los Cartagineses y gobernador de esta plaza (250 años antes de J. C.), está desprevenido de lo que le va á suceder. Ignora la llegada de este refuerzo, y vive persuadido á que es imposible á los Romanos poner en el mar una escuadra, después de haber muerto tanta gente en el asedio.» Aprobado con facilidad el pensamiento, embarca prontamente los remeros que antes tenía con los que le acababan de llegar, y escoge de todo el ejército los mejores soldados que voluntariamente se ofrecieron, por ser corta la navegación y parecerles cierto el despojo. Hecho esto, se hace á la vela á media noche, sin que los enemigos lo perciban. Al principio navegó con toda la escuadra unida, teniendo la tierra á la derecha. Al amanecer se dejó ver la vanguardia delante

de Drepana, cuya vista sorprendió por el pronto á Adherbal por lo increíble; pero vuelto en sí prontamente, y asegurado de que era la armada enemiga, resolvió aventurarlo y sufrirlo todo, antes que cercado padecer un sitio que tenía por seguro. Para esto junta al punto su marinería sobre la ribera, convoca los mercenarios de la ciudad á voz de pregonero, y congregados, les representa brevemente la esperanza de la victoria, si aventuran una batalla naval; y las incomodidades de un asedio, si son indolentes á la vista del peligro. Con facilidad se inclinaron todos al combate, y clamaron que sin detención se les llevase al enemigo. Él entonces aplaude, y se aprovecha de este deseo, manda al instante que se embarquen y sigan sin perder de vista su navío por la popa. Comunicadas sobre la marcha estas órdenes, sale al mar él el primero, y se sitúa bajo unas rocas al lado opuesto del puerto, por donde entraban los enemigos.

Claudio, sorprendido de ver que el Cartaginés, lejos de ceder como esperaba, y atemorizarle su venida, se disponía al combate, y que sus navíos, unos estaban ya dentro del puerto, otros á la boca misma, y los demás iban á entrar, manda que, hecho un cuarto de conversión, todos retrocedan. Esta maniobra causó una gran confusión en las tripulaciones, no sólo por chocarse los navíos que estaban dentro con los que iban á entrar, sino también por hacerse unos á otros pedazos los bancos con el mutuo empuje. No obstante, al paso que iban saliendo, los triarcos los ordenaban, y hacían que junto á la costa volviesen prontamente sus proas á los contrarios. El Cónsul al principio navegaba detrás de toda la armada, pero después viró para tomar altura, y ocupó el ala izquierda. Durante este tiempo, Adherbal pasa de parte allá del ala izquierda de los Romanos con cinco bu-

ques de guerra, torna su proa á ellos por el lado del mar, y da orden por sus edecanes para que ejecuten lo mismo los que venían detrás, situándose siempre al tenor del inmediato. Puestos todos de frente, y dada la señal, avanza la armada al principio en orden hacia los Romanos, que, parados junto á tierra, esperaban los navíos que salían del puerto: situación de que les provino pelear con grandes desventajas.

Ya que estuvieron á tiro las escuadras y se puso la señal en los navíos comandantes, se comenzó el combate. Al principio fué igual el peligro, como que una y otra habían tomado á bordo las mejores tropas de tierra. Pero iba superando cada vez más el partido de los Cartagineses. Eran infinitas las ventajas que tuvieron durante toda la acción. Excedían mucho en la agilidad de los navíos, en la singular construcción de los buques, y en la aptitud de los remeros. El sitio mismo contribuía infinito, como que habían extendido su formación hacia el lado del mar. Si los enemigos estrechaban algún buque, su agilidad les facilitaba retirarlo sin peligro por la espalda á lugar espacioso. Si alguno se avanzaba á perseguirlos, lo rodeaban, ó atacaban por el costado; y mientras que la pesadez del buque é impericia del remero imposibilitaba virar á los Romanos, los Cartagineses le daban continuos choques, con lo que echaban muchos á fondo. Acaecía que un navío cartaginés estaba en peligro; prontamente se marchaba por detrás de las popas de los demás, y se le socorria sin riesgo. Pero á los Romanos les sucedía al contrario. Como peleaban junto á tierra, no tenían acción para retroceder cuando eran oprimidos. Siempre que un navío era atacado de frente, ó dando en un banco se encallaba por la popa, ó se estrellaba impelido contra la costa. Navegar por medio de los navíos enemigos, y atacar

por la retaguardia á los que ya una vez han venido á las manos, ventaja utilísima en las acciones navales, les estaba prohibido por la pesadez de los buques y poca práctica de los remeros. Socorrer por la popa al necesitado no podían, por estar encerrados contra la tierra, y haber dejado poco espacio para prestar el auxilio. Con tales inconveniencias durante todo el combate, ¿qué mucho que unos quedasen encallados en los bancos, y otros se estrellasen? A vista de esto, el Cónsul echó á huir por la izquierda, tomando la vuelta de la costa, y con él treinta navíos que tuvieron la dicha de estar inmediatos. Los demás, que llegaban hasta noventa y tres, vinieron con sus tripulaciones á poder de los Cartagineses, menos algunos soldados que, saltando á tierra, tomaron la huida.

## CAPÍTULO XV.

Derrota de los navíos romanos en Lilibea. — Evitan éstos dos batallas.—Pérdida total de sus escuadras.

Esta batalla colmó de honor á Adherbal entre los Cartagineses, como que á él solo y á su singular capacidad y espíritu se debió el acierto: y á Claudio cubrió de infamia y de ignominia entre los Romanos, como que había manejado el lance con temeridad é imprudencia, y por su causa amenazaban á Roma grandes infortunios. Por esto, condenado á graves multas, sufrió infinitos trabajos. En medio de estos contratiempos, la emulación romana por el sumo imperio en nada desistía de su propósito, antes tomaba con más empeño la continuación de la guerra. Luego que se acercó el tiempo de las elecciones, y se nom-

braron cónsules sucesores (249 años antes de J. C.), se despachó sobre la marcha á L. Junio, uno de ellos, para proveer de trigo, víveres y demás provisiones al ejército que sitiaba á Lilíbea, equipando para su conducción sesenta navíos. A la llegada del Cónsul á Messina, se le incorporaron los buques que el ejército y el resto de la Sicilia le había enviado, y partió sin dilación á Siracusa con ciento veinte navíos de guerra y casi ochocientos de transporte. Aquí entregó á los cuestores la mitad de éstos y algunos de aquéllos, con orden de conducir cuanto antes al ejército lo necesario. Él subsistió en Siracusa para aguardar las embarcaciones que no habían podido seguirle desde Messina, y recibir los granos con que contribuían los aliados del riñón de la Sicilia.

Por este mismo tiempo Adherbal remitió á Cartago los prisioneros que había hecho en la batalla naval y los navíos apresados. Después entregó á Cartalón, otro de los comandantes, treinta navíos, á más de los setenta con que había venido, y le destacó con orden de que, dando de improviso sobre la escuadra enemiga, anclada en Lilíbea, se apoderase de los buques que pudiese y á los demás los pusiese fuego. Cartalón se encarga de la comisión, marcha al amanecer, y con la quema de unos y presa de otros pone en gran confusión el campo de los Romanos. El alboroto que éstos causaron al acudir al socorro de sus navíos puso en expectativa á Imilcón, gobernador de Lilíbea, y cerciorado después de lo ocurrido con la luz del día, destaca allá las tropas extranjeras de la ciudad. Grande fué la consternación de los Romanos al ver el peligro que les amenazaba por todas partes.

El jefe de escuadra cartaginés, apresados algunos cuantos navíos y arruinados otros, sale poco después de Lilíbea hacia Heraclea, y se pone de observación

para impedir que la escuadra enemiga abordase al campo. Informado por los exploradores de que se avistaba y acercaba un gran número de buques de toda clase, lleno de desprecio por los Romanos con la victoria anterior, marcha prontamente á presentarles la batalla. Igualmente los barcos que se acostumbran destacar á la descubierta, dieron parte á los cuestores, enviados por delante desde Siracusa, de la inmediatez del enemigo. La reflexión de que no se hallaban en estado de aventurar una batalla, les hizo guarecerse en una pequeña ciudad de su señorío, sin puerto, pero con unas ensenadas y cómodos promontorios, que avanzándose desde la tierra, cerraban un intervalo. Aquí desembarcaron, y situados los catapultos y pedreros que sacaron de la ciudad, esperaban la venida de los contrarios. Apenas llegaron los Cartagineses, cuando intentaron sitiárlas, en el concepto de que, atemorizados los Romanos, se retirarían al pueblo y se apoderarían sin riesgo de sus navíos. Pero salieronles fallas sus esperanzas. Los Romanos se defendieron con espíritu; por lo cual, apresados algunos barcos cargados de víveres, la demasiada incomodidad del sitio les precisó á retirarse á cierto río, donde, dando fondo, observaban la ruta de los contrarios.

El Cónsul, después que hubo evacuado la comisión que le había detenido en Siracusa, doblado el cabo Pachino, navegaba hacia Lilibea, sin noticia alguna de lo ocurrido á los que iban delante. El jefe de escuadra cartaginés, instruido por sus exploradores segunda vez de que se avistaba el enemigo, se hace á la vela prontamente, con el designio de darle la batalla mientras que estaba tan distante de los demás navíos. Junio, que había visto á larga distancia la flota cartaginesa y el número de sus buques, sin aliento para batirse ni facultad para huir por la inme-

diación del enemigo, vira hacia unos lugares ásperos y nada seguros y da fondo en ellos, prefiriendo sufrir cualquier fortuna antes que entregar su armada intacta al enemigo. A vista de esto, Cartalón no quiso ni batirse ni arrimarse á semejante sitio; se apoderoó sí de cierto cabo, ancló en él, y puesto de observación entre las armadas, inspeccionaba los movimientos de una y otra.

Amenazaba una tempestad, y el mar barruntaba una total revolución, cuando los pilotos cartagineses, hombres prácticos en aquellos mares y en su oficio, previendo lo futuro, advirtieron el peligro y persuadieron á Cartalón que evitase la tempestad y doblase el cabo Pachino. Éste asiente con prudencia á su parecer; y los pilotos, á costa de infinitas fatigas, doblan por último el cabo, y ponen su armada á cubierto. Descargó, en fin, la tempestad, y las dos escuadras romanas, faltas de todo abrigo, fueron tan cruelmente maltratadas, que no quedó siquiera un fragmento naval de que poder hacer uso, y una y otra fueron enteramente arruinadas, contra lo que se esperaba.

## CAPÍTULO XVI.

Sorpresa de Erice por Junio, y descripción de esta ciudad.—Toma de Erictes por Amílcar.—Tentativas de un General contra otro.—El cartaginés se apodera de Ericina.

Con este accidente volvieron los Cartagineses á levantar cabeza y concebir más sólidas esperanzas. Los Romanos, debilitados algún tanto con las pérdidas anteriores, renunciaron ahora del todo á la marina y sólo se atuvieron á la campaña. Los Cartagineses, al contrario, señores del mar, no estaban del todo des-

esperanzados de hacer otro tanto con la tierra. Con estos infortunios todos se lamentaban del feliz estado de la república, tanto los de Roma como los que sitiaban á Lilibea; pero no por eso desistían del cerco que se habían propuesto; antes bien, aquéllos suministraban víveres por tierra, sin que para esto valiesen excusas, mientras que éstos insistían en el asedio con todas sus fuerzas. Vuelto Junio al campo después de su naufragio (249 años antes de J. C.), y penetrado de dolor, maquinaba cómo emprendería algún hecho memorable por donde reparar el golpe de su pasada desgracia. En efecto, á la más leve ocasión que se le presentó, se apoderó con dolo de Erice y se hizo dueño del templo de Venus y de la ciudad. Es Erice un monte inmediato al mar de Sicilia, en la costa que mira á Italia, entre Drepana y Palermo, pero más inaccesible por el lado que confina con Drepana. Es la más alta montaña sin comparación de todas las de Sicilia, á excepción del Etna. En su cumbre, que es llana, está situado el templo de Venus Ericina, el cual sin disputa es el más famoso en riquezas y de más magnificencia de cuantos tiene la isla. Por bajo de esta cima está fabricada la ciudad, á la que se sube de todas partes por un largo y escabroso camino. Junio, puesta guarnición en la cumbre y en el camino de Drepana, guardaba con vigilancia uno y otro puesto, persuadido á que ateniéndose sólo á la defensiva, mientras se le presentaba otra ocasión, retendría seguramente bajo su poder la ciudad y toda la montaña.

Corría el año décimoctavo de la guerra (247 antes de J. C.), cuando los Cartagineses, habiendo elegido por su general á Amílcar, por sobrenombre Barca, le entregaron el mando de la armada. Éste con las tropas navales partió á talar la Italia, asoló el país



de los Locres y de los Brucios, marchó de allí con toda la armada hacia los confines de Palermo, y se apoderó de un lugar llamado Erictes, situado á la orilla del mar, entre Erice y Palermo, y tenido sin disputa por el paraje más cómodo para situar un campo con seguridad, aunque dure mucho tiempo. Es éste una montaña escarpada por todas partes, que se eleva de la región circunvecina á una altura suficiente. Su cumbre no tiene menos de cien estadios de circunferencia, en cuyo espacio se halla un terreno muy apto para pastos y semillas, defendido de los vientos del mar y libre absolutamente de todo animal ponzoñoso. Está rodeado de eminencias inaccesibles, ya por el lado del mar, ya por el que se une con la tierra, entre las cuales el espacio intermedio necesita de pocos reparos para su defensa. En este llano se eleva un promontorio, que al paso que representa un alcázar, sirve de cómoda atalaya para registrar lo que pasa en la región inmediata. Tiene un profundo puerto, muy oportuno para los que viajan á Italia desde Drepana y Lilibea. Para subir no hay más que tres caminos, y éstos muy difíciles, de los cuales los dos están por el lado de tierra y el uno por el del mar. Aquí fué donde acampado con arrojo Amílcar, se presentó en medio de sus enemigos, sin tener ciudad aliada ni otra alguna esperanza de socorro. Aquí donde tuvo con los Romanos grandes choques y encuentros no despreciables. Aquí de donde saliendo primero al mar, taló la costa de Italia hasta el país de los Cumanos: después, venidos los Romanos por tierra á camparse á cinco estadios de su armada delante de Palermo, les dió tantos y tan diversos combates de tierra, por espacio de casi tres años, que no es fácil hacer de ellos una relación circunstanciada.

A la manera que acaece en los atletas generosos y

robustos cuando pelean para disputarse la corona, que haciéndose sin cesar herida sobre herida, ni los mismos contrincantes ni los espectadores pueden llevar razón y cuenta de cada golpe ó llaga, y sólo sí por lo que en general resulta del espíritu y obstinación de cada uno, se forma un juicio arreglado de su pericia, fuerzas y constancia; del mismo modo en los comandantes de que al presente tratamos. Referir por menor las causas y modos con que cada día uno á otro se prevenían asechanzas, sorpresas, invasiones y ataques, sería inasequible para un historiador y se reputaría por interminable é infructuoso para los oyentes. Más fácil le será á cualquiera venir en conocimiento de estos dos jefes por la relación general que de ellos se haga y el éxito de sus contiendas. En una palabra, nada se omitió: ni estratagemas que enseña la historia, ni artificios que sugiere la ocasión y necesidad urgente, ni obstinado y audaz arrojo cuando convenía. Pero jamás pudieron venir á una acción decisiva, y esto por muchas razones. Las fuerzas de uno y otro eran iguales; los campos inaccesibles por su fortaleza; el intervalo que los separaba, corto en extremo; de que principalmente provenía que los encuentros particulares eran frecuentes cada día, pero general decisivo, ninguno. En estas refriegas morían siempre los que venían á las manos; pero si una vez llegaban á retroceder, al instante se veían fuera de peligro, y dentro de sus fortificaciones volvían segunda vez á la carga.

Mas la fortuna, recto juez de esta lucha, trasladó con arrojo á nuestros atletas del lugar sobredicho y anterior certamen, para empeñarlos en otro combate más obstinado y circo más estrecho. A pesar de la guarnición con que los Romanos custodiaban la cumbre y la raíz del monte Erice, como hemos dicho,

Amílcar tomó la ciudad de los Ericinos, situada entre estos dos campos. De esto provino que los Romanos que ocupaban la cima, cercados por el enemigo, sufriesen y se expusiesen á grandes riesgos; y los Cartagineses, que no tenían proporción de recibir convoyes mas que por el solo lado y camino del mar que retenían, tuviesen que resistir increíblemente, estrechados por todas partes por los contrarios. Pero después de haber los dos jefes empleado uno contra otro todo lo que el ardid y el valor da de sí en los asedios, de haber sufrido todo género de miserias y haber probado toda clase de ataques y combates, al cabo quedaron indecisos, no como extenuados y agobiados de males, como dice Fabio, sino como hombres insensibles é invencibles á las desgracias. Antes que uno á otro se venciese, para lo que estuvieron segunda vez peleando dos años continuos en el mismo sitio, acaeció el fin de la guerra por otro medio. En este estado quedaron las cosas que pasaron en Erice y las que ejecutaron los ejércitos de tierra. Estas dos repúblicas se asemejaban á aquellos valientes gallos en quienes es más el ánimo que las fuerzas. Éstos, muchas veces imposibilitados de herirse con las alas, se baten no obstante sostenidos del espíritu, hasta que vueltos á enzarzar voluntariamente, con facilidad se matan á picotazos, y se verifica quedar el uno postrado á los pies de su contrario. Los trabajos y continuos combates habían ya debilitado y reducido al último extremo á los Romanos y Cartagineses, y las frecuentes contribuciones y gastos por tanto tiempo habían agotado y apocado sus fuerzas.

## CAPÍTULO XVII.

Tercera armada mandada por C. Lutacio.—Batalla de Egusa.

Entretanto los Romanos mantenían su espíritu belicoso. Pues aunque los infortunios, y la persuasión de que con solos los ejércitos de tierra terminarían la guerra, les habían forzado ya casi por cinco años á renunciar del todo á la marina; advirtiéndolo ahora que el efecto no había correspondido á sus intentos, por la audacia principalmente del comandante cartaginés, resolvieron tercera vez fundar sus esperanzas en las fuerzas navales. Con esta determinación se prometían que, si los principios eran felices, sería el único medio de poner á la guerra un fin dichoso. Esto fué lo que al fin se resolvieron. La primera vez habían abandonado el mar cediendo á los reveses de la fortuna; la segunda derrotados por el naufragio de Drepana, y ahora la tercera volvieron á la empresa, en la que, vencido el enemigo y cortados los convoyes al ejército cartaginés que le venían por mar, concluyeron al fin la guerra. Su intrepidez era el principal impulso de esta determinación, pues el Erario no podía prestarles auxilio alguno para esta empresa. Pero el celo y generosidad de los principales ciudadanos al bien público halló mayores recursos que los que necesitaba el logro. Cada particular, según sus facultades, ó dos ó tres juntos, se encargaron de equipar una galera de cinco órdenes, provista de todo, con sola la condición de reintegrarse del gasto si á la expedición acompañaba la dicha. De este modo se juntaron doscientas galeras de cinco órdenes, para cuya construcción sirvió de modelo la embarcación del Rodio.

Al principio del estío (243 años antes de J. C.) salió esta escuadra á las órdenes de C. Lutacio, quien dejándose ver sobre las costas de Sicilia cuando menos se esperaba, se apoderó del puerto de Drepana y de los fondeaderos que había alrededor de Lilibea, por haberse retirado á Cartago toda la armada enemiga. Después sentó sus baterías contra la ciudad misma, y preparó todo lo necesario para el asedio. Al paso que hacía todos los esfuerzos por estrecharla, prevenía que no tardaría en presentarse la flota cartaginesa; y sin perder de vista su primer propósito, que sólo un combate naval podría terminar la guerra, ensayaba diariamente y ejercitaba sin intermisión de tiempo inútil ú ocioso su marinería en lo que la podía conducir á su designio, cuidando exactamente de lo demás correspondiente á su arreglo: con esto, de rudos marineros, formó en poco tiempo peritos atletas para la lucha que le esperaba.

Los Cartagineses, sorprendidos de que los Romanos tuviesen una flota en el mar y quisiesen recobrar su dominio, equiparon al instante navíos y los remitieron cargados de granos y demás municiones, con el fin de que nada de lo necesario hiciese falta á los ejércitos campados alrededor de Erice. Dieron á Hannón el mando de esta flota, quien después de haberse hecho á la vela y pasado á la isla de Hiera, anhelaba arribar á Erice sin que lo percibiesen los enemigos, descargar el socorro, alijar sus navíos, tomar á bordo los mejores soldados y marchar con Barca á batirse con los contrarios. Sabida la venida de Hannón, Lutacio penetró sus ideas, tomó los mejores soldados del ejército de tierra, y marchó á la isla de Egusa, situada al frente de Lilibea. Allí exhorta sus tropas como lo pedía la ocasión, y advierte á los pilotos que al día siguiente se daría la batalla. Al amanecer

cer del otro día notó que á los Cartagineses soplaban un próspero y favorable viento, y que el aire contrario y la mar entumecida y alborotada dificultaba la navegación á los suyos. Al principio dudó qué partido tomar en tales circunstancias; pero reflexionando que si probaba fortuna durante la tempestad, únicamente tendría que haberlas con Hannón, con las tropas que conducía y con los navíos cargados; como al contrario, si esperaba bonanza y permitía con descuido que los enemigos pasasen y se incorporasen con los ejércitos de tierra, tendría que pelear con navíos ligeros y alijados, con la flor de las tropas de tierra y, lo que es más que todo, con el intrépido Amílcar, que era lo que más había que temer, determinó aprovecharse de la ocasión presente. Viendo, pues, que los enemigos navegaban á toda vela, sale del puerto prontamente, supera la destreza del marino con facilidad la resistencia de las olas, extiende al instante su armada sobre una línea, y espera vuelta la proa al enemigo.

Los Cartagineses, luego que advirtieron que los Romanos les habían cortado el rumbo, amainan las velas, se alientan mutuamente en los navíos, y vienen á las manos con los contrarios. Era muy diferente el aparato de las dos armadas respecto del que habían tenido en la batalla naval de Drepana; no es extraño que el éxito de la acción fuese también diverso. Los Romanos habían aprendido el arte de construir navíos, habían desembarcado toda la carga, á excepción de la necesaria para el combate; su marinería, amaestrada de antemano, les prestaba una gran ventaja; tenían á bordo la flor de las tropas de tierra, gentes que no sabían volver la cara al peligro. De parte de los Cartagineses todo era al contrario. La demasiada carga inabilitaba los navíos para el combate; la ma-

rinería era absolutamente bisona y puesta á bordo como se había presentado; los soldados recién alistados, y la primera vez que experimentaban los trabajos y peligros de la guerra. Habían mirado con desprecio y abandono la marina, por presumirse que los Romanos jamás pensarían recobrar el imperio de la mar. Por lo cual, inferiores en muchos grados de la acción, fueron vencidos con facilidad al primer choque. Cincuenta de sus navíos fueron echados á fondo, setenta apresados con sus tripulaciones, y el resto no se hubiera salvado en la isla de Hiera desplegadas las velas y viento en popa si una feliz é inopinada mutación de aire no les hubiera ayudado al tiempo crítico. Después de esto, el Cónsul romano marchó al ejército que estaba en Lilibea, donde tuvo bien que hacer en el arreglo de los navíos y prisioneros que había tomado; no eran muchos menos de diez mil los que había cogido vivos en esta batalla.

### CAPÍTULO XVIII.

Tratado de paz entre Roma y Cartago.—Reflexiones sobre esta guerra.—Estado de las dos repúblicas después de la paz.

Los Cartagineses, recibida la noticia de esta inesperada derrota, por lo que hace al valor y honrosa emulación, se hallaban aún dispuestos para proseguir la guerra, pero no sabían cómo conducirla. Socorrer las tropas que estaban en Sicilia no podían, estando en posesión del mar sus contrarios. Abandonarlas y en cierto modo entregarlas, era no quedarles ni tropas ni jefes con que hacer la guerra. Por lo cual, dando prontamente parte á Barca, pusieron en sus

manos la salud del Estado. Este se portó como sabio y prudente capitán. Mientras tuvo alguna probable esperanza en sus tropas, nada omitió de cuanto se puede esperar de la intrepidez y arrojo. Tentó con la espada, cual ningún otro comandante, todos los medios de la victoria. Pero luego que mudaron de aspecto los negocios y se vió sin recurso prudente para salvar los de su mando, cuerdo y experimentado cedió á la necesidad, y despachó embajadores para tratar de paz y alianza. Igualmente se admira la prudencia de un general en conocer el tiempo de vencer que en el de renunciar la victoria. Lutacio dió oídos con gusto á la proposición, como que estaba bien enterado de cuán deteriorados y debilitados se hallaban ya los intereses de Roma con esta guerra. Al fin se terminó la contienda (242 años antes de J. C.) con el tratado siguiente: *Habrá amistad entre Cartagineses y Romanos, si lo aprueba el pueblo romano bajo estas condiciones. Evacuarán los Cartagineses toda la Sicilia; no moverán guerra á Hierón; no tomarán las armas contra los Siracusanos ni contra sus aliados; restituirán sin rescate á los Romanos todos sus prisioneros; pagarán á los Romanos en veinte años dos mil y doscientos talentos eubeos de plata.*

Llevado á Roma este tratado, el pueblo, en vez de aprobar sus condiciones, despachó diez legados que inspeccionasen el asunto más de cerca. Llegado que hubieron éstos, nada mudaron de lo principal; sólo sí ampliaron algún tanto las circunstancias. Coartaron el tiempo de la contribución; añadieron á la suma mil talentos; y mandaron que los Cartagineses evacuasen todas las islas que están entre la Italia y la Sicilia. Con estos pactos y de este modo se concluyó la guerra que hubo entre Romanos y Cartagineses sobre la Sicilia, después de haber durado sin interrupción veinticuatro años; guerra la más larga, más continuada y de



mayor nombre de cuantas tenemos noticia; guerra en la que, sin contar otras expediciones y preparativos de que arriba hemos hecho mención, se peleó una vez, unidas ambas escuadras, con más de quinientas galeras de cinco órdenes, y otra con pocas menos de setecientas. Los Romanos perdieron setecientas, contando las que perecieron en los naufragios; y los Cartagineses quinientas. A vista de esto, los admiradores de las batallas navales y flotas de Antígono, Ptolomeo y Demetrio, al leer este pasaje, no podrán mirar sin sorpresa la magnitud de estos hechos. Si á más de esto quisiese alguno meter en cuenta el exceso de las galeras de cinco órdenes respecto de los trirremes con que pelearon los Persas contra los Griegos, y los Atenienses y Lacedemonios entre sí, hallará que jamás sobre el mar se batieron tan numerosas armadas. Por aquí se evidencia lo que propuse al principio: que los Romanos, no por fortuna ó mera casualidad, como piensan algunos Griegos, sino con muy probables fundamentos, después de disciplinados con tales y tan grandes expediciones, no sólo emprendieron con arrojo el imperio y mando del universo, sino que llevaron al cabo su designio.

No obstante, ¿dudará alguno cuál es la causa que, señores del universo y árbitros ahora de un poder infinitamente más dilatado que el que antes tenían, no puedan tripular tantos navíos, ni poner sobre el mar tan numerosas escuadras? Pero esta duda se aclarará cuando vengamos á explicar la constitución de su gobierno. Esta es una materia de la que ni nosotros debemos hablar de paso, ni el lector mirar con indiferencia. Es asunto que merece atención y que casi ha sido desconocido, por decirlo así, hasta nuestros días, de los historiadores que de él han tratado: unos porque le han ignorado, otros porque le han manejado

de un modo oscuro y totalmente infructuoso. Pero en la sobredicha guerra, cualquiera observará que eran iguales los designios de una y otra república, iguales los conatos, igual la grandeza de alma, y sobre todo, igual la obstinada pasión de primacia. Es cierto que respecto de los soldados eran mucho más sobresalientes los Romanos; pero también debemos reputar por el más prudente y valeroso capitán de su tiempo á Amílcar, por sobrenombre Barca, padre natural de Anníbal, aquel que en la consecuencia hizo la guerra á los Romanos.

Después de la paz, fué peculiar y parecida la suerte de ambas repúblicas. Porque á los Romanos se les siguió una guerra civil con los Faliscos, que terminaron prontamente y con ventaja, apoderándose en pocos días de su ciudad; y á los Cartagineses por el mismo tiempo otra no pequeña ni de corta consideración, que tuvieron que sostener contra las tropas extranjeras, los Númidas y los Africanos cómplices de esta rebelión: en la cual, después de haber sufrido muchos é inminentes riesgos, aventuraron al fin no sólo su provincia, sino también sus personas y el suelo de su propia patria. Esta guerra merece por muchos motivos que nos detengamos en su exposición, la que ejecutaremos breve y sumariamente, según el plan que nos propusimos al principio. Cualquiera, principalmente por lo que entonces sucedió, se enterará de la naturaleza y circunstancias de esta guerra, llamada por muchos *implacable*. Esta fatalidad manifestará qué medidas y precauciones deben tomar desde lejos los Estados que se sirven de tropas extranjeras; como asimismo cuánta y cuán grande diferencia haya entre las costumbres de una confusa y bárbara tropa, y los usos de gentes civilizadas y educadas en las leyes del país: por último, y lo que es lo principal, los hechos

de entonces nos instruirán de las causas por que se suscitó la guerra Annibálica entre Romanos y Cartagineses, sobre cuyos motivos, por no estar aún de acuerdo ni los historiadores ni los mismos beligerantes, haremos un gran servicio á los amantes de la instrucción en proponerles la sentencia más verdadera.

### CAPÍTULO XIX.

Origen de la guerra de los extranjeros contra Cartago.—Error de esta república en acuartelar estas tropas dentro de Sicca.— Elección de jefes que hacen los amotinados.

Luego que se ratificaron los tratados de paz sobre dichos (242 años antes de J. C.), Amílcar pasó el ejército que tenía en Erice á Lilibea, y renunció el mando. Gescón, gobernador de la ciudad, se encargó de transportar estas tropas al África. Este, previendo lo que había de suceder, embarcó prudentemente estas gentes por trozos, y procuró que hubiese intervalos en su remisión, á fin de dar tiempo á los Cartagineses para satisfacerles los alcances de sus sueldos conforme fuesen llegando; y despachados á sus casas, sacarlos antes de Cartago que llegasen las otras remesas. Este era el objeto de Gescón en enviarlos por partidas. Pero los Cartagineses, exhaustos de dinero con los gastos anteriores, y persuadidos á que si congregaban y aguardaban á todos en Cartago alcanzarían de ellos la remisión de alguna parte de los sueldos devengados, los contuvieron allí con esta esperanza conforme iban llegando y los metieron dentro de la ciudad. Los frecuentes excesos día y noche, y sobre todo, el recelo de los Cartagineses á la multitud y á su natural incontinencia, obligó á rogar á sus jefes que mientras se

les preparaban los alcances y se esperaba á los que faltaban, los llevasen todos á una ciudad llamada Sicca, dando á cada uno una moneda de oro para sus urgencias. Los jefes consintieron con gusto en la salida, y quisieron dejar en Cartago los equipajes, como habían ejecutado antes, en la inteligencia de que volverían pronto por sus sueldos. Pero los Cartagineses temieron de que si estas tropas llegaban á venir con el tiempo, unos arrastrados del amor á sus hijos, y otros al de sus mujeres, parte rehusase salir absolutamente, parte, aunque saliesen, los volviese á traer el afecto, y de este modo se había incurrido en otros no menores desórdenes. El recelo de estos males les precisó, aunque con grande repugnancia, á hacer llevar consigo los equipajes á los que de ningún modo querían. Congregados en Sicca los mercenarios, y lograda la quietud y ocio que tanto tiempo había apetecían (el mayor inconveniente para tropas extranjeras, y el origen, por decirlo así, y única causa de las sediciones), vivían licenciosamente. Al mismo tiempo algunos ociosos calculaban por mayor lo que se les debía de sus sueldos, hacían mayores cálculos que los verdaderos, y publicaban que era preciso exigirlos de los Cartagineses. A esto se añadía que recorriendo en su memoria las promesas hechas por los jefes, cuando les exhortaban en los peligros, concebían magníficas esperanzas, y esperaban el logro de su reintegro.

No bien se habían juntado todos en Sicca, cuando marchó allá Hannón, gobernador por entonces de los Cartagineses en el África; y lejos de satisfacer sus esperanzas y promesas, les dijo lo contrario: que la república, por lo gravoso de los impuestos y total escasez en que se hallaba, suplicaba le remitiesen una parte de los sueldos que por pacto les estaban debiendo. De este discurso se levantó al instante una disen-

sión y alboroto, y se originaron frecuentes corrillos, primero de cada nación, y después generales. Como no eran de un solo país ni hablaban una misma lengua, todo el campo estaba lleno de confusión, alboroto y tumulto. Los Cartagineses, teniendo como tenían siempre á sueldo tropas de diferentes países, para lo que es precaver con facilidad una conspiración y mantener al soldado subordinado á sus jefes, usaban de una buena política en formar sus ejércitos de diferentes naciones; pero para lo que es instruir, mitigar y corregir á los que una vez errados se han dejado llevar de la ira, el odio ó la sedición, era diametralmente contrario su sistema. Semejantes ejércitos, si la ira ó el odio los arrebató alguna vez, no sólo cometen excesos como el común de los hombres, sino que se encruelen á manera de fieras y conciben las mayores inhumanidades. Bien á su costa lo experimentaron entonces los Cartagineses. Había entre ellos Españoles, Celtas, algunos Ligures y Baleares, muchos Griegos mestizos, los más de ellos desertores y siervos, pero la mayor parte Africanos. De suerte que ni se podía juntar á todos en un lugar para exhortarlos, ni se hallaba medio de conseguirlo. Pues ¿qué remedio? Poseer el General las lenguas de cada nación, era imposible. Arengarlos por medio de intérpretes que les repitiesen una misma cosa cuatro ó cinco veces, parecía aún más dificultoso. Únicamente restaba suplicarlos y reconvenirlos por medio de sus oficiales, y este era el expediente de que Hannón se servía de continuo. Pero sucedía aún que éstos, ó no entendían lo que se les había dicho, ó referían á sus tropas lo contrario de lo que habían pactado con Hannón, unos por ignorancia, y otros por malicia; de que provenía estar todos llenos de incertidumbre, desconfianza y falta de trato. Además de esto, sospe-

chaban que los Cartagineses con estudio, en vez de diputarles aquellos jefes que hubiesen sido testigos de sus servicios en Sicilia, y autores de las promesas que se les habían hecho, habían enviado un hombre que no había presenciado ninguna de sus acciones. En fin, llenos de desprecio por Hannón, poco satisfechos de sus jefes particulares, é irritados contra los Cartagineses, marchan contra Cartago y se acampan á ciento veinte estadios de distancia, en un lugar llamado Túnez, en número de más de veinte mil.

Entonces fué cuando los Cartagineses reconocieron su imprudencia, pero cuando ya no tenía remedio. Clásico fué el error de haber acantonado en un lugar tanta multitud de tropas extranjeras, principalmente cuando, si se ofrecía un lance, no tenían recurso alguno en los naturales, pero mayor lo fué aún haberles remitido sus hijos, sus mujeres y equipajes. Si hubieran retenido á éstos en rehenes, hubieran consultado ellos con más seguridad sus intereses y hubieran hallado estas tropas más dóciles al consejo; en vez de que, atemorizados con el vecino campo, sufrieron toda bajeza con el deseo de aplacar su furor. Les enviaban víveres con abundancia, y ellos los compraban determinándoles precio á medida de su gusto. El Senado les disputaba continuamente senadores para prometerles que haría su voluntad, como estuviese en su mano. Pero ellos excogitaban cada día un nuevo antojo, ya porque el espanto y consternación en que veían á los Cartagineses había acrecentado su valor, ya porque, ensoberbecidos con las expediciones ejecutadas en la Sicilia contra los ejércitos romanos, estaban en la persuasión que ni los Cartagineses ni otra nación del mundo se atrevería fácilmente á presentárseles en batalla. Por lo cual, en el supuesto de que los Cartagineses les concederían

sus sueldos, pasaban más adelante y pedían el precio de los caballos muertos; y una vez éste recibido, decían que se les debían abonar los víveres que de tanto tiempo se les estaban debiendo, á prorrata de la excesiva estimación que habían tenido durante la guerra. En una palabra, mezclados de locos y sediciosos continuamente buscaban nuevo pretexto con que imposibilitar más el convenio. Al cabo los Cartagineses prometieron cuanto estaba de su parte, y se convinieron en remitir la presente contestación al arbitrio de uno de los generales que habían estado en la Sicilia. No podían ver á Amílcar Barca, con quien habían militado en esta isla, porque no habiéndoles venido á ver como diputado, y habiendo hecho voluntaria dimisión del mando, estaban en la persuasión de que él era la principal causa de su desprecio. Pero amaban entrañablemente á Gescón, que había también mandado en la Sicilia y había hecho un aprecio particular de ellos en diferentes ocasiones, y principalmente en su conducción. Por tanto, le nombraron árbitro de sus disputas.

Marchó por mar Gescón con el dinero, y apenas hubo arribado á Túnez, cuando convoca primero los jefes, junta después la tropa por naciones, les reprende de lo pasado, les instruye de lo presente; pero sobre todo los exhorta para adelante, suplicándoles procedan reconocidos con aquellos de quienes habían recibido sueldo por tanto tiempo. Por último empieza á satisfacer las pagas que se les debían, haciendo su entrega por naciones. Había entre ellos un Campañio, por nombre Spendio, siervo fugitivo de los Romanos, hombre de grandes fuerzas y de una audacia temeraria para la guerra. Éste, temeroso de que, venido su señor, no le echase mano y le diese muerte de cruz, según las leyes romanas, no había cosa á

que con dichos y hechos no se propasase, con la mira de interrumpir el convenio. Acompañaba á éste cierto Mathos, Africano, hombre libre y que había militado, pero que por haber sido el motor principal de los alborotadores pasados, de miedo de que recayese sobre él la pena en que había hecho incurrir á los demás, había entrado en las miras de Spendio. Éste, tomando aparte los Africanos, les hace ver que después que las otras naciones se hubiesen retirado á sus patrias con sus pagas, los Cartagineses descargarían sobre ellos la ira que tenían concebida contra aquéllas, y querían con su castigo atemorizar á todos los Africanos. Los soldados, conmovidos con semejantes palabras, bajo el leve pretexto de que Gescón satisfacía, sí, los sueldos, pero difería el precio de los víveres y los caballos, marchan de tropel á la asamblea. Oían y escuchaban con atención á Spendio y Mathos, que acriminaban y difamaban á Gescón y á los Cartagineses; pero si algún otro se arrimaba á darles consejo, sin esperar á saber si venía con animo deasentir ó contradecir á Spendio, sobre la marcha le mataban á pedradas. Muchos murieron de este modo en estas conmociones, tanto oficiales como soldados. No entendían más palabra común que esta: *tírale*, como que de continuo lo estaban practicando, sobre todo cuando borrachos se juntaban después de comer. Y así, lo mismo era comenzar á decir uno *tírale*, se ejecutaba con tal prontitud por todas partes, que era imposible escapar el que una vez se acercaba. Por último, no atreviéndose nadie por lo dicho á dar su voto, eligieron por jefes á Mathos y Spendio.



## CAPÍTULO XX.

Declaración de la guerra.—Extremo á que se ven reducidos los Cartagineses.—Sitios de Utica é Hippacrita por los rebeldes.—Incapacidad de Hannón.

Bien veía Gescón cuanto pasaba en la conmoción y tumulto; pero prefería á todo la utilidad de su patria. Consideraba que una vez enfurecidos estos sediciosos, aventuraba visiblemente Cartago todos sus intereses; por lo cual se presentaba á ellos, insistía en reducirlos; unas veces atraía á sí los principales, otras los convocaba y exhortaba por naciones. A este tiempo los Africanos vinieron con insolencia á pedir las raciones de pan que no habían recibido y creían se les estaban debiendo; pero Gescón, en castigo de su altanería, mandó las fuesen á pedir á Mathos su jefe. Esto les irritó de tal modo que sobre la marcha (240 años antes de J. C.) comenzaron primero á arrebatarse el dinero que estaba presente, y después á echar mano á Gescón y á los Cartagineses de su comitiva. Mathos y Spendio, persuadidos á que si cometían algún atentado contra ley y derecho se encendería de este modo cuanto antes la guerra, coadyuvaban á los desvaríos de la multitud. Saquearon el equipaje y dinero de los Cartagineses, ataron ignominiosamente á Gescón y sus compañeros, los metieron en la cárcel y declararon al fin la guerra públicamente á Cartago, violando el derecho de gentes por la conjuración más impía. Tal es la causa y origen de la guerra contra los extranjeros, llamada también guerra de África. Mathos, evacuado que hubo estos negocios, despachó al instante legados á las ciuda-

des de África, apellidando libertad y rogando le socorriesen y tomasen parte en el asunto. En casi todos los pueblos halló buena disposición para rebelarse contra los Cartagineses y para remitirle con gusto víveres y socorros. Por lo cual, dividido el ejército en dos partes, emprendió con la una sitiar á Utica, y con la otra á Hippacrita, por no haber querido entrar en la rebelión estas ciudades.

Los Cartagineses, acostumbrados siempre á pasar las necesidades privadas de la vida con lo que daba de sí su territorio, pero á recoger las provisiones públicas y aparatos de guerra de lo que les redituaba el África, y á componer sus ejércitos de tropas extranjeras, se hallaban entonces en grande consternación y desconfianza, al considerar que no sólo estaban privados inopinadamente de todos estos auxilios, sino que cada uno de ellos se había tornado en su perjuicio: tan inesperado era el lance que les pasaba. Aniquilados con la continuada guerra de Sicilia, esperaban que, ajustada la paz, gozarían de algún reposo y tranquilidad apetecible. Pero les sucedió al contrario. Se les originó otra guerra mayor y más formidable. Antes disputaban con los Romanos sobre la Sicilia, pero ahora tenían que mantener una guerra civil, donde iban á aventurar su propia salud y la de la patria. Añadíase á esto que, como habían salido mal en tantas funciones, se hallaban sin provisión de armas, sin fuerzas marítimas, sin pertrechos navales, sin acopios de víveres y sin la más leve esperanza de que les socorriesen por fuera sus amigos ó aliados. Entonces comprendieron claramente cuánta diferencia haya de una guerra extraña y ultramarina á una doméstica sedición y civil alboroto. Pero ellos mismos habían sido los autores de estos y otros semejantes infortunios.

En la guerra precedente habían tratado con dureza á los pueblos de África, figurándose que tenían justos motivos para exigir de la gente de la campaña la mitad de todos sus frutos, y de los habitantes de las ciudades otro tanto más de tributos que antes pagaban, sin que hubiese remisión ó condescendencia con ninguno, por pobre que fuese. De los intendentes admiraban y honraban, no á aquellos que se habían portado con humanidad y dulzura con los pueblos, sino á los que habían recogido más provisiones y pertrechos, aunque á costa del mayor rigor con el paisanaje. De esta clase era Hannón. Y así, las gentes, no digo persuasión, una insinuación sola necesitaban para rebelarse. Las mujeres, que hasta entonces habían visto sin emoción llevar á la cárcel sus maridos y parientes por el pago de los impuestos, conjuradas ahora en las ciudades, hacían alarde de no ocultar nada de sus efectos, despojándose de sus adornos y llevándolos para pago de las tropas. De este modo juntaron tanto dinero Mathos y Spendio, que no sólo satisfacieron los sueldos devengados á los extranjeros y las promesas hechas para empeñarlos en la rebelión, sino que tuvieron con qué continuar la guerra con abundancia. Tan cierto como esto es que el que quiere gobernar bien, debe no sólo mirar á lo presente, sino extender también sus miras á lo futuro.

En medio de tantos males, los Cartagineses, habiendo conferido á Hannón el mando, por haberles sujetado antes aquella parte del África situada alrededor de Hecatontapila, juntaron extranjeros, armaron los ciudadanos que tenían edad competente, ejercitaron é instruyeron la caballería de la ciudad, y aprestaron el resto de buques de tres y cinco órdenes que había quedado, con un gran número de lanchas. Entre tanto Mathos, habiendo acudido á sus banderas

hasta setenta mil Africanos, divididos en dos trozos, sitiaba sin riesgo á los Uticenses y á los Hippacritas, y tenía bien asegurado el campo de Túnez, con lo que cortaba á los Cartagineses la comunicación con toda el África exterior. Está Cartago situada en un golfo que, avanzándose al mar, forma la figura de una península, rodeada casi por todas partes, ya por el mar, ya por el lago. El istmo que la une con el África tiene veinticinco estadios de anchura. La ciudad de Utica está puesta no lejos de esta parte que mira al mar, y de la otra Túnez, junto al lago. Sobre estos dos puestos acampados los extranjeros, cerraban á los Cartagineses la comunicación de la provincia, amenazaban á la ciudad, y con continuos rebatos que día y noche daban á sus muros, ponían en gran terror y espanto á los cercados.

Entretanto Hannón hacía los esfuerzos posibles para acopiar municiones. Este era todo su talento; pero puesto al frente de un ejército, parecía otro hombre. Se aprovechaba mal de las ocasiones, y se portaba con poca pericia y actividad en todos los asuntos. Cuando fué a Utica á dar socorro á los cercados, atemorizó á los contrarios con el número de elefantes, que no eran menos de ciento; y aunque en los principios tuvo toda la ventaja de su parte, usó de ella tan mal, que puso á contingencia de perderse hasta los mismos cercados. Había traído de Cartago los catapultos, máquinas y demás pertrechos para un asedio, había sentado su campo delante de Utica y emprendido atacar el real de los enemigos. En efecto, los elefantes se arrojaron al campo contrario, y los enemigos, no pudiendo sufrir la fuerza é ímpetu, tuvieron todos que abandonar los reales. Muchos de ellos murieron heridos por las fieras; la parte que se salvó hizo alto en una colina escarpada y sembrada

de árboles, afianzando su seguridad en el mismo sitio. Entonces Hannón, acostumbrado á pelear con Númidas y Africanos, los cuales, si una vez llegan á retroceder, toman la huida y se separan dos ó tres jornadas; creyendo haber dado fin de los enemigos y haberlos vencido en un todo, abandona absolutamente sus soldados y la defensa del campo, se mete en la ciudad y se entrega á las delicias del cuerpo. Los extranjeros que se habían refugiado á la colina, partícipes del valor de Barca y acostumbrados con los combates que habían tenido en la Sicilia á retroceder y volver á atacar al enemigo muchas veces en un mismo día; cerciorados entonces de que el General se había retirado á la ciudad, y los soldados con la ventaja andaban ociosos y desbandados fuera del campo, se reúnen, acometen las trincheras, matan á muchos, obligan á los demás á huir vergonzosamente bajo los muros y puertas de Utica, y se apoderan de todo el bagaje y provisión que tenían los cercados; la cual, sacada de la ciudad con otros pertrechos, vino por culpa de Hannón á poder de los contrarios. No fué esta la sola ocasión en que este General incurrió en tanto descuido. Pocos días después, situados al frente los enemigos junto á un lugar llamado Gorza, dándole proporciones la inmediación del campo contrario para vencerlos dos veces en batalla ordenada y otras dos por sorpresa, ambas las dejó escapar por imprudencia y sin saber cómo.

## CAPÍTULO XXI.

Amílcar sucede en el mando. — Tránsito del Macar. — Derrota de los rebeldes junto á este río. — Abandona Naravaso el partido de éstos. — Victoria de Amílcar y clemencia con los prisioneros.

Los Cartagineses, viendo lo mal que manejaba Hannón sus intereses, dieron (240 años antes de J. C.) segunda vez el mando á Amílcar, por sobrenombre Barca, y le enviaron por jefe á la presente expedición, entregándole setenta elefantes, las tropas extranjeras que pudieron levantar, los desertores de los enemigos, junto con la caballería é infantería de la ciudad, su total hasta diez mil hombres. El inopinado ímpetu de su primera salida amedrentó tanto á los enemigos, que abatió sus espíritus, les hizo levantar el sitio de Utica y manifestó que correspondía dignamente á sus anteriores acciones y á la expectativa que de él el pueblo se había formado. La serie de lo que hizo en esta campaña es como sigue.

La cordillera de montañas que une á Cartago con el Africa tiene unas eminencias impracticables, donde los caminos que conducen á esta región son artificiales. Mathos había defendido con presidios todos los lugares oportunos de estas colinas. A más de esto, el Macar, casi siempre invadeable por la abundancia de sus aguas, cerraba igualmente por algunas partes á los de la ciudad la salida á la provincia. El único puente que tiene este río lo custodiaba Mathos con diligencia, habiendo edificado en su inmediación una ciudad. De que provenía que los Cartagineses, no sólo no podían entrar tierra adentro con ejército, pero ni aun los particulares que querían pasar les era fácil

sin ser vistos de los contrarios. Amílcar, viendo que después de haber tentado todos los medios y recursos, le era aún imposible su tránsito, excogió este expediente. Había observado que cuando soplaban ciertos vientos, se cegaba con arena la boca del río al desaguar en el mar, y que el cieno formaba un paso en la misma embocadura. Dispuesto el ejército para la marcha, sin comunicar á nadie su designio, observaba el evento de lo que hemos dicho. En efecto, venida la ocasión, parte por la noche, y sin que nadie lo perciba, pasa al amanecer sus tropas por este sitio. Todos admiraron su arrojó, los de la ciudad y los enemigos; pero él, mientras, avanzaba por el llano y dirigía su ruta hacia los que defendían el puente.

A vista de esto, Spendio sale al encuentro al llano, y es sostenido á un mismo tiempo de cerca de diez mil hombres que salieron de la ciudad fabricada junto al puente, y de más de quince mil que vinieron de Utica. Luego que unos y otros estuvieron al frente, los rebeldes, presumiéndose haber cogido en medio á los Cartagineses, comunican con sigilo las órdenes, se exhortan á sí mismos y vienen á las manos. Entretanto Amílcar proseguía su camino, puestos en la vanguardia los elefantes, en el centro la caballería é infantería ligera, y en la retaguardia los pesadamente armados. Pero advirtiéndole que los enemigos acometían con precipitación, manda invertir el orden de toda la armada; á los que estaban en la primera línea ordena que por un cuarto de conversión retrocedan prontamente, y á los que estaban antes en la última les hace desfilar por los costados y los sitúa al frente del enemigo. Los Africanos y extranjeros, en el concepto de que los Cartagineses huían de miedo, abandonan la formación, los atacan y vienen con vigor á las manos. Pero apenas la caballería, por una muta-

ción, se acercó á sostener á los que estaban formados y á cubrir el resto del ejército, cuando los Africanos, que habían acometido temerariamente y á pelotones, asombrados con este extraordinario movimiento, tomaron la huida. Cayeron después sobre los que tenían á la espalda, y desordenados, acarrearón la perdición á sí y á sus compañeros. Los más fueron atropellados por la caballería y elefantes que iban en su alcance. Murieron unos seis mil entre Africanos y extranjeros, y se hicieron dos mil prisioneros. El resto se salvó, parte en la ciudad fabricada junto al puente, parte en el campo de Utica. Amílcar, alcanzada de este modo la victoria, marchó á los alcances del enemigo. Tomó por asalto la ciudad inmediata al puente, desamparándola y huyendo á Túnez los que estaban dentro—después batió lo restante del país, sometió algunos pueblos y tomó los más á viva fuerza. De este modo recobró algún tanto el espíritu y valor de los Cartagineses, desterrando la desconfianza en que hasta entonces habían vivido.

Mathos entretanto insistía en el cerco de los Hippacritas y aconsejaba á Autarito, comandante de los Galos, y á Spendio, estrechasen al enemigo; pero que evitasen los llanos por el número de su caballería y elefantes, costearan las laderas y atacasen siempre que le viesen en algún embarazo. Con estas miras, envió á los Númidas y Africanos para que le remitiesen socorro y no dejasen pasar la ocasión de recobrar su libertad. Spendio, por su parte, entresacados seis mil hombres de las diversas naciones que había en Túnez, costeaba las montañas haciendo frente á los Cartagineses. Traía también consigo dos mil Galos, que mandaba Autarito, porque los demás que habían militado al principio bajo sus órdenes se habían pasado á los Romanos durante el campo de Erice.



Acaeció, pues, que los socorros de Númidas y Africanos vinieron á incorporarse con Spendio, á tiempo que Amílcar estaba acampado en cierta llanura, coronada por todas partes de eminencias. Situados de repente los Africanos al frente, los Númidas á la espalda y Spendio al costado, pusieron á los Cartagineses en grande angustia é inevitable peligro.

Había por este tiempo un tal Naravaso, Númida de nación, uno de los más nobles entre los suyos y lleno de espíritu militar. Este había siempre profesado á los Cartagineses cierta inclinación secreta, heredada de sus padres, pero entonces se dejó ver más en él por el sobresaliente mérito del general Amílcar. Persuadido á que se le presentaba bella ocasión de convenirse y reconciliarse con los Cartagineses, viene al campo acompañado de cien Númidas, se acerca á la trinchera y se para con valor haciendo señas con la mano. Amílcar, sorprendido de su arrojo, le envía un caballero, á quien responde que quiere tener una conferencia con el General. En esta duda y desconfianza estaba aún el Comandante cartaginés, cuando Naravaso, entregando su caballo y armas á los que le acompañaban, entra desarmado dentro de los reales con gran confianza. A todos admiró y dejó absortos su atrevimiento; no obstante, le recibieron y condujeron al Comandante. Naravaso comenzó su discurso diciendo que estimaba en general á los Cartagineses, pero que principalmente deseaba ser amigo de Amílcar; que el fin de su venida era á reconciliarse con él, para tener parte sin rebozo en todas sus operaciones y designios. Este discurso, la confianza con que el mozo había venido y la sencillez con que hablaba, causaron tal gozo en Amílcar, que no sólo aceptó con gusto recibirle por compañero de sus operaciones, sino que le prometió con juramento darle su hija en

matrimonio como guardase fidelidad á los Cartagineses.

Efectuada esta alianza, vino Naravaso con dos mil Númeridas que tenía bajo su mando. Con este socorro Amílcar puso su ejército en batalla. Los de Spendio, incorporados con los Africanos, bajan todos al llano y vienen á las manos. El combate fué rudo, pero venció Amílcar. Los elefantes tuvieron mucha parte en la acción; pero Naravaso se distinguió sobre todos. Autarito y Spendio echaron á huir. De los restantes, diez mil quedaron sobre el campo y cuatro mil fueron hechos prisioneros. Alcanzada la victoria, el Cartaginés dió licencia á los prisioneros que quisieron para militar bajo sus banderas y los armó con los despojos de los enemigos, y á los que no, congregándolos, les dijo que les perdonaba los yerros hasta entonces cometidos, bajo cuyo supuesto dejaba al arbitrio de cada uno el retirarse donde más le conviniese; pero les amenazaba que si cogía alguno llevando las armas contra los Cartagineses, sería castigado sin remedio

## CAPÍTULO XXII.

*Pérdida de la Cerdeña.—Crueldad que cometen Mathos y Spendio contra el derecho de gentes.—Reflexiones sobre este punto.*

Por este mismo tiempo (239 años antes de J. C.) los extranjeros que guarnecían la isla de Cerdeña, á ejemplo de Mathos y Spendio, se rebelaron contra los Cartagineses que allí había; y habiendo encerrado en la ciudadela á Bostar, jefe de las tropas auxiliares, le mataron con sus conciudadanos. Los Cartagineses enviaron allá al capitán Hannón con nuevas tropas;

pero éstas le abandonaron, se pasaron á los rebeldes, y apoderadas de su persona, al punto le crucificaron. Excogitaron después toda clase de tormentos para acabar con los Cartagineses que habían quedado en la isla. Y por último, sojuzgadas las ciudades, mandaron con imperio la Cerdeña, hasta que sublevados contra los del país, fueron arrojados por éstos á la Italia. Así es como los Cartagineses perdieron la Cerdeña, isla considerable por su extensión, población y producciones. Repetir ahora lo que tantos y tan dilatadamente han dicho de ella, me parece excusado, cuando todos lo confiesan.

Mathos, Spendio y el Galo Autarito, recelosos de la humanidad de Amílcar para con los prisioneros, y temerosos que los Africanos y la mayor parte de extranjeros, llevados de este atractivo, no corriesen á la inmunidad que se les ofrecía, deliberaron cómo inventarían alguna nueva impiedad con que las tropas se enfureciesen hasta el extremo contra los Cartagineses. Convinieron en que los convocarían á todos, y hecho esto, entraría en la junta un mensajero con una carta, como enviado de la Cerdeña por los capataces de aquella rebelión. La carta contendría que tuviesen particular cuidado con Gescón y todos sus compañeros, á quienes habían faltado á la fe en Túnez, como arriba apuntamos, porque había algunos en el ejército que tenían tratos secretos con los Cartagineses para libertarlos. En efecto, Spendio, bajo de este falso pretexto, exhorta primero á los suyos á que no crean en la humanidad del Comandante cartaginés para con los prisioneros, pues con este medio no se había propuesto salvar la vida á los cautivos, sino apoderarse de los restantes con el perdón de aquéllos y castigar á todos si fiaban de sus palabras. Después les aconseja se abstengan de enviar á Gescón, si no

quieren incurrir en el escarnio de los contrarios y ocasionar el mayor perjuicio á sus intereses permitiéndolo marchar á un hombre de su consecuencia y tan excelente capitán, que verosímilmente vendría á ser contra ellos su más terrible enemigo. Aun no había acabado de proferir estas palabras, cuando he aquí se presenta otro mensajero, aparentando que venía de Túnez, con otra carta de igual contenido que la de Cerdeña.

A este tiempo tomó la palabra el Galo Autarito, y dijo:—El único medio de salvar los negocios es renunciar á todas las promesas de los Cartagineses. Mientras se fie en su humanidad no se podrá entablar con ellos alianza verdadera. Bajo cuyo supuesto les rogaba que creyesen á aquellos, oyesen á aquellos y escuchasen á aquellos que les propusiesen las mayores ofensas y crueldades contra los Cartagineses, y reputasen por traidores y enemigos á los que les inspirasen los sentimientos contrarios.—Dicho esto, les exhorta y aconseja maten con la mayor ignominia á Gescón, á todos los que habían sido cogidos con él y á los prisioneros que en adelante se hiciesen de los Cartagineses. El voto de éste era el de mayor peso en las juntas, porque la tropa entendía sus discursos. El continuo trato con los soldados le había enseñado á hablar el fenicio, y la larga duración de la guerra había precisado á los más á usar de esta lengua cuando se saludaban. Por lo cual todos le aplaudieron á una voz, y él se retiró colmado de elogios. Acercáronse después muchos de cada nación y quisieron, por los beneficios recibidos de Gescón, interceder por su suplicio. Como hablaban muchos á un tiempo y cada uno en su propia lengua, no se entendía nada de cuanto proferían. Pero luego que se supo de cierto que intercedían por su castigo, y algunos de los que

estaban sentados dijo: «*mátalos todos,*» al instante mataron á pedradas á cuantos se acercaron. Mientras que los parientes sacaban fuera á estos infelices como si hubieran sido destrozados por las fieras, los soldados de Spendio cogen á Gescón y sus compañeros, que eran hasta setecientos, los sacan fuera del atrincheramiento, los sitúan á corta distancia del campo y les cortan primero las manos, comenzando por Gescón; este hombre, á quien poco antes habían preferido entre todos los Cartagineses, habían reconocido por su bienhechor y puesto por árbitro de sus diferencias. Después de hecha esta operación, cortan á estos infelices los extremos de todos los miembros, los mutilan, les quiebran las piernas, y, vivos aún, los arrojan en una hoya.

Los Cartagineses, sabido este infortunio y sin arbitrio para satisfacer su resentimiento, se lamentaron, sintieron en el alma su desgracia y enviaron orden á Amílcar y á Hannón, otro de los comandantes, encargándoles socorriesen y vengasen á estos infelices. Despacharon también reyes de armas á aquellos impíos para el recobro de los cadáveres. Pero ellos, lejos de entregarlos, previnieron á los emisarios que ni reyes de armas ni diputados enviasen otra vez, so pena de que sufrirían el mismo castigo que Gescón. En efecto, publicaron un bando de común acuerdo para que al Cartaginés que se cogiese en adelante se le quitase la vida en los tormentos, y al que fuese aliado, se le remitiese otra vez, cortadas las manos: ley que se observó después con todo rigor.

( A vista de esto, cualquiera diría sin reparo que, si el cuerpo humano y algunas llagas ó tumores que en él se engendran se enconan y vienen del todo á hacerse incurables, con mucha más razón los ánimos. Heridas hay que, si se las aplica remedio, tal vez éste

las irrita y apresura su progreso: si se las omite, su maligna naturaleza corroe las partes vecinas, y no cesa hasta que causa la ruina al cuerpo que las padece. Del mismo modo en los ánimos se engendran muchas veces tales malignos vapores y enconos, que conducen al hombre á excesos de impiedad y fiereza sobre todos los animales. Con semejantes hombres, si usas de conmiseración y dulzura, este en su concepto es un dolo y artificio que los hace más desconfiados é irreconciliables con sus bienhechores. Si, por el contrario, te vales del castigo y te opones á su furor, no hay crímenes ni atentados de que no sean capaces, caracterizando de virtud semejante audacia, hasta que convertidos en fieras se desnudan de todo sentimiento de humanidad. Téngase entendido que el desarreglo de costumbres y la mala educación en la niñez son el origen y causa principal de este desorden; bien que hay otras muchas que entran á la parte, tales son principalmente los malos tratamientos y la avaricia de los jefes. Buen ejemplo tenemos en lo que entonces sucedió en todo el cuerpo de tropas extranjeras, y sobre todo en los que las mandaban.

### CAPÍTULO XXIII.

Extremo en que se ven los Cartagineses.—Sitio de Cartago.—Sorcosos de Hierón y de los Romanos.—Hambre horrible de los rebeldes, que les precisa á implorar la paz.

Amílcar, condolido del desenfreno de los enemigos, envía á llamar á Hannón, persuadido á que juntos los dos ejércitos pondrían un fin más pronto á los negocios. Los enemigos de que se apoderaba, á unos los hacía morir por derecho de represalias; á otros, si

eran traídos vivos á su presencia, los arrojaba á las fieras, creyendo ser este el único expediente de exterminar del todo á los rebeldes. Ya parecía á los Cartagineses que tenían esperanzas más lisonjeras del estado de la guerra, cuando por un universal y repentino trastorno volvieron atrás sus intereses. Lo mismo fué unirse los dos jefes, llegaron á tal punto sus discordias, que no sólo dejaron pasar las ocasiones de batir á sus contrarios, sino que sus debates ofrecieron á éstos muchas proporciones de ejecutarlo en su perjuicio. Noticiosa de esto la República, mandó que uno de los Generales saliese del campo y el otro subsistiese, dejándolo á elección de las tropas. A más de esto, sucedió que los convoyes que venían de los lugares llamados por ellos *emporios*, sobre que fundaban la principal esperanza de los comestibles y demás municiones, fueron del todo sumergidos en el mar por una tempestad. La isla de Cerdeña, que les había prestado siempre grandes socorros en las urgencias, había pasado á ajeno dominio, como hemos dicho. Y lo que es más que todo, las ciudades de Hippacrita y Utica, las únicas de toda el África que les habían quedado, las que no sólo habían sostenido con vigor la presente guerra, sino que habían subsistido constantes en el tiempo de Agatocles y en la invasión de los Romanos, y, en una palabra, las que jamás habían querido cosa en contra de los intereses de Cartago, habían abandonado ahora su partido, se habían pasado sin justo motivo á los rebeldes, y su desertión había producido al instante con éstos la más estrecha amistad y confianza, así como excitado contra ellos la ira y odio más implacable. Mataron y arrojaron por los muros á todos los quinientos hombres que habían venido en su socorro con su jefe, entregaron la ciudad á los Africanos, y no permitieron á los Carta-

tagineses enterrar los muertos, por más que los suplicaron.

Estos sucesos ensoberbecieron tanto á Mathos y Spendio, que emprendieron poner sitio á la misma Cartago. Pero Amílcar, asociándose con el capitán Anníbal (éste era á quien el Senado había enviado á la armada, después que los soldados, por la autoridad que la República les había conferido para ajustar las diferencias de los dos jefes, tuvieron á bien que Hannón se separase); Amílcar, digo, tomando consigo á éste y á Naravaso, batía la campaña, y cortaba los convoyes á Mathos y Spendio. Naravaso el Númida le fué de suma utilidad, así en esta como en otras expediciones. Este era el estado de las armadas, que obraban á campo raso.

Los Cartagineses, cerrados por todas partes, se vieron en la precisión de recurrir á las ciudades aliadas. Hierón, siempre atentó á la guerra presente, tenía gran cuidado de remitirles cuanto le pedían. Pero especialmente manifestó sus deseos en esta ocasión, persuadido á que le interesaba, para mantener su poder en la Sicilia y conservar la amistad de los Romanos, mirar por la salud de los Cartagineses, para no dejar al arbitrio del vencedor ejecutar sus proyectos sin obstáculo. En efecto, reflexionaba con toda prudencia y cordura. Pues jamás se debe perder de vista la máxima de no dejar á una potencia engrandecerse tanto, que no se la pueda contextar después, aun aquello que nos pertenece de derecho. Los Romanos igualmente les dieron, en virtud del tratado, cuanto podían desear. Pues aunque al principio hubo motivos para ciertas desavenencias entre los dos pueblos, por haberse ofendido los Romanos de que los Cartagineses detuviesen en sus puertos á los que navegaban de Italia á África con víveres para los enemigos, y tu-



viesen ya en prisión casi quinientos hombres de esta clase; reintegrados después de todos á instancia de los diputados que vinieron á este efecto, procedieron tan reconocidos, que sobre la marcha cedieron á los Cartagineses en recompensa los prisioneros que les restaban aún de la guerra de Sicilia. Y desde aquel tiempo les suministraron prontamente y con humanidad cuanto les pidieron. Dieron facultad á sus comerciantes de extraer de continuo lo necesario para los Cartagineses, y lo prohibieron para los rebeldes. No quisieron acceder á la propuesta de los extranjeros de Cerdeña, que habían abandonado por este tiempo el partido de los Cartagineses y les convidaban con la isla. No admitieron á los de Utica, que voluntariamente se entregaban, ateniéndose al tenor de los tratados. Con estos socorros de los aliados que hemos apuntado, se pusieron los Cartagineses en estado de sufrir el asedio.

Mathos y Spendio no menos eran sitiados que sitiaban. Amílcar los había reducido á tal escasez de lo necesario, que se vieron precisados por último á levantar el cerco. Poco tiempo después, estos rebeldes, junta la flor de las tropas extranjeras y africanas, cuyo total ascendía á cincuenta mil hombres con los que mandaba Zarjas el Africano, resolvieron volverse á poner en campaña y observar de cerca al enemigo. Huían de los llanos, por temor á los elefantes y caballería de Naravaso; pero procuraban con anticipación ocupar los lugares montuosos y desfiladeros. En todo este tiempo se observó que en el ímpetu y ardimiento no cedían á los contrarios, aunque regularmente eran vencidos por su impericia. Entonces nos manifestó la experiencia cuánto exceso haya de un talento práctico de mandar acompañado de principios, á una impericia y ejercicio militar adquirido sin reglas.

Amílcar á veces atraía á encuentros particulares un trozo de tropas, y como hábil jugador de dados las encerraba y las hacía piezas; otras, aparentando querer una acción general, mataba á unos conduciéndolos á emboscadas que no preveían, y aterraba á otros noche y día dejándose ver de repente y cuando menos lo esperaban. A cuantos cogía vivos los arrojaba á las fieras. Por último, habiéndose acampado, cuando menos se pensaba, cerca de los enemigos en un sitio incómodo para ellos y ventajoso para su ejército, los puso en tal aprieto, que sin aliento para aventurar un trance ni facultad para evitarle, á causa del foso y trinchera que por todas partes los cercaba, al cabo estrechados del hambre se vieron precisados á comerse unos á otros, dando la Divinidad la recompensa merecida á la crueldad y barbarie con que habían tratado á sus semejantes. Sin aliento para salir al combate, seguros de la ruina y castigo de los que fuesen cogidos, y sin ocurrírseles hacer mención de concertos, á vista de los excesos cometidos, sufrían pasar por todo en su perjuicio, fiados en los socorros de Túnez que sus jefes les habían prometido.

Pero al fin se consumieron los prisioneros con que la crueldad los alimentaba, se acabaron los cuerpos de los esclavos, se les frustró el socorro de Túnez, y la tropa, hostigada de males, prorrumpió en amenazas contra sus jefes. Entonces Autarito, Zarjas y Spendio resolvieron entregarse á los enemigos y tratar de concierto con Amílcar. Alcanzado el salvoconducto de su embajada por medio de un rey de armas que enviaron, vinieron al campo contrario, y Amílcar efectuó con ellos este tratado: *Será lícito á los Cartagineses escoger de los enemigos diez personas, las que ellos quieran; y á los demás se les remitirá con su vestido.* Ratificado el tratado, Amílcar dijo al instante que escogía á los

presentes según el convenio, y de este modo los Cartagineses se apoderaron de Autarito, Spendio y otros capitanes los más distinguidos. Los Africanos, luego que supieron la retención de sus jefes, presumiéndose que habían sido vendidos, por ignorar el tenor de los tratados, corrieron á las armas con este motivo; pero Amílcar los rodeó con los elefantes y demás tropas, y los pasó á cuchillo á todos, en número de más de cuarenta mil. El lugar donde acaeció esta habla se llama *Sierra*, por la similitud que tiene su figura á este instrumento.

#### CAPÍTULO XXIV.

Sitio de Túnez.—Sorpresa del campamento de Annibal por Mathos.—Muerte de este capitán.—Batalla decisiva.—Cesión de la Cerdeña á los Romanos.

Esta victoria (239 años antes de J. C.) volvió á inspirar en los Cartagineses mejores esperanzas para adelante, en medio de que ya se hallaban destituidos de todo remedio. Después Amílcar, Narvaso y Annibal batieron la campaña y las ciudades. Sometidas las más de éstas con el rendimiento de los Africanos, á quienes la victoria anterior hacía pasar á su partido, vinieron á Túnez y emprendieron sitiar á Mathos. Annibal sentó su campo delante de aquel lado de la ciudad que mira á Cartago, y Amílcar el suyo al lado opuesto. Después, llevando á Spendio y demás prisioneros cerca de los muros, los crucificaron á vista de los enemigos. Mathos, que advirtió el descuido y sobrada confianza con que Annibal se portaba, ataca su atrincheramiento, mata á muchos Cartagineses, hace abandonar el campo á los soldados y se apodera de

todo el bagaje. Coge vivo al mismo Anníbal, le conduce al instante á la cruz que había servido para Spendio, y después de los más excesivos tormentos, quita á aquél, sustituye á éste vivo en su lugar, y degüella á treinta cartagineses, los más ilustres, alrededor del cuerpo de Spendio: como si la fortuna de intento anduviese ofreciendo alternativas ocasiones á una y otra armada de ejecutar entre sí los mayores excesos de venganza. Llegó tarde á noticia de Amílcar la irrupción de los enemigos, por la distancia que había entre los dos campos, y ni aun después de sabida acudió á su socorro, por las dificultades que mediaban del camino. Por lo cual, levantando el campo de Túnez, llegó al Macar y se apostó á la embocadura de este río en el mar.

La nueva de esta inopinada derrota volvió á abatir y consternar á los Cartagineses. Recobrados hasta aquí algún tanto los ánimos, cayeron otra vez en el mismo desaliento. Pero no por eso desistieron de aplicar los remedios conducentes á la salud. Enviaron al campo de Amílcar treinta personas que eligieron del Senado, al capitán Hannón que ya había mandado en esta guerra, y á todos los que habían quedado en edad de llevar las armas, como que este era el último esfuerzo. Recomendaron encarecidamente á los senadores que ajustasen de todos modos las anteriores diferencias de los dos jefes, y les persuadiesen á obrar de concierto, representándoles el estado actual de la república. Después que por medio de muchas y diversas conferencias juntaron á Hannón y á Amílcar en un mismo sitio, consiguieron de ellos el que se conviniesen y rindiesen á sus persuasiones, y en la consecuencia unánimes en los pensamientos obraron en todo á beneficio del Estado. Mathos, ó bien se le armasen emboscadas ó bien se le persiguiese, ya alrededor de

Lepta, ya alrededor de otras ciudades, saliendo siempre con lo peor en estos particulares encuentros, resolvió al cabo que una acción general decidiese el asunto, partido que abrazaron con gusto los Cartagineses. Con este fin, unos y otros convocaron á la batalla á todos sus aliados, y juntaron las guarniciones de las ciudades, como que iban á aventurar toda su fortuna. Ya que todo estuvo dispuesto para la empresa, se ordenaron en batalla y vinieron á las manos de común acuerdo. La victoria quedó por los Cartagineses. Los más de los Africanos murieron en la misma acción; los restantes se salvaron en cierta ciudad, y poco después se entregaron. Mathos fué cogido vivo.

Después de la batalla las demás partes del África se rindieron al momento al vencedor; sólo las ciudades de Hippacrita y Utica, destituidas de todo pretexto para implorar la paz, como que desde sus primeros arrojos no habían dejado lugar al perdón y misericordia, persistieron en la rebelión. Tan conducente como esto es aun en semejantes yerros guardar siempre moderación y no dejarse llevar de grado á excesos irremisibles. Pero lo mismo fué acamparse Hannón delante de la una, y Amílcar delante de la otra, que al instante las forzaron á pasar por los pactos y condiciones que los Cartagineses quisieron. En fin, la guerra de África, que había puesto en tantos conflictos á los Cartagineses, se concluyó con tales ventajas, que no sólo recobraron el dominio del África, sino que dieron á los autores de la rebelión el merecido castigo; pues celebrando por último la juventud cartaginesa el triunfo por la ciudad, hizo sufrir á Mathos y sus compañeros todo género de oprobios.

Tres años y cerca de cuatro meses duró la guerra de los extranjeros con los Cartagineses, guerra que excedió infinito en crueldad y barbarie á todas las

otras de que tenemos noticia. Por este mismo tiempo los Romanos, convidados de los extranjeros de Cerdeña que habían pasado á su partido, concibieron el designio de pasar á esta isla. Los Cartagineses llevaron esto muy á mal, como que tenían mejor derecho al dominio de la Cerdeña; y estándose disponiendo para tomar venganza de los que la habían entregado, los Romanos tomaron de esto motivo para declararles la guerra, bajo el pretexto de que no hacían los preparativos contra los Sardos, sino contra ellos mismos. Pero los Cartagineses, que habían salido de la guerra precedente como por milagro y en la actualidad se hallaban imposibilitados del todo de suscitarse segunda vez la enemistad de los Romanos, cediendo al tiempo, no sólo evacuaron la Cerdeña, sino que les añadieron mil doscientos talentos por no tener que sostener una guerra en las actuales circunstancias. Así pasaron estas cosas.

---

## LIBRO SEGUNDO.

---

### CAPÍTULO PRIMERO.

Recapitulación del libro precedente.—Muerte de Amílcar en la España.—Asdrúbal le sucede.—Primer pensamiento de pasar á la Iliria los Romanos.—Sitio de Midionia por los Etolios y combate de éstos con los Ilirios.—Poder de la fortuna.

En el libro precedente expusimos en qué tiempo los Romanos, asegurada la Italia, comenzaron á emprender las conquistas exteriores, cómo pasaron después á la Sicilia y por qué causas mantuvieron guerra contra los Cartagineses sobre esta isla; después, cuándo empezaron á levantar por primera vez armadas navales, y lo acaecido durante la guerra á uno y otro pueblo hasta su conclusión; en la que los Cartagineses cedieron la Sicilia y los Romanos se apoderaron de toda ella, á excepción de la parte que obedecía á Hierón. A consecuencia de esto procuramos explicar de qué modo los extranjeros sublevados contra Cartago encendieron la guerra llamada Libíca; hasta qué extremo llegaron las impiedades ocurridas en ella, y qué éxito tuvieron sus absurdos atentados hasta el fin y victoria de los Cartagineses.

Ahora procuraremos demostrar sumariamente lo que se sigue, apuntando cada cosa según el plan que nos propusimos al principio.

Luego que se concluyó la guerra de África (239 años antes de J. C.), levantaron tropas los Cartagineses, y enviaron al instante á Amílcar á la España. Éste, tomado que hubo el ejército y á su hijo Anníbal, de edad entonces de nueve años, pasó á las columnas de Hércules y restableció en España los intereses de su república. Durante casi nueve años que subsistió en este país, sometió á Cartago muchos pueblos, unos por las armas, otros por la negociación, terminando sus días de una manera digna á sus anteriores acciones. En efecto, hallándose al frente de un enemigo, el más esforzado y poderoso, su audacia y temeridad le precipitó en lo vivo de la acción, donde vendió la vida á mucha costa. Los Cartagineses confririeron después el mando á Asdrúbal, su pariente y trierarco.

Por este tiempo emprendieron los Romanos pasar por primera vez con ejército á la Iliria y estas partes de Europa; expedición que no deben mirar de paso, sino con atención, los que apetezcan enterarse á fondo del plan que nos hemos propuesto y del auge y fundamento de la dominación romana. Los motivos que les impelieron á este tránsito (238 años antes de J. C.) son estos: Agrón, rey de Iliria, hijo de Pleurato, excedía infinito en fuerzas terrestres y marítimas á sus predecesores. Éste, sobornado con dádivas por Demetrio, padre de Filipo, había prometido que socorrería á los Midionios, sitiados por los Etolios, gentes que, por no haber podido de manera alguna conseguir que los asociasen á su república, habían resuelto reducirlos á viva fuerza. Para esto habían levantado un ejército de todo el pueblo, se habían



acampado alrededor de su ciudad y empleaban de continuo toda fuerza y artificio para su asedio. Ya se hallaban los Midionios en un estado deplorable, y esperaban de día en día su rendición, cuando el Pretor anterior, á vista de acercarse el tiempo de las elecciones y ser forzoso el nombramiento de otro, dirigiendo la palabra á los Etolios, les dijo: que supuesto que él había sufrido las incomodidades y peligros del cerco, era también puesto en razón que, tomada la ciudad, se le confiase la administración del botín y la inscripción de las armas. Algunos, principalmente aquellos que aspiraban al mismo cargo, se opusieron á la demanda y exhortaron á las tropas á que no diesen su voto antes de tiempo, sino que lo dejaran indeciso para quien la fortuna quisiese dispensar esta gloria. Al fin se convinieron en que el nuevo Pretor que tomase la ciudad repartiría con su predecesor la administración del botín y la inscripción de las armas.

Al día siguiente de esta resolución, día en que se debía hacer la elección y dar la posesión de la pretura, según la costumbre de los Etolios, llegan durante la noche á las inmediaciones de Midionia cien bergantines con cinco mil Ilirios á bordo, y dando fondo en el puerto al rayar el día, hacen un pronto desembarco sin ser vistos, se ordenan en batalla á su modo y avanzan en cohortes al campo del enemigo. Los Etolios, advertidos del suceso, aunque por el pronto les sobrecogió la audacia inopinada de los Ilirios, retuvieron no obstante su antiguo valor, confiados en el aliento de sus tropas. Situaron en un llano al frente del campo la pesada infantería y caballería, de que tenían abundancia. Ocuparon con anticipación los puestos elevados y ventajosos que había al frente de los reales con un trozo de caballería y gente armada á la ligera. Pero los Ilirios, superiores en número y

fuerza, rompieron al primer choque la formación de los ballesteros, y obligaron á la caballería que peleaba inmediata á retroceder hasta los pesadamente armados. Después, atacando desde las alturas á los que estaban formados en el llano, al mismo tiempo que los Midionios hacían sobre ellos una salida de la plaza, con facilidad los pusieron en huida. Muchos quedaron sobre el campo, pero fué mayor aún el número de prisioneros, apoderándose de las armas y de todo el bagaje. Los Ilirios, ejecutado que hubieron la orden de su Rey, llevaron á bordo el botín y demás despojos, y se hicieron á la vela al instante, dirigiendo el rumbo hacia su patria.

Libres del asedio los Midionios de un modo tan inesperado, convocaron á junta, y deliberaron, entre otras cosas, sobre la inscripción de las armas. Convinieron en que éstas se distribuyesen, según la decisión de los Etolios, entre el que actualmente poseía la pretura y los que en adelante le sucediesen. En este ejemplo demuestra con estudio la fortuna cuál es su poder á los demás mortales. En muy corto tiempo permite á los Midionios ejecuten en sus contrarios aquello mismo que ya casi esperaban sufrir de ellos. Este imprevisto infortunio de los Etolios es una lección para todos, de que en ningún tiempo debemos deliberar de lo futuro como de lo ya pasado, ni contar como seguras anticipadas esperanzas sobre lo que es factible aún acaezca lo contrario, sino que, considerándonos mortales, demos cabida á la incertidumbre en todo acontecimiento, y principalmente en las operaciones militares.

## CAPÍTULO II.

Muerte de Agrón.—Sucesión de su mujer Teuta en el reino.— Fenice, entregada por los Galos á los Ilirios.— Rescate de esta plaza por los Epirotas á precio de dinero.—Imprudencia de los Epirotas.

El rey Agrón, luego que volvió la armada y oyó de sus jefes la relación del combate (232 años antes de J. C.), alegre sobremara de haber postrado á los Etolios, gente la más feroz, se entregó á la embriaguez y otras semejantes comilonas, de cuyas resultas le dió un dolor de costado, que en pocos días le llevó al sepulcro. Sucedióle en el reino su mujer Teuta, que descargó en parte el manejo de los negocios en la fe de sus confidentes. Usaba de su talento según su sexo. Unicamente atenta á la pasada victoria, y sin miramiento á las potencias extranjeras, dió licencia primero á sus corsarios para apresarse cualquier buque que encontrasen, despues equipó una armada y envió un ejército en nada inferior al primero, permitiendo á sus jefes todo género de hostilidades.

El primer golpe de estos comisionados descargó sobre la Elia y la Mesenia, países expuestos de continuo á las incursiones de los Ilirios. El ser la costa dilatada y estar en lo interior del país las ciudades capitales, hacían cortos y demasiado lentos los socorros que les prestaban contra los desembarcos de los Ilirios, de que provenía que éstos talaban impunemente y saqueaban de continuo las provincias. A la sazón el acopio de víveres les había hecho internar hasta

Fenice, ciudad de Epiro, donde, unidos con ochocientos Galos que la guarnecíán á sueldo de los Epirotas, tratan con éstos sobre la entrega de la ciudad. En efecto, con el asenso que éstos prestaron sacan sus tropas los Ilirios y se apoderan por asalto de la ciudad y de todo lo que había en ella, con la ayuda de los Galos que estaban dentro. Apenas supieron esta nueva los Epirotas, marchan todos con diligencia al socorro, llegan á Fenice, se acampan, se cubren con el río que pasa por la ciudad, y para mayor resguardo quitan las tablas que le servían de puente. Pero advertidos de que se acercaba por tierra Scerdilaidas, al frente de cinco mil Ilirios, por los desfileres inmediatos á Antigonea, destacan allá parte de su gente para resguardo de esta plaza, y ellos, mientras, con la restante abandonan la disciplina, disfrutan á su salvo las ventajas del país y descuidan en las centinelas y puestos avanzados. Los Ilirios, que supieron la división de sus tropas y demás inobservancia, hacen una salida de noche, y echando unas tablas sobre el puente, pasan el río sin el menor riesgo, se apoderan de un puesto ventajoso, y hacen allí alto lo restante de la noche. Venido que fué el día, se puso en batalla uno y otro ejército, á vista de la ciudad. Los Epirotas fueron vencidos; muchos de ellos quedaron sobre el campo, pero muchos más aún fueron hechos prisioneros, y el resto tomó la huída hacia los Atintanes.

Los Epirotas, faltos de todo doméstico recurso con estos contratiempos, acudieron á los Etolios y Aqueos, implorando con sumisión su socorro. Estos, sensibles á sus desgracias, asienten á la demanda, y marchan á Helicrano con el auxilio. Los Ilirios, que habían ocupado á Fenice, vinieron también al mismo sitio con Scerdilaidas, y se acampan inmediatos á estas

tropas auxiliares, con el designio al principio de darles la batalla; pero fuera de que se lo impedía lo fragoso del terreno, recibieron unas cartas de Teuta, en que les prevenía su pronto regreso por haberse pasado á los Dardanos parte de sus vasallos. Y así talado el Epiro, concluyeron un armisticio con los Epirotas, por el cual les restituyeron los hombres libres y la ciudad á precio de dinero; y puestos á bordo los esclavos y demás despojos, unos marcharon por mar, otros tornaron á pie á las órdenes de Scerdilaidas por los desfiladeros de Antigonea. Grande fué el terror y espanto que infundió esta expedición á los Griegos que habitaban las costas. Cada uno reflexionaba que, esclavizada de un modo tan increíble la ciudad más fuerte y poderosa que tenía el Epiro, ya no había que cuidar de las campiñas como en los tiempos anteriores, sino de sus propias personas y ciudades. Los Epirotas puestos en libertad por un medio tan extraño, distaron tanto de procurar vengarse de los autores de sus agravios, ó proceder reconocidos con sus bienhechores, que por el contrario, juntos con los Acarnanios enviaron embajadores á Teuta para hacer alianza con los Ilirios, por la que abrazaron en adelante el partido de éstos en perjuicio de los Aqueos y Etolios: resolución que hizo pública por entonces la indiscreción respecto de sus bienhechores, y la imprudencia con que habían consultado desde el principio sus intereses.

Que siendo hombres incurramos en cierto género de males imprevistos, no es culpa nuestra, sino de la fortuna, ó de quien es la causa; pero que por imprudencia nos metamos en evidentes peligros, no admite duda de que somos nosotros los culpables. Por eso á los yerros de mera casualidad se les sigue el perdón, la conmiseración y el auxilio; pero á las faltas de ne-

cedad las acompaña el oprobio y reprensión de las gentes sensatas. Esto fué justamente lo que entonces experimentaron los Epirotas de parte de los Griegos. Porque en primer lugar, ¿qué hombres, sabiendo que los Galos (1) pasaban comúnmente por sospechosos, no recelan entregarles una ciudad rica, y que excitaba por mil modos su perfidia? En segundo, ¿quién no se precave contra la elección de semejante cuerpo de tropas? gentes que, á instancias de su propia nación, habían sido arrojadas de su patria por no guardar fe á sus amigos ni parientes, gentes que, recibéndolas los Cartagineses por las urgencias de la guerra, originada una disputa entre soldados y jefes por los sueldos, tomaron de aquí pretexto para saquear á Agrigento, donde habían entrado de guarnición en número entonces de más de tres mil; gentes que, medidas después en Erice para el mismo efecto, á tiempo que los Romanos sitiaban esta plaza, intentaron entregarles la ciudad y á los que estaban dentro; gentes que, malgrado este atentado, se pasaron á los enemigos; gentes, en fin, que, lograda la confianza de éstos, saquearon el templo de Venus Ericina: motivos porque los Romanos, enterados á fondo de su impiedad, luego que se concluyó la guerra con los Cartagineses, no pudieron hacer cosa mejor que despojarlos de sus armas, meterlos en los navios y desterrarlos de toda Italia. A vista de esto, ¿no se dirá con sobrado fundamento que los Epirotas, en el hecho mismo de confiar sus leyes y gobierno democrático á gentes de esta ralea, y poner en sus manos la ciudad más poderosa, se constituyeron autores de sus mismos infortunios? Tuvimos á bien hacer esta reflexión sobre la impru-

---

(1) Polibio llama indistintamente *Celtas* y *Galos* á los habitantes de uno y otro costado de los Alpes.

dencia de los Epirotas, para advertir á los políticos que en ningún caso conviene meter en las plazas guarniciones muy fuertes, sobre todo si son de extranjeros.

### CAPÍTULO III.

Embajada de los Romanos á Teuta, reina de Iliria.—Muerte que ésta manda dar á uno de los embajadores.—Sorpresa de Epidamno malograda.—Batalla naval ganada por los Ilirios junto á Paxos, y toma de Corcira por los mismos.

Ya hacía tiempo que los Ilirios insultaban de continuo á los que navegaban de Italia; pero ahora durante su mansión en Fenice (231 años antes de J. C.), destacándose muchos de la escuadra, robaban á unos, degollaban á otros, y conducían prisioneros no pocos comerciantes italianos. Los Romanos, que hasta entonces habían desestimado las quejas contra los Ilirios, viniendo éstas á ser ahora más frecuentes en el Senado, nombraron á Cayo y Lucio Coruncanio por embajadores á la Iliria, para que se informasen por menor de estos hechos. Teuta, á la vuelta de sus buques de Epiro, admirada del número y riqueza de despojos que conducían (era entonces Fenice la ciudad más opulenta del Epiro), cobró doblado espíritu para insultar á los Griegos. Las conmociones intestinas la retrajeron por entonces; pero sosegados que fueron los vasallos que se habían rebelado, al instante puso sitio á Issa, la única ciudad que había rehusado obedecerla. A esta sazón llegaron los embajadores romanos, quienes admitidos á audiencia, expusieron los agravios que habían recibido. Durante todo el discurso, la Reina los escuchó, afectando un aire altivo y

demasiado altanero; pero luego que concluyeron, les dijo: «que procuraría poner remedio para que Roma no tuviese motivo de resentimiento de parte de su Reino en general; pero que en particular, no era costumbre de los Reyes de Iliria prohibir á sus vasallos el corso por utilidad propia. Ofendido de esta respuesta el más joven de los embajadores, con libertad conveniente sí, pero importuna, la dijo: «Señora, el más apreciable carácter de los Romanos es vengar en común los agravios contra sus particulares, y socorrer á sus miembros ofendidos: en este supuesto, procuraremos con la voluntad de Dios obligaros á fuerza y prontamente á que reforméis las costumbres de los Reyes de Iliria.» La Reina tomó este desembarazo con una ira inconsiderada y propia de su sexo, y la irritó tanto el dicho, que sin respeto al derecho de gentes, envió en seguimiento de los embajadores que habían marchado, para que matasen al autor de semejante desacato: acción que lo mismo fué saberse en Roma, que enfurecidos con el insulto de esta mujer, hacer aparatos de guerra, matricular tropas y equipar una armada.

Venida la primavera, Teuta reparó mayor número de buques que el anterior, y los volvió á enviar contra la Grecia. De éstos, unos pasaron á Corcira, otros abordaron al puerto de Epidamno, con ánimo en la apariencia de hacer agua y tomar víveres, pero en la realidad con el designio de sorprender y dar un golpe de mano á la ciudad. Los Epidamnios recibieron incautamente y sin precaución estas gentes, que introducidas en la ciudad con vestidos propios para tomar agua y una espada oculta en cada vasija, degollaron la guardia de la puerta y se apoderaron prontamente de la entrada. A este tiempo acudió un eficaz socorro de los navíos, según estaba dispuesto, con cuya ayu-



da se ampararon á poca costa de la mayor parte de los muros. Pero los vecinos, aunque desprevenidos por lo inopinado del caso, se defendieron y pelearon con tanto vigor, que al cabo los Ilirios, después de una prolongada resistencia, fueron desalojados de la ciudad. En esta ocasión, el descuido de los Epidamnios los puso á pique de perder su patria; pero su valor los sacó salvos, y les dió una lección para adelante. Los jefes ilirios se hicieron á la vela con precipitación, se incorporaron con los que iban delante, y dieron fondo en Corcira, donde hecho un pronto desembarco, emprendieron poner sitio á la plaza. Los Corcirenses, consternados con esté accidente, y desesperanzados de todo remedio, enviaron legados á los Aqueos y Etolios. Al mismo tiempo que éstos llegaron, vinieron también los Apoloniatas y Epidamnios, suplicando les enviasen un pronto socorro y no mirasen con indiferencia que los Ilirios les arrojasen de su patria. Estas embajadas fueron escuchadas favorablemente por los Aqueos, quienes tripularon de mancomún diez navíos de guerra, y equipados en breve tiempo, marcharon hacia Corcira, con la esperanza de librarla del asedio.

Los Ilirios, habiendo recibido de los Acarnanios siete navíos de guerra en virtud de la alianza, salieron al encuentro, y se batieron con la escuadra aquea junto á Paxos. Los navíos acarnanios, que estaban situados de frente con los aqueos, pelearon con igual fortuna, y salieron del combate sin más lesión que las heridas que recibieron sus tripulaciones. Pero los Ilirios, ligando sus navíos de cuatro en cuatro, vinieron á las manos. Al principio cuidaron poco de sí propios, y presentando el flanco al enemigo, cooperaron á hacer más ventajoso su ataque. Mas cuando los navíos contrarios se acercaron, y aferrados con el

mutuo choque se vieron imposibilitados de maniobrar y pendientes de los espolones de los buques ligados, entonces los Ilirios saltan sobre las cubiertas de las embarcaciones aqueas y las vencen con el número de sus soldados. De este modo apresaron cuatro navíos de cuatro órdenes, y echaron á pique uno de cinco con toda la tripulación, á cuyo bordo iba Marco Carinense, hombre que hasta la actual catástrofe había desempeñado todos los cargos á satisfacción de la República Aquea. Los que se batían con los Acarnanios, luego que advirtieron la ventaja de los Ilirios, fiados en su agilidad, se retiraron sin riesgo á su patria viento en popa. Esta victoria ensoberbeció á los Ilirios, y les facilitó para adelante la continuación del sitio con más confianza. Los Corcirenses al contrario, en medio de que sufrieron aún el asedio por algún tiempo, desesperanzados de todo auxilio con estos accidentes, capitularon con los Ilirios, admitieron guarnición, y con ella á Demetrio de Faros. Después de lo cual los jefes ilirios al instante se hicieron á la vela, arribaron á Epidamno y emprendieron de nuevo el sitio de la ciudad.

#### CAPITULO IV.

Desembarco de los Romanos en la Iliria.—Expediciones de los cónsules Fulvio y Postumio.—Tratado de paz entre Roma y Teuta.—Construcción de Cartagena por Asdrúbal, y tratado de éste con los Romanos.

Obtenían á la sazón el consulado (230 años antes de J. C.) C. Fulvio y A. Postumio, cuando aquél salió de Roma con doscientos navíos, y éste marchó al frente del ejército de tierra. El primer ánimo de Ful-

vio fué dirigir la proa hacia Corcira, con la esperanza de llegar á tiempo que no estuviese concluído aún el sitio. Pero aunque ya llegó tarde, se encaminó no obstante á la isla, con el fin de enterarse á fondo de lo que pasaba en la ciudad, y al mismo tiempo asegurarse de lo que había comunicado Demetrio. Este se hallaba desacreditado con Teuta, y temeroso de su resentimiento, había dado aviso á los Romanos de que entregaría la ciudad y franquearía cuanto estuviere á su cargo. En efecto, alegres los de Corcira al ver la venida de los Romanos, les abandonan la guarnición Iliria con parecer de Demetrio, y ellos mismos se ponen bajo su protección de común acuerdo; en el concepto de que éste era el único medio de vivir á cubierto en adelante contra los insultos de los Ilirios. Recibidos en la amistad los de Corcira, hicieron vela los Romanos hacia Apolonia, llevando por guía á Demetrio para la ejecución de los restantes designios.

Por este mismo tiempo pasó Postumio desde Brundisio con su ejército de tierra, compuesto de veinte mil hombres de infantería y dos mil caballos. Lo mismo fué presentarse uno y otro campo á la vista de Apolonia, que recibirlos igualmente sus moradores y comprometerse en su arbitrio; pero con la noticia de que Epidamno se hallaba situada, volvieron sin detención á salir del puerto. No fué menester más para que los Ilirios levantasen el sitio con precipitación y tomasen la huída, que saber que los Romanos se acercaban. En efecto, los Cónsules recibieron en su confianza á los Epidamnios, y se internaron en la Iliria, sojuzgando de paso á los Ardicos. Aquí se hallaron con embajadores de diferentes partes, entre otras de los Partenios y Atintanos que habían venido á ofrecer su obediencia. Recibidos en la amistad estos pueblos, pasaron á Issa, ciudad á quien tenían tam-

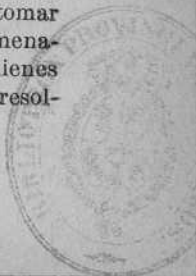
bién puesto sitio los Ilirios. Llegan, hacen levantar el cerco, admiten en su gracia á los vecinos, y toman sobre la costa varias ciudades de la Iliria á viva fuerza, entre otras á Nutria, donde perdieron mucha gente, algunos tribunos y el cuestor. Por último, apresan veinte barcos que traían un gran socorro del país. Los sitiadores de Issa, unos quedaron salvos en Faros por respetos de Demetrio, y los restantes se refugiaron por diferentes partes en Arbona. Teuta se salvó con muy pocos en Rizón, lugar muy acomodado para la defensa, distante del mar y situado sobre el río del mismo nombre. Con estas conquistas los Romanos sujetaron á la dominación de Demetrio la mayor parte de la Iliria, ensancharon los límites de su imperio, y se retiraron á Epidamno con la escuadra y el ejército de tierra.

Cayo Fulvio se volvió á Roma (229 años antes de J. C.), llevando consigo la mayor parte de uno y otro ejército. Postumio quedó sólo con cuarenta navíos, y levantando un ejército de las ciudades circunvecinas, pasó allí el invierno, con la mira de tener en respeto á los Ardieos y demás naciones que habían ofrecido la obediencia. Al principio de la primavera envió Teuta una embajada á Roma, y concluyó un tratado con estas condiciones: *que pagaría el tributo que se tuviese á bien imponerla; que evacuaría toda la Iliria á excepción de pocas plazas (y lo siguiente que principalmente miraba á los Griegos); que no navegaria de parte allá de Lisso, mas que con dos bergantines, y estos desarmados.* Ratificados estos pactos, Postumio envió después embajadores á los Etolios y Aqueos, quienes después de su llegada justificaron, primero los motivos de haber emprendido la guerra y haber pasado á la Iliria; después dieron cuenta de su conducta, exhibieron el tratado que acababan de concluir con los Ilirios, y

satisfechos de la buena acogida que habían hallado en estas naciones, se tornaron á Corcira. Esta paz libertó á los Griegos de un gran sobresalto; porque los Ilirios eran á la sazón enemigos, no de algún pueblo en particular, sino en general de toda la Grecia. Tal fué el primer tránsito de los Romanos con ejército á la Iliria y aquellas partes de Europa; y por tales motivos la primera alianza que entablaron por la negociación con la Grecia. De aquí tomó Roma motivo para enviar al instante otros diputados á Corinto y Atenas; y en esta data aprobó Corinto por primera vez que los Romanos interviniesen en sus juegos ístmicos.

Por este mismo tiempo (229 años antes de J. C.), Asdrúbal (en este estado dejamos los asuntos de la España) ejercía el mando con cordura é inteligencia. Entre los grandes servicios hechos á su patria, había construído una ciudad, llamada por unos Cartago, y por otros la Ciudad Nueva, que contribuía infinito al auge de los intereses de la república, y sobre todo estaba en bella disposición para el comércio entre España y África. Haremos ver en otra parte la situación de este pueblo, y las ventajas que de él pueden sacar uno y otro país, valiéndonos de ocasión más oportuna.

Apenas advirtieron los Romanos el grande y formidable poder que ya Asdrúbal se había adquirido, pensaron entrar á la parte en los negocios de España. Hallaron que el sueño y la indiferencia en que habían vivido hasta entonces eran las causas del gran poder que Cartago se había fabricado, pero procuraron con empeño reparar su descuido. En la actualidad no se atrevían á imponer alguna dura condición, ó tomar las armas contra Cartago, por el riesgo que amenazaba á sus intereses de parte de los Galos, de quienes casi esperaban una irrupción de día en día. Y así resol-



vieron usar de dulzura y suavidad con Asdrúbal, para atacar y dar una batalla á los Galos; persuadidos á que jamás podrian, no digo dominar la Italia, pero ni aun vivir seguros en su propia patria, mientras tuviesen á semejantes gentes por exploradoras de su conducta. Por lo cual, lo mismo fué efectuarse el tratado con Asdrúbal por la vía de la negociación, en el que, sin hacer mención de lo restante de España, se prohibía á los Cartagineses pasar sus armas de parte allá del Ebro, que al instante llevaron la guerra contra los Galos que habitaban la Italia.

## CAPÍTULO V.

Descripción general de Italia, y particular del país que ocupaban los Galos.—Producciones de esta comarca, y costumbres de estos pueblos.

Me parece del caso hacer una relación, aunque sucinta, de estos Galos, como conducente al preámbulo y enlace del plan que nos propusimos al principio, recorriendo los tiempos desde aquella época en que estas naciones ocuparon la Italia. Soy de sentir que la historia de estos pueblos merece no sólo saberse y contarse, sino que es absolutamente precisa para comprender en qué gentes y países puso Anníbal su confianza, cuando se propuso arruinar el romano imperio. Pero ante todas cosas diremos de la comarca, cuál es ella en sí, y cómo está situada respecto á lo restante de Italia. De este modo la peculiar descripción de sitios y terrenos facilitará la comprensión de los hechos más memorables.

La Italia toda tiene la figura de un triángulo. El mar Jonio y el golfo Adriático que está inmediato, ter-

minan el costado que mira al Oriente; y el mar Siciliano y Tirrenio, el que cae al Mediodía y Occidente. La unión de estos dos costados entre sí forma el vértice del triángulo, donde se halla al Mediodía el promontorio de Italia llamado Cocinto, que divide el mar Jonio y el Siciliano. El costado restante que mira al Septentrión y cubre el corazón de Italia, le finalizan sin intermisión los Alpes, cordillera de montañas que, principiando desde Marsella y lugares situados sobre el mar de Cerdeña, continúa sin cesar hasta el extremo del mar Adriático, menos un corto espacio cuya anticipada interrupción impide el que se unan. Al pie de esta cadena de montes, que debemos considerar como la base del triángulo, mirando hacia Mediodía, yacen las llanuras más septentrionales de toda Italia; llanuras de que vamos á hablar, y cuya fertilidad y extensión excede á la de cuantos pueblos de Europa se compone nuestra historia.

Toda la figura y ámbito de esta comarca es igualmente de un triángulo. La unión del monte Apenino con los Alpes, cerca del mar de Cerdeña sobre Marsella, forma el vértice de esta figura. Los Alpes terminan el lado septentrional por espacio de dos mil y doscientos estadios, y el Apenino el meridional hasta tres mil y seiscientos. La costa del golfo Adriático sirve de base á todo el triángulo. Su extensión desde Sena hasta lo más interior del golfo pasa de dos mil y quinientos estadios. De suerte que la circunferencia total de esas llanuras comprende diez mil estadios con corta diferencia.

No es fácil explicar con palabras la fertilidad de este país. La abundancia de granos es tal, que ha sucedido muchas veces en nuestros días venderse el modio siciliano de trigo á cuatro óbolos, y el de cebada á dos. La metreta de vino á igual precio que la

cebada. La abundancia de panizo y mijo es excesiva en extremo. Cuál sea la cosecha de bellota que se coge en los encinares sembrados á trechos por estas llanuras, por aquí principalmente lo inferirá cualquiera; que matándose infinito cerdo en Italia, ya para las necesidades privadas, ya para las provisiones de guerra, sólo de estos campos se saca un superabundante surtido. El cálculo más exacto de cuán baratas y abundantes están las cosas necesarias á la vida, se ve por los que viajan por la provincia. Estos, cuando hacen mansión en una posada, no tienen que tratar del precio de cada comestible, sino preguntar en general *cuánto es el gasto por persona*; y regularmente los posaderos, por suministrar á un huésped todo lo necesario, llevan un semise, que es la cuarta parte de un óbolo, y rara vez más. De la muchedumbre de habitantes, de la magnitud y bella disposición de sus cuerpos, como de su espítitu para la guerra, sus mismos hechos serán el más cabal testimonio.

Las colinas y lugares menos montuosos de uno y otro lado de los Alpes, tanto el que está de parte del Ródano, como el que mira á los campos de que acabamos de hablar, están habitados: el que mira al Ródano y Septentrión, por los Galos Transalpinos; y el que á las llanuras, por los Tauriscos, Agones y otras muchas naciones bárbaras. La diferencia de Transalpinos no proviene de la nación, sino del lugar. Llámense *Transalpinos* porque habitan de parte allá de los Alpes.

Las cumbres de estos montes hasta ahora están inhabitadas por la aspereza y abundancia de nieve que de continuo en ellas se encuentra. Desde el principio del Apenino sobre Marsella y unión que éste hace con los Alpes, habitan los Ligures uno y otro costado, tanto el que mira al mar Tirreao hasta Pissa, que es



la primera ciudad de la Etruria al Occidente, como el que cae á los llanos en la tierra firme hasta la provincia de los Arretinos. Síguense después los Etruscos, é inmediato á éstos los Umbríos, que ocupan uno y otro lado del dicho monte. De aquí adelante el Apenino se separa del mar Adriático como quinientos estadios, tuerce á la derecha, desampara las llanuras, y penetrando por medio de lo restante de Italia, llega hasta el mar de Sicilia. La campiña que deja por esta parte se extiende hasta el mar y ciudad de Sena. El río Po, tan decantado por los poetas con el nombre de Eridano, tiene su origen en los Alpes, en el vértice mismo del triángulo que acabamos de proponer. Desciende á la tierra llana, dirigiendo su curso á Mediodía; pero luego que llega á ésta, tuerce su carrera hacia el Oriente, por donde camina hasta que desagua en el mar Adriático por dos bocas. De las dos partes en que divide la campiña, la mayor está hacia los Alpes y el golfo Adriático. Entran en él las aguas, que por todas y por cualquiera parte de los Alpes y del Apenino bajan al llano, y engruesan tanto su corriente, que á ninguno cede de cuantos ríos bañan la Italia. La madre es muy ancha y hermosa, aumentándose sobre todo á la entrada de la canícula con las copiosas nieves que se deshacen en los mencionados montes. Suben por él embarcaciones desde el mar por la boca Olana hasta casi dos mil estadios. En su nacimiento no tiene más que una madre; pero cuando llega á los Trigabolos, se divide en dos. De éstas, la una embocadura se llama Padoa y la otra Olana, donde se encuentra un puerto el más seguro para los que á él arriban de cuantos tiene el Adriático. Los naturales llaman á este río Bodenco.

Dejo aparte, por ahora, lo demás que sobre este río cuentan los Griegos, como es la historia de Faetón y

su caída, las lágrimas de los álamos negros, lo enlutados que andan los que habitan las inmediaciones de este río, de quienes se dice que aun conservan hasta el día de hoy semejantes vestidos en sentimiento de la muerte de Faetón, y toda la caterva de semejantes historias trágicas, por no adecuarse bien á una clase de preámbulo como este la exacta narración de tales cosas. No obstante, espero hacer en lugar más oportuno la correspondiente conmemoración de estas fábulas, con el fin principalmente de dar á conocer la ignorancia de Timeo sobre los mencionados lugares.

Estas llanuras fueron habitadas antiguamente por los Etruscos, cuando señores de los campos circunvecinos á Capua y Nola, llamados entonces Flegreos..., se dieron á conocer y adquirieron reputación de esforzados por la resistencia que hicieron á muchos pueblos. Por esta razón los que lean la historia de la dominación de este pueblo no deben parar la consideración sobre el país que al presente ocupan, sino sobre las llanuras de que antes hemos hablado y proporciones que de ellas les provenían. La intermediación hizo que los Galos frecentasen con ellos el comercio, y envidiosos de la bondad del terreno, bajo un leve pretexto los atacasen de repente con un numeroso ejército, los desalojasen de los contornos del Po y ocupasen su campiña. Los primeros que habitaban la ribera oriental de este río eran los Laos y los Lebecios; después los Insubrios, nación la más poderosa; á consecuencia de éstos los Cenomanos, sobre las márgenes del río, y lo restante hasta el mar Adriático los Vénetos, nación antiquísima, poco diferente en costumbres y traje de los Galos, pero diversa en lenguaje. De éstos escribieron mucho los poetas trágicos y cuentan de ellos mil patrañas. A la margen opuesta del Po, alrededor del Apenino, primero están los Anianos,

después los Boios, inmediato á éstos hacia el Adriático los Agones, y por último, junto al mar, los Senones.

Tales son los más célebres pueblos que ocupaban las mencionadas comarcas. Vivían en aldeas sin muros; ignoraban el uso de los muebles; su modo de vivir era sencillo; su cama la yerba, su comida la carne, su única profesión la guerra y la agricultura. Toda otra ciencia ó arte les era desconocida. Sus riquezas consistían en ganado y oro, los únicos bienes que en todo evento se pueden llevar con facilidad y transportar al arbitrio. En lo que más estudio ponían era en granjear amigos, porque entre ellos aquél era más respetado y poderoso que más gente le obsequiaba y se acomodaba á su gusto.

## CAPÍTULO VI.

Resumen de la historia de los Galos.—Toma de Roma por éstos, y diferentes encuentros que tuvieron con los Romanos.

Al principio los Galos dominaban, no sólo este país, sino también muchos pueblos circunvecinos, que el terror de su valor había sometido. Poco tiempo después (389 años antes de J. C.), ganada una victoria á los Romanos y otros que militaban en su ayuda, siguiendo por tres días el alcance de los que huían, se apoderaron al cabo de la misma Roma, á excepción del Capitolio. Pero la invasión de los Vénetos en sus tierras les hizo desistir del empeño, ajustar la paz con los Romanos, restituirles la ciudad y acudir á su patria. Viéronse después implicados en guerras civiles. La abundancia de que gozaban respecto de sus vecinos excitó el deseo de algunos pueblos que habitaban

los Alpes para atacarles y coligarse diferentes veces en su perjuicio. Durante este tiempo los Romanos recobraron sus fuerzas y volvieron á ajustar sus diferencias con los Latinos.

A los treinta años después de tomada Roma (358 antes de J. C.), avanzaron los Galos segunda vez hasta Alba con grande ejército. Los Romanos no se atrevieron en esta ocasión á sacar al paso sus legiones, por haberles prevenido el intento una invasión tan repentina y no haber tenido tiempo de congregar las tropas de los aliados. Pero repetida la irrupción á los doce años (345 antes de J. C.) con numerosas fuerzas, los Romanos, que habían presentado el golpe y convocado sus aliados, sálenles al encuentro con espíritu, resueltos á venir á las manos y aventurar su suerte. El buen ánimo de los Romanos amedrentó á los Galos y suscitó entre ellos diversidad de pareceres, por lo que, venida la noche, hicieron una retirada á su patria con honores de huida. A este espanto se siguieron trece años de quietud (332 antes de J. C.), pasados los cuales ajustaron con Roma un tratado de paz, á vista del auge que su poder había tomado.

Treinta años había que vivían en una paz permanente, cuando los Transalpinos movieron contra ellos las armas. Temerosos de que se les iba á suscitar una guerra perniciosa (302 años antes de J. C.), removieron de sí con presentes que les ofrecieron, y el parentesco que hicieron valer, el ímpetu de los que contra ellos se habían concitado, y estimularon su furor contra los Romanos, acompañándoles en la empresa. En efecto, hecha una invasión por la Etruria, y coligados con ellos los de esta nación, cogen un rico botín y salen de la dominación romana sin que nadie los inquiete. No bien habían llegado á sus casas, cuando la codicia de lo apresado originó entre ellos un motín.

que les hizo perder la mayor parte del despojo y del ejército. Bien que esto es muy común entre los Galos, después que se han apropiado el bien ajeno, y en especial cuando el vino y la comida los ha privado de la razón.

Cuatro años después, coligados los Samnitas y los Galos, dieron una batalla á los Romanos en el país de los Camertinos, en la que mataron mucha gente. El desastre que acababan de recibir no sirvió sino á alentar más á los Romanos. Poco tiempo después salieron á campaña (295 años antes de J. C.), y empeñada la acción con todas las legiones en el país de los Sentinatos, pasaron á cuchillo los más y el resto tuvo que retirarse precipitadamente cada uno á su patria.

Pasados diez años (285 antes de J. C.), vinieron los Galos á sitiar á Arrecio con grande ejército. Los Romanos acudieron al socorro, vinieron á las manos á la vista de la ciudad y quedaron vencidos. En esta jornada perdió la vida el cónsul Lucio, y M. Curio ocupó su lugar. Este envió embajadores á los Galos para el canje de prisioneros; pero ellos les quitaron la vida contra el derecho de gentes. Llevados de la ira los Romanos, toman las armas al momento (284 años antes de J. C.), encuentran con los Galos Senonenses que les salieron al paso, los vencen en batalla, matan los más, desalojan los restantes y se apoderan de toda la provincia. Aquí fué donde enviaron la primera colonia de la Galia, llamándola Sena, del mismo nombre de los Galos que antes la habitaban. De esta ciudad poco ha que hicimos mención, advirtiendo que estaba situada cerca del mar Adriático, al extremo de las llanuras que baña el Po.

A vista de la caída de los Senonenses, los Boios, recelosos de que por ellos y por su país no corriese la misma suerte, hicieron tomar las armas á todo el pue-

blo, y llamaron á los Etruscos en su ayuda. Juntos en el lago Oadmón, dieron una batalla campal á los Romanos, en la que quedaron sobre el campo los más de los Etruscos y se salvaron muy pocos de los Boios. Al año siguiente, confederados otra vez estos pueblos, arman toda la juventud y vienen á las manos con los Romanos. Pero una total derrota les hizo ceder á pesar de su espíritu, pedir la paz á los Romanos (283 años antes de J. C.) y ajustar con ellos un tratado. Todo esto acaeció tres años antes que Pirro pasase á Italia y cinco antes que los Galos fuesen deshechos en Delfos. Por estos tiempos parece que la fortuna había infundido en todos los Galos un cierto humor belicoso á manera de contagio. De estos choques resultaron á los Romanos dos especialísimas ventajas, porque las derrotas que habían sufrido de los Galos y la costumbre de no poder ver ni esperar mayor mal que el que ya habían experimentado, los sacaron perfectos atletas en las operaciones militares contra Pirro; y el haber reprimido en tiempo la audacia de estos pueblos, les puso en estado, sin necesidad de distraer sus fuerzas, de pelear primero con Pirro por defender la Italia, y disputar después con los Cartagineses por dominar la Sicilia.

Después de estos descalabros, los Galos vivieron en reposo por cuarenta y cinco años, y cultivaron la paz con los Romanos. Pero luego que faltaron aquellos que habían sido testigos oculares de los pasados desastres y sobrevinieron jóvenes llenos de ardor inconsiderado, sin experiencia ni conocimiento de revés ó fatalidad alguna, al instante (lo que es propensión humana) comenzaron á remover lo que estaba sosegado, á exasperarse con los Romanos por frívolos motivos y á llamar en su ayuda los Galos de los Alpes. Al principio (238 años antes de J. C.) estos proyectos

se fraguaban en secreto por solos los capataces, sin comunicarlos con el pueblo. De que provino que, adelantándose con ejército los Transalpinos hasta Arimino, recelosa la plebe de los Boios, se sublevó contra sus jefes y contra los que habían llegado, mató á Ates y Galato, sus propios Reyes, y venidos á las manos, se destruyeron unos á otros en formal batalla. Los Romanos, amedrentados con esta invasión, salieron á campaña; pero enterados de que se habían deshecho ellos mismos, se retiraron otra vez á sus casas.

Cinco años después de este sobresalto, en el consulado de M. Lepido, repartieron entre sí los Romanos aquel país de la Galia llamado el Piceno, de donde habían desalojado á los Senonenses por medio de una victoria. Cayo Flaminio fué el que, por congraciarse con el pueblo, introdujo esta ley (233 años antes de Jesucristo), que en realidad debemos confesar fué el origen de la corrupción del pueblo romano, y el fundamento de la guerra que se le originó después con los Senonenses. Muchos de los Galos entraron en esta confederación, especialmente los Boios, por estar confinantes con los Romanos. Estaban persuadidos á que Roma ya no movía la guerra por el mando é imperio sobre ellos, sino por su aniquilación y total exterminio.

Con este motivo, coligados los Insubrios y Boios, los dos pueblos más poderosos de la nación, enviaron al instante embajadores á los Galos que habitaban los Alpes y el Ródano, llamados Gesatos, porque militaban por cierto sueldo: esta es propiamente la significación de esta palabra. Para persuadir y estimular á Concolitano y Aneroestes, reyes de estos pueblos, á tomar las armas contra los Romanos, los legados les presentaron por el pronto una buena suma de dinero, y les dieron una idea para adelante de la opulencia

de este pueblo, y de las considerables riquezas que disfrutarían si alcanzaban la victoria. Pero acabaron de convencerlos con facilidad cuando á lo dicho añadieron firmes testimonios de su alianza, y les recordaron los hechos de sus antepasados, los cuales en otra igual expedición habian no sólo vencido en batalla á los Romanos, sino que después se habían apoderado por asalto de la misma Roma, y dueños de todo lo que encontraron, la habían dominado por siete meses, hasta que al fin, restituida ésta de voluntad y por favor, salvos é indemnes se habían vuelto á sus casas con todo el despojo. Estas palabras inflamaron tanto á los jefes de la nación para la guerra, que jamás se vió salir de estos contornos de la Galia ni ejército más numeroso ni soldados más bravos y aguerridos.

Durante este tiempo, Roma, ya con lo que oía, ya con lo que se pronosticaba, estaba en un continuo temor y sobresalto. Tanto, que unas veces alistaba tropas, acopiaba granos, juntaba municiones; otras sacaba sus ejércitos hasta las fronteras, como si ya estuviesen los Galos dentro del país, cuando aun no se habían movido de sus casas. No contribuyó poco este levantamiento á los Cartagineses para promover sus intereses en la España sin riesgo alguno. Los Romanos, persuadidos como hemos dicho arriba á que esta guerra les era más urgente por amenazarles más de cerca, se vieron precisados á mirar con indiferencia los asuntos de la España, llevando toda su atención el ponerse antes á cubierto contra los Galos. Por lo cual, asegurada la paz con Cartago por medio de un tratado concluído con Asdrúbal, de que poco ha hicimos mención, todos unánimes atacaron en tales circunstancias al enemigo más cercano, persuadidos á que les era de la mayor importancia acabar de una vez con tales gentes.



## CAPÍTULO VII.

Irrupción de los Galos por la Etruria.—Estado de fuerzas que los Romanos tenían.—Victoria de los Galos sobre los Romanos junto á Fesola.

Ocho años después de la división del campo Piceno (226 antes de J. C.), los Gesatos levantaron un ejército poderoso y bien provisto, superaron los Alpes y vinieron á acampar al río Po, donde se les unieron otros Galos. Los Insubrios y Boios persistieron firmes en su primera resolución; pero los Venetos y Cenomanos, con una embajada que los Romanos les enviaron, prefirieron la alianza de éstos. De aquí provino que los Reyes galos se vieron en la precisión de dejar una parte del ejército para cubrir la provincia contra el terror de estos pueblos, mientras que ellos, moviendo el campo con todo el resto, compuesto de cincuenta mil infantes y veinte mil caballos y carros, marcharon con denuedo, dirigiendo sus pasos hacia la Etruria.

Luego que se supo en Roma que los Galos habían pasado los Alpes, se envió á Arimino al cónsul L. Emilio con ejército para que contuviese por aquella parte el ímpetu del enemigo, y se destacó á uno de los pretores para la Etruria. El otro cónsul C. Atilio ya había marchado anteriormente á la Cerdeña con sus legiones. Esto no obstante, en Roma todos estaban consternados al considerar el grande y terrible peligro que les amenazaba. Bien que no es maravilla, cuando duraba aún en sus corazones aquel antiguo terror del nombre galo. Y así, atentos únicamente á este cuidado, congregan tropas, alistan legiones, pre-

vienen estén prontos los aliados, y mandan traer de todas las provincias sujetas padrones de los que se hallasen en edad de tomar las armas, para saber á punto fijo el total de sus fuerzas. Se cuidó de que la mayor y más florida parte de tropas marchase con los Cónsules. De granos, armas y demás pertrechos de guerra se hizo tanto acopio cuanto ninguno se acordaba de otro igual hasta entonces. De todas partes contribuían con gusto al logro de sus intentos. Por que los habitantes de Italia, atemorizados con la invasión de los Galos, no juzgaban ya que tomaban las armas por auxiliar á los Romanos ni por afirmar su imperio; al contrario, creían que los empeñaba el peligro de sus personas, de sus ciudades y de sus campiñas: motivos porque obedecían con gusto sus mandatos.

Para que los mismos hechos nos den á conocer la gran república que osó atacar después Anníbal, y el formidable imperio contra quien hizo frente su arrojo, bien que llegó á tal punto su dicha que sumegó á los Romanos en los mayores infortunios, será del caso exponer los pertrechos de guerra y número de fuerzas que ya entonces éstos tenían. Salieron con los Cónsules cuatro legiones romanas, compuestas cada una de cinco mil y doscientos infantes y trescientos caballos. Acompañaban también á uno y otro Cónsul treinta mil hombres de á pie y dos mil caballos de tropas aliadas. De Sabinos y Etruscos, que al tiempo preciso vinieron al socorro de Roma, se juntaron cuatro mil caballos y más de cincuenta mil infantes, de los cuales, hecho un cuerpo, fué enviado á las órdenes de un pretor para cubrir la Etruria. De Umbrios y Sarsinatos, moradores del Apenino, concurren hasta veinte mil. De Vénetos y Cenomanos otros tantos, que fueron puestos á la raya de la Galia

para invadir la provincia de los Boios y reprimir sus salidas. Estos eran los ejércitos que defendían las fronteras del país.

En Roma no estaban desprevenidos contra los acosos de una guerra. Tenían un ejército, que hacía veces de cuerpo de reserva, de veinte mil infantes y mil y quinientos jinetes romanos, y treinta mil infantes y dos mil caballos de tropas aliadas. En los padrones remitidos al Senado constaban ochenta mil hombres de á pie y cinco mil de á caballo, entre los Latinos; setenta mil de á pie y siete mil de á caballo, entre los Samnitas; cincuenta mil infantes y diez y seis mil caballos, entre los Japiges y Mesapiges unidos; treinta mil infantes y tres mil caballos, entre los Lucanos; y veinte mil infantes y cuatro mil caballos, entre los Marsos, Maruquinos, Ferentanos y Vestinos. Fuera de esto, guarnecían la Sicilia y Tarento dos legiones, compuestas cada una de cuatro mil doscientos infantes y doscientos caballos. El número de Romanos y Campanios matriculados ascendía á doscientos cincuenta mil infantes y veintitres mil caballos. De suerte que el total de tropas acampadas delante de Roma, pasaba de ciento cincuenta mil hombres de á pie y seis mil de á caballo; y el todo de las que podían llevar las armas, tanto romanas como aliadas, ascendía á setecientos mil infantes y setenta mil caballos. Y á vista de esto, ¿se atreverá Anníbal á invadir la Italia con veinte mil hombres escasos? Pero de esto nos informará mejor la consecuencia.

Luego que llegaron los Galos á la Etruria, corrieron y talaron impunemente la provincia, sin encontrar resistencia. Marcharon, por último, contra la misma Roma; y ya se hallaban en las inmediaciones de Clusio, ciudad distante de esta capital tres días de camino, cuando supieron que el ejército romano que

guarnecía la Etruria venía en su alcance por la espalda y estaba ya muy inmediato. Con este aviso volvieron sobre sus pasos y salieron al encuentro, deseosos de batirse. Ya iba á ponerse el sol cuando se avistaron los dos ejércitos. En este estado hicieron alto, sentando los reales uno y otro á corta distancia. Venida la noche, los Galos encendieron fuegos y dejaron sola la caballería, advirtiéndola que luégo que con la luz del día los alcanzasen á ver los enemigos, siguiesen sus huellas: ellos, mientras, hacen una oculta retirada hacia Fesola, donde se acampan, con ánimo de esperar su caballería y dar de improviso contra el ímpetu del enemigo. Los Romanos, que con la luz del día advirtieron la caballería sola, creyendo que los Galos habían echado á huir, siguen con calor el alcance. Pero apenas se hubieron acercado, cuando los Galos hicieron frente, dieron sobre ellos, y aunque en los principios fué viva la acción de una y otra parte, al cabo, superiores los Galos en espíritu y gente, mataron poco menos de seis mil Romanos é hicieron huir á los restantes. La mayor parte se retiró á un lugar ventajoso, donde se hizo fuerte. Al principio los Galos pensaron en sitiarlos; pero malparados con la marcha, fatigas y trabajos de la noche anterior, dejaron una guardia de su caballería alrededor de la colina y se fueron á descansar y sosegar, con ánimo al día siguiente de forzarlos si de voluntad no se entregaban.

## CAPÍTULO VIII.

Llegan los dos cónsules L. Emilio y C. Atilio á la Etruria.—  
Cogen en medio á los Galos.—Orden y disposición de ambos  
ejércitos.—Batalla de Telamón y victoria por los Romanos.

Por este tiempo (226 años antes de J. C.), Lucio Emilio, que guarnecía las costas del mar Adriático, oyendo que los Galos habían invadido la Etruria y se aproximaban á Roma, vino con diligencia al socorro y llegó felizmente á la ocasión más precisa. No bien había sentado sus reales cerca del enemigo, cuando los que se habían refugiado á la eminencia, enterados de su venida por los fuegos que veían, recobraron el espíritu y destacaron durante la noche algunos de los suyos desarmados por lo oculto de un bosque, para que informasen al Cónsul de lo sucedido. Con este aviso, Emilio, contemplando que la urgencia no daba lugar á consultas, manda á los tribunos salir al amanecer con la infantería, y él al frente de la caballería dirige su marcha á la colina. Los jefes galos, que habían advertido los fuegos durante la noche, conjeturando la llegada de los enemigos, tuvieron consejo. El rey Anerostes dió su voto en estos términos: que supuesto que se hallaban dueños de tan rico botín, cuyo número de hombres, ganados y alhajas era al parecer inexplicable, no le parecía acertado aventurar ni exponer toda la fortuna, sino tornarse á su patria impunemente; y después que, desembarazados de esta carga, se hallasen expeditos, volver á atacar á los Romanos con todas las fuerzas, si se tuviese por conveniente. Todos asintieron en que se debía obrar en las presentes circunstancias según el parecer de Anerostes, por lo cual la noche

misma en que tomaron este acuerdo levantaron el campo antes de amanecer y marcharon inmediatos al mar por la Etruria. Emilio, aunque incorporó en su ejército el trozo de tropas que se había salvado en la colina, creyó no obstante que de ningún modo le convenía aventurar una batalla campal, pero sí ir en su seguimiento y observar los tiempos y puestos ventajosos por si podía incomodar al enemigo ó quitarle la presa.

A este mismo tiempo el cónsul C. Atilio, habiendo arribado de Cerdeña á Pissa con sus legiones, las conducia á Roma, trayendo el camino opuesto á los enemigos. Ya se hallaban los Galos en las inmediaciones de Telamón, promontorio de la Etruria, cuando los forrajeadores de éstos dieron en manos de los batidores de Atilio y fueron apresados. Examinados por el Cónsul, le informan de lo acaecido hasta entonces y le dan parte de la vecindad de los dos ejércitos, advirtiéndole que el de los Galos estaba muy inmediato, y á espaldas de éste el de Emilio. Atilio, asombrado en parte con la noticia y en parte alentado por parecerle que con su marcha había cogido al enemigo entre dos fuegos, manda á los tribunos que formen en batalla las legiones y avancen á paso lento, dándolas todo el frente que permita el terreno. Él, advirtiendo en una colina cómodamente situada sobre el camino por donde precisamente habían de pasar los Galos, toma la caballería y marcha con diligencia á ocupar su cumbre para dar por sí principio á la acción, en la inteligencia de que de este modo se le atribuiría la gloria principal del suceso. Al principio los Galos, como que ignoraban la llegada de Atilio, infiriendo de esta novedad que la caballería de Emilio los había bloqueado durante la noche y se había apoderado con anticipación de los puestos ventajosos.

destacan prontamente la suya con alguna infantería ligera para desalojarlos de la colina. Pero al instante que supieron por uno de los prisioneros que se trajo la llegada de Atilio, ordenan sin dilación la infantería de tal suerte que haga dos frentes, una por detrás y otra por delante, en atención á que sabían que unos les seguían por la espalda, y se presumían que otros les saldrían al encuentro por el frente, conjetura que sacaron de las noticias que tenían y circunstancias que á la sazón ocurrieron.

Emilio había oído el arribo de las legiones á Pissa, pero no se presumía de que estuviesen tan cerca, y hasta que vió el combate de la colina no acabó de asegurarse que estaban tan inmediatas las tropas de su compañero. Destacó prontamente la caballería para socorro de los que peleaban en la altura, y puesta en orden la infantería según la costumbre romana, avanzó hacia los contrarios. Los Galos habían situado á los Gesatos é Insubrios al frente de la retaguardia, por donde esperaban á los de Emilio, y al frente de la vanguardia habían ordenado á los Tauriscos y Boios, habitantes del Po. Éstos tenían la formación contraria á los primeros; y estaban vueltos para contener el impetu de los de Atilio. Los carros con sus yuntas cubrieron una y otra ala. El botín fué puesto sobre un collado inmediato, con un destacamento para su resguardo. Situado á dos caras el ejército de los Galos, no sólo representaba una formación terrible, sino también eficaz. Los Insubrios y Boios entraron en la pelea con sus calzones y sayos ligeros rodeados al cuerpo. Pero los Gesatos, ya por vanidad, ya por valor, los arrojaron, y desnudos se situaron los primeros del ejército con solas sus armas, presumiéndose que de este modo estarían más desembarazados y libres de que las zarzas que había en ciertos para-

jes se les enredasen en los vestidos é impidiesen el manejo de las armas. La acción tuvo principio en la colina, donde con facilidad la veían todos por la prodigiosa multitud de caballos de cada ejército que combatían mezclados entre sí. A esta sazón el cónsul C. Atilio, que peleaba con intrepidez, perdió la vida en el combate, y su cabeza fué llevada á los Reyes galos. Esto no obstante, la caballería romana hizo tan bien su deber, que al cabo se apoderó del puesto y venció á los contrarios. Poco después avanzó la infantería una contra otra. Éste fué un espectáculo bien particular y maravilloso, tanto para los que entonces estuvieron presentes, como para los que han sabido después figurarse en su imaginación el hecho por la lectura.

En efecto, de una batalla compuesta de tres ejércitos no puede menos de resultar un aspecto y género de acción extraño y vario. A más de que tanto ahora como entonces, durante el mismo combate, estuvo en disputa si la formación de los Galos era la más peligrosa, por verse atacados por ambas partes, ó sí, al contrario, la más ventajosa, porque peleaban á un tiempo con ambos ejércitos, afianzaba cada uno su seguridad en el que tenía á la espalda, y sobre todo, cerradas las puertas á la fuga, no quedaba más arbitrio que la victoria, ventaja peculiar de un ejército situado á dos frentes.

Por lo que hace á los Romanos, ya les alentaba el ver al enemigo entre dos fuegos y rodeado por todas partes, ya les horrorizaba el buen orden y gritería del ejército de los Galos. Porque la multitud de clarines y trompeteros, que por sí era innumerable, unida á los cánticos de guerra de todo el ejército, levantaba tal y tan extraordinario estrépito, que parecía no sólo que las trompetas y soldados, sino también que los



lugares circunvecinos despedían de sí voces con el eco. Infundía también terror la vista y movimiento de los que estaban desnudos en la vanguardia, como que sobresalían en robustez y bella disposición. Todos los que ocupaban las primeras cohortes estaban adornados de collares de oro y manillas; á cuya vista los Romanos, ya se sobrecogían, ya estimulados con la esperanza de rico botín, concebían doblado espíritu para el combate.

Luego que los flecheros romanos avanzaron al frente, según costumbre, para disparar espesas y bien dirigidas saetas, á los Galos de la segunda línea les sirvieron de mucho alivio sus sayos y calzones; pero á los desnudos de la vanguardia, como acaecía el lance al revés de lo que esperaban, este hecho los puso en grande aprieto y quebranto. Porque como el escudo galo no puede cubrir á un hombre, cuanto mayores eran los cuerpos, y éstos desnudos, tanto más se aprovechaban los tiros. Al fin, imposibilitados de vengarse contra los que disparaban, por la distancia y número de flechas que sobre ellos caía, postrados y deshechos con el actual contratiempo, unos furiosos y desesperados se arrojaron temerariamente al enemigo y buscaron la muerte por su mano, otros se refugiaron á los suyos, hicieron público su temor y desordenaron á los que estaban á la espalda. De este modo fué abatida la altivez de los Gesatos por los flecheros romanos.

Lo mismo fué retirarse los flecheros y salir al frente las cohortes, que venir á las manos los Insubrios, Boios y Tauriscos, y hacer una vigorosa resistencia. Cubiertos como estaban de heridas, mantenía á cada uno el espíritu en su puesto. Sólo había la diferencia que eran inferiores, tanto en general como en particular, en la estructura de las armas. En efecto, el

escudo romano tiene una gran ventaja sobre el galo para defenderse, y la espada para maniobrar... en vez de que el sable galo únicamente sirve para el tajo. Pero luego que la caballería romana descendió de la colina y los atacó con vigor en flanco, entonces la infantería gala fué deshecha en el sitio mismo de la formación, y la caballería tomó la huída.

Quedaron sobre el campo cuarenta mil Galos, y se hicieron no menos de diez mil prisioneros, entre los cuales estaba Concolitano, uno de sus reyes. El otro, llamado Anerolestes, se refugió á cierto lugar con pocos que le siguieron, donde se dió la muerte á sí y á sus parientes. El Cónsul romano, recogido que hubo los despojos, los remitió á Roma, pero el botín lo restituyó á sus dueños. Después tomó los dos ejércitos, atravesó la Liguria é hizo una irrupción en el país de los Boios. Saciado de despojos el deseo del soldado, vino á Roma en pocos días con el ejército. Las banderas, las manillas y collares de oro, atavíos que traen los Galos al cuello y manos, adornaron el Capitolio. Los demás despojos y prisioneros sirvieron para la entrada y decoración de su triunfo. Así se desvaneció aquella terrible invasión de los Galos, que puso en tanta consternación y espanto á la Italia toda, y principalmente á Roma. Después de esta victoria los Romanos concibieron esperanzas de poder desalojar enteramente los Galos de los contornos del Po. A este efecto, nombrados cónsules Q. Fulvio y Tit. Manlio, los enviaron ambos con ejército y grande aparato de guerra. Este repentino ataque (225 años antes de Jesucristo) aterró á los Boios, y los puso en precisión de someterse á la fe de los Romanos. En el resto de la campaña no se hizo cosa de provecho, por las copiosas lluvias que sobrevinieron y pestilencial influencia que se introdujo en el ejército.

## CAPÍTULO IX.

Invasión de P. Furio y Cayo Flaminio por la Galia.—Batalla entre Insubrios y Romanos, y victoria por éstos.—Segunda invasión de Marco Claudio y Cn. Cornelio contra los Insubrios.—Victoria y toma de Milán por Cn. Cornelio.

Publio Furio y Cayo Flaminio, cónsules sucesores, volvieron á invadir la Galia (224 años antes de Jesucristo) por el país de los Anamaros, pueblo que tiene su asiento cerca de Marsella. Ganada la amistad de estas gentes, pasaron á la provincia de los Insubrios, por la confluencia del Adoa por el Po. Los trabajos que sufrieron en este tránsito y campamento no les dejaron obrar por el pronto, y concluído después un tratado, evacuaron estos países. Después de haber discurrido muchos días por aquellos contornos, atravesaron el río Clusio y vinieron á la provincia de los Cenomanos, sus aliados, con quienes volvieron á entrar por los Subalpinos hasta las llanuras de los Insubrios, poniendo á fuego la campiña y saqueando sus aldeas. Los jefes insubrios, viendo que era inevitable el designio de los Romanos, determinaron probar fortuna y aventurar todas sus fuerzas. Para esto juntaron en un sitio todas las banderas, aun aquellas de oro, llamadas inmovibles, que sacaron del templo de Minerva, hicieron los demás preparativos convenientes y se acamparon con cincuenta mil hombres al frente del enemigo, llenos de satisfacción y de amenazas.

Los Romanos habían pensado valerse de las tropas galas, sus aliadas, á vista de la infinita superioridad del enemigo. Pero al considerar la inconstancia de

los Galos y que el combate había de ser contra gentes de la misma nación que la que ellos habían recibido, recelaban comprometer en tales hombres asunto de tanta importancia. Al fin se resolvieron á subsistir ellos de parte acá del río, hacer pasar de parte allá á los Galos, sus aliados, y quitar después los puentes. De este modo se aseguraban á un tiempo de cualquier insulto, y como que tenían los Galos un río invadeable á la espalda, no les dejaban otro arbitrio de salud que la victoria. Hecho esto, se prepararon para el combate.

Es célebre la sagacidad de que usaron los Romanos en esta batalla. Los tribunos instruyeron, en común y en particular, á cada soldado cómo debía obrar durante la acción. Habían observado en los combates anteriores que el furor de la nación gala en el primer ímpetu era el más temible, mientras se veía sin lesión; que la fábrica de sus espadas, como hemos dicho antes, sólo tenía el primer golpe, y éste cortante, pero que después su longitud y latitud se embotaba y encorbaba tanto que si no se daba tiempo al que la manejaba para apoyarla contra el suelo y enderezarla con el pie, venía á ser absolutamente ineficaz su segundo golpe. En este supuesto, los tribunos reparten á las cohortes de la vanguardia las lanzas de los Triarios que estaban á la retaguardia, y, por el contrario, mandan á éstos que se sirvan de sus espadas. En este orden acometen de frente á los Galos, cuyos sables, lo mismo fué descargar los primeros tajos sobre las lanzas, que quedar inutilizados. Entonces vienen á las manos, y mientras los Galos están sin acción, privados del golpe cortante, único uso que hacen de la espada, por no tener absolutamente punta, los Romanos, jugando las suyas, no de tajo, sino de punta, como que la tienen penetrante, les

hieren sobre los pechos y rostros, descargan herida sobre herida y pasan á cuchillo la mayor parte. Todo el lauro se debió á la previsión de los tribunus, porque el cónsul Flaminio había dirigido la acción con poca prudencia. En el hecho de formar su ejército sobre la margen misma del río y no dejar espacio á las cohortes para retirarse, privó á los Romanos de aquella peculiar ventaja que tienen en batirse. Porque si durante la acción hubiera acaecido verse las tropas un poco estrechadas de terreno, la imprudencia del jefe las hubiera precipitado en el río sin remedio. Pero al fin su valor, como hemos dicho, las sacó vencedoras, y apoderadas de un rico botín é infinitos despojos, volvieron á Roma.

Al año siguiente enviaron los Galos á solicitar la paz, dispuestos á pasar por cualesquier condiciones; pero los cónsules sucesores Marco Claudio y Cn. Cornelio insistieron en que no se les concediese. Este desaire determinó á los Galos á hacer el último esfuerzo (223 años antes de J. C.). Recurrieron otra vez á los Gesatos de los contornos del Ródano, y tomaron á sueldo treinta mil hombres, que tuvieron sobre las armas, esperando la llegada del enemigo. Al principio de la primavera los Cónsules tomaron las legiones y marcharon al país de los Insubrios. Luego que hubieron llegado, se acamparon alrededor de Agerra, ciudad situada entre el Po y los Alpes, y la pusieron sitio. Los Insubrios, imposibilitados de socorrerla, por estar tomados de antemano los puestos ventajosos, pero resueltos á libertarla del asedio, atraviesan el Po con una parte del ejército, entran en la dominación romana y ponen sitio á Clastidio. Llegada á los Cónsules esta noticia, toma Marco Claudio la caballería con parte de la infantería y marcha con diligencia á dar auxilio á los cercados. Apenas supieron los Galos la venida de los

Romanos, levantan el sitio, salenles al encuentro y se ordenan en batalla. En medio de que les atacó con ímpetu y esfuerzo la caballería romana, resistieron el primer choque; pero rodeados é incomodados después por la espalda y los costados, tuvieron al fin que tomar la huida. Muchos se precipitaron en el río y fueron víctimas de la corriente, pero los más murieron á manos del enemigo. Los Romanos tomaron á Agerra, bien provista de víveres, por haberse retirado los Galos á Milán, capital del país de los Insubrios. Cornelio siguió el alcance, y se presentó de repente delante de esta plaza. Al principio los Galos se estuvieron quietos; pero al retirarse el Cónsul á Agerra, salen, pican con vigor su retaguardia, matan á muchos y obligan á una parte á tomar la huida, hasta que el Cónsul, llamando á los de la vanguardia, los exhorta á que hagan frente y vengan á las manos con los contrarios. Los Romanos obedecieron á su jefe y atacaron con viveza á los que venían en su alcance. Pero los Galos, aunque con la presente ventaja resistieron con vigor por algún tiempo, poco después, vuelta la espalda, echaron á huir á las montañas. Cornelio marchó en su seguimiento, taló el país y tomó á Milán á viva fuerza.

Este accidente abatió de todo punto las esperanzas de los jefes insubrios y los rindió á discreción de los Romanos. Tal éxito tuvo la guerra contra los Galos, guerra, que si se mira á la soberbia y furor de los que la sostuvieron, á las batallas que se dieron y al número de combatientes que perecieron, á ninguna inferior de cuantas nos cuentan las historias; pero si se atiende á sus principios y al inconsiderado manejo de cada una de sus partes, ninguna más despreciable. El motivo es porque las acciones de los Galos, no digo las más, sino absolutamente todas, las gobierna más

la ira que la razón. En este supuesto, considerando nosotros el corto tiempo en que habían sido desalojados de los contornos del Po, á excepción de pocas plazas situadas al pie de los Alpes, tuvimos á bien no pasar en silencio su primera invasión, las acciones que después ejecutaron y su total exterminio. Persuadidos á que es propio de la historia traer á la memoria y encomendar á nuestros sucesores estas vicisitudes de la fortuna, para que los venideros, faltos absolutamente de instrucción en tales casos, no extrañen las repentinas y temerarias irrupciones de los bárbaros, antes bien comprendan algún tanto la corta duración y suma facilidad con que se desvanece esta clase de enemigos si se les hace frente y se echa mano antes de cualquier recurso que condescender con alguna de sus pretensiones.

( En mi entender, los que hicieron mención y transmitieron á la posteridad la invasión de los Persas en la Grecia y la de los Galos en Delfos, contribuyeron, no así como quiera, sino infinito, al éxito de los combates que por la común libertad sostuvieron los Griegos. Porque si uno se figura las extraordinarias acciones que entonces se ejecutaron, y se acuerda de la infinidad de hombres, de la altivez de pensamientos y de la inmensidad de aparatos que arrolló el ánimo y espíritu de los que supieron pelear con resolución é inteligencia, no habrá temor de gastos, armas ú hombres que le retraiga de exponer el último aliento por su país y su patria. Y como el terror de los Galos ha puesto en consternación muchas veces á los Griegos, no sólo en lo antiguo, sino en nuestros días, esto me ha estimulado más á hacer una relación, aunque sucinta, de estos pueblos desde su origen. Pero ahora volvamos á donde interrumpimos el hilo de la narración.

## CAPÍTULO X.

Muerte de Asdrúbal en la España.— Anníbal le sucede.— Motivo por que prevaleció en todo el Peloponeso el nombre de Aqueo.— Sistema de esta república.— Ejemplos de su integridad y quién fué el autor de la liga Aquea.

Asdrúbal, capitán de los Cartagineses, después de haber gobernado la España por ocho años (221 antes de J. C.), perdió una noche la vida en su tienda á traición de un Galo, que quiso satisfacer sus particulares ofensas. Su urbanidad con los potentados del país, más que sus armas, habían dado un grande ascendiente á los intereses de Cartago. La república, atenta á la sagacidad y valor que Anníbal, aunque joven, descubría en los negocios, le confió el mando de la España. Apenas tomó éste las riendas del gobierno, cuando fué fácil colegir de sus designios que llevaría las armas contra Roma; lo que al cabo ejecutó sin intermisión de mucho tiempo. De aquí adelante todo fué recelos y mutuas querellas entre Cartagineses y Romanos. Aquellos tomaban ocultas medidas con el anhelo de satisfacer las pérdidas que habían sufrido en la Sicilia; éstos desconfiaban á vista de sus proyectos; de donde claramente se infería la guerra que dentro de poco se había de encender entre ambos pueblos.

Por este mismo tiempo los Aqueos y el rey Filipo con los demás aliados suscitaron contra los Etolios la guerra llamada *social*. Y supuesto que, referidas las cosas de Sicilia, África y sus resultas, según el enlace de nuestro preámbulo, hemos llegado al origen de la guerra *social* y al de la segunda guerra que se



hizo entre Romanos y Cartagineses, llamada comúnmente Annibálica, desde cuya época hemos prometido en el exordio dar principio á nuestra historia; será conducente que, omitidos por ahora estos hechos, pasemos á los que acaecieron en la Grecia, para que de este modo corresponda en todas sus partes nuestro preámbulo, llegue la narración hasta esta misma fecha y demos principio á la historia y enunciación de las causas que privativamente hemos emprendido.

En el supuesto de que no nos hemos propuesto referir las acciones de una nación (por ejemplo, de los Griegos ó Persas), como han hecho otros antes que yo, sino todas las acaecidas en las diversas partes del mundo conocido, para cuyo designio han contribuído ciertas particularidades de la edad presente, que manifestaremos por menor á su tiempo; será del caso apuntar ligeramente, antes de principiar la obra, los pueblos más célebres y lugares más conocidos del universo. De los Asiáticos y Egipcios bastará hacer mención desde la época que acabamos de fijar. Pues á más de que muchos han publicado la historia de sus pasadas acciones y no hay persona que no la sepa, no ha ocurrido en nuestros días alteración ni innovación extraordinaria de la fortuna que merezca la pena de repasar sus anteriores anales. Pero de los Aqueos y Casa Real de Macedonia, al contrario, convendrá recorrer ligeramente los tiempos pasados, supuesto que ha acaecido en nuestro tiempo la total extinción de ésta y el extraordinario auge y estrecha unión de aquéllos, como dijimos más arriba. Muchos habían intentado antes de ahora inducir á los Peloponesiacos á esta concordia; mas como no les impelía á obrar el amor de la común libertad, sino el de la elevación propia, ninguno pudo conseguirlo. Pero al presente ha tomado tal incremento y consolidación

esta liga, que no sólo han formado entre sí una sociedad de aliados y amigos en punto á intereses, sino que usan las mismas leyes, los mismos pesos, las mismas medidas, las mismas monedas, los mismos magistrados, los mismos senadores, los mismos jueces; y en una palabra, lo único que impide que casi todo el Peloponeso no sea reputado por una sola ciudad, es el que no estén cercados de unos mismos muros sus habitantes; todo lo demás, ya sea en común, ya en particular en cada ciudad, es idéntico y en todo semejante.

Ante todas cosas no será infructuoso saber cómo y de qué manera prevaleció el nombre de *Aqueo* en todo el Peloponeso. Porque ni los que heredaron esta denominación de sus mayores exceden á los demás en extensión de país, ni en número de ciudades, ni en riquezas, ni en valor de habitantes. Al contrario, la Arcadia y Laconia llevan mucha ventaja á los Aqueos en población y terreno, y el valor de estos pueblos no es capaz de ceder la primacía á alguno otro de la Grecia. Pues ¿cómo ó en qué consiste que hoy día son celebrados estos y los demás pueblos del Peloponeso por haber abrazado su gobierno y apellido? Atribuir esto al acaso, á más de que no es regular, sería una ridiculez manifiesta. Mejor será que inquiramos la causa, pues sin ella no se obra nada bueno ó malo. A mi entender, es la siguiente. No se encontrará república donde la igualdad, la libertad, y, en una palabra, donde la democracia sea más perfecta ni la constitución más sencilla que en la Aquea. Este sistema de gobierno tuvo en el Peloponeso algunos partidarios voluntarios; muchos á quienes atrajo la persuasión y el convencimiento, y otros con quienes se usó de violencia, pero poco después se complacieron de haber sido forzados. No había privilegio que dis

tinguiese á sus primeros fundadores. Todos gozaban de iguales derechos desde el acto de su recepción. Y sólo valiéndose de los dos poderosos antídotos, la igualdad y la dulzura, vió logrados prontamente sus premeditados designios. Esto se debe reputar por fundamento y causa principal de la concordia de los Peloponesios, que los ha constituido en tan elevada fortuna. Que esta privativa constitución y gobierno que acabamos de exponer se observase ya antes entre los Aqueos, fuera de otras mil pruebas que lo pudieran hacer demostrable, bastará por ahora traer uno ó dos testimonios que lo comprueben.

Cuando se quemaron los Colegios de los Pitagóricos en aquella parte de Italia llamada la Gran Grecia, se originó después, como es regular, una conmoción general sobre el gobierno, á causa de haber perecido los principales de cada ciudad con tan imprevisto accidente. De aquí provino llenarse las ciudades griegas de aquella comarca de muertes, sediciones y todo género de alborotos. En tales circunstancias, aunque las más de las repúblicas griegas enviaron sus legados para el restablecimiento de la paz, la Gran Grecia sólo se valió de la fe de los Aqueos para el expediente de sus presentes disturbios. Y no sólo por entonces adoptó la constitución aquea, sino que poco después determinó imitar en un todo su gobierno. Para esto los Crotoniatas, los Sibaritas y Caulionatos, congregados y convenidos, consagraron primero un templo á Júpiter Homorio ó *Limitrofe*, y un edificio público donde celebrar sus juntas y consejos; después admitieron las leyes y costumbres de los Aqueos, y acordaron poner en práctica y seguir en todo su sistema. Bien que en adelante la tiranía de Dionisio Siracusano y la prepotencia de los bárbaros circunvecinos les obligó á abandonarlo, no por voluntad, sino por fuerza.

Después de la inopinada derrota de los Lacedemonios en Leuctres, y haberse alzado los Tebanos con el mando de la Grecia contra toda esperanza, se suscitó una disputa por toda la Grecia, pero principalmente entre estos dos pueblos, negando aquéllos haber sido vencidos, y rehusando éstos reconocerles por vencedores. Entre todos los Griegos, en solos los Aqueos se comprometieron los Tebanos y Lacedemonios para la decisión de esta diferencia, en atención, no á su poder, pues entonces era casi el menor de la Grecia, sino á su fe principalmente y probidad en todas las acciones. Este concepto general tenían todos formado de los Aqueos por aquellos tiempos. Entonces todo su poder consistía únicamente en la rectitud de sus consejos; ejecutar algún hecho ó acción memorable que mirase al engrandecimiento de sus intereses no podían, á causa de no tener una cabeza capaz de ejecutar sus proyectos. Lo mismo era descubrirse algún talento superior, que oscurecerle y sofocarle el gobierno de Lacedemonia, ó más bien el de Macedonia.

Pero luego que en la consecuencia tuvo esta república jefes que correspondiesen á sus intenciones, dió al instante á conocer el poder que en sí encerraba, por la liga que formó entre los Peloponesios, acción la más gloriosa. Arato el Sicioniano fué la cabeza y autor de este proyecto; Filopemen, el Megalopolitano lo promovió y llevó á su complemento, y Licortas con sus secuaces lo corroboró é hizo durable por algún tiempo. En el discurso de la obra procuraré notar donde convenga qué fué lo que hizo cada uno, de qué modo y en qué fecha. Del gobierno de Arato, tanto ahora como después hablaré sumariamente, por haber él compuesto comentarios muy fieles y elegantes de sus propias acciones; pero por lo que hace á los demás, haré una relación más circunstanciada y crí-

tica. Me presumo que la narración será mucho más fácil y más proporcionada á la inteligencia de los lectores si doy principio en aquella época en que, distribuidos en aldeas los Aqueos por los Reyes de Macedonia, comenzaron á confederarse entre sí sus ciudades. Desde cuya unión, aumentándose sin cesar, han llegado á la elevación que al presente admiramos y de que poco ha hicimos particular mención.

## CAPÍTULO XI.

Compendio de la historia de los Aqueos.—Máxima fundamental de su gobierno.—Expediciones de Arato.—Esfuerzos de éste para abolir la tiranía en el Peloponeso.—Alianza de los Etolios con Antígono, gobernador de Macedonia, y con Cleomenes, rey de Lacedemonia.

Corría la olimpiada ciento veinticuatro (282 años antes de J. C.), cuando los Patrenses y Dimeos comenzaron á confederarse; época en que murieron Ptolomeo, hijo de Lago, Lisimaco, Seleuco y Ptolomeo Cerauno. Todos éstos dejaron de vivir en la mencionada olimpiada. Tal era el estado de los Aqueos en los tiempos primitivos. Su primer rey fué Tisamenes, hijo de Orestes, quien arrojado de Esparta con el regreso de los Heraclidas, se apoderó de la Acaya. Después de éste fueron gobernados sin interrupción por la misma línea hasta Ogiges, con cuyos hijos, descontentos de que no les mandaban según las leyes sino con despotismo, mudaron el gobierno en democracia. En los tiempos sucesivos hasta el reinado de Alejandro y de Filipo, aunque tal vez variaron los negocios á medida de las circunstancias, procuraron no obstante retener en general, como hemos dicho, el

gobierno popular. Esta república se componía de doce ciudades, las que subsisten hoy día menos Olenos y Helice, que fué absorbida del mar antes de la batalla de Leuctres. Las ciudades son estas: Patras, Dima, Fares, Tritaia, Leoncio, Ægira, Pellene, Ægio, Bura, Ceraunia, Olenos y Helice.

A los últimos tiempos de Alejandro y primeros de la mencionada olimpiada, se originaron entre estos pueblos tales discordias y disensiones, principalmente por los Reyes de Macedonia, que separados todos de la liga, consultaron su conveniencia por opuestos caminos. De esto provino que Demetrio, Casandro y después Antígono Gonatas pusiesen guarnición en algunas ciudades, y otras fuesen ocupadas por los tiranos, cuyo número se aumentó prodigiosamente entre los Griegos por este Antígono. Pero hacia la olimpiada ciento veinticuatro, y en la misma que Pirro pasó á Italia, arrepentidas estas ciudades, como hemos apuntado, comenzaron otra vez á coligarse. Los primeros que se confederaron fueron los Dimeos, Patrenses, Tritaios y Farenenses; por eso no ha quedado monumento alguno de esta concordia. Cerca de cinco años después, los Egeos arrojaron la guarnición y entraron en la liga. Siguieron el ejemplo los Burios, después de haber dado muerte á su tirano. Al mismo tiempo los Carinenses recobraron su antiguo gobierno. Porque Iseas, tirano de Carinea, viendo la expulsión de la guarnición de Ægio, la muerte del tirano de Bura por Marco y los Aqueos, y que dentro de poco se le atacaría á él por todas partes, depuso el mando; y después de haber tomado de los Aqueos un salvoconducto para su resguardo, agregó la ciudad á la liga de éstos.

Pero ¿á qué propósito recorrer tiempos tan remotos? En primer lugar, para manifestar cómo, en qué tiem-

po y quiénes fueron los primeros Aqueos que restablecieron el presente estado; en segundo, para que, no mis palabras, sino los mismos hechos sirvan de testimonio á su gobierno, que siempre tuvo un solo sistema entre los Aqueos; á saber, convidar á los pueblos con la igualdad y libertad de su república, y hacer guerra y resistir de continuo á cuantos, ó por sí, ó por medio de reyes, intentasen reducir á servidumbre sus ciudades. De este modo y con esta máxima consiguieron tan grande empresa, ya por sí, ya por sus aliados. Porque también lo que éstos contribuyeron á la liga en los tiempos sucesivos se debe referir al gobierno de los Aqueos. Pues en medio de haber acompañado á los Romanos en las más y más famosas expediciones, jamás los prósperos sucesos les hicieron anhelar propias conveniencias, antes bien por todos los servicios que prestaron á los aliados no apetecieron otra recompensa que la libertad de cada uno y la concordia común del Peloponeso. Pero esto mejor se comprenderá por los efectos mismos de sus acciones.

En los veinticinco años primeros (256 antes de J. C.) tuvieron una misma forma de gobierno las mencionadas ciudades, nombrando por turno un secretario común y dos pretores. Les pareció mejor después elegir uno y á éste darle la confianza de todos los negocios. El primero que obtuvo este honor fué Marco Carineo.

A los cuatro años que éste mandaba (252 antes de J. C.), el valor y audacia de Arato el Sicioniano, de edad entonces de veinte años, libertó su patria de la tiranía y la agregó á la República Aquea; tanto le había gustado desde sus primeros años el sistema de esta nación.

Elegido pretor segunda vez al octavo año (244 antes de J. C.), se apoderó con astucia de la ciudadela de

Corinto, donde mandaba Antígono; acción que libertó de un gran sobresalto al Peloponeso, puso en libertad á los Corintios y los incorporó en la República Aquea. Durante la misma pretura tomó por trato la ciudad de Megara y la unió á los Aqueos. Todos estos hechos acaecieron en el año antes de aquel descalabro de los Cartagineses que los desalojó de toda la Sicilia y los puso en términos de pagar tributo por primera vez á los Romanos. Habiendo logrado grandes progresos en poco tiempo los intentos de Arato, de allí adelante ejerció el mando, dirigiendo todos sus designios y acciones al único objeto de arrojar á los Macedonios del Peloponeso, abolir las monarquías y afirmar á cada uno la libertad común que había heredado de sus padres. Mientras vivió Antígono Gonatas se propuso oponerse á las intrigas de éste y á la ambición de los Etolios, manejándose en cada asunto con suma delicadeza, en medio de que había llegado á tanto la injusticia y osadía de ambos, que ya habían acordado entre sí la ruina de esta nación.

Después de la muerte de Antígono, los Aqueos se confederaron con los Etolios, les ayudaron con generosidad en la guerra contra Demetrio, cesaron por entonces las disensiones y enemistades, y en su lugar sucedieron la unión y cordial afecto. Diez solos años reinó Demetrio, y con su muerte, acaecida hacia el primer tránsito de los Romanos en la Iliria, se presentó una bella ocasión á los Aqueos para promover sus primeros designios. Todos los tiranos del Peloponeso se consternaron con la falta de éste, que era, digámoslo así, el que los sostenía con tropas y dinero. Por otra parte, Arato, que estaba resuelto á que depusiesen sus dignidades, los instaba, los ofrecía premios y honores si asentían, y los amenazaba con los mayores peligros si lo rehusaban. Con esto al fin toma-



ron el partido de renunciar voluntariamente la tiranía, poner en libertad sus patrias é incorporarse en el gobierno de los Aqueos. Lisidas el Megalopolitano, como hombre astuto y prudente, previendo lo que había de suceder, depuso con gusto la dignidad real durante la vida de Demetrio, y entró á la parte en la sociedad nacional. Aristomaco, tirano de los Argivos, Jenón, de los Hermionenses, y Cleónimo, de los Flia-sios, despojados de sus insignias reales, abrazaron la democracia.

Estas alianzas, habiendo aumentado soberbiamente el poder de los Aqueos, dieron envidia á los Etolios (228 años antes de J. C.), quienes llevados de su con-natural perfidia y avaricia, y sobre todo de la espe-ranza de disolver la liga, trataron con Antígono Go-natas sobre la división de las ciudades aqueas, así como lo habían practicado anteriormente con Alejan-dro sobre las de los Acarnanios. Llevados entonces de semejantes deseos, tuvieron la temeridad de hacer alianza y unir sus fuerzas con Antígono, gobernador que era á la sazón de la Macedonia y tutor del joven Filipo, y con Cleomenes, rey de Lacedemonia. Veían en Antígono, pacífico poseedor de la Macedonia, un enemigo cierto y declarado de los Aqueos, por la sor-presa de éstos en la ciudadela de Corinto. Se presu-mían que si lograban hacer entrar en sus miras á los Lacedemonios y despertar en ellos el antiguo odio contra esta nación, era la ocasión de invadir á los Aqueos, y atacados por todas partes, arrollarlos con facilidad. Y á la verdad que hubieran logrado su in-tento, si no hubieran omitido lo principal del pro-yecto. No echaban cuenta de que tenían por antago-nista en sus designios á un Arato, hombre que sabía dar salida á todas las dificultades. En efecto, por más que intentaron descomponer y mover una guerra in-

justa á los Aqueos, no sólo no consiguieron lo que se habían propuesto, sino que como Arato, pretor á la sazón, se oponía y frustraba con astucia sus intentos, aumentaron su poder y el de la nación. La consecuencia nos hará ver cómo se manejaron estos asuntos.

## CAPÍTULO XII.

Principio de la guerra Cleoménica.—Resuelve Arato confederarse con Antígono.—Comisión de Nicofanes y Cercidas para esta embajada.—Arenga que éstos hacen á Antígono, y su buen despacho.

Veía Arato que el pudor contenía á los Etolios para tomar las armas abiertamente contra los Aqueos por los recientes beneficios recibidos de éstos en la guerra contra Demetrio (225 años antes de J. C.); pero que mantenían tratos secretos con los Lacedemonios. Advertía que la envidia llegaba á tal extremo, que no obstante haberles Cleomenes quitado y tomado con dolo á Tegea, Mantinea y Orcomeno, ciudades no sólo aliadas, sino gobernadas á la sazón por las mismas leyes, lejos de ofenderse de este proceder, le habían asegurado su conquista. Extrañaba que hombres cuya ambición daba por bastante antes cualquier pretexto para declarar la guerra contra los que en cierto modo les habían ofendido, consintiesen ahora voluntariamente en que les faltasen á la fe y en perder de grado las principales ciudades, sólo por ver á Cleomenes en estado de contrarrestar á los Aqueos. Estas consideraciones determinaron á Arato y demás próceres de la república á no provocar á nadie con la guerra, pero sí oponerse á los intentos de los Lacedemonios. Al principio no tuvieron otra trascendencia sus deli-

beraciones; pero advirtiendo en la consecuencia que Cleomenes, con la osadía de construir el Ateneo en el país de los Megalopolitanos, se les declaraba abiertamente por su cruel enemigo; entonces, convocada á junta la nación, resolvieron hacer público su resentimiento contra los Lacedemonios. Tal es el principio y época de la guerra llamada Cleoménica.

Al principio los Aqueos se propusieron hacer frente á los Lacedemonios con sus propias fuerzas: parte porque conceptuaban que lo más honroso era no mendigar la salud de ajena mano, sino defender por sí mismos su ciudad y provincia; parte porque querían conservar la amistad con Ptolomeo por los beneficios anteriores, y no dar á entender que en tomar las armas llevaban otro objeto. Ya se hallaba algún tanto empeñada la guerra. Cleomenes había abolido la antigua forma de la república, y había sustituido la tiranía en vez del legítimo gobierno; pero continuaba la guerra con sagacidad y esfuerzo. Entonces Arato, que preveía y recelaba para adelante el artificio y audacia de los Etolios, se propuso malograr con anticipación sus intentos. Advertía en Atígono un rey laborioso y prudente, al paso que escrupuloso observador de los tratados. Vivía firmemente persuadido que los Reyes por naturaleza á nadie reconocen por amigo ó enemigo, sino que regulan siempre la amistad ó enemistad en la balanza de la conveniencia. Bajo este supuesto resolvió abocarse con Antígono, y unir con él sus fuerzas, haciéndole ver las ventajas que de aquí le resultarían. Manejar este asunto á las claras, no lo juzgaban conducente por muchas razones. Por de contado, esperaba que Cleomenes y los Etolios se opondrían al proyecto; á más de que en el hecho de acudir por socorro extraño, el pueblo aqueo se desanimaría y presumiría que ya en él tenía del todo perdidas las

esperanzas, cosa que de ningún modo quería diesen á entender sus operaciones. Por lo cual determinó manejar en secreto el proyecto que maquinaba. De aquí provino verse precisado contra su intención á decir y hacer en el exterior cosas que, aparentando un aire contrario, ocultasen su designio. Esta es la razón por que no se encuentran en sus comentarios algunas de estas circunstancias.

Conocía Arato que los Megalopolitanos sufrían la guerra con impaciencia, tanto porque, vecinos á Lacedemonia, estaban más expuestos que los demás, como porque no les suministraban los auxilios competentes los Aqueos, á quienes tenía igualmente abatidos el peso de este infortunio. Sabía claramente lo propensos que estaban á la casa real de Macedonia, por los beneficios recibidos en tiempo de Filipo, hijo de Amintas. De aquí infería que si Cleomenes los estrechaba al instante acudirían á Antígono y buscarían la protección de Macedonia. Comunicado en secreto todo el proyecto con Nicofanes y Cercidas, dos Megalopolitanos que tenían derecho de hospitalidad con su padre, y muy á propósito para el asunto, fácilmente consiguió por su mediación que los Megalopolitanos adoptasen el pensamiento de enviar legados á los Aqueos, para alcanzar licencia de acudir á Antígono por socorro. Los Megalopolitanos eligieron por diputados al mismo Nicofanes y Cercidas para con los Aqueos, y desde allí en derechura para con Antígono, en caso que esta nación lo aprobase. En efecto, los Aqueos permiten á los Megalopolitanos su embajada. Nicofanes se presenta al Rey sobre la marcha, le expone cuanto á su patria breve y sumariamente lo preciso; pero se extiende mucho sobre lo general de los negocios según los mandatos é instrucciones de Arato.

Tales fueron sus razones: demostrar á Antígono el

poder y miras de la liga de los Etolios con Cleomenes, y hacer ver que aunque amenazaba primero á los Aqueos, consecutivamente descargaría sobre él mismo y con más fuerza: que era evidente que los Aqueos no podrían sostener la guerra contra estas dos potencias, pero que era aún más fácil de comprender que lo primero al que tuviese entendimiento, que los Etolios y Cleomenes, una vez sojuzgados los Aqueos, no se satisfarían ni se contendrían en este estado: que la codicia de los Etolios no era capaz de saciarse, no digo en los límites del Peloponeso, pero ni aun en los de la Grecia toda: que aunque parecía que la ambición de Cleomenes y todos sus designios se contentaban por el pronto con el mandó del Peloponeso, una vez éste conseguido, anhelaría consecutivamente por el de la Grecia, al que no podía llegar sin la previa catástrofe del imperio macedonio. En este supuesto, le suplicaban que, atento á lo por venir, reflexionase cuál tenía más cuenta á sus intereses, ó junto con los Aqueos y Beocios disputar á Cleomenes en el Peloponeso el mando de la Grecia, ó abandonando la nación más poderosa, aventurar en la Tesalia el imperio de Macedonia contra los Etolios, Beocios, Aqueos y Lacedemonios. Por último, expusieron que si los Etolios, en atención á los beneficios recibidos de los Aqueos en tiempo de Demetrio, diesen á entender les acomodaba el sosiego como hasta ahora, los Aqueos solos se defenderían contra Cleomenes: que siéndoles la fortuna favorable, no necesitarían de auxilio; pero que si les era adversa, y los Etolios juntaban sus armas con los enemigos, le suplicaban estuviese á la mira de los negocios para no dejar pasar la ocasión de socorrer al Peloponeso en tiempo que podía aún salvarle. Cuanto á la fidelidad y reconocimiento al beneficio, creían que debía estar seguro, pues prome-

tían que Arato, cuando llegase el caso, daría testimonios á satisfacción de ambas partes, y cuidaría de indicar el tiempo de venir al socorro.

Oído este discurso, Antígono calificó de acertado y prudente el consejo de Arato, y puso en la consecuencia toda su atención en los negocios. Escribió á los Megalopolitanos prometiéndoles socorro, siempre que fuese con la aprobación de los Aqueos. Vueltos á su patria Nicofanes y Cercidas, entregaron las cartas del Rey y dieron cuenta de la propensión y afecto que les había dispensado. Alentados los Megalopolitanos con esta nueva, marcharon sin dilación á la asamblea de los Aqueos, para exhortarles á que hiciesen venir á Antígono y le encomendasen cuanto antes el manejo de la guerra. Arato, enterado privadamente por Nicofanes de los sentimientos del Rey para con los Aqueos y para con él mismo, estaba sumamente gozoso de ver que no había formado en vano el proyecto, ni había hallado en Antígono tan absoluta oposición como se prometían los Etolios. Pero lo que más conducía á su propósito era la propensión de los Megalopolitanos en deferir á Antígono el manejo de la guerra con consentimiento de los Aqueos. Su principal deseo era, como arriba hemos apuntado, no necesitar de auxilio; pero caso que la necesidad le precisase á implorarlo, estimaba más se llamase al Rey por toda la nación, que por sí solo. Temía de que después de haber venido este Príncipe, y vencido á Cleomenes y los Lacedemonios, si tomaba alguna providencia en perjuicio del gobierno común, no le atribuyesen todos la causa de este accidente; creyendo que en esto obraba Antígono con justicia, en satisfacción de la injuria que él había cometido antes contra la casa real de Macedonia en la toma del Acrocorinto. Y así lo mismo fué venir los Melagolopolita-

nos á la asamblea general, presentar las cartas á los Aqueos, dar cuenta de la buena acogida que el Rey les había hecho, pedir se le enviase á llamar cuanto antes, y que este mismo era el voto de la nación toda, tomó la palabra Arato, y después de haber aplaudido la buena voluntad del Rey y aprobado la resolución del pueblo, hizo un largo discurso, exhortándolos á que tentasen ante todas cosas defender por sí sus ciudades y campiñas. Esto era lo más glorioso y conducente. Y caso de serles adversa la fortuna, entonces recurriesen al auxilio de los amigos, cuando ya hubiesen probado todos los arbitrios domésticos.

### CAPÍTULO XIII.

Parecer de Arato aprobado.—Entrega que éste hace del Acroc-rinto á Antigono.—Toma de Argos por los Aqueos.—Conquista de muchas plazas por Antigono.—Sorpresa de Cleomenes en Megalópolis, y rigor con que la trata.

Aprobado por todos el consejo de Arato, se determinó subsistir en el mismo estado (225 años antes de J. C.) y que los Aqueos solos hiciesen la presente guerra. Pero después que Ptolomeo, renunciando á la amistad de los Aqueos, por fundar en los Lacedemonios más esperanza que en éstos de poder malograr los intentos de los Reyes de Macedonia, comenzó á dar auxilio á Cleomenes, con el fin de indisponerle contra Antigono; y después que los Aqueos venidos á las manos con Cleomenes en una jornada, fueron vencidos por primera vez junto á Licæo, desechos por la segunda en batalla ordenada en los campos de Megalópolis llamados Laodiceos, donde perdió la vida Leusiadas, y derrotados del todo por la tercera

en Dimas, cerca de un sitio llamado Hecatombeo, quedando sobre el campo todo el pueblo; entonces no sufriendo ya más dilación los negocios, el peligro presente puso en precisión á todos de acudir á Antígono. En esta sazón le envió Arato á su hijo de embajador, y acabó de confirmar lo que tenía tratado sobre el socorro. Se ofrecía la gran dificultad y embarazo de que ni el Rey prestaría el auxilio á menos de que se le devolviese el Acrocorinto, y se le entregase la ciudad de Corinto para plaza de armas en la presente guerra, ni los Aqueos osarían poner en manos de los Macedonios á los Corintios contra su voluntad. Por eso esta resolución sufrió al principio algunas dilaciones, á fin de reflexionar mejor sobre sus seguridades.

Con estos favorables sucesos, Cleomenes había esparcido el terror, y talaba impunemente las ciudades, atrayendo unas con halagos, y otras con amenazas. Después de haber tomado de este modo á Cafyas, Pellene, Feneo, Argos, Fliunte, Cleonas, Epidauro, Hermión, Troizena, y por último á Corinto, sentó su campo delante de Sicione. Este paso sacó á los Aqueos de la mayor incertidumbre. Porque habiendo los Corintios notificado al pretor Arato y á los Aqueos que se retirasen de la ciudad, y enviado á llamar á Cleomenes, se les presentó una justa ocasión y pretexto de que se valió Arato para ofrecer á Antígono el Acrocorinto que ellos poseían. Con la entrega de esta ciudadela borró aquella pasada ofensa para con la casa real de Macedonia; dió una suficiente prueba de su futura alianza, y consiguientemente proveyó al Rey de una fortaleza para la guerra contra los Lacedemonios. Cleomenes, á quien ya sus esperanzas aseguraban la conquista toda del Peloponeso, sabido el tratado de los Aqueos con Antígono, levantó el campo de Sicione, sentó sus reales cerca del istmo,



y fortificó con trinchera y foso el espacio que media entre el Acrocorinto y los montes Oneios. Antígono, que ya se hallaba prevenido de antemano, y sólo esperaba la ocasión según las instrucciones de Arato, coligiendo entonces de las noticias que le venían cuán poco distante estaba Cleomenes y su ejército, envió á decir á Arato y á los Aqueos, estando aún en la Tesalia, que le asegurasen de lo prometido, y condujo su ejército hasta el istmo por la Eubea. Porque los Etolios, que tanto en otras ocasiones como ahora habían intentado prohibir á Antígono el socorro, le habían advertido no entrase en Pila con ejército, ó de lo contrario, le impedirían el tránsito con las armas. Al cabo, Antígono y Cleomenes vinieron á sentar sus campos al frente uno de otro; aquél con el anhelo de entrar en el Peloponeso, y éste con el de prohibirle la entrada.

En medio de que los Aqueos se hallaban en un estado deplorable, no por eso desistían de su proyecto, ni tenían perdidas sus esperanzas; antes bien lo mismo fué declararse Aristóteles Argivo contra el partido de Cleomenes, que acudir ellos al socorro y tomar por trato la ciudad de Argos bajo la conducta de Timojenes. Este suceso se debe reputar por la principal causa del restablecimiento de sus intereses. Esto fué lo que contuvo el ímpetu de Cleomenes y abatió el espíritu de sus tropas, como se vió por los mismos hechos. Pues en medio de haber tomado con anticipación los puestos más oportunos, tener una provisión más copiosa de pertrechos que Antígono y estar estimulado de mayor ardor y emulación, lo mismo fué darle parte de que los Aqueos habían tomado á Argos, que abandonar precipitadamente las ventajas de que hemos hablado y hacer una retirada con honores de huída, temeroso de que los enemigos no le cortasen por to-

das partes. Después se dejó caer sobre Argos, haciendo algún esfuerzo por reconquistarla; pero rechazado por el valor de los Aqueos y obstinación de los Argivos que habían mudado de consejo, desistió del empeño. tomó el camino de Mantinea y tornó de este modo á Esparta.

Este retiro abrió á Antígono sin riesgo las puertas del Peloponeso y le hizo dueño del Acrocorinto. De aquí, sin detenerse un punto, se aprovechó de la ocasión y marchó á Argos, donde después de haber aplaudido á los habitantes y arreglado los asuntos de la ciudad, volvió al instante á mover el campo, dirigiendo su ruta hacia la Arcadia. Echó después las guarniciones de los castillos que había construído Cleomenes en el país de los Egios y Belminates, y entregando estos fuertes á los Megalopolitanos, vino á Egio á la asamblea de los Aqueos. Aquí dió razón de su conducta y de lo que se había de hacer en adelante; después, elegido general por todos los aliados, pasó una parte del invierno en las cercanías de Sicione y de Corinto.

Venida la primavera (224 años antes de J. C.), tomó el ejército y salió á campaña. Al tercero día llegó á Tegea, donde acudieron también los Aqueos, y sentados sus reales, comenzó el asedio de esta ciudad. Los Macedonios estrecharon tan vivamente el cerco con todo género de máquinas y minas, que al instante los de Tegea, desesperanzados de remedio, se rindieron. No bien Antígono había asegurado la ciudad, cuando emprendió otras operaciones y marchó sin detenerse á la Laconia. Apenas se acercó á Cleomenes, que ya estaba aguardando á las fronteras de sus dominios, comenzó á probar y tentar sus fuerzas con algunas escaramuzas; pero advertido por sus batidores que la guarnición de Orcomeno venía en socorro

de Cleomenes, levanta el campo sin dilación, marcha á allá y toma á viva fuerza esta ciudad al primer choque. Después sienta sus reales alrededor de Mantinea y la pone sitio. No tardó en apoderarse el miedo de la plaza y rendirse á los Macedonios; con lo que, mudando el campo, marchó á Heraia y Telfusa, ciudades que también tomó por voluntaria cesión de sus habitantes. En fin, acercándose ya el invierno, marchó á Egio á la asamblea de los Aqueos, donde dada licencia á los Macedonios de ir á invernar á sus casas, él se quedó con los Aqueos para tratar y deliberar sobre los negocios presentes.

Por este tiempo, viendo Cleomenes que Antígono había licenciado sus tropas; que se había quedado en Egio sólo con los extranjeros; que distaba de Megalópolis tres días de camino; que esta ciudad, á más de que su magnitud y despoblación la hacían difícil de guarnecer, á la sazón se hallaba mal custodiada por estar Antígono inmediato, y lo principal, por haber perecido en las batallas de Licæo y Laodicia los más de los ciudadanos capaces de llevar las armas, se valió de unos fugitivos Mesenios que vivían en Megalópolis, y con su ayuda entró una noche dentro de sus muros sin que nadie lo percibiese. Venido el día, no sólo faltó poco para que el buen ánimo de los Megalopolitanos le desalojase, sino que le puso á riesgo de una total derrota. El mismo lance le había sucedido tres meses antes, por haber entrado con dolo por aquella parte de la ciudad llamada Colea; pero entonces la multitud de sus tropas y la previa ocupación de los puestos ventajosos le pusieron á tiro de conseguir su intento. Al cabo, arrojados los Megalopolitanos, se apoderó de la ciudad, la que saqueó con tanta crueldad y rigor, que no quedó esperanza de poder volver á ser poblada. Creo que el haber

usado Cleomenes de esta inhumanidad fué en despique de no haber podido jamás en diferentes ocasiones hallar entre los Megalopolitanos ni entre los Stinfalios quien apoyase su partido, coadyuvase sus deseos ni fuese traidor á su patria. Sólo entre los Clitorios, gente amante de la libertad y valerosa, hubo un tal Tearces que se cubrió de esta infamia, y éste aseguran con razón los Clitorios que no nació entre ellos, sino que era linaje supuesto de uno de los soldados extranjeros que habían venido de Orcomeno.

#### CAPÍTULO XIV.

Juicio de Polibio contra Filarco.—Objeto de la historia, y diferencia entre ésta y la tragedia.—Los Mantineos abandonan la liga de los Aqueos y son reconquistados por Arato.—Perfidia que éstos cometen con la guarnición aquea, y benigno castigo á tal delito.

Pues que, cuanto á la historia de estos tiempos escrita por Arato, en el concepto de algunos merece más aprobación Filarco, que en muchas cosas opina con diversidad y asegura lo contrario, será conducente, ó más bien preciso, puesto que hemos preferido seguir á Arato en las acciones de Cleomenes, no permitir quede indeciso este punto, por no dejar en los escritos la impostura con igual poder que la verdad. Generalmente este historiador profiere por toda su obra muchas expresiones, sin más reflexión que conforme se le presentaron. Prescindiendo de otras que no es menester tacharle ni censurarle por ahora, únicamente haremos juicio de aquellas que coinciden con los tiempos de que vamos hablando y pertenecen á la guerra Cleoménica. Esto será justamente lo que

baste para demostrar todo el espíritu que le animaba y lo que nos podemos prometer de su historia. Para manifestar la crueldad de Antígono, de los Macedonios, de Arato y de los Aqueos, dice que después de sojuzgados los Mantineos, sufrieron grandes infortunios, y la mayor y más antigua ciudad de la Arcadia fué afligida con tantas calamidades, que á todos los Griegos excitaba á compasión y llanto. Para mover á conmiseración á los lectores y hacer patético el discurso, nos representa, ya abrazándose las mujeres, los cabellos desgredados, los pechos descubiertos; ya lágrimas y lamentos de hombres y mujeres que sin distinción eran arrebatadas con sus hijos y ancianos padres. Siempre que quiere pintarnos el horror, incurre en el mismo defecto por toda la obra. Omito lo bajo y afeminado de su estilo, y paso á examinar lo que es peculiar y constituye la utilidad de la historia.

No es menester que un historiador sorprenda á los lectores con lo maravilloso, ni que excogite razonamientos verosímiles, ni que exponga con nimiedad las consecuencias de los sucesos. Esto es bueno para los poetas trágicos; sino que cuente los dichos y hechos según la verdad, por minimos que parezcan. El objeto de la historia y de la tragedia es muy diferente. La tragedia se propone la admiración y momentánea delectación de los oyentes por medio de pensamientos los más verosímiles; la historia, la perpetua instrucción y persuasión de los estudiosos por medio de dichos y hechos verdaderos. En la tragedia, como no es más que para embeleso de los espectadores, se emplea la probabilidad, aunque falsa; pero en la historia reina la verdad, como que es para utilidad de los estudiosos. Fuera de esto, Filarco nos cuenta los más de los sucesos sin hacer suposición de causa ni modo como sucedieron, sin cuyos requisitos no es posible

que nos compadezcan con justo motivo ni nos irriten á tiempo oportuno. Por ejemplo, ¿quién no sufrirá con impaciencia ver azotar á un hombre libre? No obstante, si el tal es autor de algún delito, se dice que le está bien merecido, y si esto se hace para corrección y escarmiento, merecen á más estimación y gracias los que lo impusieron. Del mismo modo, quitar la vida á un ciudadano se reputa por la maldad más execrable y digna de los mayores suplicios; con todo es claro que matar á un ladrón ó adúltero es lícito, y vengarse de un traidor ó tirano merece recompensa. Tan cierto como esto es que, para juzgar de una acción, no tanto se ha de mirar al hecho cuanto á la causa, intención del que la ejecutó y diferencia de casos.

En este supuesto, los Mantineos, abandonada voluntariamente la liga de los Aqueos, entregaron sus personas y patria á los Etolios y después á Cleomenes. Ya habían abrazado este partido y componían parte del gobierno lacedemonio, cuando cuatro años antes de la venida de Antígono, cohechados por Arato algunos de sus ciudadanos, los conquistaron á viva fuerza los Aqueos. En esta ocasión, lejos de venirles mal por el mencionado delito, al contrario, todos celebraron lo que entonces pasó: tan repentina fué la mutación de voluntades de uno y otro pueblo. En efecto, lo mismo fué apoderarse Arato de la ciudad, que prevenir á sus tropas no tocasen al bien ajeno. Después, juntos los Mantineos, les persuadió tuviesen buen ánimo y subsistiesen en sus casas, pues vivirían seguros mientras estuviesen asociados á los Aqueos. A vista de un tan inesperado y extraordinario beneficio, los Mantineos cambiaron súbitamente de sentimientos. Y aquellos que poco antes enemigos de los Aqueos habían visto perecer á muchos de sus parientes y á no pocos ser víctimas de la violencia, recibie-

ron ahora á estos mismos en sus casas, los convidaron á comer consigo y demás parientes, y no hubo urbanidad que entre unos y otros no se frecuentase. Y á la verdad que tuvieron para esto sobrado fundamento, pues no sé que jamás hombres hayan caído en manos de enemigos más benignos, ni que de infortunios al parecer más grandes hayan salido con menos pérdidas que los Mantineos, por la humanidad con que Arato y los Aqueos los trataron.

Después, viendo las conmociones que entre ellos había, y penetrando los ocultos designios de los Etolios y Lacedemonios, enviaron legados á los Aqueos suplicando les prestasen auxilio. Los Aqueos se lo concedieron y sortearon trescientos de sus propios ciudadanos. Aquellos á quienes cupo la suerte, abandonando su patria y bienes, marcharon á vivir á Mantinea para proteger la libertad y salud de estas gentes. Remitieron también doscientos extranjeros, que juntos con los Aqueos mantenían la tranquilidad de que antes gozaban. Pero poco tiempo después, sublevados entre sí los Mantineos, llamaron á los Lacedemonios, les entregaron la ciudad y pasaron á cuchillo á los Aqueos que vivían en su compañía; perfidia la mayor y más detestable que se puede imaginar. Pues ya que se propusieron olvidar del todo los beneficios y amistad que tenían con los Aqueos, debieran por lo menos haber perdonado esta guarnición y permitido se retirase bajo un salvoconducto. Esto se acostumbra conceder por derecho de gentes aun á los enemigos. Pero ellos, por dar á Cleomenes y los Lacedemonios una prueba suficiente del designio que maquinaban, violaron el sagrado derecho de gentes y cometieron la mayor impiedad por su gusto. ¿De qué odio no son dignos hombres que por sí mismos se constituyen homicidas y verdugos de aque-

llos que, ocupada por fuerza poco antes su ciudad, los habían perdonado, y á la sazón estaban custodiando su salud y libertad? ¿Qué pena será condigno castigo á su delito? Acaso me dirá alguno: ser vendidos con sus hijos y mujeres, puesto que fueron conquistados. Pero esta es ley de guerra que se usa aun con aquellos que no han cometido perfidia alguna. Luego son acreedores de suplicio mayor y más acerbo. De suerte que aunque hubieran sufrido lo que Filarco nos cuenta, no debieran los Griegos haberles tenido compasión, antes bien haber aplaudido y aprobado el hecho de los que vengaron impiedad semejante. Pero en medio de no haber padecido los Mantineos otra pena en este infortunio que la de ser saqueados sus bienes y vendidos los hombres libres, Filarco, por dar algo de portentoso al caso, no sólo nos forjó un mero embuste, sino un embuste inverosímil. Su excesiva ignorancia no le dejó reflexionar sobre otros hechos coincidentes. Y si no, ¿cómo los Aqueos, apoderados á viva fuerza de la ciudad de Tegea por el mismo tiempo, no ejecutaron con éstos el mismo castigo? Porque si la causa de este proceder se ha de atribuir á la crueldad de los Aqueos, era regular que, conquistados al mismo tiempo los de Tegea, hubieran sufrido la misma pena. Convengamos, pues, en que si con solos los Mantineos usaron de mayor rigor, prueba evidente de que también éstos les dieron mayor motivo.



## CAPÍTULO XV.

Muerte de Aristomaco, tirano de Argos. - Filarco exagera este hecho; omite la constante fidelidad de los Megalopolitanos para con los Aqueos; pondera el saco de Megalópolis é incurre en una contrariedad manifiesta.

Cuenta además de esto Filarco que Aristomaco Argivo, hombre de ilustre nacimiento, descendiente de tiranos, y él mismo tirano de Argos, hecho prisionero de Antígono y de los Aqueos, fué llevado á Cencreas, donde perdió la vida en los tormentos más inicuos y crueles que jamás sufrió hombre. Guarda en este hecho su característico lenguaje, y finge ciertos gritos dados por Aristomaco durante la noche mientras le atormentaban, que llegaron á oídos de los vecinos inmediatos. Dice que unos horrorizados de semejante impiedad, otros no creyéndola, y muchos indignados de la acción, echaron á correr á aquella casa. Pero dejémonos ya de estos portentos trágicos, y baste lo dicho. Yo creo que Aristomaco, aun cuando no hubiera hecho ofensa alguna á los Aqueos, sus costumbres y crímenes contra la patria le hacían reo de los mayores suplicios. Pues aunque este escritor, con la mira de ensalzar su dignidad, é inspirar en los lectores mayor indignación por sus suplicios, no sólo nos cuenta que era tirano, sino que descendía de tiranos; esta, á mi ver, es la más grave y mayor acriminación que contra él se podía proferir. El nombre mismo contiene la significación más impía y abraza todo lo más injusto y execrable que hay entre los hombres. A más de que aun cuando Aristomaco hubiera sufrido los más crueles tormentos, como nos cuenta

Filarco, no me parece había satisfecho el merecido castigo por aquel solo día en que Arato, acompañado de los Aqueos, entró por sorpresa en Argos, y después de haber sostenido rudos combates y peligros por la libertad de los Argivos, fué al fin desalojado por no haberse declarado ninguno de los conjurados que estaban dentro contenidos del temor del tirano. Aristomaco entonces, bajo pretexto y presunción de que había algunos cómplices en la irrupción de los Aqueos, hizo degollar á ochenta inocentes ciudadanos de los principales á vista de sus parientes. Omito otras atrocidades de su vida y de sus ascendientes, pues sería largo de contar.

A vista de esto, no es extraño le cupiese la misma suerte. Más de extrañar sería que sin castigo alguno hubiera acabado sus días. Ni se debe atribuir á crueldad de Antígono y de Arato el que, apoderados en guerra de un tirano, le quitasen la vida en los suplicios; cuando si le hubieran muerto con tormentos en el seno de la paz misma, se lo hubieran aprobado y aplaudido los hombres sensatos. Y si á lo dicho se añade la perfidia cometida á los Aqueos, ¿de qué pena no será digno? Forzado de la necesidad con la muerte de Demetrio, tuvo que deponer poco antes la tiranía, y halló contra toda esperanza un asilo seguro en la dulzura y probidad de los Aqueos, los cuales le perdonaron no sólo las maldades cometidas durante su tiranía, sino que le incorporaron en la república y le dispensaron el sumo honor de entregarle el mando de sus tropas. Pero después que vió en Cleomenes un rayo de esperanza más lisonjera, olvidado al instante de este beneficio, separó su patria y afecto de los Aqueos en las circunstancias más urgentes, y se unió á los enemigos. Semejante hombre, después de hecho prisionero, merecía, no que en el silencio de la noche

muriese atormentado en Cencreas, como dice Filarco, sino que se le pasease por todo el Peloponeso para que sirviese de ejemplo su castigo y acabase la vida de este modo. No obstante, en medio de ser tan malo, no sufrió otra pena que la de ser arrojado en el mar por ciertos crímenes que cometió en Cencreas.

Fuera de esto, Filarco nos cuenta con exageración y afecto las calamidades de los Mantineos, persuadido á que es oficio de un historiador referir los malos hechos. Pero no dice siquiera una palabra de la generosidad con que se portaron los Megalopolitanos por el mismo tiempo; como si fuese más propio de la historia contar defectos humanos que poner á la vista acciones virtuosas y laudables; ó si contribuyesen menos á la corrección de los lectores los hechos ilustres y plausibles que las acciones inicuas y vituperables. Para hacer valer la magnanimidad y moderación de Cleomenes para con sus enemigos, nos refiere cómo tomó á Megalópolis, y cómo la conservó intacta mientras despachó mensajeros á Messena para los Megalopolitanos, suplicándoles que, atento á haberles devuelto indemne su patria, coadyuvasen sus intentos. Añade cómo los Megalopolitanos, comenzada á leer la carta, no tuvieron sufrimiento para acabarla, y por poco no mataron á pedradas á los mensajeros. Pero lo que es inseparable y propio de la historia, á saber, aplaudir y hacer mención de las resoluciones generosas, esto lo omite, sin que haya para ello motivo que lo impida. Porque si reputamos por hombres de honor á los que sólo con palabras y demostraciones sostienen la defensa de sus amigos y aliados, y á los que por el mismo caso toleran la desolación de sus campos y asedio de sus ciudades, no sólo los aplaudimos, sino que los tributamos en recompensa las mayores gracias y mercedes, ¿qué deberemos pensar de

los Megalopolitanos? ¿No formaremos de ellos el concepto más magnífico y honroso? Ellos sufrieron primero que Cleomenes assolase sus campos; ellos abandonaron después del todo la patria, por mantener el partido de los Aqueos; ellos, en fin, presentada la ocasión más imprevista y extraordinaria de recobrarla, prefirieron privarse de sus campos, sus sepulcros, sus templos, su patria, sus haciendas, y, en una palabra, de todo lo más amable al hombre, por no faltar á la fe á sus aliados. ¿Se hizo jamás ó se podrá hacer acción más heroica? ¿Qué pasaje más oportuno á un historiador para excitar la atención de sus lectores? ¿Qué ejemplo más eficaz para estimular á la observancia de los tratados y conservar el vínculo de una sociedad firme y verdadera? Con todo, Filarco no hace de esto mención alguna, ofuscándose á mi ver sobre los hechos más memorables y conducentes á un escritor.

Después de esto nos cuenta que del saco de Megalópolis cogieron los Lacedemonios seis mil talentos, y de éstos los dos mil se los entregaron á Cleomenes, según costumbre. ¿Quién no admirará aquí principalmente la impericia é ignorancia de las nociones más comunes sobre los recursos y poder de las ciudades griegas, cosa de que debe un historiador estar perfectamente instruído? No digo en aquellos tiempos, en que los Reyes de Macedonia, y más aún las continuas guerras civiles tenían arruinado del todo el Peloponeso; pero ni aun en los presentes, en que concordes todos gozan al parecer de la mayor abundancia, es posible no obstante que de los efectos del Peloponeso todo, á excepción de los hombres, se pueda juntar semejante suma. Que lo que proferimos no es al aire, sino con algún fundamento, nos lo manifestará lo siguiente. Nadie ignora que cuando los Atenenses,

juntos con los Tebanos, armaron diez mil hombres y equiparon cien galeras para emprender la guerra contra Lacedemonia, ordenaron que se valuasen las tierras, las casas, el Atica toda y demás efectos, para sufragar con sus réditos los gastos de la guerra. Con todo, la estimación toda no ascendió sino á cinco mil setecientos cincuenta talentos. A vista de esto, ¿no parecerá inverosímil lo que acabamos de decir del Peloponeso? Ninguno, por exagerativo que sea, se atreverá á asegurar que se sacó por entonces de Megalópolis más de trescientos talentos, puesto que todos saben que los más de los hombres libres y esclavos se habían refugiado á Messena. Pero la mayor prueba de lo arriba dicho es que no cediendo los Mantineos á los pueblos de la Arcadia en poder ni en riquezas, según Filarco, no obstante sitiada y tomada su ciudad, aunque no se escapó ninguno, ni les fué fácil ocultar cosa alguna, todo el botín, vendidos los hombres, ascendió sólo á trescientos talentos.

Pero ¿á quién no admirara aún más lo que se sigue? Refiere que diez días antes de la batalla vino un embajador de Ptolomeo á Cleomenes, con la nueva de que su amo rehusaba suministrarle dinero, y le exhortaba á que ajustase la paz con Antígono; que oída la embajada, Cleomenes resolvió probar cuanto antes fortuna, antes que se divulgase la noticia en el ejército, por no tener esperanza en sus propios fondos de poder satisfacer las pagas al soldado. Pues si á la sazón Cleomenes se hubiera hallado con seis mil talentos, hubiera podido exceder á Ptolomeo en riquezas, y aun cuando sólo hubiera tenido trescientos, era lo sobrado para sostener sin riesgo y continuar la guerra contra Antígono. Confesemos, pues, que es una prueba de la mayor ignorancia y falta de reflexión decir que Cleomenes tenía puestas todas sus espe-

ranzas en la liberalidad de Ptolomeo, y asegurar al mismo tiempo que era señor por entonces de tantos bienes. Otros muchos y semejantes defectos comete nuestro historiador por los tiempos de que vamos hablando y por toda su obra, pero baste lo dicho en cumplimiento de nuestro designio.

## CAPÍTULO XVI.

Invasión de Cleomenes por los campos de Argos.—Número de tropas de Antígono y Cleomenes.—Bella disposición de ambos campamentos.

Después de la toma de Megalópolis, mientras que Antígono tenía sus cuarteles de invierno en Argos, Cleomenes congregó las tropas al principio de la primavera, y exhortadas según lo pedía el caso, sacó su ejército y entró por el país de los Argivos. Este paso pareció temerario y aventurado al vulgo, por lo bien defendidas que se hallaban las avenidas de la provincia, pero seguro y prudente á las gentes sensatas. A vista de haber Antígono licenciado sus tropas, estaba seguro de que en primer lugar ejecutaría aquella invasión sin riesgo; y en segundo, cuando hubiese asolado la campiña hasta los muros, los Argivos, á cuya vista se haría este estrago, se indignarían por precisión y se quejarían de Antígono. En este caso, si por no poder sufrir la insolencia de la tropa, hacía Antígono una salida y aventuraba un trance con la gente que á la sazón tenía, se prometía con sobrado fundamento que le sería fácil la victoria; si, por el contrario, persistía en su resolución y apetecía el reposo, creía que aterrados los enemigos y alentados sus soldados podría retirarse á su patria sin peligro. En

efecto, todo sucedió como lo había pensado. Arrasada la campiña, comenzó la tropa en corrillos á murmurar de Antígono; pero éste, como buen rey y prudente soldado, prefirió el sosiego, rehusando emprender cosa de que no le constase el éxito. Con esto, Cleomenes, según su primer designio, taló la campiña, amedrentó á los contrarios, inspiró aliento á sus tropas contra el peligro que las amenazaba y se tornó á su patria impunemente.

Apenas vino el verano, se unieron los Macedonios y Aqueos de vuelta de sus cuarteles de invierno, y Antígono al frente del ejército marchó con los aliados hacia la Laconia. Llevaba consigo diez mil Macedonios de que constaba la falange, tres mil rodeleros, trescientos caballos, mil Agrianos y otros tantos Galos. El total de extranjeros era de tres mil infantes y trescientos caballos; de los Aqueos tres mil hombres de á pie y trescientos de á caballo, todos escogidos; de los Megalopolitanos, mil al mando de Cercidas Megalopolitano, armados á la manera de Macedonia. Los aliados eran dos mil infantes Boios y doscientos caballos; mil infantes Epirotas y cincuenta caballos; otros tantos Acarnanios y mil seiscientos Ilios, al mando de Demetrio de Faros. De suerte que todo el ejército se componía de veintiocho mil infantes y mil doscientos caballos.

Cleomenes, que esperaba esta irrupción, había fortificado todas las otras avenidas de la provincia con presidios, fosos y cortaduras de árboles. Él se había acampado junto á Selasia con un ejército de veinte mil hombres, conjeturando con fundamento de que por allí entrarían los contrarios, como sucedió en efecto. Dos montañas forman este desfiladero, la una llamada Eva, y la otra Olimpo. Por medio de ellas pasa el camino que va á Esparta, á orillas del río

Enuntes. Cleomenes había tirado una línea con foso y trinchera por delante de estas montañas. Había apostado sobre el monte Eva á los aliados, al mando de su hermano Euclidas, y él, con los Lacedemonios y extranjeros, ocupaba el monte Olimpo. La caballería, con una parte de extranjeros, la tenía acampada en unas llanuras junto al río, sobre uno y otro lado del camino.

Luego que llegó Antígono advirtió que los puestos estaban bien defendidos; que Cleomenes, habiendo distribuido á cada trozo del ejército el lugar conveniente, había tomado con tanta habilidad los ventajosos que toda la disposición de su campo se asemejaba á un cuerpo de bravos campeones en acción de acometer; que nada había omitido de cuanto previene el arte para el ataque y la defensa, antes bien era igualmente eficaz su formación, y seguro de un insulto su campamento. Todo esto le hizo desistir de tentar al enemigo de repente y venir á las manos por el pronto. Sentó su campo á corta distancia y se cubrió con el río Gorgilo. Aquí se detuvo algunos días, ya para reconocer la naturaleza del terreno y diversidad de las tropas enemigas, ya para aparentar al mismo tiempo ciertos movimientos que pusiesen en expectación para adelante el ánimo de los contrarios. Pero no hallando puesto alguno indefenso ni desguarnecido, per acudir Cleomenes prontamente á todas partes, mudó de resolución. En fin, ambos unánimes convinieron en que una batalla decidiese el asunto: tan esforzados é iguales eran estos dos capitanes que entonces la fortuna había juntado.

Antígono opuso contra los que defendían el monte Eva los Macedonios, armados de escudos de bronce, y los Ilirios formados por cohortes alternativamente. El mando de éstos lo fió á Alejandro, hijo de Acmetes.



y á Demetrio de Faros. Detrás situó á los Acarnanios y Cretenses, y á sus espaldas estaban dos mil Aqueos, que hacían veces de cuerpo de reserva. La caballería á las órdenes de Alejandro la formó alrededor del río Enuntes al frente de la enemiga, mandando cubrir sus costados con mil infantes Aqueos y otros tantos Megalopolitanos. Él con los extranjeros y Macedonios resolvió atacar el monte Olimpo, donde estaba Cleomenes. Puso en la primera línea á los extranjeros, y en la segunda la falange macedonia, dividida en dos trozos, uno tras otro, obligándole á esta formación la estrechez del terreno. La señal dada á los Ilirios para comenzar el combate (es de suponer que éstos, pasado el río Gorgilo por la noche, se habían apostado al pie del monte Eva) era un lienzo levantado en las inmediaciones del monte Olimpo, y la que se dió á los Megalopolitanos y á la caballería fué una cota de color de púrpura, enarbolada junto al Rey.

## CAPÍTULO XVII.

Batalla de Selasia y victoria por Antígono.—Huida de Cleomenes á Alejandria.—Toma de Esparta por Antígono.—Restablecimiento del gobierno republicano en esta y otras ciudades.—Su muerte.

Luego que llegó el tiempo de la acción (223 años antes de J. C.) y se dió la señal á los Ilirios por medio de los jefes de lo que debía hacer cada uno, todos de repente se presentaron al enemigo y comenzaron á subir la montaña. Los armados á la ligera, que desde el principio estaban formados con la caballería de Cleomenes, viendo que las cohortes aqueas habían

quedado indefensas por la espalda, acometen su retaguardia y ponen en el mayor conflicto á los que se esforzaban en ganar la eminencia, como que de parte arriba se veían atacados de frente por Euclidas, y de parte abajo invadidos y cargados con vigor por los extranjeros. Filopemen el Megalopolitano comprendió el peligro, y previendo lo que iba á suceder, advirtió primero á los jefes la situación en que estaban; mas viendo que no se le daba oídos, por no haber obtenido jamás cargo en la milicia y ser demasiado joven, alienta á sus conciudadanos y ataca con valor á los contrarios. No fué menester más para que los extranjeros que cargaban por la espalda á los que subían la montaña, oída la gritería y visto el choque de los caballos, dejasen al instante á los Ilirios y echasen á correr á sus primeros puestos para dar socorro á su caballería. De este modo, los Ilirios, Macedonios y demás gente que iba delante con ellos, libres del estorbo, acometieron con esfuerzo y confianza á los enemigos. Por aquí se reconoció en la consecuencia que Filopemen había sido causa de la ventaja ganada contra Euclidas.

Cuentan que Antígono después de la acción, por tentar á Alejandro, comandante de la caballería, le había preguntado que por qué había comenzado el choque antes de dar la señal, y que éste, habiéndole respondido que no había sido él, sino cierto joven megalopolitano quien lo había comenzado contra sus órdenes, Antígono dijo: «El joven, atendidas las circunstancias, obró como excelente capitán, y, vos capitán, como un joven cualquiera.» En efecto, si como Euclidas dejó de aprovecharse de la ventaja del terreno, cuando vió subir las cohortes de los Ilirios hubiera salido al encuentro desde lejos y cargado sobre el enemigo, sin duda hubiera desordenado y desbaratado

sus líneas, se hubiera retirado poco á poco y se hubiera acogido sin peligro á la eminencia. De este modo deshecha la formación de los contrarios é inutilizado el peculiar uso de sus armas, los hubiera con facilidad puesto en huída, favorecido como estaba del terreno. Pero nada de esto ejecutó; antes, como si tuviese segura la victoria, hizo todo lo contrario. Subsistió inmóvil en la cumbre, según se había situado al principio, esperando recibir en la cima á los enemigos para hacerles después huir por lugares más pendientes y escarpados. Pero sucedió al contrario, como era regular. Pues como no había dejado espacio para retroceder, y las cohortes llegaron intactas y unidas, se vió en tal aprieto, que le fué preciso combatir en la cima misma de la montaña. De allí adelante, á proporción que el peso de las armas y la formación fué fatigando al soldado, los Illirios adquirían consistencia, y Euclidas iba perdiendo terreno por no haber dejado espacio para retroceder y mudar de posición á los suyos. De suerte, que á poco tiempo tuvo que volver la espalda y tomar la huída por unos lugares escarpados é intransitables.

A este mismo tiempo vino á las manos la caballería. La de los Aqueos desempeñó con denuedo su obligación, como que la iba la libertad en la batalla. Pero sobre todo Filopemen, cuyo caballo cayó herido mortalmente en la refriega, y él, peleando á pie, recibió una herida cruel que le atravesó ambos muslos. Los dos Reyes dieron principio al choque en el monte Olimpo con los armados á la ligera y extranjeros en número casi de cinco mil entre ambos. Como la acción era á vista de los Reyes y de los ejércitos, bien se pelease por partidas, bien en general, todos procuraban excederse de ambas partes. Se batían hombre á hombre y línea á línea con la mayor valentía. Pero Cleo-

menes, viendo á su hermano puesto en huída, y á la caballería que peleaba en el llano casi vencida, temió no cargasen sobre él los enemigos por todas partes, y se vió precisado á desbaratar el atrincheramiento de su campo y sacar todo el ejército de frente por un costado. Dada la señal por las trompetas para que la infantería ligera se retirase del espacio que mediaba entre los dos campos, vuelven las lanzas con grande algazara y vienen á las manos las dos falanges. La acción fué viva. Unas veces retrocedían los Macedonios, oprimidos del valor de los Laconios; otras éstos eran rechazados por la vigorosa formación de aquellos. En fin, las tropas de Antígono, puestas en ristre las lanzas, dieron sobre los Lacedemonios con aquella violencia propia de la falange doble, y los desalojaron de sus atrincheramientos. Toda la demás gente, ó fué muerta, ó tomó una huída precipitada. Cleomenes, con algunos caballeros, se retiró á Esparta sin peligro, de donde, venida la noche, bajó á Githio, y en unos navíos que tenía aprontados de antemano para un accidente marchó con sus amigos á Alejandría.

Antígono tomó á Esparta por asalto. En lo demás trató á los Lacedemonios con generosidad y dulzura. Restableció entre ellos el antiguo gobierno, y á pocos días partió de la ciudad con su ejército, por haber sabido que los Ilirios habían entrado en la Macedonia y talaban sus campos. De este modo acostumbra siempre la fortuna terminar los más arduos asuntos cuando menos se espera. Pues si entonces Cleomenes hubiera diferido algunos días la batalla, ó si retirado á Esparta después de la acción hubiera esperado un poco ocasión más oportuna, hubiera sin duda conservado el reino. En fin, Antígono llegó á Tegea, restituyó también á sus moradores en el primitivo estado, y dos días después vino á Argos, á tiempo que se celebra-

ban los juegos Nemeos. Después de haber obtenido aquí de parte de los Aqueos en general y de cada ciudad en particular todo lo que podía contribuir á inmortalizar su nombre y gloria, marchó á Macedonia á largas jornadas. Aquí sorprendió á los Ilirios, vino con ellos á las manos de poder á poder, y los venció en batalla. Pero los esfuerzos y gritos que dió para animar sus tropas durante la acción (222 años antes de J. C.), le causaron un vómito de sangre, de que le provino tal debilidad que en pocos días perdió la vida. Toda la Grecia se había prometido de él grandes esperanzas, no sólo por su pericia en el arte militar, sino mucho más por su arreglo de vida y probidad de costumbres. Dejó el reino de Macedonia á Filipo, hijo de Demetrio.

Pero ¿á qué propósito narración tan prolija sobre la guerra Cleoménica? Porque uniéndose estas épocas con las que en adelante hemos de hablar, nos pareció conducente ó, por mejor decir, necesario, según nuestro primer propósito, hacer manifiesto y palpable á todos el estado que entonces tenían los Macedonios y Griegos. Por este mismo tiempo pasó de esta vida Ptolomeo, y le sucedió en el reino Ptolomeo Filopator. Murió igualmente Seleuco, hijo de Seleuco Callinico, llamado también Pogón. Tuvo por sucesor en el reino de Siria á Antíoco, su hermano. Sucedió á estos Reyes casi lo mismo que á aquellos primeros poseedores que obtuvieron estos reinos, después de la muerte de Alejandro; es decir, que así como Seleuco, Ptolomeo y Lisimaco murieron en la olimpiada ciento veinticuatro, como hemos apuntado, éstos en la ciento treinta y nueve.

Después de haber concluído las advertencias y presupuestos de toda nuestra historia, por lo que se ve cuándo, cómo y por qué causa, señores los Romanos

de toda Italia, comenzaron á extender sus conquistas por defuera y osaron disputar el imperio de la mar á los Cartagineses; y después de haber hecho ver en qué estado se hallaban entonces los Griegos, Macedonios y Cartagineses, será conveniente, puesto que según nuestro primer designio hemos llegado á aquellos tiempos en que los Griegos meditaban la guerra Social, los Romanos la Annibálica y los Reyes de Asia la de la Cæle-Siria, terminar este libro con el fin de las guerras precedentes y muerte de los potentados que las manejaron.

---

## LIBRO TERCERO.

---

### CAPÍTULO PRIMERO.

Idea general de toda la obra, y distribución de materias que se han de tratar en esta historia.

En el libro primero de toda la obra, y tercero respecto de éste, dijimos que daríamos principio á nuestra historia por la guerra Social, la de Annibal y la de la Cæle-Siria. Allí también expusimos las causas por que, recorriendo los tiempos anteriores, escribiríamos los dos libros precedentes. Ahora procuraremos referir con claridad estas guerras, las causas de que se originaron y los motivos por que se hicieron tan memorables. Pero antes diremos algo sobre el designio de la obra.

El único objeto de todo lo que nos hemos propuesto escribir es hacer ver el cómo, cuándo y por qué causa todas las partes del mundo conocido fueron sometidas al poder de los Romanos; y como este suceso tiene principio conocido, tiempo determinado y conclusión evidente, tuvimos á bien poner á la vista como en bosquejo aquellos principales hechos que mediaron entre su fin y principio. Nada en mi concepto es más

capaz de dar al lector una justa idea de todo el designio. Porque como muchas veces el ánimo por el todo viene en conocimiento de los particulares, y al contrario, por los particulares muchas á la cierta ciencia del todo; nosotros, que reputamos por el mejor método de enseñar y explicar el que proviene de ambos, daremos consiguiente á lo dicho un prospecto de nuestra historia. La idea general del argumento y términos en que está prescrito ya la hemos declarado. Los hechos particulares tienen su origen en las guerras que hemos dicho; su conclusión y éxito en la ruina del reino de Macedonia; el tiempo que ha mediado entre su principio y fin, cincuenta y tres años; en los cuales se contienen tales y tan sobresalientes acciones, cuales ninguna edad anterior comprendió en igual intervalo. La narración de éstas, comenzando desde la olimpiada ciento cuarenta, es como se sigue.

Después que hayamos demostrado las causas por que se suscitó la guerra llamada Annibálica entre Cartagineses y Romanos, expondremos cómo aquellos, invadida la Italia y arruinado su poder, pusieron en el mayor conflicto á las personas y patria de éstos, y llegaron á concebir la magnífica y extraordinaria esperanza de hacerse dueños por asalto de la misma Roma. Procuraremos después explicar cómo por aquel mismo tiempo Filipo, rey de Macedonia, concluida la guerra con los Etolios y sosegados los disturbios de la Grecia, comenzó á unir sus miras con los Cartagineses; cómo Antioco y Ptolomeo Filopator disputaron entre sí y vinieron al cabo á tomar las armas por la Cæle-Siria; cómo los Rodios y Prusias declararon la guerra á los Bizantinos, y les forzaron á levantar el tributo que exigían de los que navegaban al Ponto. Aquí nos detendremos y examinaremos la política de los Romanos, para hacer ver al mismo



tiempo que contribuyó infinito lo peculiar de su gobierno á recobrar no sólo el mando de la Italia y de la Sicilia y añadir á su imperio la España y la Galia, sino también á sojuzgar por último á los Cartagineses y pensar en la conquista del universo. Juntamente daremos cuenta por una breve digresión de la ruina del reino de Hierón Siracusano. Uniremos después los alborotos de Egipto, y de qué modo, muerto el Rey Ptolomeo, Antíoco y Filipo conspiraron sobre la división del reino, dejando á su hijo, y atacaron con engaño y violencia éste el Egipto y la Caria y aquél la Cæle-Siria y la Fenicia.

A esto seguirá un resumen de las acciones de Romanos y Cartagineses en la España, África y Sicilia, de donde pasaremos con la narración á los pueblos de la Grecia y á las alteraciones que sobrevinieron en sus intereses. Referiremos las batallas navales de Atalo y los Romanos contra Filipo, como también la guerra que hubo entre este príncipe y los Romanos, por qué motivos y cuál su éxito. Uniremos á esto sus results, y haremos mención de aquel despecho que condujo á los Etolios á llamar del Asia á Antíoco, y encender la guerra entre Aqueos y Romanos. Manifestaremos las causas de esta guerra, y el tránsito de Antíoco en Europa. Expondremos primero cómo huyó de la Grecia; después cómo fué derrotado y tuvo que abandonar el país de parte de acá del monte Tauro; y por último, cómo los Romanos, castigada la audacia de los Gálatas, se apropiaron el imperio del Asia sin disputa, y libertaron los habitantes del Asia citerior de los sobresaltos é injurias de estos bárbaros. Pondremos después á la vista los infortunios de los Etolios Cefallenios, y emprenderemos las guerras que Eumenes sostuvo contra Prusias y los Gálatas, así como la que este Príncipe y Ariarato hicieron contra

Farnaces. Después de haber apuntado la concordia y gobierno del Peloponeso y el auge de la república de los Rodios, haremos una recapitulación de todo el discurso y de las acciones, sin omitir la expedición de Antíoco Epifanes contra el Egipto, la guerra de Perseo y ruina del imperio de Macedonia. Todos estos hechos nos manifestarán por menor la conducta con que se manejaron los Romanos para llegar á sojuzgar toda la tierra.

Si los sucesos prósperos ó adversos bastasen para formar juicio de lo laudable ó vituperable de los hombres y de los Estados, convendría sin duda que concluyésemos el discurso y finalizásemos nuestra historia en las últimas acciones que acabamos de apuntar. Puesto que, según nuestro primer designio, se completa aquí el tiempo de los cincuenta y tres años, llega á lo sumo el auge y extensión del Imperio Romano, y todo el mundo se vió forzado á confesar que no había más que obedecer á Roma y someterse á sus leyes. Pero como el mero éxito de las batallas no es capaz de dar una justa idea de los vencedores ni vencidos, porque á muchos las mayores prosperidades manejadas sin cordura acarrearón tamaños infortunios, y á no pocos las más horribles adversidades soportadas con constancia se les convirtieron muchas veces en ventajas, tuvimos á bien añadir á lo dicho cuál haya sido la conducta de los vencedores después de la victoria, y cómo hayan gobernado el universo; qué aceptación y crédito hayan merecido de los pueblos, y cuáles y cuán diversos juicios se hayan formado de los que manejaban los negocios; qué inclinaciones y afectos prevalecieron y reinaron en el gobierno privado de cada uno, y en general de la república. Por aquí conocerá el siglo presente si es de desechar ó adoptar la dominación romana, y los siglos venideros juzgarán

si era digna de elogio y emulación, ó de infamia y vituperio. En esto consistirá principalmente la utilidad de nuestra historia, tanto para ahora como para en adelante. Pues yo no creo que ni los comandantes de ejército ni los que juzgan de sus acciones, se propongan por último fin las victorias y las conquistas. Ningún hombre de entendimiento emprende una guerra por el solo fin de triunfar de sus contrarios, ni surca los mares sólo por pasar de una parte á otra, ni aprende las ciencias y artes únicamente por saberlas. Todos se mueven en sus operaciones, ó por el placer, ó por la gloria, ó por la utilidad que en ellas encuentran. Por lo cual la mayor perfección de esta obra estará en dar á conocer cuál era el estado de cada pueblo después de la conquista y sujeción del universo al poder romano, hasta que se volvieron á suscitar nuevas alteraciones y alborotos. La importancia de los hechos y lo extraordinario de los sucesos me han empeñado á describir de estas conmociones dándolas origen muy diverso. Pero la principal razón es haber sido no sólo testigo ocular de las más de las acciones, sino haber coadyuvado á la ejecución de unas y haber sido autor principal de otras.)

Durante esta conmoción fué cuando los Romanos llevaron la guerra contra los Celtíberos y Vaceos, los Cartagineses contra Massanisa, rey de África, y Atalo y Prusias disputaron entre sí sobre el Asia. En este tiempo Ariarates, rey de Capadocia, destronado por Orofernes con la ayuda de Demetrio, recobró por sí mismo el reino paterno; Demetrio, hijo de Seleuco, después de haber reinado en Siria doce años, perdió la vida y el reino por conspiración de otros reyes; los Griegos, acusados de haber sido autores de la guerra de Perseo, y absueltos del crimen que se les imputaba, fueron restituidos á su patria por los Ro-

manos. Poco tiempo después estos mismos atacaron á los Cartagineses, al principio por desalojarlos, y después con ánimo de arruinarlos enteramente, por motivos que adelante se dirán. En fin, hacia este mismo tiempo, separados los Macedonios de la amistad de los Romanos, y los Lacedemonios de la república de los Aqueos, se vió comenzar y acabar á un tiempo el común infortunio de la Grecia toda.

Tal es el plan que me he propuesto. Quiera la fortuna prolongarme la vida hasta llevar á cabo la empresa. Bien que, aunque me sobrevenga la muerte, estoy persuadido que no quedará abandonado el asunto, ni faltarán hombres capaces que, provocados de su importancia, tomen á cargo llevarlo á la perfección. Pero, puesto que hemos recorrido sumariamente los hechos más señalados, con el fin de dar á los lectores una idea general y particular de toda la historia, será bien que, acordándonos de lo prometido, demos principio á nuestro argumento.

## CAPÍTULO II.

Error de algunos escritores en asignar las verdaderas causas de la segunda guerra Púnica.—Refutación que hace Polibio del historiador Fabio.

Algunos de los que escribieron los hechos de Aníbal, queriéndonos exponer las causas por que se suscitó la segunda guerra Púnica entre Romanos y Cartagineses, asignan por primera el sitio de Sagunto por los Cartagineses, y por segunda, el tránsito del Ebro por estos mismos, contra lo que se había pactado. Yo más bien diría que estos fueron los principios de la guerra; pero de ningún modo concederé que

fuesen los motivos. A no ser que se quiera decir que el tránsito de Alejandro en Asia fué causa de la guerra contra los Persas, y que la guerra de Antíoco contra los Romanos provino del arribo de éste á Demetriades, motivos que ni uno ni otro son verdaderos ni aun probables. Porque, ¿quién ha de pensar que estas fueron las causas de las muchas disposiciones y preparativos que Alejandro, y anteriormente Filipo durante su vida, habían hecho para la guerra contra los Persas, ó de las operaciones de los Etolios anteriores á la venida de Antíoco para la guerra contra los Romanos? Esto es de hombres que no comprenden cuánto disten y qué diferencia haya entre *principio*, *causa* y *pretexto*; que estos dos últimos preceden á toda acción, y que el *principio* es lo último de los tres. Yo llamo principio de toda acción aquellos primeros pasos, aquellas primeras ejecuciones de lo que ya tenemos proyectado; pero causas, aquello que antecede á los juicios y deliberaciones, como son pensamientos, especies, racionios que se hacen sobre el asunto, y por los cuales nos determinamos á juzgar ó emprender alguna cosa. Lo que se sigue manifestará mejor mi pensamiento.)

Cualquiera penetrará con facilidad cuáles fueron los verdaderos motivos y origen que tuvo la guerra contra los Persas. El primero fué la retirada de los Griegos, bajo la conducta de Jenofonte, de las provincias del Asia superior, en la que atravesando toda el Asia con quien estaban en guerra, no hubo bárbaro que osase interrumpirles el paso. El segundo fué el tránsito en Asia de Agesilao, rey de Lacedemonia, en el que, en medio de no haber hallado quien se opusiese á sus designios, tuvo que volverse sin haber ejecutado cosa de provecho, por los alborotos que se originaron en la Grecia en este intermedio. De estas ex-

pediciones infirió y conjeturó<sup>o</sup> Filipo la cobardía y flojedad de los Persas, al paso que advirtió en él y en los suyos la pericia en el arte militar, y se le presentaron á la vista las grandes y sobresalientes ventajas que conseguiría de esta guerra; y lo mismo fué conciliarse la benevolencia de toda la Grecia que, bajo pretexto de querer vengarla de las injurias recibidas de los Persas, tomar la resolución y designio de hacer la guerra y disponer todo lo necesario para la empresa. Quede, pues, sentado que las causas de la guerra contra los Persas son las dos primeras que hemos dicho; el pretexto este segundo, y el principio el tránsito de Alejandro en Asia.

Del mismo modo es indubitable que se debe tener por motivo de la guerra entre Antioco y los Romanos la indignación de los Etolios. Pues figurándose éstos que los Romanos los despreciaban por el feliz éxito de la guerra contra Filipo, como hemos dicho antes, no sólo llamaron á Antioco, sino que la cólera que por entonces concibieron los condujo á emprenderlo y sufrirlo todo por vengarse. El pretexto fué la libertad de la Grecia, á la que sin fundamento y con engaño exhortaban los Etolios, recorriendo con Antioco las ciudades; y el principio fué el arribo de este Rey á Demetriades. Me he detenido más de lo regular sobre esta distinción, no por censurar á los historiadores, sino por librar de error á los lectores. Porque ¿de qué sirve al enfermo el médico que ignora las causas de las enfermedades del cuerpo humano? ¿Ó qué utilidad la de un Ministro de Estado que no sabe distinguir el modo, motivo y origen de donde toma principio cada asunto? Ciertamente que ni aquél aplicará los remedios convenientes, ni éste manejará con acierto los negocios que vengan á sus manos, sin el previo conocimiento de lo que hemos dicho. En

esta inteligencia, nada se ha de observar ni inquirir con tanto estudio como las causas de cada suceso. Pues muchas veces de una friolera se originan los más graves asuntos, y en cualquiera materia se remedian con facilidad los primeros impulsos y pensamientos.)

Cuenta Fabio, escritor romano, que la avaricia y ambición de Asdrúbal, junto con la injuria hecha á los Saguntinos, fueron la causa de la segunda guerra Púnica; que este General, después de haber adquirido en España un dilatado dominio, emprendió á su vuelta en África abolir las leyes patrias, y erigir en monarquía la república de Cartago, pero que los principales senadores, penetrando su designio, se le habían opuesto de común acuerdo; que Asdrúbal, receloso de esto, se retiró de África, y en la consecuencia gobernó la España á su antojo, sin miramiento alguno al Senado de Cartago; que Anníbal, compañero y émulo desde la infancia de los intentos de Asdrúbal, observó la misma conducta en los negocios que su tío, cuando se le encomendó el gobierno de la España; que por eso hizo ahora esta guerra á los Romanos por su capricho contra el dictamen de la república, pues no hubo en Cartago hombre de suposición que aprobase lo que Anníbal había hecho con Sagunto. Por último, añade que después de la toma de esta ciudad vinieron los Romanos á Cartago, resueltos, ó á que los Cartagineses les entregasen á Anníbal, ó á declararles la guerra. Pero si se le preguntase á este historiador: ¿y qué ocasión más oportuna se pudo presentar á Cartago, ó que resolución más justa y ventajosa pudiera haber tomado, puesto que desde el principio, como asegura, se hallaba ofendida del proceder de Anníbal, que acceder entonces á la solicitud de los Romanos, entregarles al autor de las injusticias, deshacerse

buenamente del enemigo común de la patria por ajena mano, asegurar la tranquilidad al Estado, evitar la guerra que la amenazaba, y satisfacer su resentimiento á costa sólo de un decreto? ¿Qué tendría que responder á esto? Bien sé yo que nada. Pues los Cartagineses estuvieron tan ajenos de echar mano de este expediente, que, al contrario, hicieron la guerra diez y siete años continuos por parecer de Annibal, y no la concluyeron hasta que, exhaustos de todo recurso, se vieron por fin á pique de perder su patria y personas.

### CAPITULO III.

Verdaderos motivos de la segunda guerra Púnica: Primero, el odio de Amilcar contra los Romanos. Segundo, la toma de la Cerdeña por éstos, y nuevo tributo que impusieron á los Cartagineses. Tercero, los prósperos sucesos de los Cartagineses en la España.

Si he hecho mención de Fabio y de su historia, no es porque tema que la verosimilitud de sus dichos halle crédito en algunos. Los absurdos de este escritor son tales, que, sin que yo los advierta, ellos por sí mismos se presentarán á la vista de los lectores. Sino para avisar á los que tomen en la mano su historia, que no reparen en el título del libro, sino en lo que contiene. Pues hay hombres que no haciendo alto en las palabras, sino en quien las dice, é impresionados de que el autor es contemporáneo y miembro del Senado, reputan al instante por verdadero cuanto cuenta. Mi sentir es, que así como no se debe despreciar la autoridad de este escritor, tampoco darla por sí sola un entero asenso, sino examinar á más los hechos para formar juicio.



Bajo este supuesto, se debe reputar por primera causa de la guerra entre Romanos y Cartagineses (aquí fué donde nos separamos del asunto) la indignación de Amílcar, llamado Barca, padre natural de Anníbal. Este General mantenía un espíritu invencible aun después de la guerra de Sicilia. Advertía que las tropas que había mandado en Erice se conservaban aún enteras y en los mismos sentimientos que su jefe, y que si el descalabro que sufrió en el mar su república la forzó á ceder al tiempo y ajustar la paz, su encono siempre era el mismo, y sólo aguardaba ocasión de declararle. Y á la verdad, que á no haberse sublevado en Cartago los extranjeros, por su parte hubiera vuelto de nuevo á emprender la guerra. Pero prevenido de las sediciones intestinas, tuvo que ocuparse en sosegarlas.

Aquietados que fueron estos alborotos, los Romanos declararon la guerra á los Cartagineses. Al principio éstos se pusieron en defensa, esperanzados de que la justificación de su causa volvería por la victoria, como hemos declarado en los libros anteriores, sin los cuales no será posible comprender cómodamente, ni lo que ahora se dice, ni lo que se dirá en la consecuencia. Pero como los Romanos cuidasen poco de su justicia, los Cartagineses, oprimidos y sin saber qué hacerse, tuvieron que acomodarse al tiempo, evacuar la Cerdeña, y consentir en pagar otros mil y doscientos talentos sobre los primeros, por redimirse de una guerra en tales circunstancias. Esta es la segunda causa, y en mi concepto la mayor, de la guerra que después se originó. Pues Amílcar, uniendo á su particular resentimiento el odio de sus ciudadanos, apenas hubo deshecho los rebeldes extranjeros y asegurado la tranquilidad á la patria, puso toda su atención en la España, con la mira de servirse de ella como de alma-

cén para la guerra contra los Romanos. Los prósperos sucesos de los Cartagineses en este país se deben tener por tercera causa; pues fiados en estas tropas, emprendieron con vigor la mencionada guerra. Hay muchas pruebas de que Amílcar fué el principal autor de la segunda guerra Púnica, aunque su muerte había sido diez años antes que aquélla comenzase. Para testimonio de lo dicho bastará lo que voy á decir.

Cuando vencido Anníbal por los Romanos tuvo por fin que retirarse de su patria y acogerse á la corte de Antioco, los Romanos, sabedores ya de lo que los Etolios maquinaban, despacharon legados á este Príncipe con la mira de sondear sus intenciones. Los embajadores, advirtiendo que el Rey daba oídos á los Etolios y que meditaba la guerra contra ellos, dieron en hacer la corte á Anníbal, con el fin de hacerle sospechoso con Antioco. En efecto, vieron cumplidos sus deseos. Andando el tiempo, y creciendo más y más en el Rey los recelos contra Anníbal, se presentó por fin la ocasión de sacar á cuento uno á otro su interior desconfianza. En este coloquio, después de haber traído Anníbal muchas pruebas en su defensa, viendo que de nada servían sus razones, vino á parar en esto: «Cuando mi padre se disponía á partir á España con ejército, tenía yo solos nueve años: yo estaba arrimado al altar, mientras él sacrificaba á Júpiter; y después de tributadas á los Dioses las libaciones y ritos acostumbrados, mandó se retirasen un poco los circunstantes; y llamándome, me preguntó con caricias si quería acompañarle á la expedición: yo le respondí con gozo que sí, y aun se lo supliqué con aquel modo propio de un muchacho: él entonces, tomándome de la derecha, me acercó al altar, y me mandó que, puesta la mano sobre las víctimas, jurase

no ser jamás amigo de los Romanos. En este supuesto, estad seguro que mientras penséis en suscitar ofensas contra los Romanos podéis fiar de mí, como de un hombre que os servirá con fe sincera; pero si tratáis de compostura ó alianza, no necesitáis dar oídos á calumnias, sino recelarse y guardarse de mí, pues siempre obraré contra Roma en todo lo posible.»

Este discurso, que pareció á Antiocho sincero y de corazón, disipó todas sus anteriores sospechas; y al mismo tiempo se debe reputar por un testimonio evidente del odio de Amílcar y de todo su proyecto, como se vió por los mismos hechos. Pues suscitó á los Romanos tales enemigos en Asdrúbal, su yerno, y Anníbal, su hijo natural, que llegó al exceso de la enemistad. Es cierto que Asdrúbal murió antes de hacer público su designio, pero para eso á Anníbal le sobró tiempo para manifestar el encono que había heredado de su padre contra los Romanos. Por eso los que gobiernan Estados deben poner su principal estudio en penetrar las intenciones que tienen las Potencias en reconciliarse ó en contraer alianza, cuándo reciben la ley forzada de la necesidad, y cuándo postradas de corazón, para cautelarse de aquéllas, reputándolas como espiadoras de la ocasión, y fiarse de éstas como de súbditas y amigas verdaderas, participándolas cuanto ocurra sin reparo. Tales son las causas de la guerra de Anníbal. Ahora se van á exponer los principios.)

## CAPÍTULO IV.

Expediciones de Anníbal en la España.—Fírvolos pretextos con que procura satisfacer á la embajada de los Romanos.—Sitio y toma de Sagunto.

Los Cartagineses sufrían con impaciencia la pérdida de la Sicilia, pero aumentaba mucho más su indignación la de la Cerdeña y la suma de dinero que últimamente se les había impuesto, como hemos apuntado. Por eso, así que tuvieron bajo su dominio la mayor parte de la España, todas las acriminaciones contra los Romanos hallaron en ellos buena acogida. A esta sazón llegó la noticia de la muerte de Asdrúbal, á quien se había encargado el mando de la España por falta de Amílcar. Por el pronto esperó la República, hasta ver á quien se inclinaban las tropas; pero luego que se supo que el ejército había elegido de común consentimiento á Anníbal por su jefe, al instante, junto el pueblo, ratificó á una voz la elección de los soldados. No bien Anníbal había tomado el mando, cuando se propuso sujetar á los Olcades. Vino á acamparse delante de Althea, ciudad la más fuerte de esta nación, y después de un vigoroso y terrible ataque (221 años antes de J. C.) se apoderó de ella en un momento. Este accidente aterró á los demás pueblos y los sometió al poder de Cartago. Después vendió el botín de estas ciudades, y dueño de infinitas riquezas se volvió á invernar á Cartagena. Aquí, generoso con los que le habían servido, satisfizo las raciones al soldado, ofreció gratificaciones para adelante, se granjeó un sumo aprecio y excitó en sus tropas magníficas esperanzas.

A la entrada del verano abrió la campaña por los Vacceos, atacó á Salamanca y la tomó por asalto (220 años antes de J. C.). Puso sitio también y ganó por fuerza á Arbucala, ciudad que por su magnitud, gran población y vigorosa resistencia de sus habitantes le costó mucho trabajo. A la vuelta, los Carpetanos, nación casi la más poderosa de aquellos países, le atacaron y pusieron en el mayor conflicto. Se habían unido á éstos los pueblos vecinos, conmovidos principalmente por los Olcades fugitivos, y sublevados por los Salmantinos que se habían salvado. Si los Cartagineses se hubieran visto forzados á combatir en batalla ordenada, hubieran perecido sin remedio. Pero Anníbal tuvo en esta ocasión la sagacidad y prudencia de irse retirando á paso lento, poner por barrera al río Tajo y dar la batalla en el tránsito del río. En efecto, auxiliado de las ventajas del río y de los casi cuarenta elefantes que tenía, todo le salió maravillosamente como había pensado. Los bárbaros intentaron superar y vadear el río por muchas partes; pero los más perecieron en el desembarco, porque al paso que iban saliendo los elefantes que estaban á la margen, los atropellaban antes de ser socorridos. Fuera de esto, la caballería, como resistía mejor la corriente y desde encima del caballo peleaba contra la infantería con ventaja, mató mucha gente en el mismo río. Por último, Anníbal pasó al otro lado, y dando sobre los bárbaros, ahuyentó más de cien mil. Con esta derrota no hubo ya pueblo, del Ebro para acá, que se atreviese á hacer frente á los Cartagineses, como no sea Sagunto. Pero Anníbal, atento á las instrucciones y consejos de su padre, procuraba en cuanto podía no mezclarse con esta ciudad, á fin de no dar á las claras pretexto alguno de guerra á los Romanos, hasta haberse asegurado de lo restante de España.

Entretanto los Saguntinos despachaban á Roma correos de continuo, ya porque, pronosticando lo que había de suceder, temían por sus personas, ya porque querían informar á los Romanos de los progresos de los Cartagineses en la España. En Roma se habían mirado con indiferencia estas representaciones; pero entonces se enviaron embajadores que inquiriesen la verdad del hecho. Por este mismo tiempo Anníbal, después de haber sujetado los pueblos que se había propuesto, volvió segunda vez con el ejército á invernar á Cartagena, que era como la capital y la corte de lo que los Cartagineses poseían en la España. Aquí encontró los embajadores romanos, y admitiéndolos á audiencia, escuchó su comisión. Estos le protestaron que no tocase á Sagunto, pues estaba bajo su amparo, ni pasase el Ebro, según el tratado concluído con Asdrúbal. Anníbal, joven entonces, lleno de ardor militar, afortunado en sus designios y estimulado de un inveterado odio contra los Romanos, como si hubiese tomado por su cuenta la protección de Sagunto, se quejó á los embajadores: de que originada poco antes una sedición en Sagunto, los vecinos habían tomado por árbitros de la disputa á los Romanos, y éstos habían quitado la vida injustamente á algunos de los principales; que esta perfidia no la podía dejar él sin castigo, pues los Cartagineses tenían por costumbre, recibida de sus mayores, no permitir se hiciesen injurias. Pero al mismo tiempo envió á Cartago para saber cómo se portaría con los Saguntinos que, validos de la alianza de los Romanos, maltrataban algunos pueblos de su dominio. En una palabra, Anníbal obraba con imprudencia y cólera precipitada. Por eso en vez de verdaderos motivos echaba mano de frívolos pretextos, costumbre ordinaria de los que, prevenidos de la pasión, desprecian lo honesto. ¿Cuánto

mejor le hubiera estado decir que los Romanos le restituyesen la Cerdeña, y juntamente el tributo que validos de la ocasión les habían exigido sin justicia, ó de lo contrario declararles la guerra? Pero Aníbal, por haber callado en esta ocasión el verdadero motivo y haber supuesto la injuria de los Saguntinos, que no había, dió á entender que comenzaba la guerra, no sólo sin fundamento, pero aun contra todo derecho.

Los embajadores romanos, asegurados de que la guerra sería indefectible, se embarcaron para Cartago con el designio de hacer á los Cartagineses las mismas protestas. No se persuadían á que el teatro de la guerra fuese en la Italia, sino en la España, en cuyo caso les serviría Sagunto de plaza de armas. Por eso el Senado romano, que adaptaba sus deliberaciones á este intento, previendo que la guerra sería importante, dilatada y distante de la patria, tomó la providencia de asegurar los negocios de la Iliria.

Sucedió por este tiempo (220 años antes de J. C.) que Demetrio de Faros, olvidado de los beneficios anteriormente recibidos de los Romanos, y despreciándolos por el terror que antiguamente los Galos y al presente los Cartagineses les habían infundido; puesta toda su confianza en la Casa Real de Macedonia por haber socorrido y acompañado á Antígono en la guerra Cleoménica, talaba y arruinaba en la Iliria las ciudades de la dominación romana, navegaba con cincuenta bergantines del otro lado del Liso contra el tenor del tratado, y saqueaba muchas de las islas Ciclades. A vista de esto, los Romanos, considerando el florociente estado de la Casa Real de Macedonia, procuraron poner á cubierto las provincias situadas al Oriente de Italia. Estaban persuadidos á que después de corregida la locura de los Ilirios y reprendida y

castigada la ingratitud é insolencia de Demetrio, tendrían aún tiempo de prevenir los intentos de Anníbal. Pero les salieron fallos sus designios. Pues Anníbal les ganó por la mano y les quitó la ciudad de Sagunto. Esto fué causa de que la guerra se hiciese, no en la España, sino á las puertas de Roma y en toda Italia. No obstante, los Romanos, siguiendo su primer proyecto, enviaron á la Iliria con ejército á L. Emilio por la primavera del año primero de la olimpiada ciento cuarenta. Anníbal partió de Cartagena con sus tropas y dirigió su camino hacia Sagunto.

Esta ciudad está situada á la falda de una montaña que, uniendo los extremos de la Iberia y de la Celtiberia, se extiende hasta el mar. Dista de éste como siete estadios. Su territorio produce todo género de frutos, los más sazonados de la España. Anníbal, acampado delante de Sagunto, estrechaba con vigor el cerco (220 años antes de J. C.). Preveía que de la toma de esta plaza por fuerza le provendrían muchas ventajas para adelante. Ante todas cosas se presumía que quitaría á los Romanos la esperanza de hacer la guerra en España; después estaba persuadido á que el terror que esparciría este ejemplo haría más dóciles á los que ya eran sus súbditos, y más circunspectos á los que estaban aún independientes, y, sobre todo, que no dejando enemigos á la espalda proseguiría su marcha sin peligro. Fuera de esto, creía que abundaría de dinero para la empresa, que el botín que cada uno conseguiría daría ánimo á sus soldados para seguirle, y que la remisión de despojos á Cartago le atraería el afecto de sus conciudadanos. Estas reflexiones le estimulaban á insistir en el sitio con esfuerzo. Unas veces, dando ejemplo al soldado, trabajaba él mismo en la construcción de las obras; otras, exhortando á la tropa, se exponía, arrojado, á



los peligros, sin rehusar fatiga ni cuidado. En fin, á los ocho meses tomó la ciudad á viva fuerza. Señor de muchos dineros, prisioneros y muebles, el dinero lo aplicó á sus designios particulares, como se había propuesto; los prisioneros los distribuyó entre los soldados, á cada uno según su mérito, y los muebles todos los remitió al instante á Cartago. En nada desmintió la acción á su idea; todo le salió como había imaginado. La tropa vino á ser más intrépida para el peligro, los de Cartago más propensos á sus mandatos, y él, bien provisto de pertrechos, emprendió muchas acciones ventajosas.

#### CAPÍTULO V.

Expedición de L. Emilio á la Iliria, toma de muchas plazas por éste y victoria sobre Demetrio.—Embajada que Roma envía á Cartago.—Manifiesto en que esta República justifica su derecho.

Por este tiempo Demetrio, sabida la intención de los Romanos, metió en Dimalo una guarnición competente con todas las municiones necesarias. En las restantes ciudades hizo quitar la vida á los del bando opuesto, y entregó los gobiernos á sus amigos. El escogió entre sus vasallos seis mil hombres los más esforzados, y se metió con ellos en Faros (220 años antes de J. C.). Entretanto el Cónsul romano llegó á la Iliria con las legiones, y advirtiendo que los enemigos vivían confiados en la fortaleza y provisiones de Dimalo y en que en su concepto era inconquistable, resolvió abrir la campaña por esta plaza con el fin de aterrar á los contrarios. Para esto exhortó en particular á los tribunos, y después de haber avanzado las obras por muchas partes, emprendió el sitio con tal es-

fuerzo que á los siete días tomó la ciudad. Este repentino accidente abatió tanto el espíritu de los enemigos, que al instante vinieron de todas las ciudades á rendir y ofrecer la obediencia á los Romanos. El Cónsul recibió á cada uno bajo los pactos competentes, é hizo vela hacia Faros contra Demetrio mismo. Pero informado de que la ciudad estaba bien fortificada, que encerraba gran número de tropas escogidas y que estaba provista de víveres y demás pertrechos, temía no viniese á ser el sitio difícil y duradero. Para precaver estos inconvenientes se valió de esta estratagemá á su llegada. Arribó á la isla durante la noche con todo el ejército, echó en tierra la mayor parte en unos lugares montuosos y cóncavos, y venido el día se hizo á la vela con veinte navíos, á vista de todos, para el puerto inmediato á la ciudad. Demetrio, que advirtió los navíos, despreciando su corto número, salió de la ciudad al puerto para impedir el desembarco.

Luego que vinieron á las manos, se enardeció la batalla. Acudían de la plaza continuos refuerzos, hasta que por fin salieron todos. Los Romanos que habían desembarcado por la noche, caminando por lugares ocultos, llegaron á este tiempo, y ocupando una eminencia fortificada que hay entre esta ciudad y el puerto, cortaron la retirada á los que salían de la plaza al socorro. Visto esto por Demetrio, desistió de impedir el desembarco, y después de unidas y exhortadas sus tropas, resolvió combatir en batalla ordenada contra los que ocupaban la colina. Los Romanos, que advirtieron que los Ilirios les atacaban con esfuerzo y en buen orden, dieron también sobre ellos con un valor espantoso. Al mismo tiempo los que habían saltado de los navíos invadieron por la espalda á los Ilirios, y acosados por todas partes, se vieron en un desorden

y confusión extrema. En fin, molestados por el frente y por la espalda, tuvieron que tomar la huida. Algunos se refugiaron á la ciudad, pero la mayor parte se disipó en la isla por caminos extraviados. Demetrio se embarcó en unos bergantines que tenía al ancla en ciertas calas desiertas para un accidente, y haciéndose á la vela durante la noche, aportó felizmente á la corte del rey Filipo, donde pasó el resto de su vida. Era un príncipe dotado de valor y espíritu, pero inconsiderado y del todo indiscreto. Su fin fué semejante al método de vida. Pues habiendo emprendido tomar la ciudad de Messenia con parecer de Filipo, su arrojo y temeridad en el acto mismo de la acción le quitó la vida. Pero de esto hablaremos por menor cuando llegue el caso. Emilio al instante tomó á Faros por asalto y la echó por tierra; después, apoderado del resto de la Iiria y ordenadas las cosas á medida de su gusto, volvió á Roma al fin del estío, donde celebró su entrada con triunfo y toda magnificencia; premio debido, no sólo á la destreza, sino aun más al valor con que se había conducido en los negocios.

Luego que llegó á Roma la noticia de la toma de Sagunto, no se puso en deliberación si se había de emprender la guerra. Algunos escritores lo dicen, y aun refieren las opiniones que hubo de una y otra parte, pero incurren en el absurdo más clásico. ¿Cómo es posible que los Romanos, que en el año anterior habían declarado la guerra á los Cartagineses en caso que invadiesen las tierras de Sagunto, tomada ahora por fuerza la ciudad, se juntasen estos mismos á consultar si se había de emprender ó no la guerra? ¿Cómo no se ha de extrañar que, al insinuar la consternación de los Senadores, añadan estos escritores que los padres llevaron á los hijos de doce años al Senado, y que habiéndoles dado parte de la consulta, ni aun á

sus parientes revelaron el secreto? Esto es inverosímil y absolutamente falso. A no ser que se quiera decir que la fortuna, á más de otras prerrogativas, ha dispensado á los Romanos el don de la prudencia desde el vientre de su madre. Semejantes escritos, como los de Chæreas y Sosilo, no merecen más refutación. Estos, en mi concepto, no tienen traza ni disposición de historia, sino de cuentos forjados en la tienda de un barbero y propalados por el vulgo.

Apenas supieron los Romanos el atentado contra Sagunto, nombraron embajadores y los enviaron á Cartago sin tardanza, con orden de proponer dos partidos á los Cartagineses: uno que no podían aceptar sin deshonor y perjuicio, y otro que era principio de una costosa y desastrosa guerra. Solicitaban, ó que se les entregase á Anníbal y sus consejeros, ó intimarles la guerra. Llegados que fueron á Cartago los embajadores y admitidos en el Senado, expusieron sus instrucciones. Los Cartagineses oyeron con indignación el objeto de su propuesta; no obstante, dieron comisión al más capaz de ellos para exponer el derecho de la República.

Este pasaba en silencio el tratado ajustado con Asdrúbal, como si no hubiese sido hecho; y caso de serlo, como que en nada les perjudicaba, por haberse concluido sin el parecer del Senado. Para prueba de esto, traía el ejemplo de los mismos Romanos cuando Lucacio firmó la paz en la guerra de Sicilia, que no obstante estar ya ésta aprobada por el Cónsul, la dió después por nula el pueblo romano, por haberse hecho sin su consentimiento. Toda su defensa se redujo á insistir y apoyarse en los últimos tratados que se habían ajustado en la guerra de Sicilia, en los que decía no había nada dispuesto sobre la España; sólo sí se había prevenido expresamente que habría seguridad

entre los aliados de uno y otro pueblo; pero negaba que en aquel tiempo fuesen aliados de los Romanos los Saguntinos, y para prueba de esto leía á cada paso los tratados.

Los Romanos rehusaban absolutamente disputar sobre el derecho. Decían que esta discusión tendría lugar en el caso de que Sagunto subsistiese en su primitivo estado, y entonces sería factible que las palabras solas terminasen la controversia; pero una vez arruinada esta ciudad contra la fe de los tratados, ó se les había de entregar á los autores de la infracción, hecho por donde harían ver al mundo que no habían tenido parte en semejante atentado y que se había cometido sin su consentimiento, ó no queriendo hacerlo, confesar que habían coadyuvado..., y entonces á qué efecto tan vagos y generales discursos.

Nos ha parecido preciso no pasar en silencio este pasaje, para que aquellos á quienes toca é interesa saber á fondo estas materias no ignoren la verdad en las deliberaciones más urgentes; ni los políticos, seducidos de la ignorancia y parcialidad de los escritores, yerren en adquirir una noticia exacta de los tratados que ha habido entre Romanos y Cartagineses desde el principio hasta nuestros días.

## CAPÍTULO VI.

Tratados de paz ajustados entre Romanos y Cartagineses antes de la segunda guerra Púnica.

Los primeros tratados que se hicieron entre Romanos y Cartagineses fueron en tiempo de L. Junio Bruto y Marco Horacio, los dos primeros cónsules que se nombraron despues de abolidos los reyes, y por quie-

nes fué consagrado el templo de Júpiter Capitolino, veintiocho años antes del tránsito de Jerjes á la Grecia. Expresamos aquí sus palabras, interpretándolas con la exactitud posible. Pues es tal la diversidad que se encuentra, aun entre los Romanos, de la lengua de hoy á la de aquellos tiempos (509 años antes de J. C.), que apenas los más inteligentes podrán explicar con trabajo algunos lugares. El tratado está comprendido en estos términos: *Habrá alianza entre Romanos y Cartagineses y sus aliados respectivos con estas condiciones: no navegarán los Romanos ni sus aliados de parte allá del Bello Promontorio, á no ser que los compela alguna tempestad ó fuerza enemiga, y en caso de ser alguno arrojado por fuerza, no le será lícito comprar ni tomar más que lo preciso para reparo de su buque ó culto de sus Dioses, y partirá dentro de cinco días. Los que vengan á comerciar no pagarán derecho alguno más que el del pregonero y el del escribano. Todo lo que sea vendido en presencia de éstos, la fe pública servirá de garante al vendedor, bien la venta sea en Africa ó bien en Cerdeña. Si algún Romano aportase á aquella parte de Sicilia en que mandan los Cartagineses, guárdesele en un todo igual derecho. Los Cartagineses no ofenderán á los Ardeatos, Antiatos, Laurentinos, Circeienses, Tarracinenses ni otro algún pueblo de los Latinos que obedezca á los Romanos. Se abstendrán de hacer agravio á las ciudades aliadas, aunque no estén bajo la dominación romana. Si tomasen alguna, la restituirán íntegra á los Romanos. No construirán fortaleza en el país de los Latinos, y si entran en esta provincia como enemigos, no pasarán la noche en ella.*

Llámase *Bello Promontorio* el que está al frente de la misma Cartago hacia el Septentrión, pasado el cual prohíben absolutamente los Cartagineses que los Romanos naveguen con navíos largos hacia el Mediodía. La causa de esto, á mi entender, es para que no les

exploren las campiñas inmediatas á Bizacio y á la pequeña Sirtes, que por la fertilidad del terreno llaman ellos *Emporios*. Conceden, no obstante, lo necesario al que, arrojado por la tempestad ó violencia enemiga, necesite alguna cosa para los sacrificios y reparo de su buque; pero previenen no tome nada por fuerza y salga al quinto día de haber dado fondo. Permiten á los Romanos comerciar en Cartago, en todo el país de Africa de parte acá del Bello Promontorio, en Cerdeña y en aquella parte de Sicilia sujeta á Cartago, y prometen bajo fe pública que les guardarán justicia. Bien se deja ver por este tratado que los Cartagineses hablan de la Cerdeña y del Africa como propias; pero de la Sicilia, al contrario, hacen distinción expresa, comprendiendo el tratado aquella sola parte que obedece á Cartago. Del mismo modo los Romanos expresan el Lacio en la convención; pero no mencionan lo restante de Italia, por no estar bajo su dominio.

A este se siguió otro tratado, en el que los Cartagineses incluyeron á los Tirios y Uticenses, y se añadió al Bello Promontorio Mastia y Tarseio, pasadas las cuales, se prohibió que los Romanos pirateasen ni edificasen ciudad (352 años antes de J. C.). Su tenor es el siguiente: *Habrà alianza entre Romanos y sus aliados, y los Cartagineses, Tirios, Uticenses y aliados de éstos con estas condiciones: no andarán á corso, ni comerciarán ni edificarán ciudad los Romanos de parte allá del Bello Promontorio, Mastia y Tarseio. Si los Cartagineses tomasen alguna ciudad en el Lacio que no esté sujeta á los Romanos, retendrán para sí el dinero y los prisioneros, pero restituirán la ciudad. Si los Cartagineses apresasen alguno con quien estén en paz los Romanos por algún tratado escrito, aunque no sea su súbdito, no le llevarán á los puertos de los Romanos; y en caso de ser llevado, si le coge algún Romano, quedará libre. A lo mismo estarán atendidos los Romanos. Si éstos tomasen agua ó vive-*

*res de alguna provincia de la dominación de Cartago, con el pretexto de los víveres no ofenderán á nadie con quien tengan paz y alianza los Cartagineses... A ninguno será lícito hacerse justicia por su mano, y si la hiciere, será esto reputado por crimen público. Ningún Romano comerciará ni construirá ciudad en Cerdeña y Africa, ni aportará allí sino para tomar víveres y reparar su buque. Si la tempestad le arrojase, saldrá dentro de cinco días. En aquella parte de Sicilia en que mandan los Cartagineses y en Cartago obrará y venderá un Romano con la misma libertad que un ciudadano. El mismo derecho tendrá un Cartaginés en Roma.*

Segunda vez insisten los Cartagineses en este tratado en hablar del Africa y de la Cerdeña como propias, y prohibir á los Romanos todo arribo. Al contrario de la Sicilia, especifican aquella sola parte que está bajo su dominio. Del mismo modo los Romanos, por lo respectivo al Lacio, estipulan no se haga daño á los Ardeatos, Antiatos, Circeios y Tarracinos. Estas son las ciudades marítimas que están sobre la costa del Lacio, y que quieren estén comprendidas en el tratado.

Ultimamente, antes que los Cartagineses comencasen la guerra de Sicilia (281 años antes de J. C.), ajustaron los Romanos otro tratado hacia el tránsito de Pirro en Italia. En él se observan los mismos pactos que en los precedentes, con la diferencia de añadirse lo siguiente: *Si los Romanos ó Cartagineses quieren hacer alianza por escrito con Pirro, la harán unos y otros con la condición de que se podrá auxiliar mutuamente á los que sean atacados. En el caso de que cualquiera de los dos pueblos necesite de socorro, los Cartagineses pondrán los navíos, tanto para el viaje como para el combate; pero cada uno pagará el sueldo á sus tropas. Los Cartagineses socorrerán á los Romanos aun en el mar, si fuese necesario. Pero ninguno será forzado á echar fuera la tripulación contra su voluntad.*



Los tratados estaban confirmados con estos juramentos. En el primero los Cartagineses juraron por los Dioses patrios; y los Romanos por una piedra, según una antigua costumbre, y á más por Marte Quirino y Grandivo. El juramento por una *piedra* era de este modo: el que firmaba el tratado con este juramento, después de haber jurado sobre la fe pública, tomaba una piedra en la mano y decía estas palabras: «Si juro verdad, que me suceda bien, y si pensase ú obrase de otro modo, que salvos todos los demás en sus patrias, en sus leyes, en sus bienes, templos y sepulcros, yo solo sea exterminado, como ahora lo es esta piedra;» y diciendo esto arrojaba la piedra de la mano.

Estos tratados subsisten y se conservan en láminas de bronce hasta hoy en el templo de Júpiter Capitolino, en el archivo de los Ediles. A vista de esto cualquiera extrañará con razón en el historiador Filino, no el que ignore estos monumentos; esto no es maravilla, cuando aun en nuestros días no los sabían los Romanos y Cartagineses más ancianos, ni los que se preciaban haber hecho su principal estudio en el derecho público; sino el que se atreva sin autoridad ni razón á escribir lo contrario, á saber, que había un tratado entre Romanos y Cartagineses, por el que aquéllos se obligaban á abstenerse de toda la Sicilia, y éstos de toda la Italia, y que los Romanos habían violado el pacto y el juramento en el acto mismo que pasaron la primera vez á la Sicilia; cuando semejante instrumento jamás ha existido, ni se halla de él memoria alguna. Estas son sus palabras terminantes en el segundo libro, cuya relación circunstanciada remitimos para este lugar cuando hicimos de ellas mención en el aparato de nuestra obra, para desengaño de muchos que creen en los escritos de Filino. Cierta-

mente, si en el tránsito de los Romanos á la Sicilia se hace alto en que al cabo recibieron á los Mamertinos en su gracia, y los socorrieron después á sus instancias, en medio de haber faltado á la fe á los de Messina y Regio; con razón se vituperará el hecho. Pero creer que pasaron á la Sicilia contra algún juramento ó tratado, es una crasa ignorancia.

Concluída la guerra de Sicilia (242 años antes de J. C.), se ajustó otro tratado cuyas principales condiciones son estas: *Evacuarán los Cartagineses la Sicilia y todas las islas situadas entre ésta y la Italia: habrá seguridad entre los aliados de uno y otro pueblo: no dispondrá el uno en la dominación del otro, ni reedificará públicamente, ni reclutará tropas, ni contraerá alianza con los aliados del otro pueblo: los Cartagineses pagarán dos mil y doscientos talentos en diez años, los mil de contado: los Cartagineses restituirán á los Romanos sin rescate todos sus prisioneros.* Terminada después la guerra de Africa (239 años antes de J. C.), los Romanos hicieron un decreto para declarar la guerra á los Cartagineses, y añadieron estos pactos al tratado: *Los Cartagineses saldrán de la Cerdeña, y añadirán otros mil y doscientos talentos á la suma que hemos apuntado.* A más de éstos se concluyó el último tratado con Asdrúbal en la España, por el que se convino *que los Cartagineses no pasarían con las armas el río Ebro* (229 años antes de J. C.).

Estas son las convenciones que hubo entre Romanos y Cartagineses desde el principio hasta el tiempo de Anníbal: por donde se ve que así como no se halla que los Romanos violasen juramento alguno para pasar á la Sicilia; igualmente no se encontrará causa ni pretexto razonable para la segunda guerra, por la que se apropiaron la Cerdeña. Al contrario, es incontestable que las circunstancias precisaron á los Cartagineses á evacuar la Cerdeña contra todo derecho, y

á pagar la suma de dinero que hemos dicho. Porque el agravio que los Romanos suponen, de que durante la guerra de Africa fueron maltratados sus comerciantes, quedó remitido cuando entregados de todos los prisioneros que los Cartagineses habían conducido á sus puertos, restituyeron ellos en reconocimiento y sin rescate los que tenían, como hemos demostrado por menor en el libro antecedente. Siendo esto así, sólo nos resta examinar é inquirir á cuál de los dos pueblos se ha de atribuir la causa de la guerra de Anníbal.

## CAPÍTULO VII.

Manifiesto en que exponen los Romanos su derecho. — A cuál de las dos repúblicas se debe atribuir la causa de la segunda guerra Púnica. — Utilidades de la historia y ventajas en que excede la universal á la particular.

Ya hemos visto lo que los Cartagineses alegan por su parte. Ahora diremos las razones que exponen los Romanos, de que entonces, ciegos con la cólera de haber perdido á Sagunto, no hicieron uso, y al presente andan en boca de todos. Ante todas cosas, que no se debía reputar por inválido el tratado concluído con Asdrúbal, como se atrevían á proferir los Cartagineses. Porque en éste no se añadió, como en el de Luctacio, *la cláusula de que sería valedero si lo ratificaba el pueblo romano*; sino que Asdrúbal, con autoridad absoluta, firmó sus condiciones, en las que se contenía *que los Cartagineses no pasarían con las armas el río Ebro*. A más de que en el tratado que se hizo sobre la Sicilia estaba contenido, como ellos confiesan, *que habría mutua seguridad entre los aliados de uno y otro pueblo*; esto

es, no sólo entre los que á la sazón había, como interpretan los Cartagineses, pues entonces se hubiera añadido: *ó que no se recibirían otros aliados más que los que ya había, ó que el tratado no comprendería á los que después se recibiesen.* Pero no habiéndose especificado ninguno de estos extremos, es evidente que la seguridad debe ser comprensiva á todos los aliados de uno y otro pueblo, tanto los que entonces había, como los que se recibiesen en adelante. Esto la razón misma lo está dictando; pues ciertamente no hubieran ajustado un tratado que les quitaba la libertad de admitir, según las circunstancias, los amigos ó aliados que les pareciesen ventajosos, y les obligaba á pasar por las ofensas que otros hiciesen á los que habían tomado bajo su amparo. La mente principal de unos y otros en este tratado fué abstenerse mutuamente de ofender á los aliados que ya entonces tenía cada uno, y de ninguna manera el uno contraer alianza con los aliados del otro; pero respecto de los que después se podrían recibir, *que no se reclutasen tropas, que no dispusiese el uno en la dominación y aliados del otro, y que se guardaría seguridad entre todos los aliados por ambas partes.*

Siendo esto así, es tambien notorio que los Saguntinos, muchos años antes del tiempo de Anníbal, se habían puesto bajo la protección de los Romanos. La mayor prueba de esto, y que también confiesan los mismos Cartagineses, es que, amotinados entre sí los Saguntinos, no se comprometieron en los Cartagineses, aunque vecinos y señores ya de la España, sino en los Romanos, por cuya mediación lograron el restablecimiento de su gobierno. Convengamos, pues, en que si se sienta por causa de la segunda guerra Púnica la ruina de Sagunto, se deberá conceder que los Cartagineses emprendieron la guerra injusta-

mente: bien se mire al tratado de Luctacio, por el que se previene que habrá seguridad en los aliados de uno y otro pueblo, bien al de Asdrúbal, por el que se prohíbe á los Cartagineses adelantar sus conquistas del otro lado del Ebro. Pero si se atiende á la pérdida de la Cerdeña y al nuevo tributo que con ella se les impuso, se confesará precisamente que los Cartagineses, en haberse valido de la ocasión para satisfacerse de los que les habían ofendido en situación tan urgente, movieron la guerra de Anníbal con justicia.

Acaso me dirá alguno de los que lean sin reflexión este pasaje, que he individualizado sin necesidad esta materia más de lo que convenía. Yo confesaré sin reparo que si alguno se presume ser por sí solo bastante contra cualquier accidente, el conocimiento de las cosas pasadas le será curioso, pero no necesario. Mas como ningún mortal se atreverá á decir otro tanto, ni de sí propio, ni del estado, pues aunque por el presente viva feliz, si tiene entendimiento, no asegurará con prudencia la misma dicha para adelante; por eso me confirmo en que le es no sólo útil, sino aun necesario, el saber las cosas que nos han precedido. Sin este conocimiento, ¿cómo se hallarán socios ó aliados que nos venguen de nuestras particulares injurias, ó de las de la patria? ¿Cómo, para promover ó emprender de nuevo algún proyecto, se incitará á otros á que coadyuven nuestros designios? ¿Cómo, finalmente, contento con los sucesos contemporáneos, se ganarán amigos que corroboren nuestro dictamen y conserven el estado presente, si no se sabe recordar á cada uno lo pasado? Generalmente los hombres se acomodan á lo presente, y en dichos hechos se parecen á los monos; de suerte que es difícil á veces calar sus intenciones y descubrir á fondo la verdad. Pero las acciones de los pasados, como las ha

calificado el mismo éxito, nos descubren sin rebozo la intención y pensamiento de sus autores, y nos enseñan de quiénes debemos esperar favor, beneficio ó socorro, y de quiénes lo contrario. Por ellas se conoce á cada paso quién se apiadará de nuestros infortunios, quién tomará parte en nuestra indignación, y quién nos vengará del agravio; cosa que acarrea infinitas ventajas, ya en común, ya en particular, para el trato civil de las gentes. Por lo cual los que escriben ó leen historias; no tanto deben cuidar de la narración de los hechos mismos, cuanto de los antecedentes, coincidentes y consecuencias. A la historia, si se la quita el por qué, cómo, con qué fin se hizo tal acción, y si correspondió el éxito, lo que queda no es más que un mero ejercicio de palabras que no produce instrucción. Y aunque por el pronto divierte, es de ninguna utilidad para adelante.

En este supuesto, los que se figuren que nuestra obra será difícil de comprar y de leer por el número y magnitud de sus libros, tengan entendido que no saben cuánto más fácil es comprar y leer cuarenta libros coordinados bajo una cuerda, que nos den una justa idea de lo acaecido en Italia, Sicilia y África desde el tiempo en que Timeo concluye la historia de Pirro hasta la toma de Cartago, y al mismo tiempo lo que ha pasado en las otras partes del mundo, desde la huida de Cleomedes, rey de Esparta, hasta la batalla dada entre Aqueos y Romanos junto al istmo del Peloponeso, que leer ó comprar las obras que se han escrito sobre cada uno de estos hechos. Porque á más de que estos escritos superan infinito á mis comentarios, es imposible que los lectores saquen de ellos cosa fija. En primer lugar, porque los más no concuerdan sobre las circunstancias de un mismo asunto; después, porque omiten los hechos contemporá-

neos, de cuya recíproca comparación y confrontación se forma juicio muy diverso del que se concibió viéndolos separados; y últimamente, porque son del todo incapaces de tocar las cosas más importantes. El principal constitutivo de la historia, según hemos dicho, es lo que se siguió á los hechos, lo que sucedió al mismo tiempo, y más aún lo que dió motivo. Así es que vemos que la guerra de Filipo dió ocasión á la de Antíoco, la de Anníbal á la de Filipo, la de Sicilia á la de Anníbal, y que en el espacio intermedio hubo muchos y diversos acaecimientos, que todos conspiraron á un mismo fin. Todo esto se puede comprender y saber por una historia universal; pero por las que tratan separadamente de cada una de estas guerras, como la de Perseo ó la de Filipo, es imposible. A no ser que alguno se presuma que leídas en estos autores las simples descripciones de las batallas, se halla ya enterado á fondo de la economía y disposición de toda la guerra, error á la verdad bien manifiesto. Soy, pues, de sentir que cuanta ventaja hay del saber al simple oír, otro tanto superará mi historia á las relaciones particulares.)

### CAPÍTULO VIII.

Declaración de la guerra.—Sabias providencias que toma Anníbal para poner á cubierto el África y la España.—Marcha desde Cartagena hasta los Pirineos, y conquista de muchos pueblos de parte allá del Ebro.

Los Embajadores romanos (aquí nos separamos del hilo de la narración), enterados de lo que los Cartagineses exponían, no hablaron más palabra que decir el más anciano, descubriendo su seno á los senadores:

«Aquí os traemos la guerra y la paz; elegid la que queréis que saque.» El Presidente de los Cartagineses respondió: «Sacad la que os parezca.» A lo que dijo el Romano, que sacaba la guerra, y los más de los senadores respondieron á voces que la aceptaban. Con esto se separaron los Embajadores y la asamblea.

Annibal, que á la sazón se hallaba en cuarteles de invierno en Cartagena, licenció ante todas cosas los Españoles para sus casas, con la mira de tenerlos prontos y dispuestos para adelante. Después instruyó á su hermano Asdrúbal de la conducta que había de observar en el gobierno y mando con los Españoles, y de las prevenciones que debía tomar contra los Romanos, caso que él se ausentase. Últimamente, tomó providencias para poner á cubierto el África. Para esto se valió de una sagaz y prudente política. Hizo pasar las tropas de África á España, y las de España á África, ligando con este vínculo la fidelidad entre ambos pueblos. Los que pasaron de España á África fueron los Thersitas, los Mastianos, los de la montañas y los Olcades. El total de estas gentes ascendía á mil doscientos jinetes, y trece mil ochocientos cincuenta infantes. Pasaron también los Baleares, llamados propiamente *honderos*. Se les llamó así, como también la isla, por el uso de la honda. Acuarteló la mayor parte de estas tropas en Metagonia de África, y á los demás en la misma Cartago. Sacó de los pueblos de los Metagonitas otros cuatro mil infantes, y los envió á Cartago para que sirviesen á un tiempo de rehenes y de tropas auxiliares. Dejó á su hermano Asdrúbal en España cincuenta navíos de cinco órdenes, dos de á cuatro, y cinco de á tres. Treinta y dos de los primeros y los cinco últimos estaban bien tripulados. Dejóle también cuatrocientos cincuenta jinetes Libifénices y Africanos, trescientos Lorgitas,



y mil ochocientos Númeridas, Massilios, Masselios, Macios y Mauritianos de los que habitaban la costa del Océano; con una infantería de once mil ochocientos cincuenta Africanos, trescientos Ligures, quinientos Baleares y veintiún elefantes. Nadie debe extrañar que describamos las operaciones de Anníbal en la España con la exactitud que apenas podrá otro que haya manejado privativamente esta materia; ni imputarme que me asemeje á aquellos escritores que palean sus embustes para que merezcan crédito. Pues habiéndome encontrado en Lacinio una plancha de bronce escrita por Anníbal cuando estaba en Italia, resolví darla una entera fe en el asunto, y preferí atenerme á esta memoria.

Anníbal, después de tomadas todas las providencias para la seguridad del África y de la España, no aguardaba ni esperaba ya más que los correos que le habían de enviar los Galos. Estaba ya exactamente informado de la fertilidad del país que yace al pie de los Alpes y á los contornos del Po, del número de habitantes de aquella comarca, del espíritu belicoso de sus moradores, y lo principal, del odio que conservaban aún contra los Romanos por las guerras anteriores, de que ya hemos hablado en el libro anterior para que el lector comprendiese lo que habíamos de decir en la consecuencia. Satisfecho de esta esperanza, todo se lo prometía de la exacta correspondencia que mantenía con los Príncipes galos, tanto cisalpinos, como inalpinos. Creía que el único modo de hacer la guerra á los Romanos dentro de Italia, era si superadas primero las dificultades del camino pudiese llegar á los mencionados países, y hacer que los Galos cooperasen y tomasen parte en su premeditado designio. En fin, llegaron los correos, le informaron de la voluntad y expectación de los Galos, y le ex-

pusieron los grandes trabajos y dificultades que había que vencer en las cumbres de los Alpes, pero que no eran insuperables. Con esto, venida la primavera, sacó sus tropas de los cuarteles de invierno. Ensoberbecido con las nuevas que le acababan de llegar de Cartago, y seguro del afecto de sus ciudadanos, comenzó ya á animar las tropas á las claras contra los Romanos. Les representó cómo éstos habían osado pedir que se les entregase su persona y todos los jefes del ejército. Les puso á la vista la fertilidad del país donde habían de ir, la benevolencia de los Galos y la alianza con ellos contraída. Habiendo manifestado las tropas un pronto deseo de seguirle, alabó su buena voluntad, señaló día para la marcha, y despidió la junta.

Evacuados estos asuntos durante el invierno, y puesto el conveniente resguardo en las cosas de África y España, sacó su ejército al día señalado, compuesto de noventa mil infantes y cerca de doce mil caballos. Pasado que hubo el Ebro, sojuzgó los Ilergetas, Bargasios, Airenosios y Andosinos, pueblos que se extienden hasta los Pirineos. Después de haber sujetado todas estas gentes y haber tomado por fuerza algunas de sus ciudades pronta é inesperadamente, bien que después de frecuentes y reñidos combates y con pérdida de mucha gente, dejó á Annón el gobierno de todo el país de parte acá del Ebro y el mando de los Bargasios, de quienes principalmente se recelaba por la amistad que tenían con los Romanos. Separó de su ejército diez mil infantes y mil caballos para Annón, y le dejó el equipaje de los que habían de seguirle. Despidió otros tantos á sus casas, con la mira, ya de dejar á éstos afectos á su persona y dar á los demás esperanzas de tornar á su patria, ya de que todos, tanto los que iban bajo sus banderas

como los que quedaban en la España, tomasen las armas con gusto, si llegaba el caso de necesitar de su socorro. Con esto, desembarazado del bagaje el restante ejército, compuesto de cincuenta mil infantes y nueve mil caballos, tomó el camino por los montes Pirineos para pasar el Ródano; armada á la verdad no tan numerosa como fuerte y aguerrida! con las continuas campañas que había hecho en la España.

## CAPÍTULO IX.

Digresión que hace Polibio para informar á los lectores en la geografía.—División del universo, y nociones más comunes de esta materia.

Para que la ignorancia de los lugares no haga obscura la narración á cada paso, será preciso que digamos de dónde partió Annibal, cuáles y cuántos países transitó y á qué parte de Italia fué su llegada. Expondremos no simplemente las nomenclaturas de los lugares, ríos y ciudades, como hacen algunos escritores, creyendo ser esto suficiente para la individual inteligencia y discernimiento. Confieso que si se trata de lugares conocidos, contribuye infinito para renovar la especie de dominación de los hombres; pero en los absolutamente desconocidos, la mera relación de los nombres tiene igual fuerza á aquellas dicciones imperceptibles que vagamente pulsan nuestros oídos. Pues como el entendimiento no tiene sobre qué apoyarse, ni puede referir á idea alguna conocida lo que le dicen, no le viene á quedar mas que una noción vaga y confusa. En este supuesto, indicaremos un método que facilite al lector acomodar á princi-

pios ciertos y conocidos lo que se le diga sobre especies desconocidas. La primera, más principal y más común noción á todos los hombres es por la que cualquiera, aunque de cortos alcances, conoce la división y orden del universo en *Oriente*, *Occidente*, *Mediodía* y *Septentrión*. La segunda por la que acomodando los diferentes lugares de la tierra bajo cada una de las mencionadas partes, y refiriendo mentalmente lo que oye á una de ellas, reducimos los lugares desconocidos y que no hemos visto á ideas conocidas y familiares.

Sentados estos principios del mundo en general, siguese ahora, observando la misma división, instruir al lector de la tierra que conocemos. Esta se divide en tres partes, con sus tres distintas denominaciones. La una se llama el *Asia*, la otra el *África*, y la tercera la *Europa*. Terminan estas tres partes el Tanais, el Nilo y el estrecho de las columnas de Hércules. El *Asia* yace entre el Nilo y el Tanais; está situada respecto del universo bajo el espacio que media entre el Oriente del estío y el Mediodía. El *África* yace entre el Nilo y las columnas de Hércules; su situación está bajo el Mediodía del universo, y sucesivamente bajo el Ocaso del invierno hasta el Occidente equinoccial que cae á las columnas de Hércules. Estas dos regiones, consideradas en general, ocupan la costa meridional del mar Mediterráneo desde Levante hasta Occidente.

La *Europa* yace al frente de estas dos partes hacia el Septentrión, y se extiende sin intermisión desde Levante hasta Occidente. Su mayor y más considerable parte está situada bajo el Septentrión, entre el río Tanais y Narbona, que dista poco hacia el Ocaso de Marsella y de las bocas por donde el Ródano desagua en el mar de Cerdeña. Desde Narbona y sus

contornos habitan los Celtas hasta los montes Piri-neos, que se extienden sin intermisión desde el mar Mediterráneo hasta el Océano. La restante parte de la Europa, desde los mencionados montes hasta el Occidente y las columnas de Hércules, parte está rodeada por el mar Mediterráneo, parte por el Océano. La parte que está sobre el Mediterráneo hasta las columnas de Hércules se llama *Iberia*; la que baña el Océano, llamado el mar Grande, no tiene aún nombre común, por haberse descubierto recientemente. Toda ella está habitada por naciones bárbaras y en gran número, de las que hablaremos por menor en la consecuencia.

Como ninguno hasta nuestros días puede asegurar con certeza si la Etiopía, en donde el Asia y el África se unen, es continente por la parte que se extiende sin intermisión hacia el Mediodía, ó está rodeada del mar; del mismo modo no tenemos hasta ahora noticia del espacio que cae al Septentrión entre el Tanais y Narbona, á no ser que en adelante á fuerza de investigaciones sepamos alguna cosa. Lo cierto es que los que hablan ó escriben de otro modo de estas tierras se deben reputar por ignorantes y forjadores de fábulas. Hemos apuntado estas noticias para que la narración no venga á ser del todo incomprensible á los que ignoran la geografía; antes bien puedan, según estas generales divisiones, aplicar y referir mentalmente cualquier noticia, haciendo sus cómputos por la situación del universo. Porque así como en el mirar acostumbramos volver siempre el rostro hacia el lugar que nos señalan, del mismo modo en el leer debemos trasplantar y llevar la imaginación á los lugares que nos apunta el discurso. Pero dejándonos de estas digresiones, volvamos á tomar la serie de nuestra historia.

## CAPÍTULO X.

Número de estadios que hay desde Cartagena á Italia.—Roma envía á la España á P. Cornelio, y al África á Tiber. Sempronio.—Sublevación de los Boios.—Arribo de Scipión á las bocas del Ródano.

Los Cartagineses eran por este tiempo señores de todas las provincias de África que están sobre el Mediterráneo, desde los altares de Fileno que caen junto á la gran Sirtes hasta las columnas de Hércules, espacio de costa de más de diez y seis mil estadios de longitud. Habían sujetado igualmente, pasado el estrecho que está junto á las columnas de Hércules, toda la España hasta aquellas rocas donde confinan los Pirineos con el mar Mediterráneo y se separan los Españoles de los Galos. Distan estos montes del estrecho de las columnas de Hércules cerca de ocho mil estadios. Porque desde las columnas hasta Cartagena, de donde emprendió Anníbal su viaje para Italia, se cuentan tres mil. Desde Cartagena, ó la Nueva Cartago como otros llaman, hasta el Ebro hay dos mil seiscientos; desde el Ebro hasta Emporio mil seiscientos, y desde aquí hasta el paso del Ródano otros tantos. Al presente los Romanos tienen medido y señalado este camino con exactitud de ocho en ocho estadios. Desde el paso del Ródano, subiendo por el mismo río hacia su origen hasta principiarse el camino de los Alpes que va á Italia, se cuentan mil cuatrocientos estadios. Las restantes cumbres de los Alpes, las que era forzoso superar para llegar á las llanuras de Italia que baña el Po, se extienden alrededor de mil doscientos. De suerte que todo el camino que An-

níbal tenía que atravesar para venir desde Cartagena á Italia, ascendía á cerca de nueve mil estadios. De este espacio, si se mira á la longitud, tenía ya casi andado la mitad, pero si se atiende á las dificultades, le restaba aún la mayor parte.

Ya se disponía Anníbal á pasar los desfiladeros de los Pirineos, temeroso de que los Galos por la defensa natural de los lugares no le cerrasen el paso, cuando los Romanos supieron por los embajadores enviados á Cartago lo que se había resuelto y decretado. Llegada antes de lo que se esperaba la noticia de que Anníbal había pasado el Ebro con ejército, tomaron la resolución de enviar á la España á P. Cornelio, y al África á Tib. Sempronio (219 años antes de J. C.). Mientras que estos dos Cónsules alistaban sus legiones y hacían los demás preparativos, procuraron terminar el asunto que anteriormente tenían entre manos, de enviar colonias á la Galia Cisalpina. Pusieron toda diligencia en cercar con muros las ciudades, y dieron orden para que los que habían de habitarlas (en número de seis mil hombres para cada una) marchasen á su destino en el término de treinta días. Una de estas colonias fué fabricada de parte acá del Po, y se llamó *Placencia*; la otra de parte allá, y se la dió el nombre de *Cremona*.

Apenas se establecieron estas colonias, cuando los Galos llamados Boios, que de tiempos atrás maquinaban romper con los Romanos y por falta de ocasión no lo habían hecho, alentados y fiados en las nuevas de que venían los Cartagineses, se separaron de los Romanos, abandonándolos los rehenes que habían dado al fin de la última guerra, de que ya hicimos mención en el libro antecedente. Atrajeron á su partido á los Insubrios, que fácilmente conspiraron en la rebelión por el antiguo odio, y talaron los campos

que los Romanos habían adjudicado á cada colonia. Persiguieron á los fugitivos hasta Motina, colonia romana, y la pusieron sitio. Se hallaron cercados dentro de la plaza tres ilustres Romanos que habían sido enviados para la división de las tierras, uno de ellos C. Lutacio, varón consular, y dos pretores. Éstos pidieron se les admitiese á una conferencia, y se la concedieron los Boios; pero tuvieron la perfidia de echarles mano á la salida, persuadidos á que por éstos canjearían sus rehenes. Con esta noticia, L. Manlio, pretor y comandante de las tropas de aquel país, marchó prontamente á su socorro. Pero los Boios que supieron la venida, le armaron una emboscada en un monte, y apenas hubieron entrado en lo fragoso los Romanos, los atacaron por todas partes y mataron los más. Los restantes tomaron la huída al principio del combate; y aunque luego que ganaron las alturas se hicieron fuertes por algún tiempo, apenas pudo pasar esto por una honesta retirada. Los Boios siguieron el alcance, y los encerraron en un pueblo llamado Tanes. Luego que llegó á Roma la noticia de que los Boios tenían cercada la cuarta legión y la sitiaban con esfuerzo, se destacó sobre la marcha á su socorro la legión que antes se había entregado á Publio bajo las órdenes de un pretor, y se mandó á éste que levantase y alistase otras tropas entre los aliados.

Este era el estado de los Galos desde el principio de la guerra hasta la llegada de Anníbal; el éxito que después tuvieron fué tal como hemos dicho en los libros anteriores y acabamos de exponer al presente. A la entrada de la primavera, los Cónsules romanos, preparado todo lo necesario para la ejecución de sus designios, se hicieron á la vela para las expediciones que se habían propuesto. Scipión marchó á la España con sesenta navíos, y Sempronio al África con ciento



sesenta buques de cinco órdenes. Este pensó hacer la guerra con tanto asombro y acopió tantos pertrechos en Lilibea, donde juntó las guarniciones de todas las ciudades, como si al primer arribo hubiera de poner sitio á la misma Cartago. Scipión, costeano la Liguria, llegó al quinto día á las inmediaciones de Marsella, y dando fondo en la primera boca del Ródano, llamada de Marsella, echó sus gentes á tierra. Allí supo que ya Annibal había pasado los Pirineos, bien que le juzgaba aún muy distante por las dificultades del camino y multitud de Galos que había en el intermedio. Pero Annibal, ganados unos con el dinero y vencidos otros con la espada, llegó con su ejército al paso del Ródano cuando menos se esperaba, teniendo el mar de Cerdeña á la derecha. Scipión, sabida la llegada de los contrarios, ya porque le parecía increíble la celeridad de la marcha, ya porque quería enterarse á punto fijo, destaca trescientos hombres de á caballo, los más esforzados, dándoles por guías y auxiliares á los Galos que estaban á sueldo de los de Marsella. Él, mientras, reparó sus tropas de la fatiga de la navegación, y deliberó con los tribunos qué puestos se habían de ocupar y dónde se había de salir al encuentro al enemigo.

## CAPÍTULO XI.

Llegada de Annibal al tránsito del Ródano.—Preparativos que hace para pasarle, y oposición que encuentra en los bárbaros comarcanos.

Apenas se acercó Annibal á las inmediaciones del río, sentó el campo á cuatro jornadas de su embocadura, y emprendió pasarle por ser allí la madre de

una regular anchura. Después de haber ganado de todos modos la confianza de los pueblos inmediatos, les compró todas las canoas de una pieza y esquifes, de que tenían abundancia, por ser muy dados al comercio marítimo sus naturales. Tomóles también toda la madera propia para la construcción de buques de una pieza, con la que en dos días se fabricó un número exorbitante de pontones, procurando cada uno fundar en sí propio la esperanza de pasar el río sin necesidad del compañero. A este tiempo se juntó en el lado opuesto un gran número de bárbaros para impedir el tránsito á los Cartagineses. A vista de esto, Anníbal, infiriendo de las actuales circunstancias que ni le era posible pasar el río por fuerza, teniendo sobre sí tal número de enemigos, ni subsistir en aquel sitio, á menos de tener que recibir el ímpetu de los contrarios por todas partes, destacó á la entrada de la tercera noche una parte de su ejército al mando de Annón, hijo del rey Bomílear, dándole por guías á los naturales del país. Éstos, subiendo agua arriba cerca de doscientos estadios, llegaron á un paraje, donde dividiéndose el río en dos partes, formaba una pequeña isla. Aquí hicieron alto, y trabando unos y ligando otros los leños cortados en el vecino bosque, en corto tiempo construyeron el número de balsas que bastaba á la actual urgencia, en las que atravesaron el río sin riesgo ni impedimento. Se apoderaron después de un sitio ventajoso, donde pasaron todo aquel día, para recobrase de la pasada fatiga y disponerse al mismo tiempo á ejecutar la orden que se les había dado. Annibal, por su parte, hacía lo mismo con las tropas que le habían quedado. Pero lo que más cuidado le daba era el paso de sus elefantes, en número de treinta y siete.

Luego que llegó la quinta noche, los que ya habían

pasado al otro lado, marcharon al amanecer inmediatos al río, contra los bárbaros que estaban al frente del ejército. Entonces Anníbal, que tenía dispuestos los soldados, puso por la obra su pasaje. Embarcó la caballería pesadamente armada en los bateles, y la infantería más ligera en las canoas. Los bateles formaban una línea en la parte superior de la corriente, y por bajo estaban las canoas de menos resistencia, á fin de que sosteniendo aquellos la violencia principal del agua, hiciesen á estas más seguro el tránsito. Se excogitó también llevar á nado los caballos en las popas de los bateles. De este modo, como un solo hombre conducía del ramal tres ó cuatro en cada costado de la popa, en un instante á la primera remesa pasaron un buen número de caballos al otro lado. Los bárbaros, que advirtieron el intento de los contrarios, salen tumultuariamente y á pelotones del campamento, persuadidos á que con facilidad impedirían el desembarco á los Cartagineses. Apenas vió Anníbal los fuegos que los suyos hacían de la otra parte, señal que se les había dado cuando ya estuviesen cerca, mandó embarcar á todos, y que los que gobernaban los bateles se opusiesen á la violencia de la corriente. Hecho esto prontamente, los que montaban los bateles se alentaban mutuamente á gritos y luchaban con la violencia del agua; los dos ejércitos Cartagineses que estaban viéndolo sobre una y otra margen, esforzaban y animaban con algazara á sus compañeros; los bárbaros, formados al frente, cantaban sus himnos y pedían la batalla, de suerte que el todo representaba un espectáculo pavoroso y capaz de inspirar espanto.

Á este tiempo los Cartagineses que estaban al otro lado, dando súbita y repentinamente sobre los bárbaros que habían desamparado sus tiendas, unos ponen

fuego al campamento y los más marchan contra los que defendían el tránsito. Los bárbaros, sobrecogidos con un tan inopinado accidente, parte acuden al socorro de las tiendas, parte se defienden y pelean contra los que los atacaban. Entonces, Anníbal, viendo que el efecto correspondía á sus deseos, al paso que los suyos iban desembarcando, los forma en batalla, los exhorta y los lleva contra los bárbaros, que desordenados y atónitos con lo improviso del caso, vuelven la espalda prontamente y toman la huida.

## CAPÍTULO XII.

Pasa al fin Anníbal el Ródano.—Exhortación á sus tropas.—Refriga entre dos partidas de caballería romana y cartaginesa.—Tránsito de los elefantes.

Anníbal, dueño del pasaje y victorioso, dió prontamente providencia para el tránsito de la gente que había quedado al otro lado. Pasadas que fueron en corto tiempo todas las tropas, sentó sus reales aquella noche á orillas del mismo río. Al día siguiente, con la noticia que tuvo de que la escuadra romana había anclado en las bocas del Ródano, destacó quinientos caballos nómadas escogidos á reconocer el sitio, número y operaciones del enemigo. Al mismo tiempo dió orden á los peritos para que pasasen los elefantes. Él, mientras, convocado el ejército, mandó entrar á Magilo, potentado que había venido de los llanos contornos del Po, y por medio de un intérprete hizo saber á sus tropas la resolución tomada por los Galos. Este era un estímulo muy poderoso para excitar el valor de los soldados. Pues á más de que por una parte era eficaz la presencia de los que los convidaban y ofre-

rían ayudar en la guerra contra los Romanos, y por otra no se podía dudar de la promesa que hacían de que los conducirían á Italia por lugares, en donde no les faltase nada y la marcha fuese corta y segura, se añadía á esto la fertilidad y extensión del país á donde habían de ir, y la buena voluntad de los naturales con quienes habían de hacer la guerra contra los Romanos. Expuestas estas razones, se retiraron los Galos. A su consecuencia tomó la palabra Anníbal, y renovó á sus tropas la memoria de lo que habían hecho hasta entonces. Dijo que de cuantas arrojadas acciones y peligros habían emprendido, en ninguna les había desmentido el deseo, siguiendo su parecer y consejo; que tuviesen buen ánimo en adelante, á vista de haber superado el mayor de los obstáculos; que ya eran dueños del tránsito del río, y testigos oculares de la benevolencia y afecto de los aliados; por último, que descuidasen sobre el mecanismo de la empresa, puesto que estaba á su cargo, y que solo obedientes á sus órdenes se portasen como buenos y dignos de sus anteriores acciones. El ejército mostró y atestiguó un gran ardor y deseo de seguirle. Anníbal alabó su buena disposición, hizo votos á los Dioses por todos, y mandó que se cuidasen y preparasen con diligencia para mudar el campo al día siguiente.

No bien se había disuelto la asamblea, cuando llegaron los Númidas que habían sido antes enviados á la descubierta, los más de ellos muertos, y los restantes huyendo á rienda suelta. Pues á corta distancia del campo, dando en manos de la caballería romana que Scipión había destacado para el mismo efecto, fué tal la obstinación con que unos y otros se batieron, que de Romanos y Galos murieron ciento y cuarenta, y de Númidas más de doscientos. Finalizado el combate, los Romanos se acercaron en el alcance á exa-

minar con sus ojos el campamento de los Cartagineses, y se volvieron prontamente para informar al Cónsul de la venida del enemigo, como en efecto lo hicieron apenas llegaron á los reales. Scipión, después de haber embarcado prontamente el bagaje, levantó el campo, y condujo su ejército á orillas del río, deseoso de venir á las manos con los contrarios. Anníbal, el día después de la junta, al amanecer situó toda la caballería de frente al mar, para que sirviese de cuerpo de reserva, y mandó á la infantería ponerse en marcha. Él aguardó á los elefantes y demás gente que había quedado con ellos. El tránsito de los elefantes fué de esta manera.

Construídas muchas balsas, unieron fuertemente dos la una á la otra, que juntas componían como cincuenta pies de anchura, y las fijaron bien en la tierra á la entrada del río. A estas añadieron otras dos por la parte que estaba fuera del agua, y dieron mayor extensión á esta especie de puente para el tránsito. Para que toda la obra estuviese inmóvil y no se la llevase el río, aseguraron desde tierra el costado expuesto á la corriente, atándole con gumenas á los árboles que había al margen. Luego que se hubo dado á todo el puente doscientos pies de longitud, se construyeron después otras dos balsas excesivamente mayores y se añadieron á las últimas. Estas dos estaban fuertemente ligadas entre sí; pero respecto de las otras, de tal modo que fuese fácil romper las ligaduras. Á éstas ataron muchas maromas, con las que los bateles que habían de ir tirando á remolque impediesen que el río se las llevase, y sosteniéndolas contra la fuerza de la corriente, pudiesen las fieras pasar y abordar en ellas al otro lado. Después trajeron y esparcieron cantidad de tierra, hasta que pusieron con céspedes la entrada semejante, igual y del mismo

color que el camino que conducía las fieras hasta el pasaje. Estos animales estaban acostumbrados á obedecer siempre á los Indios hasta llegar al agua, pero meter el pie dentro jamás lo habían osado. Para esto echaron delante por el terraplén dos hembras, y al instante siguieron los demás. Luego que estuvieron sobre las últimas balsas, cortaron las ligaduras que las asían á las otras, y tirando á remolque los bateles, separaron al instante las fieras y balsas que las sostenían, de las que estaban terraplenadas. Por el pronto se alborotaron las bestias, volviendo y revolviendo de una parte á otra; pero viéndose rodeadas del agua por todas partes, se intimidaron y se confuieron por precisión en su lugar. Así es como Anníbal, uniendo las balsas de dos en dos, pasó la mayor parte de las fieras. Algunas, espantadas, se arrojaron al río en medio del pasaje, cuyos conductores todos se ahogaron, pero se salvaron las bestias. Pues como tienen fuertes y largas las trompas, levantándolas sobre el agua, respiraban y despedían cuanto les venía encima, con lo que resistiendo la corriente por mucho tiempo pasaron en derechura al otro lado.

### CAPÍTULO XIII.

Ruta que tomó Anníbal después de pasado el Ródano para superar los Alpes.—Extravagancia de los historiadores cuando describen el tránsito de Anníbal por estas montañas.

Concluído el tránsito de los elefantes, Anníbal formó de ellos y de la caballería la retaguardia, y marchó á orillas del río, dirigiendo su ruta desde el mar hacia el Oriente en ademán de quien va á lo interior de Europa. Porque el Ródano tiene su origen por

cima del golfo Adriático hacia el Occidente, en aquella parte de los Alpes que miran al Septentrión, corre hacia el ocaso del invierno y desagua en el mar de Cerdeña. Su curso generalmente es por un valle cuya parte septentrional habitan los Galos Ardieos, y la meridional toda confina con las raíces de los Alpes que miran al Septentrión. Las llanuras inmediatas al Po, de que ya hemos hablado largamente, están separadas del valle por donde corre el Ródano por las cumbres de los dichos montes, que, principiando desde Marsella, se extienden hasta la extremidad del golfo Adriático. Estos son, pues, los montes que Aníbal atravesó ahora para entrar en Italia.

Algunos historiadores, cuando hablan de estas montañas, por querer asombrar á los lectores con prodigios, incurren imprudentemente en dos defectos muy ajenos de la historia. Se ven precisados á contar embustes y contradicciones. Pues al paso que representan á Annibal como un capitán de inimitable valor y cordura, nos le pintan como el más insensato sin disputa. Y cuando ya no hallan cabo ni salida al enredo, introducen á los dioses y semidioses en los hechos verdaderos de la historia. Nos pintan tan escabrosas y ásperas las cordilleras de los Alpes que apenas, no digo á la caballería, ejército y elefantes, pero ni aun á la infantería ligera la sería asequible el tránsito. Del mismo modo nos describen tal la soledad de estos lugares, que á no habérseles aparecido algún Dios ó héroe que les mostrase el camino, faltos de consejo, hubieran perecido todos. Confesemos, pues, que esto es incurrir en los dos defectos que hemos apuntado.

Porque ¿se dará general más imprudente, ni capitán más insensato que Annibal, que, conduciendo un tan numeroso ejército, en quien fundaba la esperanza



del logro de sus designios, ignorase los caminos y lugares y no supiese á dónde ni contra quién se dirigía, y, lo que es un exceso de locura, emprendiese, no lo que dicta la razón, sino lo imposible? Meter un ejército en un terreno desconocido, es cosa que no harían otros, reducidos al último extremo y faltos de todo consejo; pues esto es cabalmente lo que atribuyen á Anníbal cuando estaba aún en tiempo de prometérselo todo de su empresa. Lo mismo digo de la soledad, escabrosidad y asperezas de estos lugares; todo ello es un manifiesto embuste. Estos escritores no saben que antes de la venida de Anníbal, los Galos vecinos del Ródano, no una ni dos veces, no en tiempos remotos, sino recientemente, habían pasado los Alpes con numerosas tropas para auxiliar á los Galos de los contornos del Po y llevar sus armas contra los Romanos, como hemos dicho en los libros anteriores. Ignoran que sobre los mismos Alpes habitan infinitos pueblos. Por eso, faltos de estos conocimientos, cuentan que se apareció un semidios para servir de guía á los Cartagineses. En esto se asemejan justamente á los compositores de tragedias. Así como estos poetas, por sentar al principio supuestos falsos y repugnantes, tienen que recurrir para la catástrofe y desenredo de sus dramas á algún dios ó á alguna máquina, del mismo modo aquellos escritores se ven precisados á fingir que se les ha aparecido algún héroe ó dios, por haber supuesto fundamentos falsos é inverosímiles. Porque ¿cómo se puede con absurdos principios dar á la acción un éxito razonable? Anníbal se condujo en esta empresa, no como éstos escriben, sino con demasiada prudencia. Se había informado muy por menor de la bondad del país á donde dirigía sus pasos y de la aversión de los pueblos contra los Romanos. Para las dificultades que

pudieran ocurrir en el intermedio, se había valido de guías y conductores de la misma tierra, hombres que, por la comunión de intereses, habían de correr el mismo riesgo. Nosotros hablamos de estas cosas tanto con mayor satisfacción, cuanto que las hemos sabido de boca de los mismos contemporáneos, hemos examinado con la vista estos lugares y hemos viajado en persona por los Alpes para ilustración y propio conocimiento.)

#### CAPITULO XIV.

Llega Anníbal á lo que se llama la Isla, pone en posesión del trono á un potentado de aquel país y es magníficamente recompensado.—Oposición que encuentra en los Allobroges al principiar los Alpes, y victoria por los Cartagineses.

A los tres días después de haber levantado el campo los Cartagineses, llegó el cónsul Scipión al tránsito del río; y enterado de que habían marchado, fué, como era regular, tanto mayor su sorpresa cuanto estaba persuadido á que jamás los enemigos osarían tomar aquella ruta para Italia, ya por la multitud de bárbaros que habitaban aquellas comarcas, ya por lo poco que había que fiar en sus palabras. Pero desengañado de que, en efecto, habían tenido tal atrevimiento, se retiró otra vez á sus navíos. Apenas llegó, embarcó las tropas, envió á la España á su hermano y él volvió á tomar el rumbo hacia la Italia, con el anhelo de prevenir á Anníbal en las cordilleras de los Alpes, atravesando la Etruria. Anníbal, á los cuatro días de camino después de haber pasado el Ródano, llegó á lo que llaman la *Isla*, país bien poblado y abundante en granos. Llámase así por su misma situación; pues co-

rriendo el Ródano y el Saona cada uno por su costado, rematan en punta al confluente estos dos ríos. Es semejante en extensión y figura á lo que se llama *Delta* en Egipto, á excepción de que en la *Delta* cierra el un costado el mar, donde vienen á desaguar los dos ríos, y en la Isla unas montañas impenetrables y escarpadas, ó, por mejor decir, inaccesibles. Aquí halló Anníbal dos hermanos que, armados el uno contra el otro, se disputaban el reino. El mayor supo obligar y empeñar á Anníbal en su ayuda para adjudicarse la corona. El Cartaginés asintió, prometiéndose de esta acción por el pronto casi seguras ventajas. En efecto fué así, que unidas sus armas con las de éste y arrojado el menor, logró del vencedor infinitas recompensas. No sólo proveyó abundantemente la armada de granos y demás utensilios, sino que, substituyendo en vez de las armas viejas y usadas otras nuevas, renovó oportunamente todas las fornituras del ejército. Vistió también y calzó á la mayor parte, con lo que les procuró una gran comodidad para superar los Alpes. Pero el principal servicio fué que, entrando Anníbal con recelo en las tierras de los Galos llamados Allobroges, puesto á la retaguardia con su ejército, le puso á cubierto de todo insulto, hasta que llegó á la subida de los Alpes.

Ya había caminado Anníbal á orillas del río ochocientos estadios en diez días, cuando al principiar la subida de los Alpes se vió en un inminente riesgo. Mientras estuvo en el país llano, los jefes subalternos de los Allobroges se habían abstenido de inquietar su marcha, parte porque temían la caballería, parte porque respetaban los bárbaros que le acompañaban. Pero luego que éstos se retiraron á sus casas y Anníbal comenzó á entrar en tierra quebrada, entonces, juntos los Allobroges en bastante número, ocuparon

con anticipación los puestos ventajosos por donde había de subir Anníbal. Si hubieran sabido ocultar su designio, la ruina del ejército cartaginés era inevitable; pero fueron descubiertos á tiempo, y aunque hicieron mucho daño, no fué menor el que ellos recibieron. Pues apenas advirtió el Cartaginés que los bárbaros ocupaban los puestos ventajosos, mandó hacer alto, acampándose al pie de las colinas. Envió delante algunos Galos de los que servían de guías para explorar los intentos y disposición del enemigo. De vuelta de su comisión, supo que por el día observaban una exacta disciplina los Allobroges y guardaban sus puestos pero que por la noche se retiraban á la ciudad inmediata. Atento á esta noticia, formó el plan siguiente. Hizo avanzar el ejército á vista de todos y se acampó no lejos del enemigo, al pie de aquellas gargantas. Venida la noche, mandó encender fuegos, dejó aquí la mayor parte del ejército, y él con la tropa más esforzada y expedita atravesó los desfiladeros y se apoderó de los puestos que anteriormente habían abandonado los bárbaros, por haberse retirado á la ciudad según su costumbre.

Luego que los Allobroges, venido el día, echaron de ver lo sucedido, desistieron por el pronto del intento; pero advirtiendo después que el número de acémilas y caballería subía con dificultad y á larga distancia aquellos despeñaderos, se valieron de la ocasión para salir al paso. En efecto, atacaron la retaguardia por muchas partes, y hubo una gran mortandad en el ejército cartaginés, principalmente de caballos y bestias, no tanto por los golpes de los bárbaros cuanto por la desigualdad del terreno. Pues como el camino era no sólo angosto y áspero sino declive y pendiente, á cualquier movimiento ó á cualquier vaivén iban rodando por aquellos precipicios

muchas bestias y acémilas con sus cargas. Pero la principal confusión la causaron los caballos heridos, pues espantados unos, chocaban con las bestias que tenían al frente, é impetuosos otros, atropellaban cuanto se les oponía por delante de los desfiladeros, de que provenía un gran desorden. Atento á esto Anníbal, reflexionando que, perdido el bagaje, no habría ya remedio que esperar aun para los que se salvarsen, toma á los que por la noche se habían apoderado de las eminencias, y marcha al socorro de los que emprendían la subida. De este modo, como los atacó desde arriba, causó un grande estrago en los contrarios, bien que no fué menor el de los suyos, porque se aumentó la confusión por ambas partes al ver la gritería y choque de los nuevos combatientes. Pero luego que la mayor parte de los Allobroges perdió la vida, y el resto, vuelta la espalda, tuvo que retirarse, entonces hizo pasar, aunque con pena y trabajo, aquellos desfiladeros á las bestias y caballos que le habían quedado, y él, juntando las reliquias que pudo de la acción, atacó la ciudad, de donde los enemigos le habían salido al encuentro. Tomóla á poca costa, porque la esperanza del botín había echado fuera á todos sus moradores y la habían dejado casi desierta. Esta conquista le atrajo muchas ventajas, tanto para lo presente como para lo futuro. Se rehizo por el pronto del número de caballos, bestias y hombres que le habían tomado; tuvo abundancia para adelante de granos y ganados para dos ó tres días, y lo que fué una precisa consecuencia, esparcido el terror por la comarca, consiguió que los pueblos vecinos no osasen con facilidad interrumpirle la subida.

## CAPÍTULO XV.

Tránsito de los Alpes por Annibal.—Emboscadas, desfiladeros y dificultades que tiene que vencer.

Sentados aquí los reales, hizo alto Annibal todo un día, y volvió á emprender la marcha. En los días siguientes caminó el ejército sin riesgo particular. Pero al cuarto volvió á incurrir en un gran peligro. Los pueblos inmediatos al camino fraguan una conspiración, y le salen al encuentro con ramos de oliva y con coronas. Esta es una señal de paz casi general entre los bárbaros, así como lo es el caduceo entre los Griegos. Annibal, que ya vivía con recelo de la fe de estos hombres, examinó con cuidado su intención y todos sus designios. Ellos le expusieron que les constaba la toma de la ciudad y ruina de los que le habían atacado; le manifestaron que el motivo de su venida era con el deseo de no hacer daño ni de que se les hiciese, para lo cual le prometían dar rehenes. Annibal dudó por mucho tiempo y desconfió de sus palabras; pero reflexionando que si admitía sus ofertas haría acaso á estos pueblos más contenidos y tratables, y que si las desechaba los tendría por enemigos declarados, consintió en su demanda y fingió contraer con ellos alianza. Como los bárbaros entregaron el instante los rehenes, proveyeron abundantemente de carnes el ejército y se entregaron del todo y sin reserva en mano de los Cartagineses, Annibal comenzó á hacer alguna confianza, tanto que se sirvió de sus personas para guías de los desfiladeros que faltaban. Pero á los dos días que iban de batidores, se juntan todos, y al

pasar Anníbal un valle fragoso y escarpado, le acometen por la espalda.

Esta era la ocasión en que hubieran perecido todos sin remedio, si Anníbal, á quien duraba aún alguna desconfianza, pronosticando lo que había de suceder, no hubiera situado delante el bagaje y la caballería y detrás los pesadamente armados. Este auxilio hizo menor la pérdida, porque reprimió el ímpetu de los bárbaros. Bien que, aun con esta precaución, pereció mucho número de hombres, bestias y caballos. Porque, como los enemigos caminaban por lo alto á medida que los Cartagineses por lo bajo de las montañas, ya echando á rodar peñascos, ya tirando piedras con la mano, pusieron las tropas en tal consternación y peligro, que Anníbal se vió en la precisión de pasar una noche con la mitad del ejército sobre una áspera y rasa roca, separado de la caballería y bestias de carga para vigilar en su defensa, y aun apenas bastó toda la noche para desembarazarse de aquel mal paso. Al día siguiente, retirados los enemigos, se unió con la caballería y acémilas, y prosiguió su marcha á lo más encumbrado de los Alpes. De aquí adelante ya no le embistieron los bárbaros con el todo de sus fuerzas. Unicamente le atacaban por partidas, y presentándose oportunamente, ya por la retaguardia, ya por la vanguardia, le robaban algún bagaje. De mucho le sirvieron en esta ocasión los elefantes, pues por la parte que ellos iban jamás osaron acercarse los enemigos, asombrados con la novedad del espectáculo. Al noveno día llegó á la cima de estos montes, donde se acampó y detuvo dos días para dar descanso á los que se habían salvado y esperar á los que se habían quedado atrás. Durante este tiempo muchos de los caballos espantados y bestias de las que habían arrojado las cargas, sacando maravillosamente por las

huellas el ejército, tornaron y llegaron al campamento.

Era entonces el fin del otoño, y estaban ya cubiertas de nieve las cimas de estos montes, cuando advirtiéndolo Anníbal que los infortunios pasados y los que se esperaban aún habían abatido el valor de sus tropas, las convoca á junta y procura animarlas, valiéndose para esto del único medio de enseñarles la Italia. Está, pues, esta región de tal modo situada al pie de los Alpes, que de cualquier parte que se mire, parece que la sirven de baluarte estas montañas. De este modo, poniéndoles á la vista las campiñas que riega el Po, recordándoles la buena voluntad de sus moradores, y señalándoles al mismo tiempo la situación de la misma Roma, recobró de algún modo el espíritu de sus soldados. Al día siguiente levantó el campo y emprendió la bajada. En ella no se le presentaron enemigos, fuera de algunos que rateramente le molestaron. Pero la desigualdad del terreno y la nieve le hicieron perder poca menos gente que había perecido en la subida. En efecto, como la bajada era angosta y pendiente, y la nieve ocultaba el paso al soldado, cualquier traspie ó desvío del camino era un precipicio en un despeñadero. Bien que la tropa, acostumbrada ya á este género de males, sufría con paciencia este trabajo. Pero luego que llegó á cierto paso cuya estrechez imposibilitaba el tránsito á los elefantes y bestias (era un despeñadero que, á más de que ya anteriormente tenía casi estadio y medio de camino, á la sazón estaba aún más escarpado con el desmoronamiento de la tierra), aquí comenzó otra vez á desalentarse y acobardarse la tropa. El primer pensamiento de Anníbal fué evitar el precipicio por un rodeo; pero como la nieve le imposibilitaba el camino, desistió del empeño.



Era cosa particular y extraña lo que aquí acaecía. Sobre la nieve que antes había y subsistía del invierno anterior, había caído otra nueva en este año. En ésta fácilmente se hacía impresión, como que estaba blanda por haber caído recientemente y ser poca su altura; pero, cuando pisoteada la nueva se llegaba á la que estaba debajo congelada, lejos de poderse asegurar el soldado parecía que nadaba, y faltándole los pies, caía en tierra, á la manera que acontece a los que andan por un terreno resbaladizo. A esto se agregaba otro mayor trabajo. Como el soldado no podía imprimir la huella en la nieve que había debajo, si caído quería tal vez valerse de las rodillas ó manos para levantarse, tanto con mayor lástima él y todo lo que le había servido de asidero iba rodando por aquellos lugares generalmente pendientes. Las acémilas, cuando caían, rompían el hielo forcejeando por levantarse: una vez éste quebrado, quedaban atolladas con la pesadez de la carga y como congeladas con la opresión de la nieve anterior. A vista de esto, fué preciso desistir de este arbitrio y acamparse en el principio del desfiladero, quitándole antes la nieve que tenía. Después, con el auxilio de la tropa, se abrió un camino en la misma peña, aunque con mucho trabajo. En ún solo día se hizo el bastante para que transitasen las bestias y caballería. Luego que éstas hubieron pasado, se mudó el real á un sitio que no tenía nieve y se las soltó á pastar. Anníbal mientras, distribuídos en partidas los Númeridos, prosiguió la conclusión del camino, y apenas después de tres días de trabajo pudo hacer pasar los elefantes, que estaban ya muy extenuados del hambre. Pues las cumbres de los Alpes y sus inmediaciones, como en invierno y verano las cubre la nieve de continuo, están del todo rasas y desnudas de árboles; pero las faldas de uno

y otro lado producen bosques y arboledas, y generalmente son susceptibles de cultivo.

En fin, incorporado todo el ejército, prosiguió Aníbal la bajada, y tres días después de haber atravesado los mencionados despeñaderos, llegó al llano con mucha pérdida de gente, que los enemigos, los ríos y la longitud del camino habían causado; y mucha más, no tanto de hombres cuanto de caballos y acémilas, que los precipicios y malos pasos de los Alpes se habían tragado. Había tardado cinco meses en todo el camino desde Cartagena, contando los quince días que le había costado el superar los Alpes hasta que entró con el mismo espíritu en las llanuras del Po y pueblos de los Insubrios. El cuerpo de tropas que le había quedado salvo se reducía á doce mil infantes Africanos, ocho mil Españoles y seis mil caballos, como él mismo lo testifica en una columna hallada en Lacinio, describiendo el número de su gente.

Durante este tiempo Publio Scipión, que, como arriba hemos apuntado, había dejado las legiones á su hermano Cneio, le había recomendado los negocios de España y que hiciese la guerra con vigor á Asdrúbal, desembarcó en Pisa con poca gente. Pero atravesando la Etruria, y tomando aquí de los pretores las legiones que estaban á su cargo para hacer la guerra á los Boios, marchó á acamparse á las llanuras del Po, donde esperó al enemigo, deseoso de venir con él á las manos.

## CAPÍTULO XVI.

Digresión que hace Polibio para justificarse sobre varios particulares esenciales á la historia.

Supuesto que hemos traído á la Italia la narración, los dos Generales y la guerra, antes de dar principio á los combates queremos justificarnos brevemente de ciertos particulares que conducen á la historia. Acaso se nos preguntará cómo habiéndonos extendido tanto sobre varios lugares del Africa y de la España, no hemos dicho siquiera una palabra ni del estrecho de las columnas de Hércules, ni del mar Océano y sus particularidades, ni de las islas Británicas y confesión del estaño, ni de las minas de oro y plata que hay en España, sobre que los autores han escrito tanto y tan contrario. Ciertamente que si hemos omitido estos puntos no ha sido por considerarlos ajenos de la historia, sino, en primer lugar, porque no hemos querido interrumpir la narración á cada paso, ni distraer al lector de la serie del asunto; y en segundo, porque nos hemos propuesto, no el tratar estas curiosidades en distintos lugares y de paso, sino exponer su certeza en cuanto nos sea posible con separación, destinando lugar y tiempo á esta materia. En este supuesto, no hay que extrañar si en la consecuencia, llegando á semejantes pasajes, omitimos sus circunstancias por estas causas. Es cierto que algunos gustan de que en todo lugar y en cualquier parte de la historia se siembren estas particularidades; pero no advierten que en esto se asemejan á los glotonos cuando son convidados. Semejantes hombres, por

probar de todo lo que les ponen delante, ni por el pronto toman el verdadero gusto á los manjares, ni para adelante sacan nutrimento provechoso de su digestión, sino todo lo contrario. Del mismo modo los que aman en la lectura incidentes inconexos, ni consiguen por el pronto una diversión verdadera, ni para adelante una instrucción correspondiente.

Hay, no obstante, muchas pruebas de que entre todas las otras partes de la historia, ésta merece una atención y corrección más exacta, como se ve principalmente por éstas. Todos los historiadores, ó cuando no la mayor parte, que han intentado describir las propiedades y situación de los países que están á los extremos del mundo conocido, los más han cometido frecuentes yerros. De ningún modo conviene perdonar á éstos autores; al contrario, es preciso impugnarlos, no de prisa y corriendo, sino de propósito y con fundamento. Bien que se les ha de refutar su ignorancia, no con invectivas y mordacidades, sino más bien con aplausos y correcciones. Pues se ha de tener entendido que si volvieran ahora, enmendarían y mudarían mucho de lo que entonces profirieron. En los tiempos anteriores, apenas se hallará un Griego que emprendiese explorar las extremidades de la tierra, por ser un intento vano. Eran muchos é innumerables los peligros que había en el mar, é infinito mayores en los viajes por tierra. Fuera de que si alguno por precisión ó por gusto viajaba á los extremos del mundo, ni aun así conseguía el fin que se había propuesto. Era difícil examinar con la vista los más de los países, ya por la barbarie que en unos reina, ya por la soledad que en otros había. Era aún más dificultoso enterarse, y sacar alguna ilustración con el auxilio de la palabra, de aquellos que se habían visto, por la diversidad del idioma. Y dado caso

hubiese uno instruído en los viajes, aun así era muy difícil que este tal, despreciando las fábulas y patrañas, se contuviese dentro de una relación moderada, prefiriese por su honor la verdad, y no nos contase más de lo que había visto.

(Siendo, pues, no digo difícil, sino casi imposible una exacta noticia de estas cosas en los siglos anteriores, no es regular que por haber omitido algún hecho ó haber incurrido en algún defecto, se reprenda á estos autores; antes bien, merecen de justicia que se les aplauda y admire, por haber tenido algún conocimiento y haber promovido este estudio en tales tiempos. Pero en nuestros días, que por el dominio de Alejandro en Asia, é imperio de los Romanos en lo restante del mundo, casi todo el orbe es navegable ó transitable, y que hombres sabios, libres del cuidado de los negocios militares y políticos, han logrado con este motivo las mayores proporciones de inquirir y examinar esta clase de descubrimientos; es preciso que sepamos mejor y con más certeza lo que ignoraron nuestros mayores. Esto procuraremos cumplir, destinando en la historia lugar conveniente para esta materia. Para entonces desearemos nos presten toda su atención los amantes de este estudio, puesto que hemos sufrido fatigas y padecido infortunios, viajando por el África, España, Galia y mar exterior que circunda estas regiones, con el fin principalmente de corregir la ignorancia de los antiguos en esta parte, y procurar á los Griegos el conocimiento de estos países del mundo.) Pero ahora, tornando á tomar el el hilo de la narración, exponremos los combates que se dieron de poder á poder en la Italia entre Romanos y Cartagineses.

## CAPÍTULO XVII.

Estado del ejército de Anníbal después de pasados los Alpes.—  
Toma de Turín.— Arenga de Anníbal para la batalla del  
Tesino.

Ya hemos visto el número de tropas con que Anníbal entró en Italia. Su primer cuidado, después que llegó, fué acamparse al pie de los Alpes para dar descanso á los soldados. Las subidas, bajadas y desfileros de las cumbres de estos montes habian, no sólo deteriorado notablemente el ejército, sino que la escasez de víveres y desaliño de los cuerpos lo habían desfigurado enteramente. Hubo muchos á quienes el hambre y los continuos trabajos hicieron despreciar la vida. Pues á más de que semejantes lugares imposibilitaban el acarreo de comestibles que bastase á tantos miles, de los una vez trasportados, con la pérdida de la acémila se perdía ya la mayor parte. De aquí provino que el que había salido del tránsito del Ródano con un ejército de treinta y ocho mil infantes y más de ocho mil caballos, en la cordillera de los Alpes había perdido, como hemos dicho, casi la mitad, y ésta á la vista y demás apariencia tan desmejorada por los continuos trabajos, que parecía una tropa de salvajes. Por eso, el principal esmero de Anníbal se redujo á cuidar de estas gentes, para que recobrasen el espíritu y fuerzas así ellos como los caballos.

Ya que el ejército se hubo restaurado, tentó primero atraer á su amistad y alianza á los Taurinos, pueblos que, situados al pie de los Alpes, tenían á la sazón guerra con los Insubrios, y se recelaban de la

fe de los Cartagineses. Pero no teniendo efecto sus insinuaciones, puso su campo alrededor de la capital de esta nación, y la tomó á los tres días de asedio. Pasó á cuchillo á todos los que se le habían opuesto, con lo que infundió tal terror entre los bárbaros comarcanos, que todos vinieron al momento á ponerse en sus manos. El restante número de Galos que habitaban aquellas campiñas hubiera sin duda apetecido unirse con Anníbal, según desde el principio lo había proyectado; pero prevenidos é impedidos los más por las legiones romanas, y precisados otros á seguir su partido, amaban el reposo. A vista de esto, Anníbal resolvió no detenerse, sino marchar adelante y ejecutar alguna acción que asegurase la confianza de los que deseaban unir con él su fortuna.

Este era su designio, cuando tuvo la noticia que Scipión había atravesado el Po con sus legiones y estaba cerca. Por el pronto no dió crédito á estos rumores. Se acordaba de que pocos días antes había dejado á este Cónsul á las márgenes del Ródano; reflexionaba que la navegacion desde Marsella á la Etruria era larga y peligrosa, y estaba informado que el camino desde el mar Etrusco á los Alpes por la Italia era largo y penoso para un ejército. Pero confirmandose más y más la noticia, admiró y extrañó el conato y diligencia del Cónsul. Lo mismo sucedió á Scipión por su parte. Al principio no se podía persuadir que Anníbal emprendiese el paso de los Alpes con un ejército compuesto de tan diversas naciones, y dado que lo tentase, se presumía que hallaría su ruina sin remedio. Pero cuando estando aún en estos discursos supo que Anníbal había llegado salvo á la Italia y que ya tenía puesto cerco á algunas de sus ciudades, se asombró de la audacia é intrepidez de semejante hombre. El mismo terror se sintió en Roma al

arribo de estas noticias. Apenas atento á las últimas nuevas que habían llegado de la toma de Sagunto, se había tomado la providencia de enviar el un cónsul al África para sitiar la misma Cartago, y el otro á la España para oponerse allí á Anníbal, cuando he aquí llega la fama de que Anníbal está dentro de Italia con ejército y tiene ya puesto sitio á algunas de sus ciudades. En medio del sobresalto que causó esta inopinada nueva, se despachó un correo sobre la marcha á Lilibea para informar á Tiberio de la llegada de los enemigos, y rogarle que pospuestos todos sus proyectos viniese cuanto antes al socorro de la patria. Tiberio, juntando al momento su marinería, la intimó la orden de dirigir el rumbo hacia Roma, y á los tribunos que marchasen con las tropas de tierra, fijándoles el día en que habían de hacer noche en Arimino. Es esta una ciudad situada sobre el mar Adriático, al extremo de las llanuras del Po hacia el Mediodía. Una conmoción tan universal y concurrencia de acasos tan imprevistos había puesto á todos en la mayor inquietud sobre lo que sucedería.

A este tiempo, acercándose ya Anníbal y Scipión uno al otro, comenzaron á animar cada uno á sus soldados y ponerles á la vista lo que convenia á las presentes circunstancias. De un modo semejante exhortó Anníbal á los suyos. Juntó el ejército, hizo traer á los jóvenes cautivos que le habían incomodado en el tránsito de los desfiladeros de los Alpes y habían sido hechos prisioneros. Es de suponer que para tenerlos dispuestos á su designio los habia tratado con dureza, ya teniéndolos en duras prisiones, ya hostigándolos con el hambre, ya macerando sus cuerpos con azotes. En este estado, los hizo sentar en medio y les presentó las armaduras gálicas con que sus reyes acostumbraban adornarse para entrar en un combate



particular. A más de esto les puso delante caballos é hizo traer vestidos muy costosos. Después les preguntó quiénes de ellos querían luchar uno contra otro, con la condición de que el vencedor había de tener por premio los despojos presentes, y el vencido muriendo se eximía de los males actuales. Habiendo todos clamado y pedido que querían entrar en la lid, mandó echar suertes, y á los dos en quienes cayese se les armase y se batiesen. Apenas los jóvenes oyeron esta orden, cuando levantando las manos pedía cada uno con ansia á los Dioses fuese él del número de los escogidos. Luego que se hubo publicado el sorteo, los elegidos se alegraron en extremo, y los otros al contrario. Concluído el combate, los restantes cautivos felicitaban igualmente al vencido y al vencedor, como que se habían libertado de infinitas y graves penas que les restaban aún sufrir á ellos. Igual efecto hizo este espectáculo en los Cartagineses, que haciendo comparación entre el muerto y la miseria de los que veían llevar vivos, se compadecían de éstos, al paso que reputaban á aquél por venturoso.

Anníbal, habiendo con este ejemplo impresionado en el ánimo de sus tropas aquella disposición que se había propuesto, salió al medio de la asamblea, y dijo: «Ved aquí por qué os he presentado estos prisioneros, para que la vista eficaz de la condición de los infortunios ajenos os haga consultar lo mejor sobre vuestro estado presente. A igual combate y situación os ha reducido la fortuna, é iguales son los premios que ahora os presenta. Es preciso, ó vencer, ó morir, ó vivir bajo el yugo de los contrarios. El premio de la victoria es, no caballos y sayos, sino dueños de las riquezas romanas, llegar á ser los más dichosos de los hombres. Si peleando y combatiendo hasta el último aliento os su-

cede algún fracaso, sin saber lo que son miserias, vendéis la vida como buenos por la empresa más honrosa. Pero, si vencidos por amor á la vida, volvéis la espalda ó tomáis otro cualquier medio para salvaros, no habrá males ni desdichas que no os sobrevengan. Yo no creo haya alguno tan necio ni mentecato que, al considerar el largo camino que ha andado desde su casa, al acordarse de tantos combates ocurridos en el intermedio y al representársele los caudalosos ríos que ha pasado, fie en los pies el volver á ver su patria. En este supuesto, es preciso que, depuesta del todo semejante esperanza, forméis de vuestra fortuna la misma idea que poco ha hicisteis de los acasos ajenos. Así como de los prisioneros aplaudisteis igualmente al vencedor y al vencido, y tuvisteis compasión de los que quedaron con vida, el mismo concepto debéis hacer de vuestra suerte, y entrar en la batalla con el ánimo, lo primero, de vencer, y cuando esto no se pueda, de morir, pues una vez vencidos no queda recurso alguno de vida. Si os echáis estas cuentas y tenéis estos ánimos, conseguiréis sin duda el vencer y vivir. Jamás desmintió la victoria á hombres que, ó por gusto ó por precisión, entraron en la lid con tal propósito. Fuera de que cuando los enemigos tienen los sentimientos contrarios, como ahora los Romanos, que por caerles cerca su patria aseguran la salud en la huida, es indubitable que no podrán tolerar el ímpetu de una gente desesperada.» La tropa aplaudió el ejemplo y el discurso, y se revistió del espíritu y presencia de ánimo que el orador apetecía. Entonces Anníbal, después de haberlos elogiado, intimó la marcha para el día siguiente al amanecer, y despidió la junta.

## CAPÍTULO XVIII.

**Arenga de Scipión á sus tropas.—Batalla del Tesino.—Traición de los Galos que militaban bajo las banderas romanas.—Paso del Trebia por Scipión y pérdida de su retaguardia.**

Durante este tiempo (219 años antes de J. C.), P. Cornelio había ya vadeado el Po, y resuelto á pasar adelante, había mandado á los peritos echar un puente al Tesino. Después juntó las restantes tropas y las hizo su arenga. Se extendió mucho sobre la majestad de Roma y hechos de sus mayores; pero atento al caso presente, dijo: «Que aun cuando no hubiesen ensayado jamás sus fuerzas hasta el presente contra enemigo alguno, el saber sólo que las habían de emplear contra los Cartagineses debía asegurarles la esperanza de la victoria; que era una cosa indigna é intolerable que unos hombres tantas veces vencidos por los Romanos, sus tributarios por tantos años y acostumbrados ya casi á servirles por tanto tiempo, tuviesen la avilantez de levantar la vista contra sus señores. Pero cuando, prescindiendo de lo dicho, tenemos la reciente prueba de que el presente enemigo ni aun mirarnos sólo se atreve á la cara, ¿qué juicio deberemos formar para adelante, si lo reflexionamos con cuidado? El choque de la caballería nómada con la nuestra junto al Ródano les salió mal, pues muertos muchos, tuvo el resto que huir vergonzosamente hasta su campo. El General y todo su ejército, al saber la llegada de nuestras legiones, hizo una retirada á manera de huída, y el miedo le obligó contra su voluntad á tomar el camino de los Alpes. Es cierto que Anníbal se halla ahora en la Italia, pero con pérdida

de la mayor parte del ejército, y la restante sin fuerzas é inutilizada con tantos trabajos. Del mismo modo la mayor parte de caballos ha muerto, y el resto por la longitud y malos pasos del camino será de ningún provecho.» Con estas razones procuraba persuadirlos á que, para vencer, sólo necesitaban presentarse al enemigo, pero que su principal confianza la debían poner en que se hallaba presente su persona. Pues nunca él, abandonada la escuadra y los negocios de España á que había sido enviado, hubiera venido acá con tanta diligencia, si razones poderosas no le hubieran persuadido á que era necesaria para la salud de la patria esta jornada y que en ella estaba segura la victoria. La autoridad del que hablaba y verdad de lo que decía, infundió espíritu en la tropa para el combate. Entonces el Cónsul, aceptando su buen deseo, les exhortó estuviesen prontos á recibir sus órdenes, y despidió la junta.

Al día siguiente marcharon los dos Generales lo largo del Tesino por la parte que mira á los Alpes, teniendo el Romano el río á su izquierda y el Cartaginés á su derecha. Al segundo día, habiendo sabido uno y otro por sus forrajeadores que el enemigo estaba cerca, se acamparon é hicieron alto. Al día después, Anníbal con la caballería, y Scipión con la suya y los flecheros de á pie, batieron la campaña, deseosos cada uno de reconocer las fuerzas del contrario. Luego que el polvo que se levantó dió á conocer la proximidad del enemigo, cada uno por su parte se formó en batalla. Scipión hizo avanzar los flecheros con la caballería gala, y situados de frente los restantes, caminaba á lento paso. Anníbal formó su primera línea con la caballería de freno y todo lo que había en ella de más fuerte, cubrió sus alas con la nómida para rodear al enemigo, y salió al encuentro. Ansiosos por

pelear unos y otros, jefes y caballeros, el primer choque se dispuso de manera que los flecheros, apenas hubieron disparado sus primeros dardos, asombrados con el ímpetu del enemigo y temerosos de que no les atropellase la caballería que les venía encima, cieron al instante y echaron á huir por los intervalos de sus propios escuadrones. Los que componían el centro vinieron mutuamente á las manos y sostuvieron por mucho tiempo igual la balanza del combate. La batalla era al mismo tiempo de caballería é infantería, porque muchos en la acción echaron pie á tierra. Pero luego que los Númeridas rodearon y atacaron al enemigo por la espalda, los flecheros de á pie que anteriormente habían evitado el choque de la caballería, fueron atropellados por la multitud é ímpetu de sus caballos. La vanguardia romana, que desde el principio peleaba con el centro cartaginés, viéndose invadida por detrás por los Númeridas, tuvo que desamparar el puesto. Una gran parte de Romanos quedó sobre el campo, pero fué mayor aún la de los Cartagineses. Muchos de aquéllos tomaron una huida precipitada, algunos se unieron con el Cónsul.

Scipión al instante levantó el campo y atravesó las llanuras hasta el puente del Po, con el anhelo de hacer pasar prontamente sus legiones. Tomó el partido de poner sus tropas á cubierto, á vista de ser el país tan llano, el enemigo superior en caballería y hallarse él gravemente herido. Anníbal creyó por algún tiempo que las legiones de á pie renovarían el combate; pero advirtiéndole que habían salido del campamento, las siguió hasta el río. Aquí, como encontrase desunidas la mayor parte de las tablas del puente y un cuerpo de seiscientos hombres que había quedado para su custodia, los hizo prisioneros, y con la noticia que le dieron de que los demás estaban ya muy lejos, vol-

vió pies atrás y tomó el camino opuesto lo largo del río, con el deseo de hallar un lugar proporcionado para echarle un puente. Después de dos días de marcha, hizo uno de barcas, y encargó á Asdrúbal el tránsito de las tropas. Él pasó poco después y dió audiencia á los embajadores que habían venido de los pueblos inmediatos. Pues con la victoria que había ganado, todos los Galos comarcanos anhelaban ganar su confianza según su primer designio, proveerle de municiones y militar bajo sus banderas. Recibidos que fueron éstos con agrado, y pasadas sus tropas á esta parte, caminó río abajo haciendo una marcha opuesta á la anterior, con el deseo de alcanzar al enemigo. Scipión, después de atravesado el Po, se había acampado alrededor de Placencia, colonia romana. Aquí había hecho alto para curar su herida y las de sus soldados, creyéndose seguro de todo insulto. Entretanto Annibal, al segundo día de haber pasado el río, llegó á los enemigos, y al tercero formó á su vista el ejército en batalla. Pero viendo que nadie se le presentaba, se atrincheró á cincuenta estadios de distancia.

Entonces los Galos que militaban bajo las banderas romanas, al ver la mayor prosperidad de los Cartagineses, mancomunados entre sí, espieron la ocasión de atacar á los Romanos sin salir cada uno de su tienda. Después de haber cenado y haberse recogido dentro del campamento, dejaron pasar la mayor parte de la noche. Pero á la vigilia de la madrugada toman las armas hasta dos mil de á pie y pocos menos de doscientos de á caballo, dan sobre el campo de los Romanos, que estaba inmediato, matan muchos, hieren á no pocos, y por último, cortadas las cabezas de los muertos, marchan con ellas á los Cartagineses. Annibal recibió su venida con agrado, los colmó de elogios por el pronto, los prometió premios correspon-

dientes á cada uno para adelante y los remitió á sus ciudades para que informasen á sus conciudadanos de lo hasta allí obrado y los exhortasen á contraer con él alianza. Era preciso que todos por necesidad abrazasen el partido de Anníbal, á vista del insulto cometido por sus conciudadanos contra los Romanos. En efecto, vinieron, y con ellos los Boios, que le entregaron los tres personajes enviados por los Romanos para la división de las tierras, de quienes se habían apoderado contra todo derecho al principio de la guerra, como hemos dicho arriba. Anníbal aplaudió su buen afecto, les dió testimonios de su amistad y alianza, y les devolvió los tres Romanos, advirtiéndoles los custodiasen para canjear por ellos sus rehenes, como al principio habían pensado.

Mucho afligió á Scipión la traición de los Galos, y no dudando que enajenados de antemano sus ánimos contra los Romanos, se pasarían con este hecho todos los comarcanos al partido de los Cartagineses, resolvió poner remedio para adelante. Por lo cual, venida la noche, levantó el campo al amanecer, y tomó el camino hacia el río Trebia y eminencias á él inmediatas, para afianzar su seguridad en la fortaleza de aquel terreno y vecindad de sus aliados. Pero apenas advirtió Anníbal su mudanza, destaca prontamente en su seguimiento la caballería nómida, y poco después la restante, siguiéndose él detrás con todo el ejército. Los Nómidas hallaron desierto el campamento romano y le pusieron fuego. Esto tuvo mucha cuenta á los Romanos; como que si los hubieran perseguido los Nómidas sin detenerse, hubieran alcanzado los bagajes y hubieran muerto á muchos Romanos en aquellas llanuras. Pero llegaron cuando ya los más habían pasado el Trebia. Sólo faltaba la retaguardia, y de ésta una parte fué muerta y otra hecha

prisionera. Scipión, pasado el Trebia, sentó sus reales en las primeras colinas, y fortificado su campo con foso y trinchera, mientras esperaba á Sempronio y las legiones que con él venían, curaba su herida con cuidado, deseoso de tener parte en el futuro combate. Anníbal sentó su campo á cuarenta estadios de distancia del enemigo. Allí, los Galos que habitaban aquellas campiñas, alentados con los progresos de los Cartagineses, proveían abundantemente de víveres al ejército, y en toda acción ó peligro los hallaba Anníbal por compañeros.

#### CAPÍTULO XIX.

Pretextos á que atribuye Roma la causa de la derrota.—Anníbal toma por trato á Clastidio.—Refriega de la caballería y ventaja de Sempronio. Diversidad de pareceres entre los dos Cónsules sobre el estado de la guerra.—Emboscada de Anníbal.

Luego que llegó á Roma la noticia de la batalla entre la caballería, fué tanto mayor la sorpresa cuanto tenía la nueva de inesperada. Pero no faltaron pretextos á que atribuir el vencimiento. Unos culpaban la temeridad del Cónsul, otros la mala cuenta que de propósito habían dado de sí los Galos, infiriendo esto de la última deserción. Pero en fin, estando aún indemnes las legiones de á pie, se lisonjaban de que no había que temer de la salud de la república. Por eso cuando Sempronio pasó por Roma se creyó que desde que él hubiese unido sus legiones, la presencia sola de este ejército terminaría la guerra. Apenas se juntaron éstas en Arimino, como se habían convenido por juramento, cuando las tomó el Cónsul, y marchó con diligencia á incorporarse con



Scipión. Luego que se hubo acercado al campamento de éste, sentó sus reales á corta distancia, é hizo descansar sus legiones, que habían marchado cuarenta días continuos desde Lilibea á Arimino. Él, mientras, hacía todos los preparativos para la batalla, y conferenciaba frecuentemente con Scipión, ya informándose de lo pasado, ya deliberando sobre lo presente.

Durante este tiempo Anníbal tomó por trato la ciudad de Clastidio, entregándosela Brundusino, su gobernador por los Romanos. Dueño de la guarnición y de los acopios de trigo, se sirvió de éste para las presentes urgencias, y se llevó consigo á los prisioneros sin hacerles daño. Quería por este rasgo de humanidad dar á entender á los que en adelante se aprendiesen, que no había que desesperar de su clemencia. Recompensó al traidor magníficamente, con la mira de atraer al partido de Cartago todos los que obtenían algún cargo. Después, advirtiendo que algunos Galos de los que habitaban entre el Po y el Trebia habían contraído con él alianza, y al mismo tiempo se comunicaban con los Romanos, persuadidos á que por este medio hallarían seguridad en uno y otro partido; destacó dos mil infantes y mil caballos entre Galos y Númidas, con orden de que talasen sus tierras. Ejecutada prontamente esta orden, y dueños de un rico despojo, al instante acudieron los Galos al campamento romano para implorar su socorro.

Sempronio, que ya de antemano buscaba la ocasión de obrar, valiéndose ahora de este pretexto, envió allá la mayor parte de su caballería, y con ella hasta mil flecheros. Éstos, pasado prontamente el Trebia, vienen á las manos con los que traían el botín, los hacen volver la espalda y retirarse á su campamento. Las guardias avanzadas del campo cartagineses que lo advirtieron, marchan prontamente al

socorro de los que eran perseguidos, ponen en huida á los Romanos y los hacen volver hacia su campo. Entonces Sempronio, visto este accidente, destacó toda la caballería y los flecheros, con cuyo refuerzo vueltos á retroceder los Galos, se acogieron dentro de sus fortificaciones. Pero Anníbal, que á la sazón se hallaba desprevenido para una acción general, y creía que era oficio de un prudente capitán no aventurar jamás trance decisivo por leves pretextos y sin designio, se contentó con detener á los que se refugiaban al real y obligarles á volver hacer frente al enemigo; pero les prohibió por medio de sus edecanes y trompetas perseguirle ni venir á las manos. Los Romanos persistieron algún tiempo; pero al fin se retiraron, después de haber perdido alguna gente y haber muerto un gran número de Cartagineses.

Soberbio y alegre Sempronio con tan feliz suceso, ardía en vivos deseos de venir cuanto antes á una batalla decisiva. Aunque se había propuesto manejarlo todo á su arbitrio, por estar Scipión enfermo, no obstante conferenciaba con él sobre el asunto, con la mira de tener también el voto de su colega. Scipión era del sentir opuesto en las actuales circunstancias. Creía que ejercitado el soldado durante el invierno, se haría después más esforzado; que la inconstancia de los Galos, viendo á los Cartagineses en inacción y mano sobre mano, no persistiría en la fe y maquinaría alguna nueva traición contra ellos; y, por último, que restablecido él de su herida, haría algún útil servicio á la república. De estas razones se valía para persuadirle á no pasar adelante. Sempronio conocía bien la verdad y conveniencia de estos consejos; pero se dejaba arrastrar de la ambición y demasiada confianza. Anhelaba temerariamente decidir por sí el asunto antes que Scipión pudiese in-

tervenir en la acción, ó le previniesen en el mando los Cónsules sucesores, de cuya elección era ya el tiempo. Y así como no se acomodaba á las circunstancias de los negocios, sino á las suyas, nadie dudaba en que le desmentirían sus deliberaciones. Anníbal, aunque del mismo sentir que Scipión sobre el estado presente, infería lo contrario. Deseaba venir á las manos cuanto antes, con el designio, primero de aprovecharse de aquellos recientes impulsos de los Galos; después de batirse con unas tropas inexpertas y recién levantadas, y últimamente de no dar tiempo á Scipión para asistir al combate. Pero el motivo más poderoso era por hacer algo y no dejar pasar el tiempo inútilmente. En efecto, el único medio de conservarse un general que llega con ejército á un país extraño y emprende una conquista extraordinaria, es renovar con continuas empresas las esperanzas de sus aliados. En este supuesto se disponía para una acción, seguro de que Sempronio no dejaría de atacarle.

Anníbal, habiendo observado de antemano que el espacio que mediaba entre los dos campos era un sitio llano y descampado, pero á propósito para emboscadas, por correr un riachuelo cuyas elevadas márgenes estaban cubiertas de espesas zarzas y jarales, pensó en armar una celada á los contrarios. Ésta le era tanto más fácil, cuanto que los Romanos, recelándose únicamente de los terrenos montuosos, por acostumar los Galos á armarles siempre asechanzas en semejantes parajes, vivían confiados en los lugares llanos y descubiertos, sin hacerse cargo que á veces una llanura es más á propósito para poner una emboscada más á cubierto y á menos riesgo que los matorrales. En ésta los que están ocultos registran con anticipación la campiña, y nunca les faltan emi-

nencias capaces para esconderse. Cualquiera mediana margen de un riachuelo, cualquier cañaveral, cualquier zarzal ú otro cualquier género de jarales, basta para cubrir no sólo la infantería, sino á veces la caballería, con la corta precaución de inclinar de espaldas hacia la tierra el reverbero de las armas y poner por bajo los morriones.

Anníbal, pues, habiendo dado parte á su hermano Magón y demás de la junta de lo que después pensaba hacer, todos aplaudieron su designio. Apenas hubo cenado el ejército, llama á Magón su hermano, joven por cierto, pero lleno de espíritu é instruido en el arte militar, y le da el mando de cien hombres de á caballo y otros tantos de á pie. Le previene que escoja los que le parezcan más esforzados de todo el ejército, y después de haber cenado vengan todos á su tienda antes de anochecer. Luego que los hubo exhortado y excitado en ellos el valor que requería el caso, mandó á cada uno escoger de su propia compañía los más bravos, y venir á cierta parte del campamento. Ejecutada la orden, se juntó un número de mil caballos y otros tantos de á pie, y los envió por la noche al sitio de la emboscada, dándoles guías y previniendo á su hermano el tiempo de acometer. Él, mientras, junta al amanecer á los Númidas, gentes hechas á toda prueba, y después de haberlos exhortado y prometido premios á los que se señalasen, ordena que se acerquen al campo contrario, y hecha la primera descarga, vuelvan prontamente á pasar el río, para poner en movimiento al enemigo. Todo su fin era coger á Sempronio en ayunas y desprevenido para la acción. Después convoca á los demás oficiales é igualmente los anima para el combate, previniéndolos den de comer á toda la gente y hagan tener prontas sus armas y caballos.

## CAPÍTULO XX.

## Batalla del Trebia.

Apenas advirtió Sempronio que la caballería númida se acercaba (219 años antes de J. C.), destacó sobre la marcha la suya, con orden de obrar y venir con ella á las manos. A su consecuencia envió seis mil flecheros de á pie y él se echó fuera del campamento con las tropas restantes. Estaba tan satisfecho de la mucha gente que mandaba y de la ventaja que había ganado el día anterior sobre la caballería, que creía que sola la presencia bastaba para la victoria. Era entonces el rigor del invierno, nevaba aquel día y hacía un frío excesivo. Casi todos los hombres y caballos habían salido sin desayunarse. Al principio ostentó la tropa mucho espíritu y gallardía; pero luego que hubo pasado el Trebia, que á la sazón iba tan crecido por la lluvia que había caído durante la noche en aquellos contornos, que llegaba el agua al soldado hasta los pechos; el frío y el hambre (como ya era entrado el día) la abatió enteramente. Al contrario, los Cartagineses habían comido y bebido en sus tiendas, tenían pensados sus caballos y se habían untado y armado alrededor del fuego.

No bien los Romanos habían vadeado el río, cuando Anníbal, que aguardaba este lance, envía por delante para refuerzo de los Númidas á los lanceros y honderos de las islas Baleares en número de ocho mil, y sale él con todo el ejército. A distancia de ocho estadios del campo formó sobre una línea recta su infantería, compuesta casi de veinte mil hombres, Es-

pañoles, Galos y Africanos. La caballería, que con la de los Galos aliados ascendía á más de diez mil hombres, la dividió sobre sus alas, y delante de éstas situó los elefantes divididos en dos trozos. Durante este tiempo Sempronio mandó retirar su caballería, á vista de no saber qué partido tomar contra un enemigo que, al paso que huía con facilidad y desorden, volvía otra vez á la carga con valor y esfuerzo. Tal es el privativo modo de pelear de los Númeritas. Situó después la infantería según el orden de batalla que acostumbran los Romanos. Esta se componía de diez y seis mil Romanos y veinte mil aliados, número á que asciende un ejército completo cuando se trata de una acción general y las urgencias han unido los dos Cónsules. Cubrió después sus dos alas con la caballería, compuesta de cuatro mil hombres, y avanzó arrogante á los contrarios, marchando á lento paso y en orden de batalla.

Ya que estuvieron á tiro unos y otros, los armados á la ligera, que estaban al frente, comenzaron la acción. Todo lo que tuvo de perjudicial este preludio á los Romanos, tuvo de ventajoso á los Cartagineses. Pues á más de que los flecheros romanos de á pie estaban fatigados desde por la mañana y habían arrojado la mayor parte de sus dardos en la refriega contra los Númeritas, la continua humedad les había inutilizado los restantes. Igual penalidad sufría la caballería y el ejército todo. Pero á los Cartagineses sucedía todo lo contrario. Valientes y vigorosos habían entrado en la pelea de refresco, y acudían con facilidad y prontitud donde era necesario. Así, lo mismo fué retirarse por los intervalos los que peleaban al frente y venir á las manos la infantería pesadamente armada, que quedar arrollada en ambas alas la caballería romana por la cartaginesa, que era muy

superior en número y había reparado al salir sus fuerzas y las de sus caballos. En efecto, abandonado el puesto por la caballería romana y desamparados los costados de la falange, los lanceros cartagineses y la tropa nómida ocupan el puesto de los que estaban delante, atacan la infantería romana por los flancos y la ponen en tal conflicto que no la dejan pelear contra los que tenía al frente. Los pesadamente armados, que de ambas partes ocupaban la vanguardia y centro de toda la formación, pelearon sin ceder por mucho tiempo y mantuvieron igual el combate.

A este tiempo salieron los Nómidas de la emboscada, y cargando de repente por la espalda á los que peleaban en el centro, pusieron en gran turbación y congoja las legiones romanas. Por último, atacadas ambas alas de frente por los elefantes, alrededor y en flanco por los armados á la ligera, vuelven la espalda y son rechazadas y perseguidas hasta el río inmediato. A este tiempo los Nómidas de la emboscada atacan, matan y destrozan las últimas líneas del centro de los Romanos, pero las primeras, forzadas de la necesidad, vencen á los Galos y una parte de Africanos, hacen en ellos una gran carnicería y se abren paso por medio de los Cartagineses. Estas, apenas advirtieron el destrozo de sus alas, perdieron la esperanza de poderlas dar socorro ó volver otra vez al campamento. Pues el terror de la caballería, el río y la lluvia que caía, eran otros tantos obstáculos á sus intentos y retorno. Por lo cual, sin perder la formación ni desunirse, se retiraron á Placencia sin peligro, en número poco menos de diez mil. De los restantes, la mayor parte pereció á las orillas del río, á manos de los elefantes y de la caballería. La infantería que se salvó y una gran parte de caballería siguió las huellas del cuerpo de tropas que hemos dicho y

se refugiaron con ellas en Placencia. El ejército cartaginés siguió el alcance hasta el río, pero imposibilitado de pasar adelante por el frío, se retiró otra vez al campamento. Todos estaban gozosos con el feliz éxito de la acción. La mortandad de Españoles y Africanos fué corta, de Galos fué más considerable; pero la lluvia y la nieve maltrató á todos tan cruelmente que, á excepción de uno, murieron todos los elefantes, y el frío acabó con muchos hombres y caballos.

## CAPÍTULO XXI.

Preparativos que hace Roma para la campaña siguiente.—Expedición de Cn. Cornelio Scipión en la España.—Artifícios de que se vale Annibal para atraer los Galos á su partido y asegurar su persona de un atentado.—Resolución de pasar á la Toscana.

Sempronio no ignoraba su derrota, pero queriendo ocultar en lo posible al Senado y pueblo romano lo sucedido, despachó correos que diesen cuenta de cómo la batalla se había dado, y lo riguroso de la estación la había arrebatado de las manos la victoria. Los Romanos por el pronto dieron crédito á estas noticias; pero informados poco después de que los Cartagineses ocupaban el campamento de los suyos; que los Galos todos habían abrazado el partido de Annibal; que sus legiones, abandonado el campo de batalla, se habían refugiado en las ciudades inmediatas y no tenían más provisiones que las que les venían del mar por el Po; entonces acabaron de comprender á punto fijo el éxito de la batalla. En medio de un accidente tan inesperado, se puso suma diligencia en acopiar provisiones, cubrir los países fronterizos, enviar tropas á Cerdeña y Sicilia, poner guarniciones en Tarento y



demás puestos oportunos y equipar una escuadra de sesenta naves de cinco órdenes. A más de esto, Cn. Servilio y Cayo Flaminio, que á la sazón habían sido nombrados cónsules, levantaron tropas entre los aliados, alistaron legiones entre los suyos y acopiaron víveres en Arimino y en la Etruria, como que en estos lugares se había de hacer la campaña. Imploraron también el socorro de Hierón, que les envió quinientos Cretenses y mil rodeleros. En fin, por todas partes se tomaron las medidas más eficaces. Tales son los Romanos en general y en particular; entonces más formidables cuanto más inminente es el riesgo.

Durante este tiempo (219 años antes de J. C.), Cn. Cornelio, á quien su hermano Publio había dejado el mando de las fuerzas navales, como hemos dicho arriba, haciéndose á la vela con toda la escuadra desde las bocas del Ródano, aportó á aquella parte de España llamada Emporio. Allí, echando á tierra sus tropas, puso sitio á todos los pueblos marítimos hasta el Ebro que rehusaron obedecerle, y recibió con agasajo á los que de voluntad se entregaron, procurando en lo posible no se les hiciese extorsión alguna. Luego que hubo asegurado estas conquistas, penetró tierra adentro con su ejército, ya notablemente engrosado con los aliados españoles. Al paso que se iba internando, recibía unos pueblos en su amistad, otros los reducía por fuerza. Los Cartagineses que mandaba Hannón en aquellos países vinieron á acamparse delante de él, alrededor de una ciudad llamada Cissa; pero Scipión, formadas sus huestes, les dió la batalla, la ganó y se apoderó de un rico botín; como que en poder de éstos había quedado el equipaje todo de los que habían pasado á Italia. Fuera de esto, contrajo alianza y amistad con todos los pueblos de esta

parte del Ebro, y tomó prisioneros al general Hannón y al español Indivilis. Este era un potentado en lo interior del país, que había sido siempre sumamente afecto á los intereses de Cartago.

Apenas supo Asdrúbal lo que había sucedido, pasó el Ebro, y vino prontamente al socorro. Enterado de que las tropas navales de los Romanos vivían desmandadas y llenas de confianza por la ventaja que habían ganado las legiones de tierra, toma de su ejército ocho mil infantes y mil caballos, sorprende estas tropas dispersas por aquellos campos, mata á muchos y precisa á los restantes á refugiarse á sus navíos. Después de lo cual se retira, vuelve á pasar el Ebro, y sentado su cuartel de invierno en Cartagena, entrega todo su cuidado á los preparativos y defensa del país de parte acá del Ebro. Scipión, vuelto á la escuadra, castigó los autores de este descuido según la disciplina romana, y hecho después un cuerpo de las tropas terrestres y navales, marchó á invernar á Tarragona. Aquí distribuyó por partes iguales el despojo entre los soldados, con lo que se granjeó su afecto y benevolencia para adelante. Tal era el estado de los negocios de España.

Venida la primavera (218 años antes de J. C.), Flaminio tomó sus legiones, atravesó la Etruria, y vino á campar á Arrecio. Entretanto Servilio marchó á Arimino para contener por aquella parte el ímpetu del enemigo. Anníbal durante el cuartel de invierno en la Galia Cisalpina retuvo en prisiones á los Romanos que había cautivado en la última batalla, suministrándoles escasamente lo necesario. Pero por lo tocante á los aliados, después de haberlos tratado por el pronto con toda humanidad, los juntó y les dijo: que él no había venido á pelear contra ellos, sino contra los Romanos por su defensa: que era interes

suyo, si lo consideraban atentamente, el preferir su amistad; puesto que el principal motivo de su venida era por restituir la libertad á los Italianos, y ayudarles á recobrar las ciudades y campos de que los Romanos les habían despojado. Dicho esto, despidió á todos á sus casas sin rescate. Su designió en esto era, á más de atraer por este medio á su partido los pueblos de Italia y enajenar sus ánimos de los Romanos, conmover también á aquellos cuyas ciudades ó puertos estaban bajo el poder romano.

Durante los cuarteles de invierno se valió de esta astucia, propia de un Cartaginés. Temeroso de la inconstancia de los Galos, y trazas que podían maquinar contra su persona, por estar aún reciente la alianza que con ellos había contraído, mandó hacer gorras y caperuzas adaptables á toda clase de edades. De estas usaba continuamente, desfigurándose ya con una, ya con otra. A proporción de la gorra, mudaba igualmente de vestido; de suerte que no sólo los que le veían de paso, sino aun los que se paraban á hablarle tenían trabajo en conocerle.

Advirtiéndole después que los Galos sufrían con impaciencia que su país fuese el teatro de la guerra, y que deseaban y anhelaban la ocasión de invadir las tierras del enemigo, pretextando el odio contra los Romanos, cuando en realidad era la codicia del despojo; resolvió levantar el campo cuanto antes y satisfacer los deseos de las tropas. Luego que se mudó la estación del tiempo, se informó de aquellos que le parecieron más prácticos en los caminos. Halló todas las otras entradas al país enemigo, largas y sabidas de los Romanos. Sólo la que al través de unas lagunas conducía á la Etruria le pareció penosa, pero corta, y extraña en el concepto de Flaminio. Desde luego se halló más conforme á su inclinación este camino, y

resolvió hacer por él el viaje. Esparcida la voz en el ejército de que el General los había de llevar por ciertas lagunas, todos comenzaron á temer al considerar los lagos y pantanos de la marcha.

## CAPÍTULO XXII.

Tránsito de los pantanos de Clusio, é incomodidades que sufrió el ejército cartaginés.—Carácter de Flaminio.— Estudio principal que debe hacer un General.

Anníbal, informado por menor de que los lugares por donde había de pasar eran cenagosos, pero de suelo firme y sólido, levantó el campo. Puso en la vanguardia á los Africanos y Españoles con todo lo más fuerte del ejército, y con ellos incorporó el bagaje, á fin de que por el pronto no les faltase cosa alguna. Para adelante descuidó en un todo de la provisión del soldado; pues creía, que una vez llegado al país enemigo, si era vencido, no necesitaría de nada; y si vencedor, todo le sobraría. A consecuencia de éstos situó los Galos; y detrás de todos la caballería. Encargó á su hermano Magón el cuidado de la retaguardia, para que dado caso que la flojedad y aversión al trabajo en especial de los Galos ó de alguno otro, molestada del camino quisiese volver atrás, lo impidiese con la caballería, y obligase por fuerza. Los Españoles y Africanos, como caminaban por los pantanos cuando no estaban aún hollados, y á más eran gentes sufridas y acostumbradas á semejantes fatigas, pasaron sin mucho trabajo. Al contrario los Galos, avanzaban á mucha costa, como que ya estaba conmovido y pisoteado el fondo de las lagunas. Esta fatiga se les hacia tanto más penosa é insoportable, cuanto que eran bi-

soños en semejantes trabajos. Pero no podían volver pie atrás, porque la caballería se venía echando encima. Convengamos, pues, en que todos tuvieron mucho que sufrir, principalmente por la falta de sueño; como que por espacio de cuatro días y tres noches continuas tuvieron que caminar dentro del agua. Pero quienes con especialidad padecieron fatigas y miserias sobre los demás, fueron los Galos.

La mayor parte de bestias cayeron y murieron en el lodo. De su caída resultaba una ventaja al soldado; pues sentándose sobre ellas ó sobre el cúmulo de sus cargas, subsistía sobre el agua y dormía de este modo un corto espacio de la noche. La continua marcha por lugares pantanosos fué causa de que muchos caballos perdiesen los cascos. Anníbal mismo, montado sobre el único elefante que le había quedado, se salvó con mucho trabajo; pues incomodado de una grave dolencia que le sobrevino á la vista, al cabo perdió un ojo, por no permitirle la urgencia ni tiempo ni sosiego para curarse.

Después de haber pasado Anníbal estos pasos pantanosos contra lo que todos esperaban, y haberse informado de que Flaminio campaba en la Etruria delante de Arrecio, sentó él sus reales al margen de las lagunas. Su designio era dar descanso á la tropa, indagar la disposición del Romano, y naturaleza del terreno que tenía delante. En efecto, averiguó que el país que tenía á la vista abundaba mucho en riquezas; y que todo el talento de Flaminio se reducía á saberse insinuar en el espíritu del vulgo y populacho, pero que para el manejo de asuntos serios y mando militar era negado, á más de que vivía muy satisfecho de sus fuerzas. De aquí infería que si conseguía pasar de la otra parte del campamento contrario y apostarse en aquellos lugares á su vista, el Cónsul, im-

paciente con los escarnios de la tropa, no podría mirar con indiferencia la tala del país, y punzado del dolor, vendría prontamente al socorro, y le seguiría á cualquier parte, con el anhelo de apropiarse para sí solo la victoria, antes que llegase su colega. De estos movimientos se prometía muchas proporciones para atacarle.

En efecto, no se puede negar que Anníbal discurría con sobrado juicio y experiencia. Porque si alguno presume que en el arte militar hay otra prenda más estimable que estudiar á fondo la inclinación y carácter de su antagonista, este tal yerra y tiene unas ideas muy confusas. A la manera que en un combate particular de hombre á hombre ó línea á línea es preciso que el que se propone vencer considere atentamente los medios de poder conseguir el fin propuesto, y explore cuál es la parte flaca é indefensa del contrario; del mismo modo se requiere que los que mandan ejércitos indaguen en su antagonista, no cuál es la parte desarmada de su cuerpo, sino cuál es el feble de su espíritu para mejor sorprenderle. Generales hay cuya desidia y total inacción ha arruinado del todo no sólo los negocios del Estado, sino aun sus propios intereses. Otros, que por el inmoderado deseo al vino ni dormir pueden, si la borrachera no ha enajenado sus sentidos. Y no faltan quienes, por amor á las mujeres y embeleso en estos placeres, sacrificaron ciudades y haciendas, y aun se acarrearón una vida vergonzosa. La cobardía y desidia granjean una ignominia particular al que las tiene; pero en un General son peste universal y la más contagiosa. En manos de éstos, un ejército no sólo se hace indolente, sino que muchas veces fiado en tal cabeza incurre en los mayores desastres. La temeridad, la confianza, la cólera inconsiderada, la vanidad y el orgullo.

son otras tantas ventajas para los enemigos, y perjuicios para los suyos. Un General semejante es cebo de toda asechanza, emboscada ó artificio. Y así creo que si un General pudiese conocer las flaquezas del otro, y atacar á los contrarios por aquel flanco por donde su atagonista está menos defendido, en muy corto tiempo conquistaría todo el mundo. Pues á la manera que, perdido el gobernalle de un navío, todo el vaso con la tripulación viene á poder del enemigo, del mismo modo un General en la guerra, si se deja sorprender por astucia ó artificio, él y toda su gente vienen las más veces á ser víctima de los contrarios. En efecto, no desmintieron la idea de Anníbal los pronósticos y conjeturas que hizo entónces del General romano.

### CAPÍTULO XXIII.

Batalla del lago Trasimenes ganada por Anníbal.— Distinción que hace entre los prisioneros romanos y los aliados.

Apenas hubo Anníbal levantado el campo (218 años antes de J. C.) de los contornos de Fesula, y avanzado un poco más allá del campamento romano, atacó el país inmediato. Al instante Flamínio, irritado y fuera de sí, reputó este paso del Cartaginés por un desprecio á su persona. Pero cuando vió después la tala de la comarca y el humo que por todas partes indicaba la asolacion de la campiña, se lamentó amargamente, teniendo ésta por la más cruel afrenta. Así fué que, aconsejándole algunos que de ningún modo convenía marchar arrebatadamente al enemigo, ni venir con él á las manos, sino estar á la

defensiva, respetar el número de su caballería, y sobre todo esperar al otro cónsul para dar la batalla con todas las legiones juntas, no sólo no hizo caso de sus avisos, pero ni sufrir pudo á los que tal le aconsejaban. «Ahora bien, les dijo: recapacitad en vuestro interior qué dirán en nuestra patria al ver talados los campos casi hasta la misma Roma y nosotros campados en la Eutraria á espaldas del enemigo.» Por último, dicho ésto, levantó el campo y marchó con el ejército sin ninguna previa noticia de las circunstancias ni del terreno; sólo sí con el ardiente deseo de venir á las manos, como si tuviese segura la victoria. Era tal la confianza que había inspirado en la multitud, que eran más los que iban á consecuencia del ejército por la codicia del botín, cargados de cadenas, grillos y otros semejantes aparatos, que los mismos armados. Entretanto Anníbal avanzaba siempre hacia Roma por la Etruria, teniendo la ciudad de Cortona y montes á ella vecinos á la izquierda, y el lago Trasimenes á la derecha. Al paso que se iba internando, incendiaba y talaba los campos, para provocar más la cólera del Cónsul. Pero luego que advirtió que ya estaba cerca Flaminio, reconoció los puestos oportunos para su intento, y se dispuso para una batalla.

Había sobre el tránsito un llano valle, cuyos dos costados á lo largo estaban coronados de unos cerros encumbrados y continuos. En su anchura tenía al frente una montaña escarpada y de difícil acceso, y á la espalda un lago, entre el cual y las raíces de los collados quedaba una entrada muy estrecha que conducía al valle. Anníbal, pues, habiendo entrado en este sitio por el desfiladero inmediato al lago, tomó la montaña del frente, y apostó en ella los Africanos y Españoles. Situó los Baleares y lanceros de la van



guardia alrededor de los cerros que caían á la derecha, dándoles la mayor extensión que pudo. Igualmente colocó la caballería y los Galos alrededor de los de la izquierda; pero con tal extensión, que los últimos tocasen con la entrada que entremedias del lago y el pie de las montañas conducía al valle. Dadas estas disposiciones durante la noche, y apostadas varias emboscadas alrededor del valle, se estaba quieto. Flaminio marchaba detrás, con el anhelo de alcanzar al enemigo. El día anterior, por haber llegado tarde, campó á las márgenes del lago; pero al amanecer del siguiente condujo por el lago su vanguardia al inmediato valle, con el fin de provocar al enemigo.

Había aquel día una niebla muy espesa. Lo mismo fué conocer Anníbal que la mayor parte del ejército había entrado en el valle, y tocaba ya con él la vanguardia enemiga, dió la señal de acometer, y envió orden á los que estaban emboscados para atacar á un tiempo á los Romanos por todas partes. Flaminio se sorprendió de un lance tan imprevisto. Los jefes y tribunos romanos, rodeados de una densa niebla que les impedía la vista, y atacados é invadidos desde lo alto por diferentes partes, no sólo se hallaban imposibilitados de acudir á donde era necesario, pero ni aun entender podían lo que pasaba. En efecto, ya les acometían por el frente, ya por la espalda, ya por los costados, de que provenía que los más eran pasados á cuchillo en la misma forma que iban marchando, sin darles lugar á ponerse en defensa, vendidos, digámoslo así, por la impericia de su jefe. Estaban aún deliberando lo que habían de hacer, cuando de improviso descargaba sobre ellos el golpe de la muerte. A esta sazón, Flaminio, abatido y desesperanzado de todo remedio, perdió la vida á manos de ciertos Galos que le atacaron. Murieron en el valle casi quince mil

Romanos, sin poder obrar ni evitar el lance. Esta es una ley inviolable en su disciplina, no huir ni desamparar las líneas. Los que á la entrada del desfiladero fueron interceptados entre el lago y el pie de las montañas, tuvieron una muerte vergonzosa, ó por mejor decir, lastimosa. Impelidos dentro del lago unos, turbado el sentido se echaron á nadar, y con el peso de las armas se ahogaron; y los más se metieron hasta donde pudieron, dejando solo la cabeza fuera del agua. Mas luego que sobrevino la caballería, viendo inevitable su ruina, levantaban las manos, pedían la vida, y hacían todo género de humillaciones; pero al fin, ó fueron degollados por los enemigos, ó animándose mutuamente se dieron una muerte voluntaria. Solos seis mil hombres de los que entraron en el valle, vencieron á los que tenían al frente; y aunque muy capaces de contribuir en gran parte á la victoria, ni pudieron dar socorro á los suyos, ni rodear á los contrarios, por no ver lo que se hacían. Con el afán de ir adelante, marchaban creyendo encontrar siempre Cartagineses, hasta que sin saber cómo se hallaron en las cumbres. Puestos en lo más alto, y disipada ya la niebla, advirtieron el estrago sucedido, é imposibilitados de hacer algún esfuerzo, por estar ya el enemigo apoderado de toda la campaña, se retiraron unidos á cierto lugar de la Etruria. Después de la acción se destacó allá al capitán Maharbal con los Españoles y lanceros, sitió el lugar por todas partes, y los redujo á tal escasez, que depuestas las armas, se rindieron bajo la sola condición de que les salvaran las vidas. Así pasó en general la batalla que se dió en la Etruria entre Romanos y Cartagineses.


Anníbal, traídos á su presencia los prisioneros, tanto los que Maharbal había hecho como los otros, los junta todos en número de más de quince mil, y

ante todas cosas les dice: que Maharbal no tenía facultades para asegurarles la vida sin haberle consultado. De aquí tomó motivo para reprender á los Romanos; y hecho esto, distribuyó entre los batallones, para que los custodiasen, á cuantos habian sido cogidos. A los aliados los dejó ir todos á sus casas sin rescate, advirtiéndoles lo mismo que anteriormente había dicho, que él no había venido á hacer la guerra á los Italianos, sino á los Romanos, por recobrar á ellos la libertad. Después dió descanso á sus tropas, é hizo los funerales á treinta de los más principales de su ejército que habían muerto. La pérdida total ascendía á mil quinientos hombres, la mayor parte Galos. Hecho esto, seguro ya de la victoria, deliberaba con su hermano y demás confidentes por dónde y cómo adelantaría sus conquistas.

## CAPÍTULO XXIV.

Sensación que hace en Roma esta derrota.—Pérdida de cuatro mil caballos que mandaba C. Centenio.—Tránsito de Annibal por la Ombria y el Piceno hasta la costa del Adriático.

Llegada á Roma la noticia de esta derrota, los magistrados no pudieron suavizar ni minorar el hecho, por ser un infortunio de tanto bulto; y así, convocado á junta el pueblo, se vieron en la precisión de declararle la verdad del caso. Apenas el pretor dijo desde la tribuna á los circunstantes: *hemos sido vencidos en una gran batalla*, la consternación fué tal, que los que se habían hallado en una y otra parte, creyeron haber hecho entonces más estrago estas palabras que la batalla misma. Y con razón; pues no estando acostumbrados de tiempo inmemorial á oír palabra



ó acción que confesase su vencimiento, sentían ahora la pérdida sin medida y sin consuelo. Solo el Senado subsistió invariable en el ejercicio de sus funciones, providenciando lo qué y cómo cada uno había de obrar en adelante.

Durante el tiempo de la acción (218 años antes de J. C.), el cónsul Cn. Servilio, que guarneecía los contornos de Arimino, esto es, la costa del golfo Adriático en donde se unen las llanuras de la Galia con lo restante de Italia, no lejos de las desembocaduras del Po en el mar; Servilio, digo, informado de que Anníbal había entrado en la Etruria y estaba campado delante de Flaminio, había resuelto unirse al Cónsul con sus legiones. Pero imposibilitado por la pesadez del ejército, envió delante con diligencia á Cayo Centenio con cuatro mil caballos, para que en caso de necesidad socorriese á Flaminio antes de que él llegase. Apenas después de la batalla tuvo Anníbal el aviso de este socorro, destacó al encuentro á Maharbal con los lanceros y un trozo de caballería. No bien éstos habían venido á las manos, cuando al primer choque perdió Centenio casi la mitad de la gente. El resto fué perseguido hasta una colina, y el día siguiente fué hecho prisionero. Tres días hacía que había llegado á Roma la noticia de la batalla, y como que entonces fermentaba con mayor vigor por la ciudad la sensación de este infortunio, cuando sobrevino este otro descalabro que abatió no sólo al pueblo sino al Senado mismo. Paró el despacho de los negocios anuales, se omitió la elección de los magistrados mayores, se deliberó sobre el estado presente, y se creyó que la actualidad de los negocios y urgencia de las circunstancias exigían un magistrado con autoridad absoluta.

Anníbal, aunque seguro ya de una victoria tan completa, no juzgó á propósito acercarse á Roma por

el pronto. Contentóse, sí, con batir la campaña y talarla impunemente, encaminándose hacia el Adriático. Atravesó la Ombría y el Piceno, y llegó al décimo día á la costa del golfo. Hizo en este tránsito un botín tan copioso, que ni llevar ni conducir podía el soldado lo que había saqueado, y pasó á cuchillo una multitud de hombres prodigiosa. Había mandado matar á todos los que se encontrasen en edad de llevar las armas, á la manera que se ejecuta en la toma de las ciudades. Tan antiguo é implacable era el odio que tenía contra los Romanos.

Campado el Cartaginés junto al mar Adriático, en una provincia feraz en todo género de producciones, puso toda la atención en el recobro y convalecencia, no menos de las tropas que de los caballos. Pues como habían pasado un invierno á la inclemencia en la Galia Cisalpina, el frío, la inmundicia, el tránsito por las lagunas y las miserias, habían engendrado igualmente en hombres que en caballos una especie de sarna y de laceria. Por tanto, dueño de un país abundante, engordó sus caballos, restauró las fuerzas y espíritu de sus tropas, y señor de innumerables armas con tantos despojos, armó los Africanos á la moda romana. Aquí fué donde envió por mar noticia á Cartago de lo hasta allí ocurrido. Pues hasta entonces no se había acercado al mar desde que había entrado en Italia. Con estas nuevas se alegraron infinito los Cartagineses, y pusieron gran conato y diligencia en promover de todos modos los asuntos de la Italia y de la España.

## CAPÍTULO XXV.

Fabio nombrado dictador.—Diferencia entre la *Dictadura* y el *Consulado*.—Razones que movieron á Fabio á atenerse sólo á la defensiva.—Conducta opuesta de Minucio.—Resolución de Aníbal de pasar á la Campania.—Descripción de esta provincia.

En Roma se eligió por dictador á Quinto Fabio (218 años antes de J. C.), personaje distinguido por su prudencia y por su ilustre nacimiento. Aun en nuestros días se llamaba á los de esta familia *Máximos*, esto es, muy grandes, por las gloriosas acciones de su ascendiente. Esta es la diferencia que hay entre la *dictadura* y el *consulado*: que al cónsul acompañan doce lictores, y al dictador veinticuatro. Aquél necesita en muchos casos de la autoridad del Senado para ejecutar sus designios; éste es un magistrado de potestad absoluta, que una vez nombrado, cesa toda otra autoridad, á excepción de la de los tribunos. Pero de esto haremos en otro lugar una digresión más exacta. Con el dictador se nombró también á M. Minucio por general de la caballería. Este oficial está bajo las órdenes del dictador; pero cuando éste está ocupado, ejerce, digámoslo así, sus funciones.

Aníbal mudaba de tiempo en tiempo su campamento, sin salir del país vecino al mar Adriático. Hacía lavar los caballos con vino añejo, de que allí hay abundancia, con lo que los limpió de la laceria y sarna que tenían. Igualmente cuidaba de que los heridos se curasen y los restantes recobrasen la robustez y brío para las empresas que meditaba. En este estado, luego que hubo atravesado y talado los campos de Pretutiano y de Adria, como asimismo los de

los Marrucinos y Ferentanos, dirigió su marcha hacia la Apulia. Esta provincia está dividida en tres partes con sus tres denominaciones. Una ocupan los Daunios y otra los Messapios. Anníbal primero invadió la Daunia, y comenzando por Luceria, colonia romana, arrasó sus contornos. Después, acampado alrededor de Ibonio, corrió el país de los Argiripianos y taló impunemente la Daunia toda.

Por este tiempo Fabio, tomada posesión de su empleo, salió á campaña con el General de la caballería y cuatro legiones que por costumbre se habían para él alistado, después de haber ofrecido sacrificios á los Dioses. Luego que se incorporó sobre las fronteras de la Daunia con las tropas que habían venido al socorro desde Arimino, separó á Servilio del mando de las legiones de tierra y le envió bien escoltado á Roma con orden de acudir donde fuese necesario, si los Cartagineses hiciesen algún movimiento por mar. Él, con el General de la caballería, tomó las legiones y se fué á campar alrededor de Aigas, á cincuenta estadios de los Cartagineses.

Anníbal, informado de la venida de Fabio, para aterrar á los contrarios al primer ímpetu, sacó su ejército, le acercó al campo romano y le formó en batalla. Después de un corto rato de estancia, viendo que ninguno salía, se retiró otra vez á su campamento. Fabio, resuelto á no emprender cosa sin consejo ni aventurar el trance de una batalla, sino á atender primeramente y sobre todo á la seguridad de los suyos, vivía firme en este propósito. Al principio fué motejado y burlado de que temía y rehusaba la acción; pero el tiempo hizo confesar y conceder á todos que, en tan críticas circunstancias, ninguno era capaz de haberse manejado con más prudencia y cordura. Aun el éxito mismo de los negocios calificó prontamente de acer-

tadas sus reflexiones. Y con razón; pues las tropas cartaginesas estaban ejercitadas desde su primera edad en continuas guerras. Tenian á su cabeza un General criado entre ellas é instruído desde la infancia en todas las evoluciones militares. Habian ganado muchas batallas en la España y vencido dos veces consecutivas á los Romanos y sus aliados. Y sobre todo, destituídas de todo recurso, sólo fundaban la esperanza de su salud en la victoria. Lo contrario á esto sucedía en el ejército romano. Por lo cual Fabio, en el supuesto de que no era posible venir al trance de una acción general sin ser cierta su ruina, se atuvo á aquellas ventajas que le dictaba su prudencia, se contuvo en ellas y por ellas manejó la guerra.

Las ventajas que tenía Fabio, y que no le podian faltar, era una abundante copia de provisiones y un prodigioso número de soldados. Bajo este plan se propuso en adelante seguir siempre de cerca á los contrarios y ocupar con anticipación los puestos oportunos de que tenía noticia. Como por la espalda le venían abundantes socorros, no dejaba jamás salir á forrajear al soldado ni que se desmandase un punto fuera del real; al contrario, los retenía juntos y reunidos, y observaba la oportunidad de los lugares y ocasiones. De este modo interceptaba y mataba muchos Cartagineses, que por desprecio se separaban á forrajear fuera del campo. Su designio en esto era privar siempre á los contrarios de estas partidas que se desmandaban, y al mismo tiempo infundir aliento poco á poco por medio de estas particulares ventajas y recobrar el espíritu de sus legiones vencidas antes en campales batallas. Pero hacerle consentir en dar un combate general, era imposible. A Minucio de ningún modo agradaba esta conducta. Unía su sentir al de las tropas, y difamaba á Fabio en el concepto de todos.



porque manejaba la guerra con poca actividad é indolencia; pero que él, al contrario, anhelaba venir á las manos y aventurar la batalla.

Los Cartagineses, después de haber saqueado los campos que hemos dicho, pasaron el Apenino y se dejaron caer sobre los Samnitas, país abundante, y que gozaba, después de mucho tiempo, de una paz profunda; donde hallaron tanta abundancia de víveres, que ni el consumo ni la tala pudieron acabar con tal despojo. Saquearon también la campiña de Benevento, colonia romana, y tomaron á Venusia, ciudad bien murada y abundante en todo género de riquezas. Los Romanos les seguían siempre detrás, á una ó dos jornadas de distancia; pero rehusaban acercarse y venir á las manos. La conducta de ver á Fabio rehusar visiblemente la batalla sin dejar jamás de acamparse á su lado, dió atrevimiento á Anníbal para echarse sobre las campiñas de Capua, y en particular sobre Falerno, persuadido á una de dos: ó que estrecharía al enemigo á combatir, ó haría ver al mundo que era señor de todo y los Romanos le cedían la campaña. Con este paso se prometía que, atemorizadas las ciudades, abandonarían el partido de los Romanos; pues hasta entonces, en medio de haberlos ya vencido en dos batallas, ninguna ciudad de Italia se había pasado al partido de Cartago; antes bien subsistían fieles, no obstante haber algunas sufrido mucho. Por aquí se puede conjeturar el respeto y sumisión de los aliados para con la República Romana.

En efecto, Anníbal reflexionaba justamente. Porque las campiñas de Capua son las más sobresalientes de Italia, ya por su bondad y fertilidad, ya por la inmediación al mar y ferias que en ellas se celebran, á que acuden navegantes de casi todas las partes del mundo. Aquí se hallan las ciudades más célebres y hermosas

de toda Italia. Sobre la costa está Sinuesa, Cumas, Puzzuolo, Nápoles y Nuceria; en lo interior del país, al Septentrión, se hallan Caleno y Teano; al Oriente y Mediodía la Daunia y Nola, y en el corazón de estas llanuras está sita Capua, ciudad que excede á todas en magnificencia. A vista de esto es muy conforme lo que los mitológicos cuentan de estos campos, llamándolos también *Flegreos*, como aquellos otros tan celebrados: ni hay que admirar que la amenidad y belleza de estas campiñas fuese el principal motivo de la contienda entre los dioses. A todas estas ventajas se añade que estas llanuras son fuertes y absolutamente inaccesibles, pues las rodea por una parte el mar y por todo el resto altas y continuadas montañas, que únicamente franquean tres entradas angostas y difíciles, viniendo de lo interior del país; una por el lado de los Samnitas, otra por el lado del Eribano, y la restante por el lado de los Hirpinos. Campados, pues, los Cartagineses en estas llanuras como en un teatro, esperaban que la misma novedad aterraría á todos y publicaría que los Romanos rehusaban la batalla, al paso que los representaría á ellos como dueños de la campaña sin disputa.

## CAPÍTULO XXVI.

Tala de la Campania por Anníbal.—Estratagema con que engaña á Fabio para salir de esta tierra.

Anníbal, llevado de estos pensamientos, salió de Samnio, y atravesando las gargantas del monte Eribano, se apostó á las márgenes del Aturno, que casi divide en dos partes las mencionadas llanuras. Sen-

tado el campo del lado que mira á Roma, talaba por sus forrajadores la campiña impunemente. Fabio se admiró mucho de la resolución y arrojo del enemigo, pero esto mismo le afirmaba más en su propósito. Al contrario, Minucio y todos los tribunos y comandantes del ejército, creyendo haber cogido en el lazo al enemigo, eran de parecer que se debía marchar cuanto antes á la Campania y no mirar con indiferencia la asolación del país más delicioso. Fabio, cuanto á aproximarse á estas llanuras, mostraba y aparentaba el mismo ardor y deseo que los demás. Mas luego que se acercó á Falerno, dejándose ver á las faldas de las montañas, seguía de cerca al enemigo, por no dar á entender á sus aliados que le abandonaba la campaña; pero nunca bajaba al llano el ejército, temeroso de una batalla campal por las razones que hemos dicho, y porque sin disputa era muy superior en caballería el enemigo.

Anníbal, después de haber tentado á Fabio y talado toda la Campania, hecho un inmenso botín, se disponía á levantar el campo. Su mira era no malograr el despojo, sino ponerle en parte segura, donde pudiese pasar el invierno, para que de este modo nada faltase al ejército por el pronto, y disfrutase siempre la misma abundancia. Fabio penetró el designio del Cartaginés, que se disponía á salir por la misma parte por donde había entrado, y considerando que la estrechez del terreno era muy acomodada para atacarle, apostó cuatro mil hombres sobre el mismo desfiladero y los exhorta á aprovecharse de la ocasión con que la oportunidad del terreno les convidaba. Él mientras, con la mayor parte del ejército, se situó sobre una colina que dominaba aquellas gargantas.

No bien habían llegado los Cartagineses y sentado su campo en el llano al pie de la misma montaña,

cuando se prometió el Romano quitarles sin peligro el botín, y acaso con la ventaja del sitio poner fin á la guerra. En esto ocupaba Fabio toda su atención, discurrendo qué puestos ocuparía, cómo situaría sus gentes, por quiénes y por dónde se daría principio al ataque. Pero Annibal, infiriendo de las circunstancias que todas estas medidas se dejaban para el día siguiente, no le dió tiempo ni lugar para ejecutar sus designios. Envía á llamar á Asdrúbal, que mandaba á los gastadores, le da la comisión para que con toda diligencia recoja y ate los más haces que pueda de leña seca y otras materias combustibles, y que entresacados de todo el botín los dos mil bueyes más hechos al trabajo y gordos, los sitúe al frente del campamento. Hecho esto, convoca á los gastadores, y les muestra una colina sita en el intermedio de su campo y los desfiladeros por donde había de hacer su tránsito. Les manda que, cuando se les dé la señal, hagan subir á palos y por fuerza los bueyes hasta llegar á la cumbre, después de lo cual da orden para que todos cenen y se recojan. Al fin de la tercera vigilia de la noche saca sus gastadores y manda atar á las astas de los bueyes los manojos. Esto se ejecutó prontamente, por haber muchos ocupados en este ministerio. Después da la señal de encender todos los haces y hacer subir y conducir los bueyes á las cumbres. Detrás de éstos sitúa á los lanceros, con orden de que ayuden hasta cierto lugar á los que conducían los bueyes; pero cuando éstos comiencen á arremeter, acudan por los costados á ganar las alturas con gran gritería y á ocupar las cumbres para auxiliarse y venir á las manos, caso que el enemigo hiciese en ellas resistencia. Al mismo tiempo él marcha á las gargantas y desfiladeros, llevando á la vanguardia los pesadamente armados, á consecuencia de éstos la ca-

ballería, después el botín, y á la retaguardia los Españoles y Galos.

Apenas los Romanos que guardaban los desfiladeros advirtieron que se acercaban á las cumbres las antorchas, persuadidos á que por allí hacia su marcha Anníbal, abandonan los puestos y acuden á las alturas. Ya estaban cerca de los bueyes y dudaban aún qué significarían estos fuegos, figurándose y esperando algún mayor infortunio. Luego que llegaron los lanceros, se originó entre Cartagineses y Romanos una leve escaramuza; pero los bueyes, que arremetían por entre medias, hicieron estar separados á unos y otros sobre las cumbres y permanecer quietos hasta que viniese el día, por no acabar de comprender lo que pasaba. Fabio, ya dudoso con este accidente, y persuadido á que sería dolo, según la expresión del poeta; ya resuelto á no aventurar un trance ni venir á una acción decisiva, según su primer propósito, prefirió la quietud dentro de las trincheras, y aguardó el día. Entre tanto, Anníbal, saliéndole la empresa á medida del deseo, pasó sin riesgo el ejército y el botín por los desfiladeros, apenas vió desamparados los puestos por los que guardaban el mal paso.

Advirtiéndole después al amanecer que sus lanceros eran oprimidos por los que ocupaban las alturas, destacó allá un trozo de Españoles que, viniendo á las manos, mataron mil Romanos, se incorporaron á poca costa con los armados á la ligera, y bajaron todos juntos. Fuera ya del territorio de Falerno con esta estratagemata, y acampado en parte segura, no pensaba ni discurría más que dónde y cómo pasaría el invierno. Este tránsito aterró y consternó todas las ciudades y pueblos de Italia. Generalmente se culpaba á Fabio como á hombre que por su poca activi-

dad había dejado escapar al enemigo de este lazo. Pero él no desistía de su propósito. Precicado pocos días después á ausentarse á Roma para cumplir ciertos sacrificios, entregó á Minucio las legiones y le recomendó encarecidamente al partir que no cuidase tanto de hacer daño al enemigo, cuanto de conservar sin detrimento á los suyos. Pero este General hizo tan poco caso del aviso, que estándoselo aún diciendo, todo su ánimo y pensamiento lo tenía puesto en combatir y aventurar un trance. Este era el estado de los negocios en Italia.

## CAPÍTULO XXVII.

Batalla naval que Cn. Scipión gana á Asdrúbal en la España.— Roma envía á la España á Publio Scipión para obrar de concierto con su hermano.—Pasan los Romanos el Ebro por primera vez.—Abilix entrega á los Scipiones los rehenes que Aníbal había dejado en Sagunto.

Durante este tiempo (218 años antes de J. C.), Asdrúbal, general de las tropas de España, habiendo equipado en el invierno los treinta navíos que su hermano le había dejado, y tripulado otros diez más, hizo salir de Cartagena al principio de la primavera los cuarenta buques de guerra, entregando á Amílcar el mando de esta escuadra. Él, al mismo tiempo, sacó las tropas de tierra de los cuarteles de invierno, y levantó el campo. La escuadra bogaba sin perder la tierra de vista, y el ejército marchaba lo largo de la costa con el designio de que el río Ebro fuese el punto de reunión de ambas armadas. Cneio, penetrado el intento de los Cartagineses, resolvió primero salirles al paso por tierra desde sus cuarteles de invierno;

pero con la noticia del gran número de fuerzas y magnitud de pertrechos que traía el enemigo, reprobado el primer pensamiento, equipó treinta y cinco navíos, tomó de las legiones de tierra los más aptos para los ministerios navales, los embarcó, y llegó al segundo día desde Tarragona á los contornos del Ebro. Después de haber anclado á ochenta estadios de distancia del enemigo, destacó á la descubierta dos navíos de Marsella muy veleros. Porque estas gentes eran las primeras á exponerse á los peligros, y con su intrepidez acarrearaban á los Romanos infinitas ventajas. Ningún pueblo estuvo más constantemente adherido á los intereses de Roma que los Marsilienses, tanto en las ocasiones que ofreció la consecuencia, como principalmente ahora en la guerra contra Aníbal. Informado Cneio por los navíos exploradores de que la escuadra enemiga había fondeado á la embocadura del Ebro, marchó allá con diligencia con el fin de sorprender á los contrarios.

Asdrúbal, á quien sus vigías habían dado parte mucho antes de la llegada del enemigo, al paso que formaba sus tropas de tierra sobre la ribera, daba orden á la marinería para que montase sus navíos. Cuando ya estuvo á tiro la escuadra romana, dada la señal de acometer, se vino á las manos. Trabada la acción, los Cartagineses disputaron por algún tiempo la victoria, pero poco después tomaron la huída. El socorro de infantería que estaba formado á la vista sobre la ribera, lejos de infundir aliento á la marinería para el combate, la acarreó perjuicio, por tenerla prevenido un asilo para su vida. A excepción de dos navíos perdidos con sus tripulaciones, y otros cuatro cuyos remos fueron quebrados y muertos los que los montaban, los demás echaron á huir á tierra. Pero perseguidos con vigor por los Romanos, se arrimaron á la ribera,

saltaron de sus navíos y se acogieron al campamento de los suyos. Los Romanos se aproximaron con intrepidez á tierra, y atando á sus popas los navíos que pudieron mover, se hicieron á la vela gozosos en extremo de haber vencido al primer choque á los contrarios, haberse apoderado de toda aquella costa, y haber apresado veinticinco navíos. Después de esta victoria tomaron mejor semblante los negocios de los Romanos en la España.

Los Cartagineses, recibida la noticia de este descalabro, enviaron al instante setenta navíos bien tripulados. Estaban persuadidos á que sin el imperio del mar no se podía tentar empresa alguna. Esta escuadra tocó primero en Cerdeña, después abordó á Pissa en Italia, donde esperaba incorporarse con Anníbal. Pero saliendo los Romanos contra ella con ciento y veinte buques de cinco órdenes, informados los Cartagineses de su venida, se volvieron á Cerdeña, y desde allí á Cartago. Servilio, jefe de la armada romana, los persiguió por algún tiempo creyendo alcanzarlos, pero la mucha ventaja que llevaban le hizo desistir del empeño. Primeramente abordó á Lilibea en Sicilia, y después se hizo á la vela para la isla de Cercina en África, donde habiendo exigido un tributo de los naturales porque no les talase el país, dió la vuelta. Al paso tomó la isla de Cossiro, puso guarnición en aquel pueblo y tornó á Lilibea, donde anclada la armada, se restituyó poco después al ejército de tierra.

Sabida la victoria naval que Cneo había ganado, el Senado, persuadido á que era conveniente, ó más bien necesario, no desatender los asuntos de la España, sino hacer frente á los Cartagineses y avivar la guerra, equipó veinte navíos al mando de P. Scipión, según de antemano tenía proyectado, y le envió con



diligencia á juntarse con su hermano para obrar con él de concierto. Temía sobremanera que una vez apoderados los Cartagineses de estos países, y acopiados aquí víveres y pertrechos en abundancia, no tomasen con mayor empeño el recobro del mar, y proveyendo á Annibal de gentes y dinero, no le ayudasen á sojuzgar la Italia. Por eso, en el concepto de que esta guerra era de la mayor importancia, se envió una escuadra á las órdenes de P. Scipión, quien después de haber llegado á España é incorporádose con su hermano, hizo grandes servicios á la República. Hasta entonces no habían osado los Romanos pasar el Ebro, sólo se habían contentado con ganar la amistad y alianza de los pueblos de esta parte; pero ahora lo atravesaron por primera vez y se animaron á adelantar sus conquistas del otro lado, coadyuvando no poco la fortuna sus intentos. Después de haber aterrado los pueblos comarcanos con su tránsito, vinieron á campar á cuarenta estadios de Sagunto, alrededor de un templo consagrado á Venus. Ocupado aquí un puesto ventajoso, ya para estar a cubierto, ya para proveerse por mar de lo necesario, pues al paso que ellos avanzaban la escuadra les seguía por la costa, les sucedió á su favor este accidente.

Cuando Annibal pensaba pasar á Italia, de todas las ciudades de España que tuvo desconfianza, tomó en rehenes los hijos de los hombres más ilustres, que depositó en Sagunto, ya por la fortaleza de la ciudad, ya por la fidelidad de moradores que en ella dejaba. Había entre ellos cierto Español llamado Abilix, personaje en honor y conveniencias sin segundo, y en afecto y fidelidad á los Cartagineses muy superior á todos. Este, considerando el estado de los negocios, y juzgando más ventajoso el partido de los Romanos, concibió el atentado de entregar los rehenes, pensa-

miento propio de un Español y de un bárbaro. Persuadido á que podría valer entre los Romanos si á tiempo oportuno les daba un testimonio y prueba de su afección, pensó, faltando á la fe á los Cartagineses, entregar los rehenes á los Romanos. Había notado que Bostar, capitán cartaginés á quien Asdrúbal había enviado para prohibir á los Romanos el tránsito del Ebro, y por falta de valor se había retirado y acampado hacia aquel lado de Sagunto que mira al mar, era hombre sencillo, suave de condición, y demasiado crédulo. Con éste tramó la conversación sobre los rehenes, y le dijo que una vez pasado el Ebro por los Romanos, ya no podían los Cartagineses mantener la España en respeto; que en tales circunstancias necesitaban de agrado para con los pueblos. En cuyo supuesto, si ahora que los Romanos se habían acercado á Sagunto, la tenían puesto sitio y peligraba la ciudad, sacase los rehenes y los devolviese á sus padres y ciudades; por una parte se desvanecería el empeño de los Romanos, cuyo principal anhelo en apoderarse de los rehenes era para ejecutar esto mismo; por otra granjearía á los Cartagineses el amor de todos los Españoles, como que pródigo en lo porvenir, había tomado tan sabias medidas para seguridad de estas prendas. Pero lo que haría valer infinito este beneficio, sería si á él se le comisionase este encargo. Pues restituyendo los jóvenes á las ciudades, no sólo conciliaría á los Cartagineses la benevolencia de sus padres, sino también la de todo el pueblo, sirviéndose de este ejemplar para ponerles á la vista la buena voluntad y generosidad de los Cartagineses para con sus aliados. Fuera de esto, aseguraba que el mismo Bostar se debía prometer para sí una magnífica recompensa de parte de los que recibían sus hijos; pues reintegrados contra toda esperanza de lo que más amaban, se

esmerarían á competencia en remunerar al autor de tan grande beneficio. Estas y otras semejantes razones dichas á este efecto, persuadieron á Bostar á prestar su consentimiento.

Señalado el día para venir con todo lo necesario á llevar los jóvenes, se retiró Abilix á su casa. Venida la noche, se fué al campo de los Romanos, donde unido con algunos Españoles que militaban en su armada, se hizo presentar por ellos á los dos Scipiones. Después de un largo discurso sobre el afecto é inclinación que tendrían los Españoles á su partido, si recobraban los rehenes, prometió ponerlos en sus manos. Publio admitió con indecible gozo la promesa, le ofreció magníficas recompensas, y señalado el día, hora y lugar donde debía aguardarle, se tornó Abilix á Sagunto. Aquí tomó algunos confidentes de su satisfacción y vino á casa de Bostar, donde recibidos los jóvenes, salió por la noche de la ciudad, pasó del otro lado del campo enemigo para ocultar su designio, llegó al día y lugar convenido, y entregó todos los rehenes á los dos generales romanos. Publio honró sobremanera á Abilix y se sirvió de él para la restitución de los rehenes á sus patrias, dándole para que le acompañasen algunos de su confianza. Al paso que Abilix recorría las ciudades y devolvía los rehenes, representaba á lo vivo la clemencia y generosidad de los Romanos, y la desconfianza y dureza de los Cartagineses; paso que, unido al ejemplo de su propia deserción, arrastró muchos Españoles al partido de los Romanos. Bostar, á quien el acto de haber entregado los rehenes al enemigo acreditó de hombre para su edad de un pueril talento, incurrió después en grandes trabajos. Los Romanos, al contrario, sacaron de esta restitución grandes ventajas para los designios que meditaban; pero como estaba ya la estación tan avan-

zada, distribuyeron unos y otros sus tropas en cuarteles de invierno. Este era el estado de los negocios de España.

### CAPÍTULO XXVIII.

Campamento de Annibal en Gerunio.—Ventaja que Minucio gana sobre Annibal.

Annibal (aquí fué donde interrumpimos el hilo de la historia), informado por sus batidores de que en los contornos de Luceria y Gerunio había mucha abundancia de granos y que esta última plaza era acomodada para almacenes, tomó la resolución de pasar allí el invierno, y costeando el monte Liburno, condujo su ejército á las mencionadas ciudades. Luego que llegó á Gerunio, plaza distante de Luceria doscientos estadios, procuró atraer á su amistad á los habitantes por el agrado, y aun les dió testimonios de sus promesas. Pero despreciadas sus instancias, emprendió poner sitio á la ciudad. Apoderado de ella prontamente, pasó á cuchillo los moradores, pero dejó intactas la mayor parte de las casas y los muros, con el fin de servirse de ellas para trojes durante el invierno. Hizo campar al ejército delante de la plaza y fortificó su campo con foso y trinchera. Desde aquí enviaba los dos tercios de su ejército á la recolección de granos, con orden á cada uno de los que estaban encargados de este ministerio de traer una cierta medida para los de su propia compañía. Él con la tercera parte guardaba el campamento y cubría desde varios puestos á los forrajeadores. Como el país era generalmente llano y descampado, el número de forrajeado-

res casi infinito y la estación muy oportuna para el acarreo, era innumerable la cantidad de granos que al día se acopiaban.

Entretanto Minucio conducía de cerro en cerro las legiones que había recibido de Fabio, persuadido siempre á que el tiempo le presentaría ocasión de venir á las manos con los Cartagineses. Pero oyendo que éstos ya habían tomado á Gerunio, que forrajearon la campiña y que estaban atrincherados delante de la ciudad, dejó las cumbres y descendió por la ladera al llano. Llegado á una colina que está en el país de los Larinatos, llamada *Calela*, se acampó en sus contornos, resuelto de todos modos á batirse con el enemigo. Apenas advirtió Anníbal la intermediación de los Romanos, deja salir al forraje un tercio de su ejército, y él con los dos restantes marcha al enemigo y se atrinchera en un collado distante diez y seis estadios de la ciudad, con la mira á un tiempo de aterrar á los contrarios y poner á cubierto á sus forrajeadores. Durante la noche destacó dos mil lanceros para ocupar un teso ventajoso que mediaba entre los dos campos y dominaba de cerca el campamento romano. A vista de esto, Minucio, venido el día, envió su infantería ligera á atacar el cerro. Después de una obstinada refriega, los Romanos por fin se apoderaron del puesto y mudaron allá todo el campo. Anníbal hasta cierto tiempo retuvo consigo la mayor parte del ejército, por estar al frente uno y otro campo. Pero viendo que se pasaban muchos días, se vió en la precisión de destacar á unos para el apacentamiento de los ganados y separar á otros para el forraje, cuidadoso según su primer proyecto de no consumir el botín y hacer los mayores acopios de granos, á fin de que durante el invierno reinase la abundancia, tanto en hombres como en bestias y caballos, pues fundaba

en éstos las principales esperanzas de su ejército.

A este tiempo Minucio, habiendo advertido que la mayor parte de los contrarios se hallaba esparcida por la campaña en los sobredichos ministerios, sacó su ejército á la hora del día que le pareció más oportuna, se acercó al campamento de los Cartagineses, formó en batalla á los pesadamente armados, y distribuída en piquetes la caballería é infantería ligera, la envió contra los forrajeadores, con orden de no dar cuartel á ninguno. Este accidente puso á Anníbal en el mayor embarazo, pues ni se hallaba en estado de contrarrestar á los que tenía al frente, ni dar socorro á los dispersos por la campiña. Los Romanos que salieron contra los forrajeadores, mataron muchos de los desmandados; de los que quedaron formados en batalla llegó á tal extremo la insolencia, que arrancaron la palizada y por poco no sitiaron á los Cartagineses. Anníbal, mientras, lo pasaba malamente; pero en medio de este contratiempo subsistía firme, ya rechazando á los que se acercaban, ya defendiendo su campamento aunque con trabajo, hasta que acudió al socorro Asdrúbal con cuatro mil de los que se habían refugiado al campo inmediato á Gerunio. Entonces, recobrado algún tanto, sale contra los Romanos, se forma en batalla á corta distancia del campo, y evita, aunque con trabajo, el peligro que le amenazaba. Minucio, después de haber muerto un gran número de enemigos en la refriega del campamento y haber pasado á cuchillo muchos más en la campiña, se retiró lleno de bellas esperanzas para adelante. Al día siguiente los Cartagineses abandonaron las trincheras, y el General romano marchó allá y ocupó su campamento. Pues Anníbal, temeroso de que los Romanos no se apoderasen por la noche del campo de Gerunio, á la sazón indefenso, y se hiciesen dueños del tren y

acopios de municiones, resolvió abandonar éste y volverse otra vez á campar en aquella parte. De aquí adelante los Cartagineses fueron más cautos y reservados en los forrajes, y los Romanos, al contrario, más osados y animosos.

## CAPÍTULO XXIX.

Minucio hecho dictador con igual potestad que Fabio.—División del ejército entre los dos dictadores.—Ruina que sufre Roma por la temeridad de Minucio, y ventaja que saca por la reserva de Fabio.

En Roma se alegraron infinito cuando llegó la noticia de un suceso que tenía más de exagerado que de verdadero. Creían que, en vez de la anterior desconfianza, por una feliz mutación, se presentaban ahora los negocios de mejor semblante. Se presumían que la inacción y cobardía de las legiones hasta entonces no había provenido de la timidez del soldado cuanto de la irresolución del jefe. Por eso todos vituperaban y difamaban á Fabio, como á hombre que por falta de valor había dejado pasar las ocasiones. Al contrario, de Minucio exageraban tanto el valor por este hecho, que hicieron entonces con él lo que nunca se había hecho. Le nombraron dictador, en la persuasión de que pondría pronto fin á la guerra; con lo que hubo dos dictadores para una misma expedición, ejemplo nunca visto hasta entonces entre los Romanos. Cuando supo Minucio el afecto que la plebe le dispensaba y el poder que el pueblo le había confiado, concibió doblada osadía para contrarrestar y tentar al enemigo. Entretanto Fabio llegó al ejército, y lejos de alterarle estos accidentes, le afirmaron más en su an-

terior dictamen. Viendo á Minucio orgulloso, opuesto á todos sus intentos y repitiendo á cada paso que se diese la batalla, le propuso esta alternativa: ó turnar en el mando por días, ó dividir el ejército y usar cada uno de sus legiones como le dictase su capricho. Minucio adoptó con gusto el último partido, y así dividieron las tropas y camparon separadamente, distantes como doce estadios.

Anníbal, parte por la relación de los prisioneros que había cogido, parte por lo que los mismos hechos le indicaban, conoció la oposición que había entre los dos jefes y la impetuosidad y vanagloria de Minucio. Satisfecho de que semejante disposición entre los enemigos más era á su favor que en contra suya, dirigió todas sus baterías contra Minucio, con la mira de reprimir su audacia y prevenir sus esfuerzos. Había entre el campo suyo y el de Minucio una colina capaz de incomodar á cualquiera de los dos. Tomó la resolución de ocuparla. Pero como estaba firmemente persuadido que Minucio, fiero con la anterior ventaja, acudiría sobre la marcha á hacerle resistencia, contra este ímpetu dispuso esta estratagema. En medio de que los contornos de la colina estaban rasos, tenían, no obstante, muchas y diversas quebraduras y concavidades. Destacó allá por la noche quinientos caballos y cinco mil infantes á la ligera, distribuídos en cuerpos de doscientos y trescientos hombres, según la capacidad de cada eminencia. Para que por la mañana no fuesen divisados por los que salían al forraje, lo mismo fué romper el día hizo ocupar la colina por sus armados á la ligera. Minucio, que advirtió lo sucedido, creyendo se le presentaba la ocasión, destaca sobre la marcha su infantería ligera, con orden de atacar y disputar el puesto. Después envía la caballería, y á su consecuencia marcha él detrás con



sus legionarios unidos, manejándose en todo como en el anterior combate.

Aclarado el día, como la refriega alrededor del cerro se llevase toda la atención y vista de los Romanos, no sospecharon el ardid de los que estaban emboscados. Aníbal remitía continuos socorros á los que estaban en la colina, y aun él se siguió después con la caballería y el resto del ejército, con lo que prontamente vino la caballería á las manos. Con este refuerzo la caballería cartaginesa arrolló la infantería ligera de los Romanos, y en el hecho mismo de refugiarse ésta á sus legionarios, desordenó su formación. Al mismo tiempo se dió la señal á los que estaban emboscados para que acometiesen y atacasen á los Romanos por todas partes, y de allí adelante ya no sólo la infantería ligera, sino todo el ejército corrió un inminente riesgo. Entonces Fabio, advirtiendo lo que pasaba y temeroso de una entera derrota, saca sus legiones y acude con diligencia al socorro de los que peligraban. A su llegada los Romanos, que ya estaban totalmente desordenados, se recobran, se vuelven á incorporar en sus cohortes y se retiran y acogen á sus trincheras, después de haber quedado sobre el campo gran parte de la infantería ligera, un número más crecido de legionarios, y entre éstos los más esforzados. Aníbal temió la entereza y buen orden de las legiones auxiliadoras y desistió del alcance y de la batalla. Los que se hallaron en la acción no dudaron que la temeridad de Minucio les había arruinado enteramente y la reserva de Fabio los había salvado tanto antes como en la ocasión presente, y los que se paseaban por Roma conocieron entonces palpablemente qué diferencia haya de una verdadera ciencia de mandar y un pensar firme y juicioso, á una intrepidez soldadesca y una vana altanería. En efecto, los

Romanos, instruídos por la experiencia, se atrincheraron, volvieron á reunirse todos en un campo y en adelante siguieron el parecer de Fabio y sus avisos. Los Cartagineses, tirada una línea entre la colina y su propio campo, levantaron una trinchera alrededor de la cumbre del cerro ocupado, pusieron buena guarnición, y ya libres de todo insulto se dispusieron para pasar el invierno.

### CAPÍTULO XXX.

L. Emilio y C. Terencio Varrón, nombrados cónsules.—Providencias del Senado para la campaña siguiente.—Toma de la ciudadela de Cannas por Annibal.—Número de legiones aumentado.

Venido el tiempo de las elecciones, se eligió en Roma por cónsules á L. Emilio y C. Terencio Varrón, y los dos dictadores depusieron el mando. Los cónsules anteriores Cn. Servilio y Marco Régulo, sucesor en el cargo por muerte de Flaminio, nombrados procónsules por Emilio, tomaron el mando de las legiones que estaban en campaña y dispusieron de todo á su arbitrio. Emilio, con parecer del Senado, reemplazó prontamente el número de soldados que faltaba para la suma establecida y los envió al ejército (217 años antes de J. C.). Previno á Servilio que de ningún modo se empeñase en acción decisiva, pero que diese particulares combates, los más vivos y frecuentes que pudiese para excitar y disponer el valor de los bisoños á las batallas campales. Estaba persuadida la República que no había sido otra la causa de sus anteriores infortunios que el haberse servido de tropas recién alistadas y del todo inexpertas. Se

envió á L. Postumio con una legión á la Galia, en cualidad de pretor, para hacer una diversión á los Galos que militaban con Anníbal. Se cuidó de que regresase á Italia la armada que había invernado en Lilibea. Se remitió, en fin, á España para los dos Scipiones todas las municiones necesarias á la guerra. De este modo se esmeraba el Senado en atender á estos y otros aparatos para la campaña. Servilio, recibidas los órdenes de los Cónsules, se atuvo en un todo á lo que le prevenían. Por eso será excusado que nos dilatemos más sobre sus acciones, puesto que, bien sea por las órdenes, bien por las circunstancias del tiempo, no se ejecutó absolutamente cosa que merezca la pena de contarse. Unicamente hubo frecuentes escaramuzas y encuentros particulares, en que los Procónsules se llevaron el lauro, mostrando valor y conducta en todo lo que manejaron.

Durante el invierno y toda la primavera subsistieron los dos campos atrincherados, al frente uno del otro. Pero venida la cosecha de los nuevos frutos, Anníbal levantó el campo de Gerunio, y persuadido á que le convenía de todos modos poner al enemigo en la precisión de una batalla, tomó la ciudadela de Cannas, á donde los Romanos habían acopiado los víveres y demás municiones desde las cercanías de Canusio, y de donde sacaban los convoyes necesarios para el ejército. La ciudad había sido arrasada en el año anterior; por eso ahora la pérdida de las provisiones y la ciudadela puso en gran consternación al ejército romano. En efecto, la toma de esta plaza por el enemigo les incomodaba, no sólo porque les cortaba los convoyes, sino también porque se hallaba en una situación que dominaba la comarca. Los Procónsules despacharon á Roma continuos correos para informarse de lo que se debía hacer; como que, si se

acercaban al enemigo, era inevitable una acción, estando el país talado y los ánimos de los aliados pendientes de lo que sucedería. El Senado resolvió que se diese la batalla. Pero advirtió á Servilio que la suspendiese, y envió allá los Cónsules. Todos echaron los ojos sobre Emilio y fundaron en él las mayores esperanzas, ya por la probidad de sus costumbres, ya porque, á juicio de todos, había manejado poco antes la guerra contra los Ilirios con valor y con ventaja. Se decretó que se hiciese la guerra con ocho legiones y que cada una se compusiese de cinco mil hombres, sin los aliados, cosa hasta entonces nunca vista en Roma. Pues, como hemos dicho antes, los Romanos levantaban siempre cuatro legiones, y de éstas cada una comprendía cuatro mil infantes y doscientos caballos. Pero cuando ocurre alguna necesidad muy urgente, se compone cada legión de cinco mil de á pie y trescientos caballos. Por lo que hace á los aliados, el número de infantes iguala con las legiones romanas, pero el de caballos es superior en tres tantos. Se acostumbra dar á cada Cónsul la mitad de las tropas auxiliares con dos legiones cuando se le envía á alguna expedición. Y así es que la mayor parte de las batallas las decide un solo Cónsul con dos legiones y el número de aliados que hemos dicho. Rara vez se hace uso de todas las fuerzas á un tiempo y para una misma expedición. Muy sobrecojidos y recelosos de lo futuro debían estar entonces los Romanos cuando resolvieron hacer la guerra á un tiempo no sólo con cuatro, sino con ocho legiones.

## CAPÍTULO XXXI.

Arengas de L. Emilio á los Romanos y de Anníbal á los Cartagineses.

El Senado, después de haber exhortado á Emilio y haberle puesto á la vista por una y otra parte las importantes consecuencias de esta batalla, le envió al campo con orden de tomarse tiempo para decidir con valor el asunto y de una manera digna al nombre romano. Apenas llegaron al campo los Cónsules, convocaron las tropas, las declararon las intenciones del Senado y las animaron á hacer su deber según lo pedía el caso. Emilio estaba tocado de lo mismo que profería. La mayor parte de su arenga se redujo á excusar las pérdidas anteriores, porque la memoria de éstas tenía aterrado al soldado y necesitaba de quien le animase. Por eso procuró probar que si habían sido vencidos en los anteriores combates no era una ni dos, sino infinitas las causas á que se podía atribuir un éxito semejante. Pero al presente les dijo: «Si sois hombres, no tenéis pretexto para no vencer al enemigo. En aquellos tiempos, ni los dos Cónsules pelearon con las legiones unidas, ni se sirvieron de tropas veteranas, sino de bisoñas é inexpertas, y, sobre todo, llegó á tal extremo su ignorancia en punto á la situación del enemigo, que antes casi de haberle visto se hallaron formados al frente y empeñados en batallas decisivas. Díganlo los que murieron sobre el Trebia, que, llegados el día anterior de la Sicilia, al amanecer del siguiente estaban ya formados en batalla. Dígalo la jornada del Trasimenes, donde, no

digo antes, pero ni aun en la acción misma se llegó á ver al enemigo, por la niebla que ocupaba la atmósfera. Pero al presente milita todo lo contrario. Estamos delante los dos Cónsules de este año para tener parte con vosotros en los peligros. Hemos alcanzado de los del anterior el que subsistan y nos acompañen. Vosotros estáis enterados de las armas del enemigo, de su formación y de su número. Habéis pasado ya casi dos años en diarios encuentros. Luego si á la sazón nos hallamos en circunstancias diversas á las de los anteriores combates, razón será también que nos prometamos de éste un éxito diferente. A la verdad, será extraño, ó, por mejor decir, imposible, que peleando tantos á tantos hayáis salido casi siempre vencedores en las refriegas particulares, y que en una batalla campal, superiores en más de la mitad, quedéis ahora vencidos. Y así, Romanos, pues que están tomados todos los medios para la victoria, sólo os resta vuestra voluntad y deseo. Para esto no creo sea necesario excitaros con más razones. La exhortación se queda ó para tropas mercenarias ó para gentes que, en virtud de un tratado, tienen que tomar las armas por sus aliados, cuya situación en el combate mismo es la más dura, y después de él solo les queda una leve esperanza de pasar á mejor fortuna. Pero á los que, como vosotros ahora, tienen que pelear, no por otros, sino por sí mismos, por su patria, por sus mujeres é hijos, y esperan de las resultas del presente peligro una condición totalmente diversa; es demás la arenga; basta sólo la advertencia. Y si no, ¿quién no apetecerá más vencer peleando y, si esto no es dable, morir antes con las armas en la mano, que vivir para ser testigo del ultraje y estrago del enemigo? Ea, pues, Romanos, figuraos vosotros mismos, sin respeto á mis palabras, qué diferencia

haya entre el vencer y ser vencidos, cuáles sean las consecuencias de uno y otro extremo, y con estas prevenciones entrad en la acción, como que en ella aventura la patria, no la pérdida de las legiones, sino del imperio todo. Pero ¿á qué efecto las palabras? Si sois vencidos, no tiene ya Roma con qué hacer frente al enemigo. Toda su confianza, todo su poder, es tria en vosotros. Todas sus esperanzas, toda su salud, está refundido en vosotros: Haced vosotros que no quede ahora frustrada su expectativa, y recompensad á la patria lo que la debéis. Sepa el mundo entero que si habéis sufrido los anteriores reveses no ha sido porque cedáis en valor á los Cartagineses, sino por la poca experiencia de los que entonces pelearon y accidentes que á la sazón sobrevinieron.» Dichas estas y otras semejantes razones para exhortarlos, Emilio despidió la junta.

Al día siguiente levantaron el campo los dos Cónsules y condujeron el ejército á donde tenían aviso de que campaba el enemigo. Dos días después llegaron y sentaron los reales á cincuenta estadios de distancia de los Cartagineses. Emilio, que advirtió lo llano y descampado de la comarca, no tuvo á bien empeñarse en una batalla con un enemigo superior en caballería, sino atraerle antes y conducirle á tal terreno en que la infantería tuviese la mayor parte. Varrón por su impericia fué del sentir opuesto; de aquí la discordia y desunión entre los dos Generales, cosa la más perniciosa. Al día siguiente, día en que mandaba Varrón (hay costumbre entre los Cónsules romanos de turnar en el mando por días), levantó el campo y avanzó, con ánimo de acercarse al enemigo, no obstante las protestas y prohibiciones de Emilio.

Anníbal le salió al encuentro con la infantería ligera y caballería, le alcanzó á tiempo que iba aún

marchando, le atacó cuando menos lo pensaba y le puso en gran desorden. Pero el Cónsul, puestos al frente algunos legionarios, recibió el primer choque, envió después á la carga á los flecheros y la caballería, con lo que quedó por suya la refriega. La causa de esta ventaja fué no haber tenido los Cartagineses apoyo que les auxiliase, y haber interpolado los Romanos en su infantería ligera algunas cohortes de legionarios, que pelearon á un mismo tiempo. Venida la noche, se separaron, no habiendo salido el intento á los Cartagineses como habían pensado. Al día siguiente Emilio, que ni aprobaba el que se pelease, ni podía ya retirar su ejército sin peligro, se acampó con los dos tercios de sus tropas sobre el Aufido, el único río que atraviesa el Apenino. Esta es una continuada cordillera de montañas, que separa todas las corrientes que riegan la Italia, unas hacia el mar de Toscana, y otras hacia el Adriático. Por medio de este monte atraviesa el Aufido, cuyo origen está al lado del mar de Toscana, y desemboca en el Adriático. Con el tercio restante se atrincheró del otro lado del río, hacia el Oriente del sitio por donde había pasado, distante del otro campamento como diez estadios, y un poco más del de los enemigos. De este modo se proponía cubrir los forrajeadores de sus dos campos, y estar á la mira sobre los de los Cartagineses.

Entretanto Aníbal, viendo que las cosas habían llegado á términos de una batalla, receleso de que el anterior descalabro no hubiese desanimado sus tropas, creyó que la ocasión pedía una arenga, y llamó á junta sus soldados. Una vez congregados, «Echad la vista, les dijo, por todos esos contornos, y decidme: caso que los Dioses os concediesen la elección, ¿qué mayor dicha les podríais pedir en las actuales circunstancias que, infinitamente superiores en caballe-



ría á los contrarios, venir á una acción general en ta terreno?» Todos convinieron en que la proposición no admitía duda. «Ea, pues, continuó, dad gracias primero á los Dioses, de que previniéndonos la victoria, han traído al enemigo á este sitio; y después á mí, porque los he puesto en precisión de combatir. Ya no pueden evitar el trance, no obstante las ventajas en que sin disputa los excedemos. Creo que al presente son del todo excusadas más exhortaciones, para alentaros y animaros á la pelea. Esto tuvo lugar cuando no os habíais batido aún con los Romanos, y entonces ya lo hice con muchas razones y ejemplos. Pero cuando todos sabéis que los habéis vencido consecutivamente en tres batallas campales, ¿qué arenga más poderosa para excitaros al valor que vuestras propias expediciones? Los combates anteriores os han puesto en posesión de la campaña y todas sus riquezas. Esto fué lo que yo os prometí, y en un todo os he cumplido la palabra. Pero la batalla presente va á decidir de las ciudades y efectos que éstas encierran. Si de ella salís vencedores, al instante toda la Italia será vuestra. Esta sola acción os va á libertar de todos los trabajos y, apoderados de la opulencia romana, á haceros dueños y señores de todo el mundo. Y así por demás están las palabras, cuando son menester las obras. Confío con la voluntad de los Dioses que veréis satisfecho cuanto os he prometido.» Este discurso fué recibido con aplauso, y Anníbal, después de haber dicho estas y otras semejantes razones, alabó y aplaudió su buen deseo, y despidió la junta.

Al instante se acampó y atrincheró sobre aquel lado del río donde estaba el mayor campamento de los contrarios. El día después, mandó á todos estuviesen dispuestos y prevenidos. Al siguiente formó sus tropas sobre el río, dando claras pruebas del deseo que

tenía de venir á las manos. Pero Emilio, á quien no acomodaba el terreno, y por otra parte veía que la escasez de mantenimientos pondría prontamente á los Cartagineses en la necesidad de mudar el campo, se estuvo quieto, puestas buenas guarniciones á sus dos campos. Anníbal se mantuvo así por algún tiempo; pero no presentándosele nadie, volvió á retirar sus tropas dentro de las trincheras, y destacó á los Númidas contra los del pequeño campo, que salían á hacer agua. La caballería núcida se acercó hasta el atrinchamiento mismo, y cortó la comunicación á los Romanos con el río. Esto fué causa de que Varrón se enardeciese más y más, las tropas concibiesen un vivo deseo de combatir, y sufriesen con impaciencia las dilaciones. Pues no hay cosa más penosa á un hombre, una vez resuelto á pasar por cuanto le sobrevenga, que estar pendiente de la expectación de lo futuro.

### CAPÍTULO XXXII.

Sobresalto que causó en Roma la noticia de que estaban al frente los dos ejércitos.—Disposición de batalla de uno y otra campo.  
—Batalla de Cannas y victoria por los Cartagineses.

Luego que llegó á Roma la noticia de que los dos ejércitos estaban al frente y que cada día se hacían escaramuzas, la ciudad se llenó de inquietud y sobresalto. Las frecuentes derrotas anteriores ponían en cuidado á todos de lo futuro, y la imaginación les representaba y anticipaba las funestas consecuencias de la República, caso que fuesen vencidos. No se oía hablar sino de vaticinios. Todos los templos, todas las casas estaban llenas de presagios y prodigios, de

que provenían votos, sacrificios, súplicas y ruegos á los Dioses. Pues en las calamidades públicas los Romanos se exceden en aplicar á los Dioses y á los hombres, y en tales circunstancias nada reputan por indecente é indecoroso de cuanto conduzca á este objeto.

Lo mismo fué recibir Varrón el mando al día siguiente (217 años antes de J. C.), que mover sus tropas al rayar el día de los dos campos; y haciendo pasar el Aufido á los de su mayor campamento, al punto los formó en batalla. A estos unió los del menor y los situó sobre una línea recta, dándoles todo el frente hacia el Mediodía. La caballería romana cubría el ala derecha sobre el mismo río, y á su consecuencia se prolongaba la infantería sobre la misma línea. Los batallones de la retaguardia estaban más densos que los de la vanguardia; pero las cohortes del frente tenían mucha más profundidad. La caballería auxiliar estaba colocada sobre el ala izquierda. Delante de todo el ejército estaban apostados los armados á la ligera. El total con los aliados ascendía á ochenta mil infantes, y poco más de seis mil caballos.

Entretanto Anníbal hizo pasar el Aufido á sus Balears y lanceros, y los apostó al frente del ejército. Sacó del campamento el resto de sus tropas, las hizo pasar el río por dos partes y las opuso al enemigo. En la izquierda situó la caballería española y gala, apoyada sobre el mismo río en contraposición de la romana; y á su inmediación la mitad de la infantería africana pesadamente armada. Seguíanse después los Españoles y Galos, con los que estaba unida la otra mitad de Africanos. La caballería númerada cubría el ala derecha. Luego que hubo prolongado todo el ejército sobre una línea recta, tomó la mitad de las legiones españolas y galas y salió al frente, de suerte que

las otras tropas de sus costados estaban naturalmente sobre una línea recta, y él con las del centro formaba el convexo de una media luna, extenuado por sus extremos. Su mira en esto era que los Africanos sostuviesen á los Españoles y Galos, que habían de entrar primero en la acción.

Los Africanos estaban armados á la romana. Anníbal los había adornado con los mejores despojos que había ganado en la batalla anterior. Los escudos de los Españoles y Galos eran de una misma forma; pero las espadas tenían una hechura diferente. Las de los Españoles no eran menos aptas para herir de punta que de tajo; pero las de los Galos servían únicamente para el tajo, y esto á cierta distancia. Estas tropas estaban alternativamente situadas por cohortes; los Galos desnudos, y los Españoles cubiertos con túnicas de lino de color de púrpura á la costumbre de su país, espectáculo que causó novedad y espanto á los Romanos. El total de la caballería cartaginesa ascendía á diez mil, y el de la infantería á poco más de cuarenta mil hombres con los Galos.

Emilio mandaba el ala derecha de los Romanos, Varrón la izquierda, y los Cónsules del año anterior, Servilio y Atilio, ocupaban el centro. Á la izquierda de los Cartagineses estaba Asdrúbal, á la derecha Hannón, y en el cuerpo de batalla Anníbal, acompañado de Magón, su hermano. Como la formación de los Romanos miraba hacia el Mediodía, según hemos dicho arriba, y la de los Cartagineses al Septentrión, cuando salió el sol ni á unos ni á otros ofendían sus rayos.

La acción comenzó por la infantería ligera, que estaba al frente, y de una y otra parte fueron iguales las ventajas. Pero desde que la caballería española y gala de la izquierda se hubo acercado, los Romanos

se batieron con furor y como bárbaros. No peleaban según las leyes de su milicia, retrocediendo y volviendo á la carga, sino que una vez venidos á las manos, saltaban del caballo, y hombre á hombre medían sus fuerzas. Pero al fin vencieron los Cartagineses. La mayor parte de Romanos perdió la vida en la refriega, en medio de haberse defendido con valor y esfuerzo; el resto, perseguido lo largo del río, fué muerto y pasado á cuchillo sin piedad alguna. A esta sazón la infantería pesada ocupó el lugar de la ligera, y vino á las manos. Durante algún tiempo guardaron la formación los Españoles y Galos, y resistieron con valor á los Romanos, pero arrollados con el peso de las legiones, cedieron y volvieron pies atrás, abandonando la media luna. Las cohortes romanas, con el anhelo de seguir el alcance, se abrieron paso por las líneas de los contrarios, tanto á menos costa, cuanto la formación de los Galos tenía muy poco fondo, y ellos recibían de las alas frecuentes refuerzos en el centro, donde era lo vivo del combate. Pues la acción en los principios no fué general, sino sólo en el cuerpo de batalla, á causa de que los Galos, formados á manera de media luna, sobresalían mucho más que las alas, y presentaban el convexo al enemigo. En efecto, los Romanos siguen y persiguen á éstos hasta el centro y cuerpo de batalla, donde se engolfan tan adentro, que por ambos costados se vieron cercados de la infantería africana pesadamente armada. Entonces los Cartagineses, unos por un cuarto de conversión de derecha á izquierda, otros por el movimiento contrario, arremeten con sus escudos y picas, y atacan por los flancos á los contrarios, advirtiéndoles lo que habían de hacer el mismo lance. Esto era cabalmente lo que Aníbal se había imaginado; que los Romanos, persi-

guiendo á los Galos, serían cogidos en medio por los Africanos. De allí adelante los Romanos ya no pelearon en forma de falange, sino de hombre á hombre y por bandas, teniendo que hacer frente á los que les atacaban por los costados.

Emilio, aunque desde el principio había estado en el ala derecha, y había intervenido en el choque de la caballería, se hallaba aún sin lesión alguna. Pero queriendo que las obras correspondiesen á lo que había dicho en la arenga, y advirtiendo que en la infantería legionaria consistía la decisión de la batalla, atraviesa á caballo las líneas, se incorpora en la acción, mata á cuantos se le ponen por delante, animando y estimulando á sus gentes. Anníbal, que desde el principio mandaba esta parte del ejército, hacía lo mismo con los suyos. Los Númidas del ala derecha que peleaban con la caballería romana de la izquierda, aunque por su privativo modo de combatir, ni hicieron ni sufrieron daño de consecuencia; no obstante, atacando al enemigo por todas partes, le tuvieron siempre ocupado y divertido. Pero cuando Asdrúbal, derrotada la caballería romana de la derecha á excepción de muy pocos, vino desde la izquierda al socorro de sus Númidas; la caballería auxiliar de los Romanos, presintiendo el ataque, volvió la espalda y echó á huir. Cuentan que Asdrúbal en esta ocasión hizo una acción sagaz y prudente. Viendo el gran número de los Númidas, y la habilidad y vigor con que persiguen á los que una vez vuelven la espalda, les encargó el alcance de los que huían; y él, mientras, marchó con el resto adonde era la acción, para dar socorro á los Africanos. En efecto, carga por la espalda sobre las legiones romanas y las ataca sucesivamente por compañías en diferentes partes, con lo que á un tiempo anima á los Africanos,

y abate y aterra el espíritu de los Romanos. Entonces fué cuando L. Emilio, cubierto de mortales heridas, perdió la vida en la misma batalla; personaje que, tanto en el resto de su vida como en este último trance, cumplió tan bien como otro con lo que debía á la patria. Entre tanto los Romanos peleaban y resistían, haciendo frente por todas partes á los que los rodeaban; pero muertos los que estaban en la circunferencia, y por consiguiente encerrados en más corto espacio, fueron al fin pasados todos á cuchillo. Del número de éstos fueron los Cónsules del año anterior, Atilio y Servilio, varones de probidad y que durante la acción dieron pruebas del valor romano. Durante el tiempo de la batalla, los Númidas siguieron el alcance de la caballería que huía. De ésta los más fueron muertos, otros despeñados por los caballos, y unos cuantos se refugiaron en Venusia, entre los que estaba Varrón, cónsul romano, hombre de un corazón depravado, cuyo mando fué á su patria tan ruinoso.

### CAPÍTULO XXXIII.

Número de muertos y prisioneros en uno y otro campo.—Consecuencias que de la batalla de Cannas se siguieron á una y otra república.

Tal fué el éxito de la batalla de Cannas entre Romanos y Cartagineses, batalla donde se hallaron los hombres más esforzados, tanto de los vencedores como de los vencidos. Los mismos hechos son la prueba más clara de esta verdad. Porque de seis mil caballos, setenta solos se acogieron con Varrón en Ve-

nusia, y trescientos de los aliados que dispersos se salvaron en diferentes ciudades. De la infantería se hicieron diez mil prisioneros; pero éstos no asistieron á la refriega. De lo que es la batalla, únicamente escaparon alrededor de tres mil á las ciudades inmediatas; todos los demás, en número de setenta mil, quedaron con valor sobre el campo. Los Cartagineses, tanto en este como en los anteriores combates, debieron la principal parte de la victoria al número de su caballería, y dieron un claro testimonio á la posteridad, de que en tiempo de guerra vale más tener una mitad menos de infantería y ser superior en caballería, que tener en todo iguales fuerzas á su contrario. Anníbal perdió hasta cuatro mil Galos, mil quinientos Españoles y Africanos, y doscientos caballos.

La causa de haber sido hechos prisioneros los Romanos que estaban fuera de la batalla, fué esta. Emilio había dejado en su campo diez mil hombres de á pie, con el fin de que si Anníbal, abandonando el campamento, sacaba fuera toda su gente, este cuerpo durante la acción atacase y se apoderase del bagaje del enemigo; y si por el contrario, previendo el lance, dejaba una guarnición competente, hubiese estos medios contra quien combatir. El modo de cogerlos fué como se sigue. No obstante la buena defensa que Anníbal había dejado en su campo, apenas se dió principio á la acción, los Romanos, según la orden, marcharon á sitiar á los que habían quedado en el real de los Cartagineses. Éstos por el pronto se defendieron; pero ya iban á ceder, cuando Anníbal, concluída enteramente la batalla, viene á su socorro, pone en huída á los Romanos, los cierra dentro de su propio campo, mata dos mil y hace á los restantes prisioneros. Igual suerte tuvieron dos mil caballos que habían tomado la huída y se habían refugiado en las fortalezas de la



comarca, pues cercados por los Númeritas, fueron traídos prisioneros.

Ganada la batalla del modo dicho, los negocios tomaron un rumbo consiguiente á la expectación de unos y otros. Los Cartagineses con esta victoria se apoderaron al instante de casi todo el resto de la Italia, llamada *Antigua y Gran Grecia*. Los Tarentinos se entregaron sin tardanza, los Argiripanos y algunos Capuanos llamaron á Anníbal; todos los demás se inclinaban ya al partido de los Cartagineses, en la bien fundada esperanza de que éstos tomarían á la misma Roma por asalto. Los Romanos, por el contrario, desesperaron con esta pérdida poder retener un punto el imperio de Italia. Estaban sumamente inquietos y cuidadosos, ya de sus personas, ya de su patrio suelo, esperando por instantes la venida del mismo Anníbal. La fortuna misma parece que quiso coadyuvar y poner el colmo á sus desdichas; pues pocos días después, cuando el terror ocupaba aún la ciudad, vino la nueva de que el pretor enviado á la Galia había dado inopinadamente en una emboscada, y que todo el ejército había sido pasado á cuchillo por los Galos. Pero el Senado nada omitió por eso de cuanto podía conducir. Animó al pueblo, puso en seguro la ciudad, y deliberó sobre el estado presente con presencia de ánimo, como se vió por los efectos. Pues en medio de que los Romanos quedaron entonces vencidos sin disputa, y obligados á renunciar la gloria de las armas; no obstante, la privativa constitución de su gobierno y las sabias providencias del Senado los recobró no sólo el imperio de Italia, vencidos los Cartagineses, sino que los hizo poco después dueños de todo el mundo. Ve aquí por qué después de haber referido las guerras de España é Italia, que comprende la olimpiada ciento cuarenta, pondremos fin á este libro con estos hechos. Y cuando

hayamos llegado hasta esta época, con la relación de lo que ha pasado en la Grecia durante la misma olimpiada, entonces procuraremos tratar de intento del gobierno romano; en el concepto de que esta materia será, no sólo sumamente útil á los estudiosos y políticos para componer historias, sino para reformar y establecer gobiernos.

---

## LIBRO CUARTO.

---

### CAPÍTULO PRIMERO.

Recapitulación del libro precedente.—Epoca que establece Polibio para entrar en la historia de los Griegos.

En el libro precedente expusimos las causas de que se originó la segunda guerra púnica entre Romanos y Cartagineses (220 años antes de J. C.); manifestamos la entrada de Anníbal en Italia; y á más, recorrimos los combates que ocurrieron entre unos y otros, hasta aquella batalla que se dió á las márgenes del Aufido, junto á la ciudad de Cannas. Ahora haremos mención de lo que pasó en la Grecia por el mismo tiempo, esto es, durante la olimpiada ciento y cuarenta. Pero antes recordaremos brevemente lo que en el libro segundo, por preámbulo de esta obra, se dijo de los Griegos, y especialmente de la nación Aquea, por haber tomado esta república un maravilloso incremento, tanto en los tiempos pasados como en los presentes.

Dimos principio por Tisamenes, uno de los hijos de Orestes, y dijimos que los Aqueos habían sido gobernados por reyes de esta línea hasta Ogiges; pero que habiendo adoptado después el más bello sistema de

gobierno democrático, al instante los habían dispersado por las ciudades y aldeas los reyes de Macedonia. A consecuencia de esto expusimos cómo volvieron otra vez á confederarse, y cuándo y quiénes fueron los autores de esta resolución. Manifestamos también de qué medios y auxilios se valieron para atraer á la liga las ciudades, y estimular á todos los Peloponesios á tomar un mismo nombre y gobierno. Después de haber hablado en general de este proyecto, y haber tocado brevemente los hechos particulares, continuamos la narración hasta el tiempo en que Cleomenes, rey de Lacedemonia, fué destronado. Por último, hecha una sucinta relación de lo que comprende nuestro preámbulo, hasta la muerte de Antígono, Seleuco y Ptolomeo, reyes que todos murieron hacia el mismo tiempo; resta que, atento á nuestra promesa, demos principio á la historia por las acciones que á éstas se siguieron.

Creo ser esta la más bella época de mi historia. Lo primero, porque aquí finaliza la obra de Arato, y lo que me propongo decir en adelante de los Griegos no será sino una consecuencia; lo segundo, porque los tiempos siguientes y los de nuestra historia tienen entre sí tal conexión, que ó los hemos visto nosotros, ó los han alcanzado nuestros padres. De aquí proviene que lo que adelante se dirá, ó lo hemos presenciado nosotros mismos, ó lo sabemos de testigos oculares. Y á la verdad, tomar el agua de más arriba, de suerte que escribamos por oídas lo que otros saben de oídas, no me parece seguro, ni para formar idea, ni para resolver con acierto. Pero sobre todo, hemos dado principio desde esta data, porque en ella como que la fortuna hizo mudar de semblante á toda la haz de la tierra.)

En efecto, Filipo, hijo de Demetrio, aunque niño,

ocupó el trono de Macedonia; Aqueo, señor del país de parte acá del monte Tauro, obtuvo, no sólo la majestad, sino el poder regio; Antíoco, llamado el Grande, muerto poco antes su hermano Seleuco, sucedió en su más tierna edad en el reino de Siria; Ariarates reinó en Capadocia; Ptolomeo Filopator se apoderó del Egipto; Licurgo fué hecho rey de Lacedemonia; y los Cartagineses, en fin, acababan de elegir á Anníbal por su jefe para las empresas que hemos dicho. Tal mudanza en los estados, por precisión había de producir novedades. Esto es muy natural y forzoso que suceda, como en efecto se verificó entonces. Los Romanos y Cartagineses movieron la guerra de que hemos hablado; al mismo tiempo Antíoco y Ptolomeo disputaron entre sí la Cæle-Siria; los Aqueos y Filipo pelearon contra los Etolios y Lacedemonios por los motivos siguientes.

## CAPÍTULO II.

Carácter del pueblo Etolio.—Motivos que tuvo para la guerra con los Messenios.

Ya había mucho tiempo que los Etolios sufrían con impaciencia la paz y el mantenerse á su costa. Estaban acostumbrados á vivir á expensas de sus vecinos. Su natural arrogancia les había constituido en la precisión de muchos gastos, y esclavos de esta pasión, codiciaban siempre lo ajeno, tenían una vida feroz, no reconocían amigo, y reputaban á todos por contrarios. En los tiempos anteriores, mientras vivió Antígono, los había contenido el respeto á los Macedo-

nios; pero después que éste murió y dejó por sucesor al joven Filipo, llenos de desprecio por su persona, buscaron ocasiones y pretextos para mezclarse en los asuntos del Peloponeso, y arrastrados, según su inveterada costumbre, del deseo de saquear esta provincia, se creyeron con mayor derecho para hacer la guerra á los Aqueos. En este pensamiento estaban, cuando contribuyendo algún tanto el acaso á sus designios, se valieron de este pretexto para el rompimiento.

Dorimaco Triconense, hijo de aquel Nicostrates que violó la asamblea general de los Beocios, joven intrépido y codicioso, como buen Etolio, fué enviado de parte de su república á Figalea, ciudad del Peloponeso, situada á los confines de los Messenios, y confederada á la sazón con los Etolios, con el fin, en la apariencia, de defender la ciudad y el país, pero en la realidad con el de espiar lo que pasaba en el Peloponeso. Durante su mansión acudieron á Figalea muchos piratas, y sin arbitrio para proporcionarles algún botín con justa causa, por durar aún entonces la paz general de la Grecia ajustada por Antígono; al fin, falto de recurso, les permitió robar los ganados de los Messenios, que eran sus amigos y aliados. Al principio robaron sólo los rebaños que había en las fronteras, pero después, pasando adelante la insolencia, emprendieron saquear las alquerías de la campaña, asaltándolas de noche y cuando menos se pensaba. Los Messenios llevaron muy á mal estos procedimientos, y enviaron legados á Dorimaco. Este al principio no hizo caso. Tenía interés en que se enriqueciesen las tropas de su mando, y enriquecerse él mismo con la parte que tenía en los despojos. Repetidas las instancias de los diputados por la frecuencia de excesos, respondió que vendría á Messena y satisfaría á las

quejas contra los Etolios. En efecto vino, acudieron á él los agraviados; pero ó se burló de ellos con mofas, ó los insultó y amenazó con escarnios.

Una noche que estaba él aún en Messena, los piratas se acercaron á la ciudad, y aplicadas las escalas, asaltaron el cortijo de Chirón, degollaron á los que se resistieron, maniataron los restantes criados y se llevaron consigo los ganados. Hasta aquí los Eforos habían sufrido, aunque con dolor, estos excesos y la venida de Dorimaco; pero entonces, creyendo que ya pasaba á desprecio, le citaron ante la asamblea de los magistrados. Era á la sazón Eforo de los Messenios Scirón, personaje de probada conducta entre sus ciudadanos. Éste fué de parecer que no se dejase salir de la ciudad á Dorimaco sin que resarciese todos los daños á los Messenios, y entregase los autores de tantas muertes para expiar sus delitos. Aprobado unánimemente el parecer de Scirón como tan justo, Dorimaco irritado les dijo: «Sois demasiado necios si creéis que este insulto es á mí y no á la República de los Etolios; la acción, á mi ver, es muy indigna para que deje de atraeros un público castigo, que os estará bien merecido.»

Había á la sazón en Messena un hombre malvado, sacrificado del todo á las miras de Dorimaco, por nombre Babirtas, quien, si se ponía la gorra y vestido de Dorimaco, no era fácil distinguirle: tanta era la uniformidad de voz, y demás partes del cuerpo que había entre los dos. No ignoraba esto Dorimaco. Éste, tratando con imperio y altanería á los Messenios, Scirón montado en cólera, «¿juzgas acaso, Babirtas, le dijo, que hacemos caso de tí ni de tus amenazas?» Estas palabras bastaron para que Dorimaco cediese al instante á la necesidad, y permitiese á los Messenios tomar venganza de todos los excesos cometidos.

Vuelto á la Etolia, le pareció tan cruel y áspero el dicho de Scirón, que sin otro justo motivo, sólo por esto suscitó la guerra á los Messenios.

### CAPÍTULO III.

Discurso de Dorimaco para excitar los Etolios á la guerra.—Declaración de ésta, y su primera campaña.

Era por entonces (221 años antes de J. C.) pretor de los Etolios Aristón, quien por ciertos achaques corporales que le inhabilitaban para el servicio de la guerra, y por el parentesco que tenía con Dorimaco y Scopas, cedió en cierto modo todo el mando en el primero. Dorimaco no se atrevía á persuadir en público á los Etolios la guerra contra los Messenios. No tenía pretexto alguno que mereciese la pena; al contrario, sabían todos que la infidelidad y el desprecio recibido de Scirón le estimulaban á este rompimiento. Y así, desechado este medio, inducía en secreto á Scopas á que le acompañase á la empresa contra los Messenios. Para esto le representaba que no había que temer de parte de los Macedonios por la temprana edad de su rey Filipo, que á la sazón no pasaba de diez y siete años. Añadía la enajenación de ánimos que había entre Lacedemonios y Messenios. Le traía á la memoria la benevolencia y alianza de los Eleos con los Etolios, de donde concluía que podrían hacer una irrupción sin peligro en la Messenia. Pero lo más capaz de hacer impresión sobre un Etolio, era que le ponía á la vista el rico botín que sacarían de la Messenia, país desapercibido, y el único en el Peloponeso que no había experimentado en tiempo de Cleomenes los ri-



gores de la guerra. Sobre todo le ponderaba el afecto que se granjearían de todo el pueblo etolio; que si los Aqueos les impedían el tránsito, no tendrían de qué quejarse si se lo abrían por fuerza; y si se estaban quietos, no pondrían obstáculo á sus designios; últimamente, que no faltaría pretexto contra los Messenios, quienes ya anteriormente habían hecho la injusticia de prometer el favor de sus armas á los Aqueos y Macedonios.

Dichas estas y otras semejantes razones al mismo intento, infundió tal ardor en Scopas y en sus amigos, que sin esperar la asamblea general del pueblo, sin consultar con los Senadores, y sin ejecutar cosa de las que requería el caso, aconsejados sólo de su pasión y capricho, declararon la guerra á un tiempo á los Messenios, Epirotas, Aqueos, Acarnanios y Macedonios. Al momento destacaron por mar á los piratas, quienes, encontrando junto á Cithera un navío del Rey de Macedonia, le condujeron á la Etolia con toda la tripulación, y vendieron los pilotos, la marinería y la nave misma. Talaron la costa del Epiro, sirviéndose para tanta maldad de los navíos de los Cefalenios; intentaron apoderarse de Thireo, ciudad de la Acarnania; enviaron espías encubiertos por el Peloponeso, y tomaron en el centro del país de los Megalopolitanos el castillo de Clarió, de que se sirvieron para vender los despojos y guardar lo que robaban. Bien que en pocos días fué forzada esta fortaleza por Timojeno, pretor de los Aqueos, acompañado de Taurión, á quien Antígono había dejado en el Peloponeso para velar sobre los intereses de los reyes de Macedonia. Pues aunque el rey Antígono, con permiso de los Aqueos, se había apoderado de Corinto en tiempo de Cleomenes; no obstante, habiendo tomado por fuerza á Orcomeno, lejos de restituirla á los Aqueos, la había rete-

nido para sí; con el designio, á mi modo de entender, de ser señor no sólo de la entrada del Peloponeso, sino de tener á cubierto el país mediterráneo, por medio de la guarnición y pertrechos que tenía en esta plaza.

Dorimaco y Scopas, habiendo observado la ocasión, en que faltase poco tiempo á Timojeno para concluir la pretura, y en que Arato, elegido sucesor para el año siguiente por los Aqueos, no hubiese entrado aún en el cargo, congregaron en Río todo el pueblo etolio; y después de haber preparado pontones, y equipado los navíos de los Cefalenios, trasportaron estas tropas al Peloponeso y avanzaron hacia Messena. Durante la marcha por el país de los Patrenses, Fareos y Tritaios, aparentaron no querer hacer agravio á los Aqueos; pero no pudiendo abstenerse el soldado de la codicia del despojo, atravesaron talando y destruyendo todo hasta llegar á Figalea. Hecha esta irrupción, se arrojaron de improviso y con insolencia sobre los campos de los Messenios, sin tener la menor consideración á la amistad y alianza que de tiempos antiguos mediaba con este pueblo, ni al derecho común establecido entre las gentes. Sobre todos estos respetos prevaleció la codicia; talaron impunemente el país, sin atreverse los Messenios á salirles al paso.

#### CAPÍTULO IV.

Arato toma el mando de las tropas aqueas. — Retrato de este pretor.

Los Aqueos, venido que fué el tiempo legítimo de su asamblea (221 años antes de J. C.), concurrieron á Egio. Después de formado el consejo, los Patrenses y Fareos expusieron los perjuicios que había sufrido su

país con el tránsito de los Etolios. Los Messenios acudieron por sus diputados, y pidieron igualmente que se les amparase contra la injusticia y perfidia de estas gentes. Oídas estas representaciones, los Aqueos se condolieron de los Patrenses y Fareos, y tuvieron compasión del infortunio de los Messenios. Pero sobre todo, lo que más les llegó al alma, fué el que los Etolios, sin haberles concedido ninguno licencia para el tránsito, ni haber intentado siquiera el prohibírselo, hubiesen osado entrar con ejército en la Acaia contra el tenor de los tratados. Irritados con todos estos motivos, decretaron socorrer á los Messenios; y una vez puestos sobre las armas los Aqueos por su pretor, lo que pareciese conveniente á los miembros de la asamblea, aquello se tuviese por valedero. Timojeno, á quien duraba aún el tiempo de la pretura, como que tenía poca confianza en los Aqueos, gentes que en aquella era habían mirado con descuido el ejercicio de las armas, rehusaba encargarse de la expedición y del alistamiento de las tropas. En efecto, después de la caída de Cleomenes, rey de Esparta, los Peloponesios, fatigados con las guerras anteriores y fiados en la tranquilidad presente, habían abandonado todo lo concerniente á la guerra. Però Arato, condolido é irritado con la insolencia de los Etolios, manejaba con más ardor el asunto, como que ya de tiempos antiguos provenía la enemistad con estas gentes. Por lo cual procuró poner cuanto antes sobre las armas á los Aqueos, resuelto á venir á las manos con los Etolios. En fin, habiendo recibido de Timojeno el sello público cinco días antes del tiempo acostumbrado, escribió á las ciudades para que congregasen en Megalópolis con sus armas á todos los de edad competente. Pero me parece del caso anticipar una breve noticia del raro talento de este pretor.

Tenía Arato, entre otras dotes, el de ser un perfecto estadista. Poseía el talento de la palabra, el del ingenio y el del sigilo. En calmar disensiones civiles, granjearse amigos y adquirirse aliados, no tenía compañero. En excogitar trazas, artificios y asechanzas contra un enemigo, y éstas llevarlas á debido efecto á costa de fatigas y constancia, era el más astuto. De esto se pudieran dar muchos claros testimonios, pero los más sobresalientes se ven particularmente en la toma de Sicione y Mantinea, en el desalojamiento de los Etolios de la ciudad de Pelene, y sobre todo, en la astucia con que sorprendió el Acrocorinto. Pero este mismo Arato, puesto en campaña al frente de un ejército, era tardo en el consejo, apocado en la resolución é incapaz de esperar sin moción la apariencia de un peligro. Por eso, aunque llenó el Peloponeso de sus trofeos, con todo, casi siempre fué despojo de sus contrarios por este pero. Así es que entre los hombres hay no sólo cierta diversidad en los cuerpos, sino aun más en los espíritus; de suerte que un mismo hombre ya es apto, ya inepto, no digo para diversas funciones, sino aun para algunas de la misma especie. Vemos muchas veces á uno mismo ser ingenioso y estúpido, igualmente que á otro intrépido y tímido. Ni son estas paradojas; son sí verdades comunes y notorias á los que quieren reflexionar. Vemos unos ser animosos en las cacerías para lidiar con las fieras, y estos mismos ser cobardes en la guerra y á vista del enemigo. Tal es expedito y astuto para el ministerio militar cuando el combate es particular y de hombre á hombre, pero en uno general y formado con otros es de ningún provecho. La caballería thesálica, por ejemplo, situada por escuadrones en batalla ordenada, es irresistible; pero fuera de aquí, para pelear de hombre á hombre, cuando el tiempo y la

ocasión lo requirieren, es inútil y pesada. Á los Etolios sucede todo lo contrario. Los Cretenses, bien sea por mar, bien por tierra, si se trata de emboscadas, ladronicios, sorpresas del enemigo, ataques nocturnos, y cuanto requiera dolo en una acción particular, son intolerables; pero en batalla campal y al frente del enemigo son cobardes y apocados de espíritu. Los Aqueos y Macedonios al contrario. Hemos apuntado estas reflexiones para que los lectores no extrañen al oír si alguna vez de unas mismas personas proferimos juicios diversos sobre institutos entre sí semejantes.

## CAPÍTULO V.

Batalla de Cafias perdida por imprudencia de Arato.

Congregados (221 años antes de J. C.) en Megalópolis—aquí fue donde interrumpimos el hilo de la narración—todos los de edad competente para llevar las armas, según se había resuelto en la asamblea aquea; los Messenios se presentaron segunda vez, suplicando no abandonasen á unas gentes á quienes tan abiertamente se les había faltado á los pactos. Querían entrar á la parte en la liga común, é insistían en que se les alistase con los demás; pero los jefes aqueos no aceptaron su alianza, diciendo que no podían recibir pueblo alguno sin el consentimiento de Filipo y demás aliados. Subsistía aún la alianza jurada que Antígono había hecho en tiempo de Cleomenes entre los Aqueos, Epirotas, Focenses, Macedonios, Beocios, Arcadios y Thesalos. No obstante, prometieron que saldrían á campaña y les socorrerían, con tal que los presentes pusiesen en rehenes sus hijos en Lacedemonia,

para resguardo de que jamás se reconciliarían con los Etolios sin voluntad de los Aqueos. Armaron también sus gentes los Lacedemonios según el tenor de la alianza, y camparon en las fronteras de los Megalopolitanos, más como tropas subsidiarias y espectadoras que como aliadas.

Arato, evacuado que hubo de este modo el asunto de los Messenios, envió diputados para instruir á los Etolios de lo resuelto, exhortarles á que saliesen del país de los Messenios, y no tocasen en la Acaia; ó de lo contrario, trataría como enemigos á los contraventores. Scopas y Dorimaco, apenas tuvieron esta noticia, y supieron que los Aqueos se habían congregado, creyeron les tenía cuenta obedecer sus órdenes. Sin detención despacharon correos á Cilene, y á Aristón, pretor de los Etolios, para que les enviasen cuanto antes á la isla de Fliades los barcos de carga que tuviesen. Ellos, dos días después, levantaron el campo llevando por delante el botín, y dirigieron su ruta hacia el país de los Eleos, con quienes siempre habían tenido amistad, y de cuya conexión se habían valido para robar y saquear el Peloponeso.

Arato, después de haberse detenido dos días y haberse fiado neciamente en que los Etolios se retirarían á su patria, como lo habían dado á entender, licenció todos los Aqueos y Lacedemonios para sus casas, y reteniendo solos tres mil infantes, trescientos caballos y las tropas que mandaba Taurión, avanzó hacia Patras, contentándose con ir costeano á los Etolios. Dorimaco, informado de que Arato le seguía de cerca y subsistía armado, llegó á recelar por una parte que no le atacase mientras se estaba embarcando; pero como por otra deseaba con ansia encender la guerra, envió el botín á los navíos bajo una escolta suficiente y apta para su transporte, con orden de conducirle

hasta Río, como que desde allí se habían de hacer á la vela. Él al principio marchó escoltando la comitiva del botín, pero á poco tiempo torció el camino y se dirigió hacia Olimpia. Con el aviso que tuvo de que Taurión y Arato campaban con sus tropas alrededor de Clitoria, seguro de que era imposible pasar por Río sin exponerse al trance de una batalla, creyó convenía á sus intereses venir cuanto antes á las manos con Arato, que á la sazón tenía poca gente y no esperaba tal fracaso; en el concepto de que, si lograba vencerle, talaría el país y partiría de Río sin peligro, mientras que Arato cuidaba y deliberaba reunir segunda vez á los Aqueos; y si, atemorizado éste, se retiraba y rehusaba el combate, dispondría su partida sin riesgo cuando más bien le pareciese. Ocupado en estos designios, emprendió su marcha y se acampó alrededor de Methidrio en el país de los Megalopolitanos.

Los jefes aqueos que supieron la venida de los Etolios, consultaron tan mal sus intereses, que llegó hasta lo sumo la necesidad. Vueltos de Clitoria, sentaron sus reales alrededor de Cafias; y cuando pasaban los Etolios desde Methidrio por delante de Orcomeno, sacaron sus tropas, y las ordenaron en batalla en las llanuras de Cafias, poniendo por barrera el río que por allí pasa. Los Etolios, ya por las dificultades que mediaban (había á más del río muchos fosos difíciles de vencer), ya por la buena disposición que aparentaban los Aqueos para la batalla, recelaron venir á las manos según su primer propósito, y marcharon en buen orden por aquellas eminencias hasta Oligirto, dándose por muy contentos si nadie los inquietaba ni precisaba á aventurar un trance. Ya la vanguardia de los Etolios había llegado á las eminencias, y la caballería que cerraba la retaguardia, atravesando el llano, tocaba con el pie de la montaña llamada Propo,

cuando Arato destaca la caballería é infantería ligera al mando de Epistrato Acarnanio, con orden de picar la retaguardia y tentar á los contrarios. En efecto, caso de aventurar un trance, de ningún modo convenía venir á las manos con la retaguardia, cuando ya el enemigo había atravesado las llanuras, sino atacar la vanguardia, al punto que esta hubiese entrado en el llano. De este modo, todo el combate hubiera sido en terreno llano y descampado; donde hubieran sido sin duda incomodados los Etolios por la clase de sus armas y orden de batalla, y los Aqueos por las disposiciones contrarias hubieran tenido la prepotencia y la ventaja. Pero al contrario, no supieron aprovecharse del terreno ni de la ocasión, y entraron en la lid cuando todo era favorable al enemigo. Consiguientemente el éxito del combate correspondió á los principios. No bien se había comenzado por los armados á la ligera, cuando la caballería etolia se acogió sin perder el orden al pie de la montaña, con el anhelo de incorporarse con su infantería.

Arato, sin ver bien lo que pasaba, ni inferir justamente las resultas, apenas advirtió que se retiraba la caballería, en el entender de que volvía la espalda, destaca de sus alas la infantería pesada, con orden de socorrer é incorporarse con la ligera. Él, mientras, hizo tornar corriendo y con precipitación el ejército sobre una de las alas. Lo mismo fué atravesar el llano la caballería etolia y unirse con la infantería, que apoyada del pie de la montaña hacer alto, exhortar á la infantería á que se situase sobre sus costados, y á sus voces acudir prontamente al socorro todos los que iban aún andando. Cuando ya creyeron que eran los bastantes, se vuelven, acometen las primeras líneas de la caballería é infantería ligera de los Aqueos; y como eran más en número y atacaban desde lo alto,



no obstante la obstinada resistencia, al cabo ponen en huida á los que entraron en la acción. En el hecho mismo de volver éstos la espalda, los pesadamente armados que venían andando á su socorro sin orden y descompuestos, unos sin saber lo que pasaba, otros chocando de frente con los que se retiraban, fueron forzados á huir y á seguir su ejemplo. De aquí provino que en la acción solos quedaron sobre el campo quinientos hombres, cuando eran más de dos mil los que iban huyendo. Pero advertidos los Etolios por el lance mismo de lo que debían hacer, siguieron el alcance con grande y descompasada algazara. Mientras los Aqueos se iban retirando hacia los pesadamente armados, en la inteligencia de hallarlos en puesto seguro según la formación que habían tomado al principio, su huida era honesta y provechosa; pero apenas advirtieron que éstos habían desamparado sus fortificaciones y que estaban á larga distancia y desmandados, unos al instante se dispersaron y refugiaron sin orden á las ciudades inmediatas, otros, encontrando de frente con la falange que venía á su socorro, su propio miedo sin necesidad de enemigos les forzó á tomar una huida precipitada y acogerse en las ciudades circunvecinas. Oreomeno y Cafias, pueblos inmediatos, sirvieron de asilo á muchos. Sin este auxilio, acaso hubieran perecido todos sin remedio. Tal fué el éxito de la batalla que se dió en las cercanías de Cafias.

## CAPÍTULO VI.

Cargos que forman los Aqueos contra Arato, y justificación de éste. — Resolución de la asamblea aquea. — Proyecto ridiculo del pueblo etolio.

Luego que supieron los Megalopolitanos que los Etolios se habían acampado alrededor de Methidrio, convocado el pueblo al són de trompeta, vinieron al socorro el día después de la batalla; y cuando creían que, vivos aún sus compañeros, podrían batir á los contrarios, se vieron en la precisión de haber de dar sepultura á los que habían perecido. En efecto, cavaron una hoya en las llanuras de Cafias, y amontonados los cadáveres, hicieron las exequias con todo honor á aquellos infelices. Los Etolios, lograda una victoria tan inesperada por medio de su caballería é infantería ligera, atravesaron después con toda seguridad por medio del Peloponeso. En esta marcha intentaron tomar la ciudad de Pelene, arrasaron los campos de Sicione y al fin hicieron su salida por el istmo. Tal fué la causa y motivo de la guerra social: el principio provino del decreto que todos los aliados juntos en Corinto formaron después, siendo autor de la resolución el rey Filipo.

Pocos días después, junto el pueblo aqueo en la asamblea acostumbrada, todos en general y en particular reprendieron amargamente á Arato de haber sido causa sin disputa de la derrota precedente. Pero lo que más irritó y exasperó al pueblo fueron los cargos que le hicieron los de la facción contraria, y las claras pruebas que de ellos daban. Sentaban por primer yerro clásico, el que antes de tener en propiedad

la pretura, y en el tiempo de su predecesor, se hubiese encargado de tales empresas, que por una repetida experiencia sabía se le habían malogrado: el segundo cargo, más grave aún que el precedente, era el haber licenciado los Aqueos, cuando subsistían aún los Etolios en el centro del Peloponeso, y por otra parte se podía presumir que Scopas y Dorimaco no pensaban más que en turbar el estado presente y suscitar una guerra: el tercero era el haber venido á las manos, teniendo tan poca gente, y sin necesidad alguna que le forzase; cuando podía haberse refugiado sin peligro en las ciudades inmediatas, congregar los Aqueos, y atacar entonces al enemigo, si lo creía del todo conveniente: el último y mayor de todos era que ya que se propuso pelear, se había portado con tan poca prudencia y cautela en el lance, que sin aprovecharse del terreno llano, ni valerse de la infantería pesada, con sola la ligera había dado la batalla á los Etolios al pie de una montaña, cosa que no podía serles más ventajosa ni acomodada.

Esto no obstante, lo mismo fué presentarse Arato, y recordar los servicios y acciones hechas anteriormente á la República; dar satisfacción á los reparos, como que no habían provenido por su culpa; pedir perdón, si alguna omisión había tenido en aquella jornada; y en una palabra, suplicar se examinase sin pasión y con humanidad el asunto; se advirtió tan repentino y generoso arrepentimiento en el pueblo, que se irritó sobre manera contra los del bando opuesto que le acusaban, y en adelante siguió en un todo el consejo de este pretor. Todo esto sucedió en la olimpiada anterior; lo que se sigue, pertenece á la olimpiada ciento cuarenta.

La resolución de los Aqueos fué que se enviasen diputados á los Epirotas, Beocios, Focenses, Acarnanios

y á Filipo, para que supiesen cómo los Etolios, contra el tenor de los tratados, habían entrado ya dos veces de mano armada en la Acaia, é implorasen su socorro en virtud del convenio; que tuviesen á bien admitir á los Messenios en la alianza; que el pretor escogiera entre los Aqueos cinco mil infantes y quinientos caballos; que socorrería á los Messenios, caso que los Etolios atacasen su país; y que, en fin, arreglaría con los Lacedemonios y Messenios el número de caballería é infantería que unos y otros habían de suministrar para las públicas urgencias. Tomadas estas providencias, los Aqueos sufrieron con constancia el revés que les acababa de suceder, y no desampararon á los Messenios, ni el proyecto que habían abrazado. Los comisionados para estas embajadas cumplieron con su encargo. Arato levantó la tropa aquea que prevenía el decreto, los Lacedemonios y Messenios convinieron en contribuir cada uno con dos mil quinientos infantes y doscientos cincuenta caballos; de suerte que para cualquiera urgencia que pudiese ocurrir, había un ejército de diez mil infantes y mil caballos.

Los Etolios, venido que fué el tiempo legítimo de la asamblea, juntos tomaron la depravada resolución de hacer paces con los Lacedemonios, Messenios y demás aliados para sustraerlos y separarlos de la amistad de los Aqueos, y con éstos ajustar un tratado, caso que se apartasen de la alianza de los Messenios, ó cuando no, declararles la guerra. El proyecto era el más ridículo del mundo; pues siendo á un mismo tiempo aliados de los Aqueos y Messenios, si éstos vivían en amistad y concordia entre sí, declaraban la guerra á los Aqueos; y si eran enemigos, hacían la paz separadamente con los Messenios: proyecto á la verdad tan extraño, que jamás ocurrió á hombre iniquidad semejante.

Los Epirotas y el rey Filipo, habiendo oído á los diputados, admitieron en la alianza á los Messenios; y aunque por el pronto se ofendieron de los excesos cometidos por los Etolios, duró poco su sorpresa, por no ser extraordinarias, antes sí muy comunes semejantes perfidias entre estas gentes. En efecto, su cólera no pasó adelante, y resolvieron ajustar la paz con este pueblo: tan cierto como esto es que más bien alcanza perdón una injuria frecuente y continuada, que una maldad rara y extraordinaria.

Los Etolios, habituados á este género de vida, eran unos perpetuos ladrones de la Grecia; infestaban los pueblos sin denunciarles la guerra, y ni aun se dignaban dar satisfacción á las quejas. Al contrario, si alguno les reconvenía de lo que habían hecho ó pensaban hacer, no sacaba otra respuesta que la mofa. Los Lacedemonios, en medio de que acababan de recobrar la libertad por la munificencia de Antígono y de los Aqueos, y el reconocimiento les obligaba á no dar paso en contra de los Macedonios ni de Filipo, con todo, despacharon por bajo de cuerda diputados á los Etolios, y contrajeron con ellos una amistad y alianza secreta. Ya estaba alistada la juventud aquea, y los Lacedemonios y Messenios se habían convenido en el socorro, cuando Scerdilaidas y Demetrio de Faros salieron de la Iliria con noventa bergantines, y pasaron de parte allá del Lisso, contra el tratado ajustado con los Romanos. Al principio abordaron á Pila, y aunque tentaron tomarla, fué sin efecto. Después, Demetrio con cincuenta bergantines marchó contra las Ciclades, y bloqueando aquellas islas, de unas exigió un tributo, y á otras echó por tierra. Scerdilaidas dirigió su rumbo hacia la Iliria, y aportó á Naupacta con la escuadra restante, fiado en la amistad de Aminas, rey de los Atamanos, con quien tenía paren-

tesco. Aquí, efectuado que hubo un convenio con los Etolios sobre el repartimiento del botín por mediación de Agelao, prometió ayudarlos contra la Acaia. Entraron en este tratado á más de Scerdilaidas, Agelao, Dorimaco y Scopas, y ganando con maña la ciudad de Cineta, juntaron todo el pueblo etolio, é hicieron una irrupción en la Acaia con los Ilirios.

### CAPITULO VII.

Estado de Cineta.—Traición de algunos de sus habitantes.—Saco y ruina de esta ciudad por los Etolios.—Caza que da Taurión á éstos sin efecto.—Inacción de Arato.

Entre tanto, Aristón, pretor de los Etolios, permanecía quieto en su casa, aparentando no saber nada de lo que pasaba. Publicaba (220 años antes de J. C.) que, lejos de tener guerra con los Aqueos, observaba exactamente la paz, conducta á la verdad bien ridícula y pueril. Pues es claro que se acredita de necio y loco quien presume ocultar con palabras lo que publican las obras. Dorimaco, tomando su ruta por la Acaia, se presentó de repente delante de Cineta. Esta ciudad, originaria de la Arcadia, ardía después de mucho tiempo en grandes é interminables alborotos, hasta llegar á matarse y desterrarse los unos á los otros. Añadíase á esto, que había mutua facultad de robar y hacer nuevos repartimientos de tierras. Pero al fin, superiores los que estaban por los Aqueos, se habían apoderado de la ciudad, habían puesto guarnición en los muros, y habían traído un gobernador de la Acaia. Tal era el estado de Cineta, cuando poco antes de la venida de los Etolios, los desterrados enviaron diputados á sus conciudadanos, suplicando les

admitiesen á su gracia y permitiesen tornar á sus casas. Los que tenían la ciudad estaban inclinados á sus ruegos, pero enviaron una embajada á los Aqueos para efectuar la reconciliación con su consentimiento. Los Aqueos no hallaron dificultad en el permiso. Estaban persuadidos á que de este modo se congraciarían con ambos bandos: con los de la ciudad, porque fundarían en ellos todas sus esperanzas; y con los desterrados, porque deberían su salud al asenso de los Aqueos. En efecto, los Cinetenses enviaron la guarnición y el comandante, para ajustar la paz y admitir en la ciudad á los prófugos, en número casi de trescientos, tomándoles antes las seguridades que reputan los hombres por más poderosas. Pero éstos, sin esperar á que se presentase causa ó pretexto que les diese pie para nuevas discordias, sino todo lo contrario, al instante que volvieron conspiraron contra su patria y libertadores. A mi entender, en el tiempo mismo que juraban sobre las víctimas una fidelidad mutua, ya entonces estaban maquinando la impiedad que habían de cometer contra los dioses y contra los que de ellos se fiaban. Pues lo mismo fué tener parte en el gobierno, que llamar al instante á los Etolios y venderles la ciudad, con el fin de acabar del todo con sus libertadores y con la patria que los había criado.

Ve aquí la audacia y modo con que tramaron la traición. Entre los que habían vuelto del destierro había algunos que obtenían el mando militar, llamados *Polemarcos*. Estos magistrados cuidaban de cerrar las puertas de la ciudad, guardar las llaves mientras estaban cerradas, y hacer la guardia durante el día. Los Etolios estaban dispuestos y con las escalas prevenidas, aguardando la ocasión. Un día los desterrados que á la sazón eran Polemarcos, habiendo degollado á sus compañeros en la guardia y abierto la

puerta, parte de los Etolios entraron por ella, parte, aplicadas las escalas, forzaron y ocuparon el muro. Los habitantes, atónitos con tal fracaso, no sabían qué hacerse ni qué partido tomar. No podían oponerse á los que entraban por la puerta, porque les llamaban la atención los que escalaban el muro, ni acudir al muro sin cuidar de los que forzaban las puertas. Esto fué causa de que los Etolios se apoderasen prontamente de la ciudad. Entre tantos excesos como cometieron, éste á lo menos no puede dejar de ser aplaudido: y fué, que ante todas cosas degollaron y robaron los bienes de los que los habían introducido y vendido la ciudad, bien que se siguiese después la misma suerte por todos los demás. Al fin, alojados en las casas, lo saquearon todo, y atormentaron aquellos ciudadanos en quienes sospecharon hallar oculto algún dinero, alhaja ó mueble precioso.

Saqueada de este modo Cineta, levantaron el campo, dejando guarnición para custodia de los muros, y se encaminaron á Lisso. Llegados que fueron al templo de Diana, que está situado entre Clitoria y Cineta, y los Griegos veneran como lugar de asilo, tentaron robar los ganados de la Diosa, y lo demás que había alrededor del templo. Pero la prudencia de los Lissiatas, dándoles parte de los ornamentos sagrados, evitó que cometiesen alguna impiedad ó sacrilegio inextinguible. Y así, tomando lo que les dieron, partieron al instante y se acamparon delante de Clitoria.

Por este tiempo Arato, pretor de los Aqueos, había enviado á pedir socorro á Filipo; alistaba la flor de sus tropas, y demandaba á los Lacedemonios y Messenios las fuerzas que prevenía el tratado. Los Etolios al principio exhortaron á los Clitorios á que, abandonado el partido aqueo, contrajesen con ellos alianza; pero despreciando éstos redondamente su propuesta,



les atacaron la ciudad y tentaron escalar sus muros. Los Clitorienses se defendieron con tanto valor y esfuerzo, que cediendo á la suerte los Etolios, tuvieron que levantar el sitio y encaminarse otra vez hacia Cineta, donde saquearon y llevaron consigo los rebaños de la Diosa. Ellos bien hubieran querido entregar esta ciudad á los Elios, pero repugnando éstos recibirla, tomaron la resolución de guardarla por sí mismos, nombrando por gobernador á Eurípides. Después, por temor del socorro que, según decían, venía de Macedonia, puesto fuego á la ciudad, se retiraron, dirigiéndose otra vez á Río, de donde tenían dispuesto pasar á su patria.

Taurión, enterado por una parte de la invasión de los Etolios y de los excesos que habían cometido en Cineta, por otra viendo que Demetrio de Faros había aportado á Cencras desde las islas Ciclades, suplicó á este príncipe socorriese á los Aqueos, atravesase el istmo con sus bergantines, y se opusiese al paso de los Etolios. Demetrio, que por temor á los Rodios que le venían siguiendo se había retirado de las islas Ciclades con un rico botín, pero con bastante ignominia, asintió á la propuesta de Taurión, tanto con mayor gusto, cuanto que este príncipe tomaba por su cuenta los gastos del tránsito de la armada. En efecto, habiendo atravesado el istmo cuando ya hacía dos días que lo habían pasado los Etolios, se contentó con talar algunos lugares de la costa, y se retiró otra vez á Corinto. Los Lacedemonios descuidaron de mala fe en enviar el socorro estipulado, bien que, atendiendo sólo al qué dirán, remitieron alguna caballería é infantería. Arato, acompañado de sus Aqueos, se condujo en esta ocasión más como político que como capitán. La consideración y memoria del descalabro precedente le contuvo en inacción, hasta que Scopas y

Dorimaco, efectuado su designio á medida del deseo, se tornaron á su patria; bien que el camino que llevaban fuese tan estrecho y cómodo para atacarles, que un solo trompeta hubiera bastado para la victoria. Por fin, en medio de los grandes infortunios y contratiempos que los Cinetenses sufrieron de los Etolios, todo el mundo creyó que les estaba bien merecido.

## CAPÍTULO VIII.

### Carácter de los Cinetenses.

Puesto que entre todos los Griegos los Arcades conservan en general cierto concepto de virtuosos, no sólo por la hospitalidad, dulzura de costumbres y método de vida, sino principalmente por el respeto á los dioses, será del caso disertar brevemente sobre la ferocidad de los Cinetenses, y preguntar cómo siendo también éstos Arcades sin disputa, excedieron tanto en aquella época al resto de la Grecia en inhumanidad y perfidia. En mi concepto no es otra la causa que el haber sido los únicos que primero abandonaron las máximas establecidas con tanta prudencia por sus mayores y adaptadas á la inclinación de todos los pueblos de la Arcadia. Por ejemplo, la música (hablo de la verdadera música) es un ejercicio útil á todo hombre, pero á un Arcade es necesario. Pues no debemos presumir que la música, como dice Eforo en el proemio de su obra tomando esta voz en una acepción indigna, fuese inventada para engaño é ilusión de los hombres; ni que los antiguos Cretenses y Lacedemonios sustituyesen sin sobrado fundamento, en vez de la trompeta, la flauta y las canciones, para

animar los soldados á la guerra; ni que los primeros Arcades, en lo demás tan austeros, dispensasen sin motivo tanto honor á la música en su república, que quisiesen, no sólo la mamasen con la leche los niños, sino que la ejercitasen los jóvenes hasta los treinta años. Es público y notorio que casi sólo en la Arcadia es donde se acostumbra á los niños por las leyes á cantar desde la infancia himnos y canciones, con que celebran al estilo del país sus héroes y dioses patrios; que instruidos en los tonos de Filoxenes y Timoteo, todos los años por los Bacanales danzan con mucha emulación al són de flautas en los teatros, y se ejercitan los niños en juegos de niños, y los jóvenes en juegos de hombres. Igualmente por todo el discurso de la vida en los entretenimientos de sus convites, no hacen tanto aprecio de las recitaciones estudiadas como de la precedencia en el canto en que van turnando. No reputan por vergonzoso confesar que ignoran las otras ciencias, pero no pueden negar que saben cantar, porque á todos obliga la ley; ni excusarse con decir que lo saben, porque esto se tiene por indecoroso. Estos ejercicios al són de la flauta según las reglas del arte, y estas danzas dirigidas y costeadas por el público, en que se emplean los jóvenes todos los años en los teatros, dan una idea de sus talentos á sus conciudadanos.

En mi concepto, esto lo instituyeron nuestros mayores, no por afeminación y deleite, sino por consideración á la laboriosidad de los Arcades; y en una palabra, á su vida penosa y dura. Consideraron la austeridad de sus costumbres, y que ésta provenía del frío y triste aire que generalmente se respira en aquel país, con el cual se han de conformar por precisión las inclinaciones del hombre. Esta y no otra es la causa porque, á proporción de la mayor distancia que

hay entre las naciones, es también más notable la diferencia de unas y otras, en costumbres, rostros, colores, y mayor parte de institutos. Convengamos, pues, que para dulcificar y morigerar este natural áspero y duro, introdujeron los ejercicios mencionados; que á este fin instituyeron asambleas y sacrificios públicos, igualmente para hombres y mujeres, y danzas para niños de uno y otro sexo; y para ahorrar-me de razones, que con este intento excogitaron todos los medios, para que lo desabrido de su genio se civilizase y domesticase con la cultura de las costumbres.

Ve aquí por qué abandonados del todo estos consejos por los Cinetenses, cuando era el pueblo que más necesitaba de este lenitivo, por respirar un aire y ocupar un terreno el más desapacible de la Arcadia, se entregaron á las disputas y mutuas contestaciones; y al fin llegó á tanto su fiereza, que en ninguna otra ciudad de la Grecia se cometieron crueldades mayores ni más frecuentes. Prueba de la infelicidad de los Cinetenses cuanto á esta parte, y de la detestación que el resto de la Arcadia tenía á sus institutos es que, después de una carnicería semejante, cuando enviaron legados á Lacedemonia, en todas las ciudades de la Arcadia donde entraron durante su marcha se les intimó al instante que se retirasen. Aun más hicieron los Mantinenses: se purificaron después de su salida, y condujeron víctimas en sacrificio alrededor de su ciudad y territorio.

Hemos apuntado estas reflexiones para que ninguno otro pueblo vitupere las costumbres públicas de los Arcades; asimismo, para que algunos habitantes de la Arcadia no estén en el entender que la profesión de la música es un acto de supererogación entre ellos, y se atrevan á despreciar este arte; finalmente,

para corrección de los Cinetenses, y para que, si Dios algún día se lo permite, se conviertan á aquella educación que puede humanizar su carácter, y sobre todo á la música. Este es el único antídoto capaz de desnudarlos de su antigua barbarie. Pero ahora, expuestas las desgracias de los Cinetenses, tornaremos á tomar el hilo de la historia.

### CAPÍTULO IX.

Sedición en Esparta.—Diversidad de pareceres en el consejo de Filipo sobre el castigo.—Sabio corte que el Rey toma en el asunto.—Declaración de guerra por todos los aliados contra los Etolios.

Luego que los Etolios hubieron concluido esta expedición en el Peloponeso (220 años antes de J. C.), se retiraron á su patria sin peligro. Entretanto Filipo vino á Corinto con ejército para socorrer á los Aqueos; pero habiendo llegado tarde, despachó correos á todos los aliados para que sin detención le enviase cada uno á Corinto personas con quienes consultar sobre los intereses comunes. Él, mientras, levantó el campo en derechura hacia Tegea, informado de las muertes y alborotos que entre sí tenían los Lacedemonios. Este pueblo, acostumbrado á ser regido por reyes y á obedecer ciegamente á sus jefes, acababa entonces de recibir la libertad por favor de Antígono. Lo mismo fue verse sin cabeza, que al instante se suscitaron alborotos y creyeron todos tener igual derecho en el gobierno. Al principio dos de los eforos tenían oculto el partido que abrazaban, y los otros tres mantenían trato con los Etolios, persuadidos á que la tierna edad de Filipo no bastaría á gobernar el Peloponeso. Pero

lo mismo fué salir de esta provincia los Etolios, y llegar de la Macedonia Filipo más presto de lo que se esperaba; recelosos los tres de uno de los otros dos, llamado Adimantes, porque enterado de todos sus designios no aprobaba su conducta, temieron que, venido el rey, no le revelase todo el secreto. Para prevenir este daño, comunicaron su intento á ciertos jóvenes, y bajo el pretexto de que venían marchando los Macedonios contra la ciudad, publicaron un bando para que todos los que tuviesen edad acudiesen con sus armas al templo de Minerva. Una noticia tan inesperada hizo que la gente se congregase prontamente. Adimantes, aunque con repugnancia, procuró marchar el primero, y después de juntos les dijo: «Estas asonadas y rebatos para poner á todos sobre las armas, fueron del caso poco ha, cuando supimos que los Etolios, nuestros enemigos, se acercaban á las fronteras de nuestro país; pero no ahora, cuando sabemos que son los Macedonios, nuestros bienhechores y salvadores, los que vienen con su rey Filipo.» Aun no había pronunciado estas palabras, cuando los jóvenes encargados le atravesaron con sus espadas, y mataron juntamente á Stenelao, Alcámenes, Tiestes, Bionidas y otros muchos más ciudadanos. Polifontes y algunos otros, previendo prudentemente las resultas, se pasaron á Filipo.

Después de esta carnicería, los eforos que gobernaban á Esparta despacharon sin dilación diputados á Filipo para acriminar la conducta de los muertos, suplicarle difiriese su venida hasta tanto que, sosegada la conmoción, recobrase la ciudad su antiguo estado, y entre tanto estuviese seguro de que se habían propuesto observar en todo la fe y amistad con los Macedonios. Los diputados alcanzaron á Filipo cerca del monte Partenio, y expusieron inmediata-

mente su comisión. El Rey, después de haberlos oído, mandó que tornasen con diligencia á Lacedemonia y participasen á los eforos cómo sin detenerse iba á poner su campo sobre Tegea, y que á ellos tocaba enviarle cuanto antes personas de autoridad con quienes consultar sobre el caso presente. Los diputados ejecutaron el mandato, y los eforos de Lacedemonia, oída la resolución del Rey, despacharon diez ciudadanos que, marchando á Tegea y admitidos al consejo de Filipo, con Omias á su cabeza, acusaron á Adimantes como á autor del pasado alboroto, ofrecieron al Rey que cumplirían en todo como buenos aliados, y que cuanto al afecto por su persona, manifestarían ser superiores á cuantos creía serle sus más verdaderos amigos. Dichas estas y otras semejantes razones, los Lacedemonios se retiraron.

Entre los que componían el consejo hubo diferentes pareceres. Unos, instruídos de la maldad cometida en Esparta, y persuadidos á que Adimantes y sus compañeros habían perdido la vida por amor á su partido, como asimismo que los Lacedemonios habían intentado asociarse con los Etolios, aconsejaron al Rey hiciese un ejemplar con este pueblo, y los tratase como Alejandro había tratado á los Tebanos al punto que tomó las riendas del imperio. Otros, los más proVectos, dijeron que esta pena era más rigurosa que la que merecía el delito; no obstante, que se castigase á los autores, se les depusiese de los empleos, y se confriese el gobierno y los cargos á los amigos del Rey.

Después de todos habló Filipo con mucha prudencia, si se ha de dar crédito á lo que entonces se dijo. Pues no es creíble que un joven de diez y siete años pudiese dar tal corte en asunto de tanta importancia. Pero á los historiadores nos toca atribuir las resolucio-

nes tomadas en los congresos á los que están á la cabeza de los negocios; bien que los lectores deban dar por supuesto que semejantes consejos y deliberaciones proceden por lo regular de los privados, y con especialidad de los que andan al lado de los reyes. Lo más conforme á razón es atribuir á Arato la determinación que el Rey tomó entonces. Esta fué que las injurias particulares cometidas entre los aliados, en tanto eran de su inspección, en cuanto de palabra ó por escrito le tocaba poner remedio y darse por entendido; pero que los insultos contra la alianza en general, eran los únicos de quienes él debía tomar un castigo y corrección pública con parecer del consejo: que los Lacedemonios no habían pecado notoriamente contra la alianza en general, antes bien, ofreciendo cumplir exactamente con sus deberes, no había motivo para mostrarse con ellos inexorable; pues no era puesto en razón que á quienes no había maltratado su padre, en medio de haberlos sujetado como á enemigos, él los tratase con rigor por motivos tan leves. Rubricada esta determinación, por la que quería se mirase con indiferencia todo lo pasado, despachó al instante el Rey á Petreo su confidente con Omias y sus compañeros, para que exhortasen la plebe á subsistir en la buena correspondencia que tenían con él y con sus Macedonios, y al mismo tiempo á prestar y recibir los juramentos sobre la alianza. Él, mientras, levantó el campo y tornó á Corinto, dando una brillante prueba de su afecto para con los aliados en la repuesta que dió á los Lacedemonios.

Habiendo hallado en Corinto á los que habían venido de las ciudades aliadas, consultó y conferenció con ellos sobre lo que había de hacer, y cómo se había de portar con los Etolios. Los Beocios les acusaban de



haber robado durante la paz el templo de Minerva Itonia; los Focenses, de haber tomado las armas para apoderarse de las ciudades de Ambriso y Daulio; los Epirotas, de haberles talado su país; los Arcanios, de haber tramado una conspiración contra Thireo y haber osado atacarla de noche; finalmente, los Aqueos exponían cómo habían tomado á Clario en el país de Megalópolis, habían talado al pasar los campos de los Patrenses y Farenenses, habían saqueado á Cineta, habían profanado en Lisso el templo de Diana, habían sitiado á Clitoria, habían tentado arruinar por mar á Pila, y por tierra á Megalópolis de Iliria, que acababa de ser poblada. Expuestos estos cargos en la asamblea, todos unánimes fueron de parecer que se declarase la guerra á los Etolios. Estas acusaciones sirvieron de cabeza al manifiesto, y se formó un decreto del tenor siguiente: Que todos los aliados se unirían para recobrar cualquier país ó ciudad que los Etolios hubiesen usurpado después de la muerte de Demetrio, padre de Filipo: igualmente que todos aquellos á quienes las circunstancias habían forzado contra su voluntad á entrar en la república de los Etolios serían restablecidos en su antiguo gobierno y poseerían sus países y ciudades, sin guarnición, sin impuesto, libres en todo, gozando de las leyes y usos de sus padres: últimamente, que restituirían sus leyes á los Amficionios, y les ayudarían á poner en su poder el templo con todos sus anejos, de que los Etolios les habían despojado.

## CAPÍTULO X.

Aprobación del decreto por los Aqueos.—Inicua conducta de los Etolios en nombrar por pretor á Scopas.—Regreso de Filipo á Macedonia.—Motivo que tiene Polibio para tratar aparte estas guerras.

Corría el primer año de la olimpiada ciento cuarenta (220 antes de J. C.) cuando se ratificó este decreto, época en que la guerra llamada *Social* tomó su principio justo y conforme á los excesos que los Etolios habían cometido. El Consejo despachó al instante diputados á los aliados para que, aprobado el decreto por cada una de las ciudades, declarasen todas desde su país la guerra á los Etolios. Filipo escribió también á éstos, advirtiéndoles que si tenían que hacer alguna defensa contra las acusaciones compareciesen á exponerla antes de disolverse el Congreso; pues si presumían que después de haber saqueado y talado los campos de todos sin decreto alguno público no habían de tomar satisfacción los ofendidos, ó que si la tomaban habían de ser reputados por primeros motores de la guerra, eran los más necios del mundo. Recibida esta carta, los pretores Etolios en la inteligencia al principio de que Filipo no vendría, señalaron día fijo en que comparecerían en Ríó; pero informados después de que con efecto había llegado, le despacharon un correo con el aviso de que sin juntar antes el pueblo nada podían arreglar por sí mismos sobre los asuntos del Estado. Los Aqueos, congregados en la asamblea acostumbrada, confirmaron todos el decreto y permitieron por un bando el saco contra los Etolios. El Rey vino á este Consejo que se celebraba en Egio, donde después

de haber perorado largamente, todos recibieron con aceptación su discurso y le renovaron los vínculos de amistad que habían hecho anteriormente á sus antecesores.

Entretanto los Etolios, venido el tiempo de las elecciones, nombraron por pretor á Scopas, que había sido causa de todos los excesos precedentes. Yo no sé qué decir de esta determinación. Porque no hacer la guerra con declaración alguna pública, y al mismo tiempo armado todo el pueblo robar y pillar las tierras de sus vecinos; no castigar á los culpados, antes bien elegir y honrar con el mando á los autores de estos excesos, es un proceder, en mi concepto, donde rebosa toda la malicia. Porque ¿qué otro nombre se ha de dar á semejantes iniquidades? Pero mi sentir se manifestará mejor con lo siguiente. Los Lacedemonios, cuando Febidas tomó por trato á Cadmea, castigaron al autor, pero no sacaron la guarnición de la plaza, como si estuviese bien satisfecha la injuria con el castigo del agresor, en vez de que debieran haber hecho lo contrario, y esto era lo que tenía cuenta á los Tebanos. Igualmente en tiempo de la paz de Antalcida publicaron que dejarían las ciudades en el goce de su libertad y de sus leyes, pero no sacaron de ellas á los gobernadores que estaban en su nombre. Después de haber arruinado á los Mantinenses, sus amigos y aliados, vociferaban que no les habían agraviado; únicamente de una ciudad en que vivían los habían distribuido en muchas, locura á la verdad acompañada de malicia creer que con que uno cierre los ojos todo el mundo está ciego. Este indiscreto celo de gobierno fué origen de los mayores infortunios á una y otra República; conducta que de ningún modo deben abrazar, ni en particular ni en general, los que deseen manejar bien sus intereses.

Filipo, después de haber reglado los negocios de los Aqueos, tornó á Macedonia con su ejército, á fin de hacer las prevenciones para la guerra. Con el decreto antecedente, no sólo los aliados, sino también la Grecia toda concibió lisonjeras esperanzas de su clemencia y magnanimidad regia.

Todas estas cosas pasaron hacia el mismo tiempo en que Anníbal, apoderado ya de cuanto baña el Ebro por esta parte, pensaba romper contra Sagunto. Si desde el principio hubiéramos mezclado los primeros movimientos de Anníbal con las acciones de la Grecia, nos hubiéramos visto sin duda precisados en el primer libro, por seguir el orden de los tiempos, á tratar de éstas alternativamente é interpolarlas con las de España. Pero pues que la Italia, Grecia y Asia tuvieron cada una sus motivos particulares para la guerra, aunque los éxitos fueron los mismos, resolvimos hacer mención de ellos separadamente hasta llegar á aquella época en que, mezclados los hechos unos con otros, comenzaron todos á mirar á un mismo fin y objeto. De este modo la narración de los principios de cada guerra será más clara, y la mezcla de unas con otras, de que ya hemos hablado al principio, más patente. Después que hayamos declarado el cuándo, cómo y por qué causas sucedió, únicamente nos restará hacer una historia general de todas ellas. Esta unión de intereses acaeció hacia el fin de la guerra de que hablamos, en el año tercero de la olimpíada ciento cuarenta. Por eso las guerras siguientes las referiremos juntas, según el orden de los tiempos, pero las antecedentes se tratarán separadas como hemos dicho. Sólo recordaremos de paso lo que dijimos en el libro primero que había acaecido al mismo tiempo, á fin de que la narración vaya consiguiente y cause más admiración á los lectores.

## CAPÍTULO XI.

Filipo atrae á Scerdilaidas al partido de los aliados.—Acceión de los Acarnanios á la alianza, y elogio de este pueblo.—Doblez de los Epirotas.—Yerro de los Messenios en no entrar en la liga.—Aviso importante para estos.

Filipo, durante el cuartel de invierno en Macedonia, alistaba con diligencia tropas para la guerra que esperaba, y aseguraba sus Estados contra los insultos de los bárbaros. Vióse después con Scerdilaidas, y tuvo la temeridad de ponerse en sus manos para proponerle su amistad y alianza. Fácilmente le hizo asentir á sus ruegos, ya por la ayuda que le prometió para arreglar los negocios de la Iliria, ya por las acusaciones que hizo contra los Etolios, materia que abría ancho campo á su discurso. Los agravios hechos de persona á persona no se diferencian de los que se hacen de Estado á Estado, sino en que éstos son en mayor número y de mayor consecuencia. Vemos que aun las sociedades particulares que se forman de malévolos y salteadores no se disuelven ordinariamente por otra causa, sino porque no se observa mutuamente justicia y, en una palabra, porque se violan los pactos. Pues esto es puntualmente lo que entonces sucedió á los Etolios. Se habían convenido con Scerdilaidas en que le cederían una parte del botín si les acompañaba en la irrupción contra la Acaia. Este príncipe había aceptado y cumplido el pacto por su lado; pero saqueada la ciudad de Cineta y hecho un rico botín de esclavos y ganados, no le cupo parte alguna en el despojo. Por eso irritado con ese procedimiento, á pocas

representaciones que le hizo Filipo asintió al instante, y se convino entrar en la común alianza, con tal que se le concediesen veinte talentos cada año y navegar con treinta bergantines para hacer la guerra por mar á los Etolios.

Mientras que Filipo se ocupaba en estas cosas, los diputados que se enviaron á los aliados llegaron primero á la Acarnania donde tuvieron una conferencia. Los Acarnanios ratificaron el decreto con ingenuidad, y desde su país llevaron la guerra á los Etolios, en medio de que á ningún otro pueblo le estaba más bien condescender, pretextar dilaciones y temer una guerra con sus vecinos. En efecto, los Acarnanios eran limítrofes de los Etolios; además, su país fácil de conquistar, y lo principal, la enemistad que poco antes habían tenido con esta nación, les había hecho sufrir los mayores infortunios. Pero, en mi concepto, los hombres de bien nunca hacen más, ni en general ni en particular, que lo que deben. Esta prenda la conservaron los Acarnanios en los mayores peligros más que ningún otro pueblo de la Grecia, en medio de que les sufragaban poco sus fuerzas. Jamás se arrepintió alguno de haberse confederado con ellos aun en las más críticas circunstancias; al contrario, se puede contar sobre su fe más que sobre la de otro pueblo de la Grecia, porque, bien sea en particular, bien en general, son constantes y amantes de la libertad.

Los Epirotas, al contrario, gentes infames y de doble trato, escuchada la embajada ratificaron igualmente el decreto, y resolvieron hacer la guerra á los Etolios cuando el Rey la hiciese, pero respondieron á los legados de los Etolios que les convenía vivir en paz con su República. Se despachó también una embajada al rey Ptolomeo suplicándole no socorriese á

los Etolios con dinero ni pertrechos contra Filipo y sus aliados.

Los Messenios, por quienes se había emprendido la guerra, respondieron á los diputados que no tomarían las armas mientras no se quitase á los Etolios la ciudad de Figalea, situada sobre sus fronteras y á la sazón bajo su obediencia. Oinis y Nicippo, eforos de los Messenios, y algunos otros que estaban por la oligarquía, hicieron prevalecer esta resolución contra la repugnancia del pueblo; consejo, en mi concepto, poco acertado y muy ajeno de la conveniencia. Confieso que se debe temer la guerra, pero no ha de ser tanto nuestro temor que queramos sufrirlo todo para evitarla. Entonces ¿á qué efecto defendemos con tanto tesón la igualdad, el derecho de opinar libremente y el ídolo de la libertad, si no hay cosa más amable que la paz? No elogiamos á los Tebanos por haberles hecho abrazar el temor el partido de los Persas, sus trayéndose al peligro que amenazaba á la Grecia en la guerra Médica; ni alabamos á Pindaro, del mismo sentir que los Tebanos, por haber dicho en sus poesías: *que para conservar un ciudadano la tranquilidad pública busque la alegre luz del magnífico reposo*. Este poeta creyó por el pronto haber proferido una sentencia, pero poco después se halló ser autor de una máxima la más vergonzosa y nociva. En efecto, la paz, si la ajustan la justicia y el honor, es la prenda más dulce y provechosa; pero si la hace la ignominia é infame servidumbre, es la cosa más torpe y perjudicial.]

Pero los principales de los Messenios que favorecían la oligarquía, consultando en la actualidad con su particular conveniencia, se inclinaban á la paz con más empeño que era justo. Por esta causa sufrían muchas veces reveses y contratiempos, aunque tal vez evitaban sobresaltos y peligros. Pero habiendo

llegado á lo sumo el mal por esta conducta, pusieron la patria al contraste de los mayores infortunios. En mi concepto, el motivo no es otro que el ser los Messenios vecinos de los Arcades y Lacedemonios, los dos pueblos más poderosos del Peloponeso, ó por mejor decir, de la Grecia toda. Desde su establecimiento en la Messenia, los Lacedemonios los trataron siempre como á enemigos irreconciliables, y los Arcades los amaron y protegieron; pero ni supieron defenderse con honor del odio de aquéllos, ni cultivar la amistad de éstos. Mientras los dos pueblos estaban ocupados en guerras uno contra otro, ó con los extraños, los Messenios lo pasaban bien, vivían en paz y gozaban siempre del reposo que la situación del país les prestaba. Pero desde que los Lacedemonios estaban en paz y desocupados, convertían sus armas en perjuicio de los Messenios, y como éstos no se hallaban en estado de contrarrestar por sí el poder de aquéllos, ni, por otra parte, se habían granjeado de antemano amigos verdaderos que los sostuviesen en todo trance, ó se veían forzados á sufrir el yugo de la esclavitud y servir de bestias á los Espartanos, ó á abandonar la patria y andar prófugos con sus hijos y mujeres, si querían evitar la servidumbre; suerte que ya han sufrido repetidas veces y no hace mucho tiempo.

Ojalá prospere el estado en que al presente se halla el Peloponeso, para que jamás tenga necesidad del aviso que le voy á dar. Pero si por casualidad sobreviniese alguna conmoción ó trastorno, sólo veo un medio para que los Messenios y Megalopolitanos puedan poseer su país por largo tiempo, si, ateniéndose á lo que dijo Epaminondas, prefieren en todo caso y evento vivir en una unión sincera.

En confirmación de lo que acabo de decir, regístrese la historia antigua. Entre otras muchas pruebas



de reconocimiento que los Messenios dieron á los Megalopolitanos, consagraron en tiempo de Aróistmenes una columna junto al altar de Júpiter Licio, en la que, según Calístenes, estaba escrito este epigrama:

El tiempo siempre para el rey injusto  
Castigo halló. Messena, con la ayuda  
De Jove, fácilmente encontrar pudo  
Su traidor. No es posible que se oculte  
A la deidad el hombre que perjura.  
Salve, Júpiter rey, la Arcadia salva.

En mi concepto, los Messenios ruegan á los Dioses en esta inscripción por la salud de la Arcadia, porque, privados de su propia patria, consideraban á esta por su segunda. Y con razón, pues arrojados de su país en la guerra de Aristómenes, no sólo los recibieron á su mesa los Arcades y los hicieron sus ciudadanos, sino que resolvieron dar en matrimonio sus hijas á los jóvenes Messenios de edad competente. Fuera de esto, se informaron de la traición que el rey Aristócrates cometió en la batalla llamada de Tafro, le quitaron la vida y acabaron con su linaje.

Pero, sin recurrir á tiempos tan remotos, lo que acaba de suceder después de la reunión de Megalópolis y Messena, prueba bastante lo que hemos dicho. En tiempo de la batalla que los Griegos dieron en Mantinea, donde quedó dudosa la victoria por la muerte de Epaminondas, aunque los Lacedemonios se opusieron á que fuesen comprendidos en el tratado los Messenios por tener aún esperanzas de apoderarse de su ciudad, los Megalopolitanos y todos los aliados de los Arcades insistieron tanto en lo contrario, que al fin los Messenios fueron admitidos y comprendidos en los juramentos y convenciones, y solos los Lacedemonios en todo la Grecia fueron excluidos. A vista

de esto, ¿dudará la posteridad, si lo considera, que tengo razón en el consejo que acabo de dar? Todo esto se ha dicho por los Arcades y Messenios para que, trayendo á la memoria las fatalidades que han sufrido sus patrias por causa de los Lacedemonios, vivan siempre en buena correspondencia y fe sincera, y para que ni el recelo de la guerra ni el deseo de la paz los separen de la unión en las circunstancias más desesperadas.

## CAPÍTULO XII.

Debates de los Lacedemonios sobre el partido que habian de abrazar, y superioridad por el de Félipo.—Sedición en Esparta, y alianza que hace esta ciudad con los Etolios.—Creación de nuevos reyes.—Sus primeras expediciones.

Los Lacedemonios en este asunto obraron según su costumbre, y, lo que era consiguiente á su conducta, despacharon los diputados de los aliados sin respuesta; tan ofuscados los tenía la sinrazón é iniquidad: y tan cierto como esto, es, en mi concepto, que una audacia desenfrenada remata las más de las veces en locura, y en no ponérsele nada por delante. Nombrados después nuevos eforos, los que primero habían perturbado el estado y habian sido autores de las muertes anteriores, enviaron á pedir á los Etolios un embajador. Estos oyeron con gusto su propuesta, y les remitieron poco después á Macatas, quien al instante se presentó á los eforos; los perturbadores tuvieron por conveniente que Macatas perorase al pueblo para que se nombrasen reyes según costumbre y no se sufriese por más tiempo que el imperio de los Heráclidas estuviese abolido contra el tenor de

las leyes. A los eforos disgustaban estas pretensiones, pero no pudiendo reprimir el ímpetu, y temiéndose alguna facción de parte de la juventud, respondieron que, cuanto á los reyes, se deliberaría después, y por ahora, se concedía licencia á Macatas para la asamblea. Junto el pueblo, se presentó Macatas, y para persuadirle á abrazar el partido de los Etolios, acusó en un largo razonamiento á los Macedonios con temeridad é insolencia, y elogió á su nación con impostura y engaño. Luego que se retiró, hubo muchas controversias sobre el asunto. Unos estaban por los Etolios, y persuadían al pueblo á confederarse con ellos; otros opinaban al contrario. Pero al fin algunos ancianos, recordando al pueblo por una parte los beneficios recibidos de Antígono y de los Macedonios, por otra los perjuicios de Caríjenes y Timeo cuando, puesto sobre las armas todo el pueblo etolio, arrasaron su país, redujeron á servidumbre los habitantes del contorno, y tentaron tomar por trato y con violencia á Esparta sirviéndose de los desterrados; consiguieron que la multitud mudase de parecer y subsistiese al fin en la alianza de Filipo y de los Macedonios, con lo cual Macatas tuvo que volverse á su país sin haber efectuado nada.

Los primeros autores del alboroto, no pudiendo conformarse de modo alguno con el estado presente, corrompieron algunos jóvenes y emprendieron ejecutar la acción más impía. Había la costumbre de que, en cierto sacrificio que se hacía á Minerva, fuesen armados los jóvenes de edad competente, acompañando la víctima al templo Calcioico, y que los eforos, durante el sacrificio, estuviesen alrededor del templo. En esta ocasión, algunos jóvenes de los que habían ido armados en la comitiva, dieron de improviso sobre los eforos durante el sacrificio, y los dego-

llaron. Y el templo que hasta entonces había servido de asilo á los que á él se refugiaban aunque fuesen reos de muerte, en aquella ocasión vino á tal desprecio por la impiedad de los agresores que alrededor del mismo altar y de la misma mesa de la Diosa se vió correr la sangre de los eforos. Después, para complemento de sus designios, quitaron la vida á Giridas y á otros ancianos, desterraron á los del partido opuesto á los Etolios, crearon entre ellos otros eforos y ajustaron la alianza con este pueblo. Impelióles á este despropósito el odio contra los Aqueos, la ingratitud con los Macedonios y, en una palabra, la consideración que gastaban para con todos. No menos fué causa de este atentado el amor que profesaban á Cleomenes, de quien esperaban y aguardaban escaparía pronto y tornaría á su patria. Tan cierto como esto es que los que saben insinuarse diestramente en los ánimos de los hombres con quienes tratan, no sólo estando presentes, sino muy distantes, dejan un incentivo poderosísimo de inclinación hacia sus personas.

Ya había casi tres años después de la huída de Cleomenes (220 antes de J. C.), que los que á la sazón gobernaban la república, sin meterme con otros, ni siquiera habían pensado crear reyes en Esparta; pero lo mismo fué saberse que este príncipe había muerto, que al instante pasó á nombrar reyes el pueblo y el consejo de los eforos. Aquellos eforos que apoyaban el partido de los amotinados (esto es, de los que habían hecho la alianza con los Etolios, de que poco ha hicimos mención) eligieron uno con las solemnidades y ritos acostumbrados. Este era Agesipolis, joven á la verdad de pocos años, pero hijo de Agesipolis, y nieto de Cleombroto, quien había entrado á reinar después que Leonides fué arrojado del trono, por tener un in-

mediato parentesco con esta familia. Diéronle por tutor á Cleomenes, hijo de Cleombroto y hermano de Agesípolis. De la otra familia real, aunque Arquidamo, hijo de Eudamidas, tenía dos niños en la hija de Hippomedonte; y aunque este Hippomedonte, hijo de Agesilao y nieto de Eudamidas, vivía aún, así como otros muchos descendientes de esta casa, que si no tan inmediatos como los antecedentes, por lo menos tenían parentesco; todos fueron postergados, y nombraron rey á Licurgo, honor que jamás habían logrado sus ascendientes. No le costó para hacerse descendiente de Hércules y rey de Esparta, sino dar un talento á cada eforo: tan fáciles de comprar son á veces las mayores dignidades. Y así no fueron los hijos de los hijos, sino los mismos que le nombraron rey, los que primero sufrieron el castigo de su locura.

Macatas, informado de lo que había pasado en Lacedemonia, volvió otra vez á Esparta, para persuadir los eforos y los reyes á declarar la guerra á los Aqueos. Este es el único medio, dijo, de que cese la pertinacia de los Lacedemonios que impiden de todos modos la alianza con los Etolios, y la de los Etolios que hacen los mismos esfuerzos. Convencidos los eforos y los reyes, Macatas se volvió á su patria, después de conseguido su intento, por la necesidad de aquellos con quien trataba. Licurgo, tomando tropas y algunos de la ciudad, atacó las fronteras de los Argivos, cuando éstos se hallaban del todo desprevenidos por la tranquilidad de que gozaban. Sorprendió á Polichna, Prasias, Leucas y Cifantes, y echándose sobre Glimpes y Zarace, las sustrajo del dominio de los Argivos. Después de esta expedición, los Lacedemonios publicaron á voz de pregonero el saco contra los Aqueos. Macatas indujo también á los Elios, con

las mismas razones que había expuesto á los Lacedemonios, á declarar la guerra contra este pueblo. En fin, los Etolios, componiéndoseles las cosas admirablemente y á medida del deseo, emprendieron la guerra con esfuerzo. Todo lo contrario sucedía á los Aqueos. Filippo, en quien fundaban sus esperanzas, estaba aún ocupado en los preparativos; los Epirotas se disponían para pelear; los Messenios se estaban quietos, y entretanto los Etolios, apoyados de la necesidad de los Elios y Lacedemonios, los invadían por todas partes.

Por este tiempo (220 años antes de J. C.) había espirado ya la pretura de Arato, y su hijo Arato, nombrado sucesor por los Aqueos, había tomado las riendas del gobierno. Scopas mandaba á los Etolios, pero llevaba ya mediado el tiempo de su pretura. Porque los Etolios celebran las elecciones al instante que pasa el equinoccio del otoño, y los Aqueos las suyas á la entrada de la primavera. Ya comenzaba el estío, y Arato el joven obtenía el mando, cuando resonó la guerra por todas partes. Anníbal se disponía para sitiar á Sagunto; los Romanos habían despachado á L. Emilio con ejército á la Iliria contra Demetrio de Faros, como hemos dicho en el libro anterior; Antíoco pensaba apoderarse de la Cæle-Siria con la ayuda de Theodoto, que le entregaba á Ptolemaida y á Tiro; Ptolomeo hacía preparativos contra Antíoco; Licurgo, que quería arrogarse la misma autoridad que Cleomenes, se había acampado delante del Ateneo de los Megalopolitanos, para ponerle sitio; los Aqueos levantaban tropas extranjeras de caballería é infantería, para la guerra que les amenazaba; y en fin, Filippo se movía de la Macedonia, con una falange de diez mil Macedonios, cinco mil rodeleros y ochocientos caballos. Tales eran las disposiciones y preparativos que hacían

estas potencias, y por este mismo tiempo fué cuando los Rodios declararon la guerra á los Bizantinos por los motivos siguientes.

### CAPITULO XIII.

Descripción de la ciudad de Bizancio, del Ponto y de la laguna Meotis.

Bizancio, por la parte del mar, logra la situación más feliz para la seguridad y conveniencia de cuantas tiene nuestro hemisferio; pero por parte de tierra es la más destituida de estas dos ventajas. Por el lado del mar, domina de tal modo la boca del Ponto, que ni entrar ni salir puede nave alguna de comercio sin su licencia; y como este país abunda en infinitas cosas cómodas á la vida de los mortales, de todas ellas son dueños los Bizantinos. Para las necesidades indispensables de la vida, nos suministra el Ponto pieles, y un prodigioso número de esclavos, los más excelentes sin disputa; y para las comodidades, nos provee abundantemente de miel, cera y carne salada. Recibe en cambio de nuestros sobrantes el aceite y todo género de vinos; quanto á granos, estamos en igual balanza, unas veces proveemos, y otras somos proveídos según la necesidad. Era preciso que los Griegos, ó careciesen absolutamente de estas cosas, ó hiciesen un comercio del todo infructuoso, si los Bizantinos les quisiesen mal, y se asociasen, bien con los Gálatas, ó más bien con los Traces, ó abandonasen del todo aquellos países. La estrechez del mar, y los muchos bárbaros que habitan aquellas costas, nos harían intransitable el Ponto sin disputa. Sean en hora buena

los Bizantinos los que disfruten principalmente las comodidades de la vida que les ofrece la situación del país, pues que les da facilidad para extraer lo superfluo é introducir lo necesario con ventaja, sin ningún trabajo ni peligro; pero también nos alcanzan, como hemos dicho, muchas utilidades á los demás hombres por su ministerio. Por lo cual, siendo como unos bienhechores comunes, con razón son acreedores, no sólo al reconocimiento, sino á que toda la Grecia los auxilie contra las irrupciones de los bárbaros.

Pero puesto que los más ignoran la excelente y bella situación de esta ciudad, por caer un poco más lejos que aquellas partes del mundo á donde solemos viajar; y supuesto que deseamos que todos se instruyan y examinen con su vista, principalmente aquellos países recomendables por alguna singularidad y rareza; y cuando esto no sea posible, tomen á lo menos las nociones é ideas más verosímiles, será del caso exponer de dónde provenga y cuál sea la causa de tanta y tan grande abundancia como goza esta ciudad.

Lo que se llama *el Ponto* coge de ámbito cerca de veintidos mil estadios. Tiene dos bocas diametralmente opuestas; la una de parte de la Propóntide, y la otra de parte de la laguna Meotis, la cual tiene por sí sola ocho mil estadios de circunferencia. Como en estos depósitos vienen á desembocar muchos grandes ríos del Asia, y muchos más caudalosos y en mayor número de la Europa, sucede que una vez llena la laguna Meotis, desagua en el Ponto por una de las bocas, é igualmente el Ponto en la Propóntide. La boca de la laguna Meotis se llama el *Bosporo Cimmerico*, cuya latitud es poco más ó menos de treinta estadios y su longitud de sesenta. Toda ella es vadeable. La boca del Ponto se llama el *Bosporo Tracio*. Tiene ciento



veinte estadios de longitud, pero su latitud no es igual por todas partes. Comienza para los que vienen de la Propóntide, en el espacio que media entre Calcedonia y Bizancio, y es de catorce estadios. Por la parte del Ponto se llama Hierón, sitio donde dicen sacrificó Jasón por primera vez á los doce Dioses cuando volvía de Colcos. Este lugar está situado en el Asia, dista de la Europa doce estadios, y tiene frente por frente el templo de Serapis en la Tracia. Dos son las causas por que está saliendo agua de continuo fuera de la laguna Meotis y del Ponto. La primera, y notoria á todos por sí misma, es porque entrando muchos ríos en una circunferencia de limites prescritos, siempre el agua ha de ir más y más en aumento; y si ésta no tiene desagüe, es forzoso que rebose y ocupe siempre un espacio mayor y más dilatado que la madre natural; pero si tiene derrames, es preciso que todo aquel exceso y aumento que le sobreviene salga y corra de continuo por las bocas. La segunda es porque los ríos con las grandes lluvias llevan consigo todo género de broza á estas concavidades, y empujando al agua el cúmulo de cieno, la hace rebosar y salir por la misma razón por sus derrames; y como la broza que traen los ríos y la corriente de las aguas es sin cesar y continua, es forzoso también que el desagüe por las bocas sea sin intermisión y perpetuo. Tales son las verdaderas causas porque salen fuera las aguas del Ponto; causas que no están fundadas en la relación de los comerciantes, sino en la contemplación de la naturaleza, que es la prueba más exacta.

Pero pues hemos llegado á este punto, no dejaremos cosa por tocar, aun de aquellas cuyo conocimiento pende de la misma naturaleza, escollo en que han solido tropezar los más de los historiadores. Antes bien nos valdremos en nuestra narración de demos-

traciones, para no dejar género de duda á los amantes de estas curiosidades. Esta indagación constituye el carácter del presente siglo, en el que habiéndose hecho todo el orbe navegable ó transitable, sería vergonzoso que, para lo que se ignora, echásemos mano de testimonios poéticos y fabulosos, defecto en que incurrieron nuestros predecesores en las más de las cosas, trayéndonos, según Heráclito, pruebas increíbles sobre asuntos contextables. Al contrario, procuraremos que la misma historia sirva de testimonio suficiente á los lectores.)

Decimos, pues, que la laguna Meotis y el Ponto, tanto en lo antiguo como al presente, se tupen, y con el tiempo se vendrán á cegar del todo, si subsiste la misma disposición en aquellos lugares y las mismas causas que motivan la bascosidad de continuo. Porque siendo la sucesión del tiempo infinita, y estas madres limitadas del todo, no tiene duda que, aunque sea poca la horrura que entre, al fin vendrán á llenarse. Es una ley de naturaleza que todo lo que tiene límites prescritos, si crece ó mengua de continuo, aunque sea muy poco, como suponemos por ahora, durante un espacio de tiempo infinito ha de llegar á su total complemento ó aniquilación sin remedio. Ahora, pues, siendo no corta sino infinita la broza que entra, bien se deja ver que prontamente tendrá efecto lo que hemos dicho. Esto lo demuestra ya la experiencia. La laguna Meotis está ya cegada, pues por las más de sus partes tiene solo cinco ó siete varas de profundidad, de suerte que los navíos grandes no pueden navegar sin peritos. Y aunque los antiguos contextan en que en otro tiempo este mar se comunicaba con el Ponto, al presente no es sino un lago de agua dulce, por haber la broza y el influjo de los ríos vencido y expellido las aguas del mar. Lo mismo sucederá con el

Ponto, y al presente ya se nota. Pero esto no lo advierte el vulgo por la extensión de la madre; bien que los que reflexionan un poco no ponen duda en el efecto. Pues desembocando desde la Europa el Istro por mucha bocas en el Ponto, ha formado al frente un banco de casi mil estadios, distante de tierra un día de camino. Este cúmulo de arena crece diariamente con el cieno que arrojan las bocas de los ríos, contra el cual suelen varar de noche los navegantes, estando en alta mar y cuando menos lo piensan. Á estos bancos llaman los marinos Στῆθη.

La razón porque esta broza no se amontona cerca de tierra, sino que es impelida lejos, es porque mientras la violencia é impetuosidad de los ríos prevalece y rechaza las aguas del mar, el cieno y todo cuanto viene envuelto en sus corrientes por precisión ha de ser llevado por delante sin dejarlo hacer asiento ni mansión. Pero cuando las corrientes han perdido su fuerza por la profundidad é inmensidad del mar, entonces, por una razón natural, la broza se va á lo hondo y hace asiento y remanso. De aquí proviene que los ríos rápidos y caudalosos forman los bancos á lo lejos, aunque el mar sea profundo junto á la costa, y los riachuelos que corren lentamente amontonan la bascosidad cerca de las mismas embocaduras. Esto se ve palpablemente, sobre todo en las grandes lluvias. Entonces, aun los riachuelos más despreciables, venciendo las olas del mar á la entrada, impelen el cieno á tanta mayor distancia cuanta es á proporción la violencia de cada uno cuando desemboca. No debe causar admiración lo que hemos dicho del gran banco de arena que forma el Istro, ni de la cantidad de piedras, madera y tierra que consigo arrastran los ríos. Sería una necedad no creerlo, cuando estamos viendo que los riachuelos más despreciables rompen á veces

y se abren paso en poco tiempo por montañas las más elevadas, arrastran consigo todo género de broza, tierra y madera, y forman tales bancos, que á veces desfiguran el sitio, y pasado algún tiempo no se conoce si es el mismo.

Á vista de esto, no se debe extrañar que ríos tan caudalosos, corriendo de continuo, obren el efecto que hemos dicho y al fin vengán á cegar el Ponto. Esto, si se considera atentamente, no tan sólo es verosímil, sino necesario que suceda. Prueba de que llegará á suceder es, que cuanto el agua de la laguna Meotis es más dulce que la del Ponto, otro tanto es el exceso que visiblemente se advierte de ésta á la de nuestro mar. De donde se infiere que cuando llegue á pasar á proporción un espacio de tiempo, como el en que se llenó la laguna Meotis, atendida la desigualdad de madre á madre; entonces el Ponto vendrá á hacerse pantanoso, dulce y estancado, lo mismo que la laguna; y esto se verificará tanto antes, cuanto los ríos que descargan en el Ponto son más caudalosos y en mayor número.

Hemos hecho estas reflexiones contra los que no pueden persuadirse á que el Ponto se ciega al presente, y con el tiempo se tupirá de tal modo que no vendrá á ser sino un lago y un lodazal; igualmente contra los embustes y patrañas que nos cuentan los navegantes, para que la ignorancia no nos haga estar como niños con la boca abierta á todo lo que se dice; antes bien, teniendo algunas nociones de la verdad, podamos por nosotros mismos discernir lo cierto ó falso de lo que se nos cuenta. Pero ahora volvamos á continuar la bella situación de Bizancio.

## CAPÍTULO XIV.

Proporciones que logra por mar Bizancio para el comercio.—  
Ventajas que tiene sobre Calcedonia. —Desconveniencias que le rodean por tierra.

Hemos dicho poco antes que el estrecho que une el Ponto con la Propóntide tiene ciento veinte estadios de longitud, y que por el lado del Ponto termina en cabo Hierón, y por el de la Propóntide en Bizancio. En medio de estos extremos se eleva en el mar, sobre un promontorio perteneciente á la Europa, el templo de Mercurio, distante del Asia cinco estadios. Este es el paraje más angosto de todo el estrecho, y en el que dicen que Darío echó un puente cuando iba contra los Scitas. Por el otro lado del Ponto, como las costas de una y otra parte del estrecho son iguales, es también igual el curso de las aguas; pero cuando el flujo que viene del Ponto, coartado por el promontorio, llega con violencia al templo de Mercurio, donde hemos dicho que está la mayor estrechez, entonces, rechazado, vuelve y se estrella contra las costas opuestas del Asia, desde donde retrocede como por una repercusión hacia aquellos promontorios de la Europa llamados *Estias*. Desde aquí vuelve á arrojarse con ímpetu contra el promontorio llamado *Buey* en el Asia, donde cuentan que se detuvo lo la primera vez, después de pasado el estrecho. En fin, desde aquí corren con ímpetu las aguas hasta la misma Bizancio, donde divididas en dos partes, la menor forma el golfo llamado *Cuerno*, y la mayor vuelve á retroceder; pero aminorada ya su violencia, no puede llegar á la costa opuesta, donde está Calcedonia. Porque como es impe-

lida y rechazada tantas veces, y halla por otra parte capacidad para extenderse; debilitada la corriente en este sitio, ya no hace prontas repercusiones hacia la costa opuesta en ángulos rectos, sino en obtusos; por lo cual, dejando á Calcedonia, pasa adelante.

Ve aquí lo que acarrea tantas ventajas á Bizancio y tantas inconveniencias á Calcedonia; y aunque á la vista parezca igualmente bella la situación de una y otra, no obstante á ésta no es fácil abordar, aunque se quiera, y á aquella te llevará la corriente por precisión, aunque no quieras. Prueba de esto es que los que quieren atravesar desde Calcedonia á Bizancio no pueden navegar en derechura por las corrientes que hay de por medio, sino que tienen que virar hacia el Buey y Chrisópolis, ciudad de que apoderados los Atenienses en otro tiempo por consejo de Alcibiades, fueron los primeros en exigir un tributo de los que navegaban al Ponto; y de allí adelante abandonados al declive de las aguas, la misma corriente los lleva por precisión hasta Bizancio. Lo mismo sucede á los que navegan de parte allá ó acá de esta ciudad, porque bien sople un austro desde el Helesponto, bien corra un norte desde el Ponto al Helesponto, la navegación desde Bizancio, tomando la costa de la Europa, es recta y fácil hasta el estrecho de la Propóntide, donde están Abides y Sexto, y desde aquí á allá del mismo modo. Todo lo contrario sucede á los que salen de Calcedonia, porque á más de que la costa está llena de ensenadas, el país de los Cizicenos se avanza demasiado dentro del mar. Para venir desde el Helesponto á Calcedonia, se tiene que tomar la costa de la Europa; pero cuando ya se ha llegado á las inmediaciones de Bizancio, la corriente y los obstáculos dichos dificultan virar y tomar el rumbo hacia Calcedonia. Del mismo modo, saliendo de esta ciudad, es imposi-

ble dirigirse en derechura hacia la Tracia; ya por las corrientes que hay de por medio, ya también por los vientos que impiden una y otra navegación. Pues el noto nos impele hacia el Ponto, el norte nos separa, y para una y otra carrera es forzoso servirnos de estos vientos. Estas son las ventajas que disfrutaban los Bizantinos por el lado del mar; ahora se van á exponer las inconveniencias que tienen por tierra.

El rodear la Tracia al país de Bizancio de mar á mar, hace que los Bizantinos estén en una guerra continua y ruinosa con este pueblo. Por más que bien pertrechados venzan tal vez á los Traces, nunca pueden evitar para adelante la guerra, por la multitud de bárbaros y potentados. Si sojuzgan tal vez algún pueblo, en vez de uno se levantan tres más poderosos. En vano se convienen y arreglan impuestos y tratados, pues la condescendencia con uno les suscita otros muchos enemigos por el mismo caso; motivo porque están siempre en una perpetua y perniciosa guerra. Y, á la verdad, ¿qué cosa más peligrosa que un mal vecino? ¿Qué mal más cruel que la guerra con un pueblo bárbaro? A más de estas calamidades con que luchan de continuo por tierra, sin hablar de otras que trae consigo la guerra, sufren un castigo semejante al que los poetas cuenta de Tántalo. Dueños del país más fértil, cuando ya le tienen cultivado y esperan la abundante cosecha de sus sazonados frutos, vienen los bárbaros, talan una parte, se llevan otra, y los Bizantinos, á más de perdidos los trabajos y gastos, quedan con el dolor de ver la asolación de sus excelentes frutos y maldicen su fortuna. No obstante la continua guerra con los Traces, mantuvieron siempre su antigua amistad con los Griegos, hasta que atacándoles los Galos bajo la conducta de Comontorio, llegó al colmo su desgracia.

Estos Galos eran de los que habían salido de su patria con Brenno, se habían salvado de la derrota de Delfos, y llegados al Helesponto no habían querido pasar al Asia. Habían sentado el real en Bizancio, embelesados de la bondad del país. Sojuzgaron después la Tracia, y sentada su corte en Tila, pusieron á los Bizantinos en el mayor conflicto. En las primeras invasiones que hicieron en tiempo de Comontorio, su primer rey, los Bizantinos tuvieron que darles, ya tres mil, ya cinco mil, y tal vez hasta diez mil piezas de oro por redimir su país de la tala. Por último fueron forzados á conceder un tributo de ochenta talentos por año, que pagaron hasta el tiempo de Cavaro, en que se disolvió la monarquía, porque cambiándose la suerte, los Traces, más poderosos que los Galos, acabaron del todo con esta nación.

## CAPÍTULO XV.

Motivos de la guerra de los Bizantinos y Aqueo contra los Rodios y Prusias.—Aqueo toma bajo su protección á los Bizantinos.—Dilatados estados de este príncipe.—Prusias abraza el partido de los Rodios.—Infaustos sucesos de los Bizantinos.—Fin de la guerra.

En este tiempo (220 años antes de J. C.) los Bizantinos, agobiados de impuestos, enviaron primero legados á los Griegos, suplicando les socorriesen y aliviasen su infeliz estado. Despreciada casi por todos su demanda, la necesidad los forzó á imponer un tributo sobre los que navegaban al Ponto. Todo el mundo se resintió del gran perjuicio y inconveniencia que causaba el tributo que los Bizantinos exigían de las mercaderías del Ponto; pero sobre todo se culpaba



á los Rodios, por ser ellos á la sazón los más poderosos en el mar. De este disgusto se originó la guerra que vamos á exponer. Porque los Rodios estimulados, ya de sus propios perjuicios, ya de los atrasos ajenos, asociados con los aliados, despacharon primero diputados á los Bizantinos para que se sirviesen levantarles el impuesto. Pero viendo que había sido despreciada del todo su embajada, y que Ecatontodoro y Olimpodoro, gobernadores á la sazón de Bizancio, estaban persuadidos á que tenían justos motivos para sacar de ellos este resarcimiento, los embajadores rodios se retiraron sin haber efectuado nada, y vueltos á su patria declararon la guerra á los Bizantinos. Al instante despacharon legados á Prusias para empuñarle en esta guerra. Sabían que este príncipe tenía varios motivos de resentimiento con los Bizantinos. Estos practicaron igual diligencia y despacharon una embajada á Atalo y á Aqueo para implorar su socorro. Atalo estaba pronto; pero encerrado á la sazón dentro de los estados de su padre, era muy débil el contrapeso que podía hacer para la victoria. Aqueo, que dominaba todo el país de parte acá del monte Tauro, y acababa de tomar el título de rey, les ofreció su amparo; y en el hecho de haber abrazado este partido, infundió mucho aliento á los Bizantinos, así como, por el contrario, gran terror á los Rodios y Prusias. Era Aqueo pariente de aquel Antíoco que había sucedido en el reino de Siria, y ve aquí por qué dominaba tan dilatados estados.

Después que Seleuco, padre del mencionado Antíoco, pasó de esta vida, y sucedió en el reino Seleuco el mayor de sus hijos, Aqueo, asociado con éste por la mediación del parentesco, pasó de parte allá del monte Tauro, como dos años antes del tiempo en que vamos. Apenas entró á reinar Seleuco el joven,

informado de que Atalo tenía ya sojuzgado todo el país de parte acá del monte Tauro, se resolvió á poner remedio en sus cosas; pero, atravesado el monte con un poderoso ejército, perdió la vida en una emboscada que le armaron Apaturio el Galo y Nicanor. Aqueo vengó al instante la muerte de su pariente matando á Nicanor y Apaturio, y manejó con tanta prudencia y magnanimidad las tropas y demás asuntos, que aunque la ocasión que se le presentaba y los deseos de las tropas contribuían á ceñirse la diadema, rehusó aceptarla, y reservando el reino para Antíoco, el más joven de los hijos de Seleuco, tomó la guerra con empeño y recobró todo lo perdido. Pero luego que por una dicha inesperada tuvo á Atalo encerrado en Pér-gamo y bajo su poder los demás estados, ensoberbecido con tan prósperos sucesos, al instante dió al traste con su probidad. Se ciñó la diadema, se hizo proclamar rey, y vino á ser el más poderoso y temible de todos los reyes y potentados de esta parte del Tauro. En este Príncipe pusieron los Bizantinos sus principales esperanzas cuando emprendieron la guerra contra los Rodios y Prusias.

Ya de tiempos atrás estaba este Rey resentido de los Bizantinos, porque habiéndole decretado ciertas estatuas, lejos de habérselas consagrado, lo habían echado en olvido y escarnio. Estaba también ofendido de que hubiesen puesto tanto empeño en aplacar el odio y la guerra entre Aqueo y Atalo, amistad que, en su concepto, era perjudicial á sus intereses por muchos motivos. Agriaba su dolor ver que los Bizantinos, en los juegos consagrados á Minerva, habían enviado ciudadanos que acompañasen á Atalo en los sacrificios, y que á él, cuando celebraba los votos Soterios, no le habían enviado ninguno. Como todos estos agravios tenían reconcentrada la cólera en su co-

razón, abrazó con gusto la propuesta de los Rodios, y se convino con los embajadores en que atacasen ellos á los Bizantinos por mar, que él prometía hacer otro tanto por tierra. Tales son las causas y principios de la guerra de los Rodios contra los Bizantinos.

Estos al principio tomaron con ardor las armas, persuadidos á que Aqueo vendría á su socorro. Habían llamado de la Macedonia á Tibites para contener el miedo y sobresalto en que Prusias los había puesto. Este Príncipe, llevado del impulso que hemos dicho, les había atacado y quitado á Hierón, plaza sobre la boca del estrecho, que los Bizantinos por su bella situación habían comprado poco antes á mucha costa, para quitar toda sombra de recelo á los comerciantes que navegaban al Ponto, á sus siervos y al tráfico que hacían por mar. Les había ganado también en Asia aquella parte de la Misia que los Bizantinos poseían después de mucho tiempo. Los Rodios, por su parte, con seis buques que equiparon y otros cuatro que se les agregaron de los aliados, compuesta una escuadra de diez navíos al mando de Jenofontes, marcharon al Helesponto. Toda esta flota quedó al ancla alrededor de Sesto para interceptar la navegación del Ponto, menos un navío en que marchó el comandante á tentar á los Bizantinos, por si atemorizados los hacía arrepentir de su propósito. Pero viendo que éstos hacían poco aprecio, se retiró, é incorporado con el resto de sus buques tornó á Rodas con toda la escuadra. Entretanto los Bizantinos despacharon dos embajadas, una para implorar el socorro de Aqueo, y otra para traer de la Macedonia á Tibites. Estaban en el concepto de que este Príncipe tenía igual derecho al reino de Bithinia que Prusias, de quien era tío. Pero los Rodios, viendo la constancia de los Bizantinos, acudieron á la astucia para conseguir sus designios.

Habían advertido que la tolerancia de los Bizantinos en esta guerra se fundaba en las esperanzas que se prometían de Aqueo, y viendo que este Príncipe hacía los mayores esfuerzos por libertar á Andrómaco su padre, preso en Alejandría, enviaron á pedir á Ptolomeo se les entregase. Ya habían dado antes este paso, pero de ceremonia. Ahora insistían de veras sobre el asunto, seguros que después de un servicio semejante tendrían obligado á Aqueo para todo cuanto pidiesen. Los embajadores no hallaron á Ptolomeo en disposición de entregar á Andrómaco, como que de su detención esperaba sacar ventajas con el tiempo. Tenía este Rey á la sazón algunas diferencias pendientes con Antíoco; y Aqueo, que acababa de subir al trono, podía influir bastante en ciertos asuntos. Porque Andrómaco, á más de ser padre de Aqueo, era hermano de Laodicea, esposa de Seleuco. Esto no obstante, Ptolomeo se rindió con plena voluntad á los Rodios, y queriendo favorecerles en todo les cedió y entregó á Andrómaco para que le restituyesen á su hijo. En efecto, ellos lo ejecutaron al momento y dispensaron á más algunos honores á Aqueo, con lo que privaron á los Bizantinos del mayor apoyo. Sucedióles por entonces otra cosa poco ventajosa. Tibites murió viniendo de Macedonia. Este accidente, al paso que desbarató sus proyectos y abatió su espíritu, inspiró aliento á Prusias, pues mientras que él hacía la guerra por el lado del Asia y promovía con ardor sus intereses, los Traces que había tomado á sueldo no permitían por el lado de la Europa que los Bizantinos pusiesen el pie fuera de sus puertas; de suerte que, desvanecidas sus esperanzas y trabajados por todas partes, no andaban buscando mas que una honesta salida de esta guerra.

Entre tanto el rey Cavaro llegó á Bizancio, y de-

seoso de que se terminase la guerra, interpuso su mediación con tanto empeño, que al fin Prusias y los Bizantinos cedieron á sus instancias. Los Rodios, que supieron la diligencia de Cavaro y la anuencia de Prusias, con el anhelo de llevar al cabo su designio, diputaron á Aridices por embajador á los Bizantinos; pero al mismo tiempo enviaron á Polemoces con tres triremes para presentarles, según dicen, la paz ó la guerra. Apenas llegaron éstos, se ajustó la paz, siendo gran sacerdote en Bizancio Cothón, hijo de Calligitón. Por lo tocante á los Rodios, los pactos contenían simplemente: *Que los Bizantinos no exigirían tributo alguno de los que navegaban al Ponto; y mediante esto, los Rodios y sus aliados vivirían en paz con ellos.* Por lo perteneciente á Prusias, las condiciones eran estas: *Habrà paz y alianza entre Prusias y los Bizantinos para siempre: por ningún pretexto tomarán las armas los Bizantinos contra Prusias, ni Prusias contra los Bizantinos; Prusias restituirá sin rescate á los Bizantinos las tierras, castillos, pueblos y esclavos que ha hecho durante la guerra; á más de esto, los navíos apresados desde el principio de las hostilidades, las armas tomadas en las fortalezas, la madera, mármoles y tejas que ha quitado del lugar sagrado.* Es de suponer que Prusias, temiendo la venida de Tibites, había demolido todos los castillos que le habían parecido tener alguna oportunidad para la guerra. *En fin, que Prusias sería obligado á restituir á los labradores de la Misia, país de la dominación de los Bizantinos, cuanto algunos Bithinios les habían tomado.* De este modo se principió y acabó la guerra que los Rodios y Prusias tuvieron contra los Bizantinos.

## CAPÍTULO XVI.

Bandes que se suscitaron en la isla de Creta entre Cnosios y Lítios.— Suerte infeliz de la ciudad de Lítis.— Triste estado de toda la isla.— Guerra de Mitridates contra los Sinopenses.— Socorro que les dan los Rodios.— Situación y defensa de esta ciudad.

Por este tiempo (220 años antes de J. C.), los Cnosios pidieron á los Rodios les envasen los navíos que había mandado Polemocles, y los tres desarmados que habían botado al agua. Hecho esto, así que los navíos arribaron á Creta, los Eleutherneos, sospechando que Polemocles había quitado la vida á su ciudadano Timarco por complacer á los Cnosios, pidieron primero satisfacción á los Rodios, y después les declararon la guerra. Poco tiempo antes los Lítios habían venido á una suerte deplorable, y en una palabra, toda la isla de Creta estaba por entonces en igual estado. Los Cnosios, coligados con los Gortínios, habían sojuzgado toda la isla, á excepción de la ciudad de Lítis, la única que había rehusado obedecerles. A vista de esto determinaron atacarla, resueltos á no dejar en ella piedra sobre piedra, para aterrar con este ejemplo á los demás Cretenses. Al principio toda la isla tomó las armas contra los Lítios; pero originada cierta emulación por un motivo despreciable, cosa muy ordinaria entre los Cretenses, se dividieron en bandos. Los Polirrenios, Ceretas, Lampaios, Orios y Arcades abandonaron de común acuerdo la amistad de los Cnosios, y se confederaron con los Lítios. Entre los Gortínios, los más ancianos abrazaron el partido de los Cnosios, y los más jóvenes el de los Lítios. A vista de una conmoción tan extraordinaria

entre sus aliados, los Cnosios trajeron en su ayuda mil Etolios; con cuyo refuerzo los ancianos de Gortinia se apoderaron al momento de la ciudadela, metieron dentro á los Cnosios y Etolios, y arrojada una parte de la juventud y otra muerta, les entregaron la ciudad.

Hacia este mismo tiempo, habiendo salido á cierta expedición los Litios con todo el pueblo, los Cnosios que lo supieron, se apoderaron de Litis que hallaron indefensa, enviaron los hijos y mujeres á Cnosa, pusieron fuego á la ciudad, la arruinaron, la profanaron de todos modos, y se tornaron á sus casas. Vueltos de su expedición los Litios, y advirtiendo lo sucedido, se consternaron tanto sus espíritus, que no tuvieron valor para entrar en la ciudad. Camparon alrededor de sus muros, y después de haber lamentado y llorado su infeliz suerte y la de la patria, se volvieron á la ciudad de los Lampaios. Estos los recibieron con toda humanidad y agasajo, y pasando en un solo día de prófugos á ciudadanos y huéspedes, hicieron con sus aliados la guerra á los Cnosios. Así desapareció del modo más extraordinario Litis, colonia y consanguínea de los Lacedemonios, la más antigua ciudad de Creta, y la que sin disputa había dado siempre los mayores hombres de la isla.

Los Polirrenios, Lampaios y todos sus aliados, viendo que los Cnosios estaban sostenidos de la alianza de los Etolios, y que éstos eran enemigos del rey Filipo y los Aqueos, enviaron una embajada á este príncipe y á los Aqueos para implorar su socorro y amparo. Los Aqueos y Filipo admitieron estos pueblos á la común alianza, y les enviaron un socorro de cuatrocientos Ilirios al mando de Plator, doscientos Aqueos y cien Focenses. Este refuerzo hizo tomar un grande ascendiente al partido de los Polirrenios y sus alia-

dós. En muy poco tiempo los Eleutherneos, Cidoniatas y Aptereos encerrados dentro de sus muros, se vieron forzados á abandonar la liga de los Cnosios, y abrazar los intereses de aquéllos. Después de lo cual, los Polirrenios y sus aliados enviaron á Filipo y á los Aqueos quinientos Cretenses. Poco tiempo antes los Cnosios habían remitido también mil hombres á los Etolios; de suerte que unos y otros mantenían la guerra actual á costa de los Cretenses. Los prófugos de Gortinia tomaron el puerto de Festia, como asimismo se apoderaron con arrojo del de su propia ciudad, desde cuyos puestos hacían la guerra á los de dentro. Este era el estado de la isla de Creta.

Hacia esta misma época (220 años antes de J. C.), Mitrídates declaró la guerra á los Sinopenses, guerra que fué como el fundamento y ocasión que condujo este pueblo á la última infelicidad. Enviaron una embajada á Rodas para que les prestase su amparo. Los Rodios comisionaron tres ciudadanos, á quienes dieron ciento cuarenta mil dracmas para proveer con esta suma á los Sinopenses de todo lo necesario. Los diputados compraron diez mil cántaras de vino, trescientas libras de pelo manufacturado, ciento de nervios adobados, mil armaduras, tres mil monedas de oro acuñado, cuatro catapultas y los hombres correspondientes para su manejo. Recibido este socorro, los embajadores se tornaron á Sinope, donde con el recelo de que Mitrídates no les sitiase por mar y tierra, se dispusieron para prevenir este intento.

Yace Sinope al lado derecho del Ponto, yendo á Fasis. Está fundada sobre una península que se introduce en el mar y corta enteramente el paso á la lengua de tierra que la une con el Asia, á distancia poco más de dos estadios. El resto de la península, por el lado que mira al mar, es un terreno llano y de fácil



acceso á la ciudad; pero los extremos que éste baña en redondo, son escarpados, donde con dificultad se puede abordar, y tienen muy pocos surgideros. Por lo cual los Sinopenses, recelosos de que Mitrídates no situase sus baterías por el lado del Asia y emprendiese sitiarlos por la parte opuesta, haciendo un desembarco en los puestos llanos y dominantes de la ciudad, fortificaron con palizadas y fosos todas las avenidas de la península en redondo, y apostaron armas y soldados en los sitios ventajosos. Como era corta la extensión de la península, fué fácil ponerla en defensa. Tal era el estado de Sinope.

## CAPÍTULO XVII.

Sorpresa de Egira malograda.—Expediciones de Eurípidas contra varios pueblos de la Grecia.—Imploran éstos el socorro de Arato.—Determinación que toman á vista de la indolencia de este pretor.

El rey Filipo, saliendo de Macedonia (220 años antes de J. C.) con su ejército—en este estado dejamos la guerra Social—rompió por la Tesalia y el Epiro, con ánimo de hacer por aquí una irrupción en la Etolia. Al mismo tiempo Alejandro y Dorimaco, tramada una conspiración contra Egira, habían juntado mil doscientos Etolios en Oenantia, ciudad de la Etolia situada frente por frente de aquella; tenían ya prevenidos pontones para el transporte, y no aguardaban más que oportunidad para el designio. Un desertor Etolio, que había vivido mucho tiempo en Egira, habiendo advertido que las centinelas de la puerta por donde se viene de Egio, se emborrachaban y hacían la guardia con abandono, pasó á verse varias veces

con Dorimaco, hombre acostumbrado á semejantes tramas, para provocarle á la empresa. Yace Egira en el Peloponeso sobre el golfo de Corinto, entre Egio y Sición; está puesta sobre unos collados escarpados y de difícil acceso; mira su situación hacia el Parnaso y lugares vecinos de la región opuesta, y dista del mar como siete estadios. Luego que se presentó tiempo oportuno, Dorimaco se hizo á la vela y dió fondo durante la noche cerca del río que baña la ciudad. Después echó á andar con Alejandro, Arquidamo hijo de Pantaleón, y la tropa Etolia que llevaban consigo, por el camino que conduce de Egio á Egira. Pero el desertor con veinte hombres los más esforzados, atravesando con más prontitud que los demás los precipicios, por la pericia que tenía en aquellos senderos, entra en la ciudad por un acueducto, coge dormida la guardia de la puerta, la degüella en sus lechos, rompe con hachas los cerrojos, y abre las puertas á los Etolios. En efecto entraron éstos, y poco considerados apellidaron victoria. Esto fué causa de la salud de los Egiratas y de la perdición de los Etolios. Porque en el concepto de que para apoderarse de una ciudad enemiga bastaba solo el estar dentro de sus puertas, manejaron el lance con la poca precaución que vamos á decir.

Ya que se vieron juntos en la plaza, codiciosos del botín, se desmandaron por la ciudad para asaltar las casas y robar sus alhajas. Venido el día, aquellos de los Egiratas en cuyas casas había entrado el enemigo, espantados y atemorizados con tan inesperado y extraordinario accidente, echaron á huir fuera de la ciudad, en el concepto de que ya el enemigo era dueño absoluto de ella; pero aquellos otros que oían el alboroto desde sus casas intactas, salieron al socorro, y se acogieron todos á la ciudadela. Al paso que

se aumentaba el número de éstos y crecía su confianza, el cuerpo de Etolios, al contrario, se aminoraba y se iba llenando cada vez más de confusión. Luego que advirtió Dorimaco el peligro que amenazaba á los suyos, marchó á atacar la ciudadela, en el concepto de que su intrepidez y audacia atemorizaría y arrollaría á los que se habían juntado en su defensa. Pero los Egiratas, animándose unos á otros, se defendieron y pelearon valerosamente con los Etolios. Como la ciudadela estaba sin muros, y se peleaba de cerca y de hombre á hombre, al principio la acción fué consiguiente á las disposiciones de los combatientes, como que unos peleaban por su patria y familias, y otros por libertar sus vidas. Pero al fin fueron rechazados los Etolios que habian entrado en la pelea, y los Egiratas, aprovechándose de esta retirada, siguieron el alcance con vigor y denuedo. De aquí provino que los más de los Etolios con la consternación se atropellaron unos á otros, conforme iban huyendo, en las puertas de la ciudad. Alejandro perdió la vida en la misma acción con las armas en la mano. Dorimaco murió en el tropel y opresión de las puertas. El resto de Etolios, ó fué atropellado, ó huyendo por sendas extraviadas se precipitó de lo alto de las rocas. La parte que se salvó en los navíos, se hizo á la vela con deshonor, sin armas y sin esperanza de vengarse. De este modo, los Egiratas, que habian puesto á pique la patria por su descuido, la recobraron inopinadamente por su valor y ardimiento.

Por este mismo tiempo, Euripidas, á quien los Etolios habian enviado por pretor de los Eleos, habiendo talado las tierras de los Dimeos, Farenses y Triteos, y hecho un rico botín, se retiró á la Elida. Mico el Dimeo, que á la sazón era vicepretor de los Aqueos, salió á la defensa con todas las tropas de estos pueblos, y

signió el alcance del enemigo, que se retiraba. Pero su demasiado ardimiento le hizo dar en una emboscada, donde fueron muertos cuarenta de los suyos, y doscientos infantes hechos prisioneros. Ensoberbecido Euripidas con esta ventaja, pocos días después volvió á salir á campaña, y tomó junto á Araxo un castillo de los Dimeos, llamado *Tichos*, situado ventajosamente y edificado en otro tiempo, según la fábula, por Hércules, cuando estaba en guerra con los Eleos, para servir de él como de plaza de armas contra este pueblo.

Después de este descalabro, los Dimeos, Farenenses y Triteos, no teniéndose por seguros una vez tomada esta fortaleza, enviaron por el pronto un correo al pretor de los Aqueos, para informarle de lo sucedido é implorar su ayuda; y no contentos con esto despacharon después una embajada para el mismo efecto. Pero á la sazón Arato no podía levantar tropas extranjeras, por estar aún debiendo la república una parte de los sueldos á los mercenarios que había tomado en la guerra Cleoménica; á más de que por lo general este pretor era tímido en las empresas, y en una palabra, pesado para todo lo perteneciente á la guerra; motivos porque Licurgo se apoderó del Ateneo de los Megalopolitanos, y Euripidas tomó á Gorgos de Telfusia, á más de las plazas dichas. Los Dimeos, Farenenses y Triteos, desesperanzados de ser socorridos por Arato, resolvieron no contribuir á los gastos públicos de los Aqueos, sino alistar por sí solos tropas extranjeras, como en efecto levantaron trescientos infantes y cincuenta caballos, para poner á cubierto su provincia. En esta acción, si se mira á su interés particular, parece consultaron con ventaja; pero si se atiende al bien común, con perjuicio. Pues por aquí se constituyeron autores y cabezas de cualquier mal designio ó pretexto que se quisiese tomar para arruinar

la nación. La principal culpa de esta resolución se debe imputar con razón á Arato, por la negligencia y dilaciones con que entretenía siempre á los que imploraban su socorro. Todo el que se ve en peligro, mientras conserva alguna esperanza en sus amigos ó aliados, aprecia vivir fiado en ella; pero cuando se ve sin recurso, entonces la necesidad le precisa á echar mano de sus propias fuerzas. Y así, yo no culpo á estos pueblos de haber levantado por sí propios tropas extranjeras, á vista de la indolencia de Arato; lo que yo sí les vitupero es el haber rehusado contribuir con los impuestos á la liga. Pues era justo que velasen sobre su propia conveniencia, pero al mismo tiempo que guardasen salvos los derechos á la república, si llegaban á mejor fortuna y tenían facultades; principalmente cuando las leyes públicas les aseguraban de un indefectible reintegro, y sobre todo habían sido ellos los autores de la liga aquea.

### CAPÍTULO XVIII.

Error de Filipo en detenerse á sitiar á Ambraco.—Irrupción de Scopas en la Macedonia.—Conquistas de Filipo en la Etolia.—Oposición que encuentra para pasar el Aqueloo.—Toma de varias plazas.

Mientras esto pasaba en el Peloponeso (220 años antes de J. C.), el rey Filipo, atravesando la Tesalia, llegó á Epiro; donde uniendo á sus Macedonios, todos los Epirotas, trescientos honderos que le habían venido de la Acaia, y otros tantos Cretenses que le habían enviado los Polirrenios, pasó adelante, y por el Epiro vino al país de los Ambraciotas. Si de repente y sin dilación hubiera entrado y roto de improviso por medio de la

Etolia con tan poderoso ejército, el fin de la guerra era inevitable. Pero el haberse detenido á sitiarse á Ambraco á ruegos de los Epirotas, dió lugar á los Etolios, no sólo para esperarle á pie firme, sino para tomar sus medidas y pertrecharse para adelante. Los Epirotas en esto prefirieron su interés particular al común de los aliados. Deseaban con ansia apoderarse de Ambraco, y á este fin rogaron á Filipo pusiese sitio y tomase primero esta fortaleza; asegurados de que el único medio para recobrar de los Etolios la Ambracia, que tanto apetecían, era si, dueños de este castillo, llegaban á tener la ciudad en un continuo sobresalto. Ambraco es una fortaleza bien construída, guarnecida de muros y obras avanzadas. Su situación está en un lugar pantanoso, que no ofrece más entrada desde el país que una angosta y hecha de tierra movediza. Domina ventajosamente todo el territorio y ciudad de los Ambraciotas. Filipo, pues, á ruego de los Epirotas, se había acampado alrededor de este castillo, y hacía los preparativos para su asedio.

Durante este tiempo, Scopas, con todo el pueblo etolio, atravesando la Tesalia, rompió por la Macedonia, corrió talando las llanuras de Pieria, y hecho un rico botín, torció su marcha hacia Dío. Entró en esta ciudad, que habían abandonado los moradores, y arruinó sus muros, casas y academia. Puso fuego á los pórticos del templo, profanó todos los demás dones que había, ó para el adorno ó para la necesidad de los que acudían á las festividades, y echó por tierra los retratos de los reyes. En medio de que en los primeros movimientos y ensayos de la guerra había llevado sus armas, no sólo contra los hombres, sino contra los Dioses, cuando estuvo de vuelta en la Etolia, lejos de ser tenido por impío, se le consideró como hombre benemérito de la república, se le honró, se llevó la

atención de todos, y con su persuasiva llenó á los Etolios de espíritu y de nuevas esperanzas. De suerte que por aquí infirieron que, en el supuesto de que nadie osaría presentárseles delante, talarían impunemente no sólo el Peloponeso, como lo tenían de costumbre, sino también la Tesalia y la Macedonia.

Filipo, cuando oyó lo que pasaba en Macedonia, aunque reconoció al instante que él pagaba la pena de la ignorancia y obstinación de los Epirotas, no obstante continuó el sitio. Hizo levantar terraplenes y demás obras con tanta eficacia, que aterrados los de dentro, se apoderó del castillo al cabo de cuarenta días. Convino en que saliese libre la guarnición etolia, compuesta de quinientos hombres, y entregó el castillo á los Epirotas, con lo que sació su codicia. Él echó á andar con el ejército por Charadra, con el designio de atravesar el golfo Ambracio por aquella parte inmediata al templo de los Acarnanios llamado Actio, que es la más estrecha. Este golfo viene del mar de Sicilia por entremedias del Epiro y la Acarnania. Su embocadura es tan angosta, que no llega á cinco estadios; pero avanzándose tierra adentro, tiene cien estadios de ancho, y trescientos de largo desde el mar de Sicilia. Separa el Epiro y la Acarnania, teniendo aquél hacia el Septentrión, y ésta hacia el Mediodía. Filippo, pues, hizo pasar su ejército por este estrecho, atravesó la Acarnania, y vino á parar á Foitia, ciudad de la Etolia, después de haber aumentado su armada con dos mil infantes Acarnanios, y doscientos caballos. Acampado sobre esta plaza, la dió tan vigorosos y terribles asaltos, que á los dos días la tomó por convenio, dejando salir salva la guarnición. La noche siguiente, vinieron al socorro quinientos Etolios, en el concepto de que no estaba aún tomada. Pero Filippo, advertido de su llegada, les

arma una emboscada en ciertos puestos ventajosos, mata á los más y hace prisionero el resto, á excepción de muy pocos. Después, habiendo distribuido al ejército raciones de trigo para treinta días (era mucha la abundancia que había hallado en las trojes de Foitia), prosiguió su camino, dirigiéndose hacia Stratica. Aquí sentó su campo á las márgenes del Aqueoo, á distancia de diez estadios de la ciudad, desde donde talaba impunemente la campiña, sin que nadie osase hacerle resistencia.

Ya la guerra tenía cansados los Aqueos por este tiempo, y sabiendo que el Rey estaba cerca, enviaron diputados á implorar su socorro. Estos alcanzaron á Filipo cuando estaba aún en Strato; y entre otras cosas que contenían sus instrucciones, le hicieron ver el rico botín que sacaría su ejército de esta guerra, si doblado el cabo de Río hiciese una invasión por la Elea. El Rey, después de haberlos oído, retuvo consigo los diputados, bajo pretexto de que tenía que consultar sobre sus pretensiones; pero mientras, levantó el campo, y marchó hacia Metrópolis y Conopa. Los Etolios abandonaron á Metrópolis y se acogieron á la ciudadela. Filipo, puesto fuego á la ciudad, prosiguió sin detenerse hacia Conopa. Aquí, junta la caballería etolia, intentó disputarle el tránsito del río veinte estadios por bajo de la ciudad, persuadida á que, ó se lo prohibiría del todo, ó á lo menos sería el pasaje á mucha costa. El Rey, que penetró su designio, mandó que los armados de escudos entrasen primero en el río, y le atravesasen unidos por manípulos y en forma de tortuga. Hecho esto, lo mismo fué estar del otro lado la primera cohorte, que atacarla la caballería etolia por un breve rato; pero viendo la firmeza de ésta, cubierta con sus escudos, y que la segunda y tercera iban pasando para apoyar con sus armas á la que se



estaba defendiendo, sin efecto y con trabajo se retiraron y acogieron á la ciudad. De allí adelante desapareció aquel furor etolio, y quedó encerrado dentro de los muros.

Pasó en fin el Rey el Aqueloo, taló impunemente la campiña y..... *se acercó* á Ithoria. Es este un castillo muy fortificado por la naturaleza y el arte, situado ventajosamente sobre el camino que llevaba el ejército. Apenas llegó Filipo, cuando amedrantada la guarnición, desamparó el puesto. Apoderado de él el rey, lo hechó por tierra; y los forrajeadores tuvieron también orden de arrasar los demás fuertes del país. Pasado que hubo los desfiladeros, caminó poco á poco y á lento paso, dando tiempo á las tropas para saquear la campaña; y cuando el ejército estuvo provisto de todo lo necesario, vino á Oeniadas, desde donde pasó el campo á Peanio, que resolvió tomar primero. En efecto, después de frecuentes ataques rindió por fuerza la ciudad, en ámbito no muy grande, pues no llegaba á siete estadios; pero en magnificencia de casas, muros y torres, nada inferior á otras. Los muros de esta plaza fueron arrasados, las casas arruinadas; pero las maderas y tejas se metieron con cuidado en barcas para conducir las por el río á Oeniadas. Los Etolios al principio pensaron conservar la ciudadela, guarneciéndola de muros y demás pertrechos; pero aterrados con la llegada del Rey, la abandonaron. Después de haberse apoderado de esta plaza, fué á acamparse á un fuerte castillo de la Calidonia, llamado Eleo, guarnecido de muros y bien provisto de municiones, que Atalo había dado á los Etolios. Dueños también los Macedonios de esta fortaleza á viva fuerza, talaron toda la Calidonia y volvieron á Oeniadas. Entonces Filipo, atento á la bella situación que tiene esta plaza, principalmente

para pasar al Peloponeso, sin contar con otras ventajas, pensó cercarla de muros. En efecto, está situada sobre la orilla del mar, en el extremo de la Acarnania que confina con la Etolia, hacia el principio del golfo de Corinto. Sobre la costa opuesta está la ciudad de los Dimeos en el Peloponeso, y no lejos de allí el promontorio Araxo, á cien estadios de distancia. Atento á estas proporciones, el Rey fortificó la ciudadela por sí sola; despues, ciñendo con muros el puerto y los astilleros, emprendió unirlos con aquella, valiéndose para estas obras de los materiales que había hecho venir de Peanio.

## CAPÍTULO XIX.

Regreso de Filipo á Macedonia.—Dorimaco, hecho pretor de los Etolios, tala el Epiro.—Vuelve Filipo á Corinto, derrota á Eurípidas en el monte Apeaurio y pasa á Psolis.—Fortaleza de esta plaza.

Estos proyectos ocupaban la atención de Filipo, cuando le vino de Macedonia un correo con la noticia de que los Dardanos, recelosos no maquinase alguna expedición contra el Peloponeso, alistaban tropas y hacían grandes aparatos, resueltos á invadir la Macedonia. Estas nuevas le pusieron en la precisión de acudir cuanto antes á su reino. Despachó los embajadores Aqueos, dándoles por respuesta que, arreglados que fuesen los asuntos de Macedonia, su principal empeño sería socorrerlos en lo posible. En efecto, levantó el campo, y dió la vuelta con diligencia por el mismo camino que había traído. Cuando estaba para atravesar el golfo Ambracio desde la Acarnania al Epiro, llegó en un solo barco Demetrio

de Faros, á quien los Romanos habían arrojado de la Iliria, como hemos dicho más arriba. Filipo le recibió con humanidad, le mandó marchase á Corinto, y desde allí viniese por la Tesalia á Macedonia. El mientras, atravesando el Epiro, prosiguió adelante sin detenerse. Al primer aviso que tuvieron los Dardanos por los desertores Tracios, de que Filipo había llegado á Pela, ciudad de la Macedonia, aterrados con su venida, deshicieron el ejército que ya estaba para entrar en este reino. El Rey, informado de su arrepentimiento, licenció todos los Macedonios para la recolección de frutos, y mientras, marchó á la Tesalia, para pasar en Larissa el resto del verano.

Por este tiempo entró triunfante en Roma Paulo Emilio de vuelta de la Iliria. Anníbal, tomada Sagunto á viva fuerza, distribuyó sus tropas en cuarteles de invierno. Los Romanos, con la noticia de la toma de Sagunto, enviaron embajadores á Cartago para pedir á Anníbal, y al mismo tiempo se dispusieron para la guerra, nombrando cónsules á Publio Cornelio y Tiberio Sempronio. De esto hemos hecho ya especial mención en el libro precedente. Ahora sólo lo apuntamos, como prometimos al principio, para refrescar la memoria y advertir los hechos contemporáneos. Aquí acaba el primer año de la olimpiada ciento cuarenta.

Llegado el tiempo de las elecciones, los Etolios nombraron por pretor á Dorimaco. Apenas tomó este el mando (219 años antes de J. C.), cuando, puesto sobre las armas todo el pueblo, atacó la parte superior del Epiro, y taló sus campos con más furor que el que hasta entonces se había visto. No le impelia á esto tanto su propio interés, cuanto el hacer daño á los Epirotas. Llegado que hubo al templo de Dodona, quemó sus pórticos, profanó sus ornamentos, y aun

hechó por tierra el mismo templo; como que entre estas gentes ni se conocen las leyes de la paz ni las de la guerra, sino que en uno y otro tiempo ejecutan cuanto les dicta su capricho, sin respeto al derecho público y de gentes. Después de estos y otros semejantes atentados, tornó á su patria.

Duraba aún el invierno, y nadie esperaba que Filipo viniese por la estación, cuando este príncipe salió á campaña desde Larissa, con un ejército compuesto de tres mil hombres armados de escudos de bronce, dos mil rodeleros, trescientos Cretenses y cuatrocientos caballos de su guardia. Pasó de la Tesalia á la Eubea, desde aquí á Cino, y atravesando por la Beocia y Megara, llegó á Corinto á fines de invierno. Su marcha fué tan pronta y secreta, que ni aun se sospechó en el Peloponeso. Mandó cerrar las puertas de Corinto, apostó centinelas por los caminos, y al día siguiente haciendo venir de Sición al viejo Arato, escribió al pretor de los Aqueos y á las ciudades, señalándolas día y lugar donde habían de tener las tropas sobre las armas. Dadas estas disposiciones, levantó el campo, y vino á sentar sus reales alrededor de Dioscurio en Fliasia.

Á este mismo tiempo Euripidas, acompañado de dos cohortes de Eleos, de los piratas y mercenarios, todos en número de dos mil doscientos infantes y cien caballos, salió de Psosis, y sin noticia alguna de las operaciones de Filipo, marchaba por Fenice y Stimfalia, con el designio de talar el país de los Sicionios. La noche misma que campó Filipo alrededor de Dioscurio, pasó él por delante del campamento, y hubiera entrado sin duda al amanecer en el país de los Sicionios; pero felizmente unos Cretenses del ejército de Filipo, que habían abandonado sus líneas y andaban buscando forraje, encontraron con

los de Euripidas. Este, luego que conoció con certeza la inmediatez del enemigo, sin descubrir á nadie la noticia, volvió pie atrás con el ejército, y tomó el mismo camino que había traído. Quería y aun esperaba tomar la delantera á los Macedonios, y atravesando la Stimfalia, ocupar los desfiladeros que dominan el camino. El Rey, sin noticia alguna de los enemigos, levantó el campo al amanecer como tenía dispuesto, y echó á andar, con ánimo de pasar por la misma ciudad de Stimfalia en derechura á Cafias, donde tenía prevenido á los Aqueos se juntasen con sus armas.

Ya tocaba la vanguardia macedonia con la falda del monte Apeauo, situado á diez estadios de Stimfalia, cuando al mismo tiempo llegó á la cima la primera línea de los Eleos. Euripidas, que por las noticias supo lo que pasaba, seguido de algunos caballeros, evitó el peligro que le amenazaba, y se retiró á Psofis por caminos extraviados. Los demás Eleos vendidos por su jefe, y atemorizados con tal accidente, hicieron alto sin saber qué hacerse, ni qué partido tomar. Sus oficiales creyeron al principio ser un cuerpo de Aqueos que venía al socorro. Los armados con escudos de bronce eran los que principalmente motivaban este engaño. Creían ser Megalopolitanos, por haber usado éstos de semejante escudos en la batalla de Selasia contra Cleomenes, armamento que les había dado el rey Antígono para esta jornada. Y así, sin perder el orden, se retiraron á ciertos collados inmediatos, con la esperanza aún de salvarse. Pero apenas estuvo cerca la primera línea de los Macedonios, comprendieron lo que realmente era el caso, y arrojando todos las armas, tomaron la huida. Se hicieron mil doscientos prisioneros, y el resto, ó pereció á manos del enemigo, ó en aque-

llos despeñaderos. Solos ciento se salvaron. Filipo remitió los despojos y los prisioneros á Corinto, y prosiguió adelante.

Este suceso sorprendió tanto más á todos los Peloponesios, cuanto que á un mismo tiempo llegaba á sus oídos la venida del Rey y la victoria. Atravesó después la Arcadia, á pesar de las muchas nieves y trabajos que sufrió en las cumbres del monte Ligirgo, y vino á hacer noche á Cafias al tercero día. Aquí dió dos días de descanso á la tropa, y recibió á Arato el joven con los Aqueos que habian venido en su compañía; de suerte que todo el ejército ascendía á diez mil hombres. Prosiguió su marcha por Clitoria á Psofis, é iba recogiendo armas y escalas por todas las ciudades que pasaba. Es Psofis, en el concepto de todos, una antigua población de los Arcades en la Azanida. Su situación, respecto del Peloponeso en general, está en el centro; pero respecto de la misma Arcadia, está en aquel extremo occidental que linda con las fronteras de la Acaia hacia el ocaso. Domina ventajosamente el país de los Eleos, con quienes componía á la sazón una misma república. A los tres días de camino desde Cafias llegó Filipo á esta ciudad, sentó su campo en unos elevados collados que había al frente, de donde registraba sin peligro la plaza y sus contornos. El Rey dudó qué partido tomar á vista de la fortaleza del sitio. Por la parte occidental corre precipitado un impetuoso torrente, que desgajándose desde lo alto forma en poco tiempo una madre muy extensa, invadable en la mayor parte del invierno, y que por todo aquel lado hace inconquistable y de difícil acceso la ciudad. Por la parte oriental corre el Erimantes, grande y caudaloso río de quien se cuentan muchas fábulas. Hacia Mediodía el torrente se une con el Erimantes, con lo que rodeada por tres

lados la ciudad con los ríos viene á estar bien defendida. Por el lado restante del Septentrión la domina un collado defendido de murallas, á quien el ingenio y el arte han dado veces de ciudadela. Toda la ciudad está ceñida de altos y bien fabricados muros, y á más tenía entonces una buena guarnición que habían metido los Eleos, cuyo comandante era Euripidas, que había escapado de la antecedente derrota.

## CAPÍTULO XX.

Sitio y escalada de Psolis por Filipo.—Conquistas de varias plazas de la Elida.—Negligencia de este pueblo en recobrar sus antiguas inmunidades.—Toma del castillo de Talamas.

Filipo veía y meditaba todos estos obstáculos. Unas veces la consideración le retraía de atacar y poner sitio á la ciudad, otras le empeñaba á vista de la oportunidad del sitio. Porque cuanto más inminente era el riesgo que amenazaba á los Aqueos y Arcades de tener la Elida esta segura defensa, tanto mayor sería la ventaja, una vez conquistada, que conseguirían los mismos en tener este oportuno asilo contra los Eleos. En fin se resolvió á abrazar el partido de sitiarla (219 años antes de Jesucristo). Para esto mandó á los Macedonios estar desayunados y prontos al romper el día. Después, atravesando el Erimantes por un puente sin que hallase oposición su temerario arrojo, se acercó hasta la misma ciudad con un espíritu terrible. La gente que mandaba Euripidas y todos los de la ciudad quedaron absortos. Estaban persuadidos á que ni los enemigos se atreverían á atacar y forzar una plaza tan fuerte, ni lo riguroso de la estación les permitiría entablar un asedio permanente. Al paso que

hacían estas reflexiones, desconfiaban unos de otros y se recelaban que Filipo no tuviese inteligencia con algunos de los de dentro. Pero al fin, desvanecidas sus sospechas, acudió la mayor parte á la defensa de los muros. Los Eleos que estaban á sueldo hicieron una salida por la puerta que estaba en la parte superior de la ciudad para sorprender al enemigo. Pero el Rey, que había mandado aplicar las escalas al muro por tres partes y tenía distribuídos sus Macedonios en otros tantos trozos, dió la señal á cada uno por los trompetas, y al instante se asaltó la plaza por todos lados. Al principio los habitantes se defendieron con valor y arrojaron á muchos de las escalas; pero acabada la provisión de dardos y demás municiones, como que arrebatadamente se había hecho para esta urgencia, y viendo que, lejos de aterrarse los Macedonios, sobre la marcha ocupaba el de atrás el lugar del que era arrojado por la escalera, al fin retrocedieron los cercados y se refugiaron todos á la ciudadela. Los Macedonios montaron el muro, y los mercenarios que habían hecho la salida por la puerta superior, rechazados por los Cretenses, fueron forzados á arrojar las armas y tomar una huída precipitada. Los Cretenses siguieron el alcance, y picándoles la retaguardia entraron de tropel por la puerta, de suerte que la ciudad fué tomada á un tiempo por todas partes. Los Psodienses con sus hijos y mujeres, y Eurípidas con los demás que libertaron las vidas, se acogieron á la ciudadela.

Apenas entraron los Macedonios saquearon todo el ajuar de las casas, ocuparon sus habitaciones y se hicieron dueños de la ciudad. Los que se habían refugiado á la ciudadela, pronosticando mal de su suerte á vista de hallarse sin provisiones, resolvieron entregarse. Para esto despacharon un trompeta, y alcan-



zada del Rey licencia para la embajada, diputaron á los magistrados y á Euripidas. En efecto, se ajustó un tratado por el que se concedió inmunidad á todos los que se habían refugiado, tanto extranjeros como ciudadanos. Los diputados se tornaron á la ciudadela con orden de no salir hasta que el ejército hubiese evacuado la plaza, para evitar que la inobediencia del soldado cometiese algún exceso. El Rey se vió precisado á subsistir allí algunos días por las nieves que cayeron. Durante su mansión congregó á los Aqueos que se hallaban en el ejército, les puso á la vista primero la fortaleza y oportunidad de la ciudad para la guerra presente, les manifestó el afecto y buena voluntad que profesaba á su nación, y por último añadió que por ahora les cedía y entregaba la plaza, porque se había propuesto hacerles bien en lo posible y no dejar pasar ocasión de mostrarles su cariño, Arato y los demás le dieron las gracias, y se disolvió la junta. El Rey hizo levantar el campo á sus tropas y marchó á Lasión. Entonces los Psolfidios bajaron de la ciudadela, recobraron la ciudad y cada uno sus casas. Euripidas marchó á Corinto, y desde allí á la Etolia. Los jefes Aqueos que se hallaban presentes dieron el gobierno de la ciudadela á Proslao el Sicionio, con la competente guarnición, y el de la ciudad á Pithias el Pelenense. De este modo fué tomada Psolis.

No bien se tenía noticia de la venida de los Macedonios, cuando los Eleos que guarnecían á Lasión, informados de lo que había pasado en Psolis, desampararon la ciudad. El Rey llegó con diligencia, la tomó sin obstáculo, y por un exceso de inclinación hacia los Aqueos la entregó también á su República. Strato fué restituida á los Telfusios, por haberla abandonado igualmente los Eleos. Concluía esta expedición, vino

al quinto día á Olimpia, donde hizo sacrificios á los Dioses y dió un convite á los oficiales. Aquí dejó descansar la tropa por tres días, pasados los cuales levantó el campo, marchó á Elea y permitió al soldado la tala de la campaña. Él, mientras, sentó su campo alrededor de Artemisio, y acopiado aquí el botín, tornó á Dioscurio. Muchos fueron los prisioneros que se hicieron en la tala del país, pero fueron más aún los que se refugiaron en los pueblos vecinos y lugares fortificados. El país de los Eleos es sin duda el más bien poblado y abundante de siervos y mantenimientos de todo el Peloponeso. Se encuentran familias tan amantes de la vida del campo, que aunque con bastantes conveniencias, después de dos y tres generaciones no han pasado jamás á la capital. Esto proviene del gran cuidado y vigilancia que tienen los magistrados para que al labrador se haga justicia en cualquier parte y no le falte nada de lo necesario para la vida.

A mi modo de entender, se tomaron en lo antiguo estas providencias y establecieron estas leyes, ya por la extensión del país, ya principalmente por la vida santa que tenían en otro tiempo, cuando la Grecia toda se convino en que la Elida, por celebrarse en ella los juegos olímpicos, se tuviese por provincia sagrada y exenta de toda tala, y sus moradores por libres de todos los males y calamidades de la guerra. Pero después que los Arcades les quitaron el país de Lasión y de Pisatis, los Eleos, forzados á defender sus campos y á mudar de método vida, ya no han cuidado de recobrar de la Grecia sus antiguas y patrias inmunidades, sino que han subsistido en el mismo estado, conducta á mi ver poco acertada para adelante. Y, á la verdad, si todos suplicamos á los Dioses nos concedan la paz, si sufrimos cualquiera vejacion con el an-

helo de alcanzarla, si este es el único bien que los hombres reputan por tal sin disputa, ¿no serán los Eleos sin contradicción unos necios, que pudiendo obtener de la Grecia con justicia y decoro una paz estable para siempre, la desprecian y posponen á otros bienes? Acaso me dirá alguno que por esta conducta de vida se exponen á que cualquiera les insulte y les falte á los pactos. Pero esto sucederá rara vez, y caso que suceda tendrán á toda la Grecia por auxiliadora. Por lo que hace á las injurias particulares, siendo ricos, como es regular lo sean, gozando de una paz constante no les faltarán guarniciones extranjeras y mercenarias que los defiendan cuando la ocasión y el tiempo lo requiera, en vez de que ahora, por temor á un caso raro y extraordinario, tienen expuesto su país y haciendas á continuas guerras y talas. Hemos hecho estas advertencias para excitar á los Eleos á recobrar sus inmunidades, puesto que jamás se ha presentado ocasión más oportuna que la que ofrece el actual estado. Lo cierto es que en este país, como hemos dicho arriba, se conservan aún vestigios de sus antiguas costumbres, y los pueblos aman con extremo la campaña.

Ve aquí por qué cuando Filipo llegó fué infinito el número de prisioneros que hizo, pero mucho mayor aún el que se refugió á las fortalezas. La mayor parte de efectos y el mayor número de siervos y ganados se retiró á un castillo llamado Talamas, ya porque las avenidas del país circunvecino eran estrechas y difíciles, ya porque el sitio es de poco tráfico é intransitable. El Rey supo el número de gentes que se habían refugiado á este lugar, y resuelto á no dejar cosa por tentar ni imperfecta, ocupó anticipadamente con los extranjeros los puestos ventajosos que dominan las entradas. Después, dejando el real bagaje y la mayor

parte del ejército, tomó los rodeleros y armados á la ligera, atravesó los desfiladeros, y llegó al castillo sin hallar impedimento. Los refugiados, gente del todo inexperta en el arte militar, desprovista de municiones, y compuesta en parte de la hez del pueblo, temieron la invasión, y se rindieron al momento. Entre ellos había doscientos extranjeros, gente allegadiza que había traído consigo Anfídamas, pretor de los Eleos. Dueño Filipo de inmensas alhajas, de más de cinco mil esclavos, y de infinidad de ganado cuadrúpedo, tornó á su campamento; pero viendo que las tropas estaban excesivamente cargadas de despojos de todo género, y por consiguiente imposibilitadas de maniobrar, tuvo que retirarse, y mudar el campo otra vez á Olimpia.

## CAPÍTULO XXI.

Apeles se propone quitar los fueros á los Aqueos.—Elogio de Filipo.—Situación y pueblos principales de la Trifalia.—Escalada de la ciudad de Alifera.—Conquistas del Rey en la Trifalia

Entre los tutores que Antígono había dejado al niño Filipo, había un tal Apeles, que á la sazón (219 años antes de J. C.) merecía la principal confianza del Rey. Este, para reducir á los Aqueos á la misma condición en que estaban los Tesalios, se propuso ejecutar una acción detestable. Los Tesalios, aunque parecía se gobernaban por sus fueros, y eran de muy diversa condición que los Macedonios, en la realidad no se diferenciaban de éstos, y todos estaban igualmente sujetos á las órdenes de los oficiales reales. Á este fin dirigió todos sus pasos Apeles, y para esto comenzó á tentar la paciencia de los Aqueos que militaban en

en el ejército, ya permitiendo á los Macedonios que los arrojasen de los alojamientos que con anticipación habían ocupado y les robasen el botín, ya permitiendo á sus ministros les castigasen por los más frívolos pretextos. Si alguno de ellos se condolía ó quería defender al castigado, él mismo le llevaba á la cárcel. Estaba persuadido á que de este modo los iría acostumbrando insensiblemente, á que en nada hiciesen alto de cuanto el Rey dispusiese. Esto era tanto más de extrañar, cuanto que poco tiempo antes, él mismo, militando con Antígono, los había visto resueltos á pasar por todo, por no obedecer las órdenes de Cleomenes. Al cabo algunos jóvenes Aqueos acudieron á Arato de mano armada, y le dieron cuenta del designio de Apeles. Arato se fué á Filipo, satisfecho de que sin dilación pondría remedio al mal en los principios. En efecto, informado el Rey en este coloquio de lo sucedido, exhortó á los jóvenes Aqueos á vivir en la confianza de que no les volvería á suceder en adelante semejante cosa; y previno á Apeles que no mandase nada á los Aqueos, sin consultar con su pretor.

De este modo Filipo, afable con los que seguían sus banderas, activo y resuelto en las operaciones militares, se ganó los corazones no sólo de sus soldados sino de todo el Peloponeso. No es fácil hallar un príncipe dotado por la naturaleza de mayores proporciones para extender sus estados. La agudeza de entendimiento, la memoria, la gracia, la presencia real, la majestad, y sobre todo la actividad y el espíritu marcial, eran otras tantas prendas que en él sobresalían. Pero como desaparecieron todas estas bellas cualidades, y de un rey benigno se transformó en un cruel tirano, esto no es fácil explicar en breves razones. Otra ocasión más oportuna que la presente se

ofrecerá, donde inquirir é investigar esta mudanza.

Filipo desde Olimpia movió el campo hacia Fa-rea, vino á Telfusa, y desde allí á Herea; donde vendido el botín, hizo reparar el puente del río Alfeo, con el fin de hacer por allí una irrupción en la Trifalia. Á esta misma sazón Dorimaco, pretor de los Etolios, á instancia de los Eleos, cuyos campos eran talados, envió en su socorro seiscientos Etolios, bajo la conducta de Filidas. Este apenas llegó á Elea, tomó quinientos extranjeros que allí había, mil ciudadanos y un trozo de Tarentinos, y marchó al socorro de la Trifalia, provincia que obtuvo este nombre de Trifalo, muchacho de la Arcadia. Yace este país en el Peloponeso sobre las costas del mar, entre los Eleos y Mesenios, mira al mar de África, y confina con la Acaia hacia el ocaso del invierno. Las ciudades que contiene son: Samico, Lepreo, Hipana, Tipanea, Pirgos, Æpio, Balax, Stilagio y Frixia. Á todas estas ciudades, de que poco tiempo antes se habían apoderado los Eleos, habían añadido ahora á Alifera, perteneciente antes á la Arcadia y á Megalópolis, que Aliadas el Megalopolitano, durante el tiempo de su tiranía, había sacrificado á cambio de ciertos intereses personales. Filidas, pues, destacados los Eleos á Lepreo y los extranjeros á Alifera, él con sus Etolios observaba en Tipanea los movimientos del Rey.

Filipo, desembarazado del bagaje, atravesó el puente del río Alfeo, que baña la ciudad de Herea, y vino á Alifera. Yace esta ciudad sobre una eminencia escarpada por todas partes, que tiene más de diez estadios de subida. Sobre la cumbre misma de toda esta montaña está la ciudadela, y una estatua de bronce de Minerva, de extraordinaria belleza y magnitud. La causa de esta oblación, quién costeó su estructura, de dónde vino, ó por quién fue consagrada,

no se sabe de positivo, y aun los mismos naturales lo ignoran. Pero convienen todos en que es una pieza maestra del arte y uno de los simulacros más magníficos y exquisitos que salió de las manos de Hecatoro y Sóstrates. El Rey, luego que vió un día claro y sereno, distribuyó al amanecer en muchos puestos á los que llevaban las escalas, é hizo marchar por delante á los mercenarios para sostenerlos. Á espaldas de cada uno de estos cuerpos situó en trozos los Macedonios, y mandó á todos que al salir el sol subiesen la montaña. Los Macedonios ejecutaron la orden con una prontitud y valor espantoso. Los sitiados acudieron de tropel á aquellos puestos á donde principalmente veían que se acercaba el enemigo. Á este tiempo ya el Rey mismo, con la tropa más escogida, había subido ocultamente por unos derrumbaderos al arrabal de la ciudadela. Dada la señal, todos fijaron las escalas, y tentaron asaltar la ciudad. El Rey fué el primero que se apoderó del arrabal, que halló indefenso, y le puso fuego. Á vista de esto, los que defendían los muros, pronosticando su suerte, y temiendo quedar sin recurso una vez tomada la ciudadela, resolvieron abandonar las murallas y refugiarse á ella. Hecho esto, los Macedonios ocuparon al momento los muros y la ciudad. Poco después los de la ciudadela enviaron diputados á Filipo, y pactaron entregársela, salvas las vidas.

Esta conquista aterró á todos los Trifalios, y les hizo consultar sobre sus personas y patrias. Al mismo tiempo Filidas desamparó á Tipanea y se retiró á Lepreo, saqueando de paso algunos de sus aliados. Tal fué la recompensa que éstos tuvieron de los Etolios; ser no sólo abandonados á la clara en las circunstancias más urgentes, sino, saqueados y vendidos, sufrir de sus compañeros el mismo trato que pudieran

esperar de un enemigo victorioso. Los Tipaneatas entregaron la ciudad á Filipo. Hipana siguió el mismo ejemplo; y los Fialenses, al oír lo que había pasado en la Trifalia, disgustados con la alianza de los Etolios, se apoderaron de mano armada de la casa donde se juntaban los Polemarcos. Los piratas Etolios que vivían en Fiala, para estar á tiro de saquear la Messenia, al principio pensaron invadir y sorprender la ciudad; pero viendo á todos los habitantes unidos para defenderla, desistieron del empeño; y bajo un salvoconducto tomaron sus bagajes, y salieron de la plaza. Despues los Fialenses enviaron diputados á Filipo, y le entregaron su patria y personas.

## CAPÍTULO XXII.

Filidas general de los Etolios, forzado á salir de Lepreo.—Filipo somete toda la Trifalia.—Alboroto excitado por Chilón en Lacedemonia.—Triste estado á que vino este pueblo.

Durante este tiempo los Lepreatas, apoderados de una parte de su ciudad, hacían vivas instancias á los Eleos, Etolios, y demás tropas que Lacedemonia había enviado á su socorro, para que evacuasen la ciudadela y la ciudad. Al principio Filidas no hizo caso, y subsistió en la plaza para tenerla en respeto. Pero noticioso de que Taurión había sido destacado con tropa á Fiala, y que el Rey mismo venía marchando á Lepreo y se acercaba ya á la ciudad, perdió el ánimo. Al contrario los Lepreatas, se confirmaron en su resolución, y ejecutaron un hecho memorable; pues en medio de haber dentro mil Eleos, otros tantos Etolios con los piratas, quinientos mercenarios, doscientos Lacedemonios, y sobre todo estar por ellos la



ciudadela, no por eso perdieron la esperanza de recobrar su patria. En efecto Filidas, como vió tan sobre sí á los Lepreatas, y que los Macedonios se acercaban, tuvo que salir de la ciudad con los Eleos y demás tropa que había venido de Lacedemonia. Los Cretenses que había enviado Esparta tornaron á su país por la Messenia, Filidas se retiró á Samico, y los Lepreatas apoderados de su patria enviaron diputados á Filipo para entregársela.

Con este aviso el Rey despachó á Lepreo todo el ejército, á excepción de los rodeleros y armados á la ligera, con quienes partió con diligencia á alcanzar á Filidas. En efecto le alcanzó y se apoderó de todo su bagaje; pero Filidas le ganó por los pies, y se metió en Samico. El Rey campó delante de esta plaza, hizo venir de Lepreo el resto del ejército, y dió á entender que quería sitiarla. Los Etolios y Eleos, que no tenían más prevenciones para el asedio que sus manos, temieron las consecuencias, y negociaron con Filipo que les salvase las vidas. Concedida licencia para que saliesen con sus armas, marcharon á Elea, y el Rey se apoderó al momento de la ciudad. Otros pueblos vinieron después á ofrecerle obediencia, y recibió en su gracia á Frixia, Stilagio, Epio, Bolax, Pírgos y Epitalio. Concluída esta expedición, tornó á Lepreo, después de haber sojuzgado toda la Trifalia en seis días. Aquí, después de haber exhortado á los Lepreatas según la ocasión lo pedía, y haber puesto guarnición en la ciudadela, movió el campo hacia Herea, dejando á cargo de Ladico el Acarnanio toda la Trifalia. Apenas llegó á esta ciudad, distribuyó el botín entre sus tropas, y tomando el bagaje, marchó de Herea á Megalópolis en el rigor del invierno.

Mientras Filipo sometía la Trifalia (219 años antes de J. C.), Chilón el Lacedemonio, creyendo que su

nacimiento le daba derecho al reino, sufría con impaciencia el desprecio que los eforos le habían hecho en habérselo adjudicado á Licurgo. Para vengarse pensó conmover el estado. Se persuadió á que si, á ejemplo de Cleomenes, proponía una nueva división y repartimiento de tierras, al momento el pueblo seguiría su partido, resolución que al cabo puso por obra. Comunicó el pensamiento á sus amigos, y habiendo hallado hasta doscientos que apoyasen su arrojó, pensó ejecutar su proyecto. No ignoraba que el mayor obstáculo á su intento serían Licurgo y los Eforos que le habían puesto sobre el trono; por eso fueron éstos el primer ensayo de su cólera. Un día que los halló cenando los degolló á todos, tomando por su cuenta la fortuna el castigo que merecían. Porque, bien se mire á la mano que descargó el golpe, bien á la causa por que lo sufrían, se confesará que les estaba bien empleado. Chilón, después de haber acabado con los Eforos, pasó á la casa de Licurgo, y aunque le halló dentro no pudo apoderarse de su persona por haberle servido de capa ciertos amigos y vecinos para que huyese y se retirase por caminos extraviados á Pelene en Trípolis. Chilón, errado el golpe principal para su intento, se desalentó infinito, pero no pudo menos de proseguir lo comenzado. Entró en la plaza, prendió á sus enemigos, animó á sus parientes y parciales y dió á los demás esperanzas de lo que poco ha hemos apuntado. Pero advirtiéndole que en vez de hacer caso, al contrario, se volvían contra él los ciudadanos, se retiró secretamente, atravesó la Laconia y se refugió solo en la Acaia.

Los Lacedemonios, con el temor de que Filipo viese, recogieron la cosecha y abandonaron el Ate-neo de Megalópolis, después de haberlo echado por tierra. Así es cómo este pueblo, que desde que Licurgo

le dió sus leyes hasta la batalla de Leutres había formado la más bella república y había llegado al más elevado poder; ahora, cambiándosele la suerte, iba debilitándose cada vez más, hasta que al fin agobiado con infinitos infortunios, agitado de sediciones intestinas y acostumbrado á continuos repartimientos de tierras y destierros, vino á sufrir la esclavitud más cruel bajo la tiranía de Nabis el que hasta entonces ni aun la palabra *servidumbre* podía sufrir con paciencia. Muchos han tratado á la larga en pro y en contra de los hechos antiguos de los Lacedemonios. Nosotros sólo expondremos los incontestables, cuales son los ocurridos desde que Cleomenes dió por el pie el gobierno antiguo, destinando á cada uno su lugar conveniente. De Megalópolis el Rey fué por Tejea á Argos, donde pasó la parte restante del invierno, aplaudido más de lo que pedía su edad por las acciones y demás conducta que había observado en las mencionadas campañas.

### CAPÍTULO XXIII.

Artificios de Apeles para descomponer á los Aratos con Filipo. — Tala de la Elida por este Rey. — Nuevas trazas de Apeles desmentidas. — Última voluntad de Antígono en la distribución de los empleos de palacio. — Marcha de Filipo á Argos.

Aquel Apeles de quien ya hemos hablado, lejos de desistir de su propósito, procuraba ir reduciendo poco á poco bajo el yugo á los Aqueos (219 años antes de J. C.). Veía que para semejante designio le servirían de obstáculo los dos Aratos, á quienes Filipo estimaba, sobre todo al viejo, por la correspondencia que había tenido con Antígono, por el mucho crédito que

obtenía en su nación y especialmente por su sagacidad y prudencia. Para derribar á estos dos personajes se valió de esta astucia. Averiguó quiénes eran sus rivales en el gobierno, los hizo venir de sus ciudades, los recibió en su gracia, los provocó con halagos á su amistad y los recomendó á Filipo, advirtiéndole á éste separadamente que mientras estuviese adherido á los Aratos tendría que tratar á los Aqueos según estaba prescrito en la alianza, pero que si le daba crédito y recibía ahora á éstos por confidentes, manejaría todo el Peloponeso á su arbitrio. Tornó después sus miras á las elecciones. Quería que recayese sobre uno de éstos la pretura, y por consiguiente se excluyese á los Aratos. Para esto persuadió al Rey á que, bajo pretexto de que iba á Elea, se llegase á Egio á los comicios de los Aqueos. En efecto, el Rey fué, y Apeles se halló también presente al tiempo oportuno, donde ya con ruegos, ya con amenazas, consiguió aunque con trabajo el que se eligiese por pretor á Eparato el Farenses y se excluyese á Timojenes, por quien estaban los Aratos.

Después de esto Filipo se puso en marcha, y atravesando por Patras y Dimas llegó á una fortaleza llamada Tichos, que sirve de frontera al país de los Dimeos, y poco tiempo antes había sido tomada por Euripidas, como hemos dicho arriba. Deseoso el Rey de recobrarla á cualquier costa para los Dimeos, se acampó delante de ella con todo el ejército. Los Eleos que la guarnecíán temieron y la entregaron. Este castillo no es grande, por cierto, pues apenas pasa de estadio y medio su circunferencia, pero está bien fortalecido, y la altura de sus muros no baja de treinta codos. El Rey le entregó á los Dimeos, corrió talando la provincia de los Eleos, y después de saqueada tornó á Dimas con el ejército cargado de despojos.

Apeles, que creía haber conseguido en parte su designio con haber puesto pretor á los Aqueos por su mano, volvió á indisponer á los Aratos con el Rey á fin de separarle enteramente de su amistad. Para esto se propuso forjar una calumnia con la maña siguiente. Anfidamo, pretor de los Eleos, que había sido hecho prisionero en Talamas con otros que se habían allí refugiado, como hemos dicho arriba, después que fué conducido con otros prisioneros á Olimpia, solicitó por medio de ciertos amigos tener una conferencia con el Rey. Conseguida la venia, le dijo que él tenía autoridad para atraer á los Eleos á su amistad y alianza. Filipo le creyó y le envió sin rescate, previéndole ofreciese de su parte á los Eleos que si abrazaban su partido les restituiría todos los cautivos sin rescate, les pondría el país á cubierto de todo insulto exterior, vivirían libres, sin guarnición, sin impuesto y les conservaría sus propias leyes. Los Eleos, en medio de unas ofertas tan halagüeñas y magníficas, no hicieron caso. De aquí tomó ocasión Apeles para forjar la calumnia y llevarla á oídos del Rey, asegurándole que no era sincera la amistad de los Aratos para con los Macedonios, ni tenían verdadero afecto á su persona; que en la ocasión presente ellos eran los autores de la enajenación de los Eleos. Pues cuando Anfidamo marchó de Olimpia á Elea, los Aratos cogiéndole á solas le habían seducido y dicho que de ninguna de las maneras convenía al Peloponeso que Filipo dominase á los Eleos, y por esta causa despreciaban sus ofertas, conservaban la amistad de los Etolios y mantenían la guerra contra la Macedonia.

Apenas el Rey oyó estos cargos, mandó llamar á los Aratos y que á su presencia Apeles los repitiese. En efecto vinieron. Apeles sostuvo lo dicho con una audacia espantosa; y viendo que el Rey callaba, añá-

dió que, pues eran tan ingratos y desconocidos á los beneficios de Filipo, este príncipe había resuelto convocar la asamblea de los Aqueos, y justificada su conducta sobre estos hechos, retirarse otra vez á Macedonia. A esto tomó la palabra Arato el viejo, y en general aconsejó á Filipo que jamás diese oídos á chismes ligeramente y sin consideración, y que cuando éstos se dirigiesen contra un amigo ó aliado, hiciese un examen más exacto antes de dar crédito á la calumnia, pues esta era prenda de un ánimo real y muy conducente para todo. En este supuesto le suplicaba que, para juzgar de lo que decía Apeles, llamase á los que lo habían oído, hiciese entrar en medio de éstos al autor de los cargos, y no omitiese medio de cuantos pudiesen contribuir á averiguar la verdad, antes de descubrir el asunto á los Aqueos.

El Rey aprobó el consejo de Arato, y dijo que no omitiría medio de inquirir la verdad: con esto se disolvió la junta. En los días siguientes Apeles no presentó prueba alguna de su dicho; pero en favor de los Aratos sobrevino este accidente. Los Eleos, cuando Filipo talaba su país, poco satisfechos de Anfidamo, habían resuelto prenderle y enviarle á la Etolia cargado de prisiones. Este, presintiendo el golpe, se había retirado por el pronto á Olimpia; pero informado poco después de que Filipo estaba en Dimas ocupado con la distribución del botín, vino prontamente á verle. Los Aratos, cuando supieron que Anfidamo había venido fugitivo de la Elida, alegres sobremanera, como que en nada les remordía la conciencia, acudieron al Rey y le suplicaron le llamase; puesto que nadie mejor sabría los capítulos de la acusación, como que con él habían sido tratados, y ninguno más bien declarararía la verdad, pues se veía fugitivo de su patria por su causa, y en él fundaba al presente la es-

peranza de su salud. Al Rey plugo este consejo, envió á llamar á Anfidamo, y se halló la acusación del todo desmentida. De allí adelante, así como fué siempre en aumento la estimación y aprecio de Arato para con el Rey, fué también en disminución el concepto de Apeles; y aunque prevenido de un grande aprecio por su persona, en muchas cosas tuvo que cerrar los ojos sobre su conducta.

Pero no por eso desistía Apeles de sus intrigas; al contrario, buscaba cómo malquistar á Taurión, prefecto del Peloponeso. Para esto no hablaba mal de su persona, antes le elogiaba y vociferaba que era á propósito para acompañar al Rey en campaña. Su designio era poner por su mano otro en el gobierno del Peloponeso. Exquisito género de calumnia, sin hablar mal, dañar al prójimo con alabanzas. Esta astuta malignidad, este encono y este artificio se encuentra principalmente entre los que frecuentan las aulas de los reyes; aquí es donde reina la envidia y ambición de tirarse los unos á los otros. Del mismo modo, Apeles, siempre que hallaba ocasión, mordía á Alejandro, capitán de la guardia. Su fin en esto era disponer á su antojo de la guardia de la persona real, y, en una palabra, trastornar el orden que Antígono había establecido. Este príncipe, mientras vivió, cuidó bien del reino y de la educación de su hijo; y al pasar de esta vida, dió sabias providencias sobre todo lo que pudiera ocurrir en la consecuencia. En su testamento dió cuenta á los Macedonios de todo lo que había hecho, y dispuso para adelante cómo y por quiénes se habían de manejar los asuntos. Su mira era no dejar pretexto alguno de envidia ni sedición entre los palaciegos. Entre los que andaban á su lado, dejó á Apeles por tutor, á Leoncio por comandante de los rodeleros, á Megaleas por canciller, á Taurión

por gobernador del Peloponeso, y á Alejandro por capitán de la guardia. Apeles dominaba ya absolutamente sobre Leoncio y Megaleas, y ahora procuraba separar de sus ministerios á Alejandro y á Taurión, para manejarlo todo por sí ó por sus parciales. Sin duda hubieran tenido efecto sus designios, á no haberse adquirido un antagonista como Arato; pero pronto recibió el castigo de su imprudencia y ambición. Pues á poquísimos días despues sufrió en sí propio lo que pensaba hacer con otros. Por ahora pasaremos en silencio cómo y de qué manera sucedieron estas cosas, para dar fin á este libro; pero en los siguientes examinaremos con diligencia todas sus circunstancias. Filipo, después de arreglados estos asuntos, tornó á Argos, donde, enviando el ejército á Macedonia, pasó el invierno con sus amigos.

---



# ÍNDICE.

CAPS.	PÁGS.
Prólogo del traductor.....	1
Prólogo del autor.....	11

## LIBRO PRIMERO.

I. Someten los Romanos todos los pueblos circunvecinos.—Messina y Regio son sorprendidas: aquélla por los Campanios, y ésta por los Romanos.—Castiga Roma la traición de sus compatriotas.—Derrota de los Campanios por Hierón, rey de Siracusa. ....	17
II. Imploran los Mamertinos el auxilio de los Romanos.—Vence la razón de Estado los inconvenientes que había en concederle.—Su primera expedición fuera de Italia.—Derrota de los Siracusanos y Cartagineses.....	21
III. Materia de los dos primeros libros, que sirven de preámbulo á esta historia.—Crítica de Polibio sobre los historiadores Filino y Fabio.....	25
IV. Alianza de Hierón con los Romanos.—Sitio de Agrigento.—Salida de la plaza, rechazada por los Romanos.....	29
V. Combate y toma de Agrigento por los Romanos.—Retirada de Anníbal.—Primer pensamiento de hacerse marinos los Romanos, y preparativos para esta empresa.....	33
VI. Sorpresa de Lipari por Cn. Cornelio, malograda.—Imprudencia de Anníbal.—Instrumento de Dui-	

CAPS.	PÁGS.
lio para atacar.—Batalla naval de Mila y victoria por los Romanos.—Muerte de Amilcar, y toma de algunas ciudades. ....	37
VII. Descalabro recíproco de Romanos y Cartagineses.—Orden y disposición de sus armadas.—Batalla de Ecnomo, y victoria por los Romanos. ....	42
VIII. Pasan ai África los Romanos y toman á Aspis.—M. Atilio Régulo queda solo en África.—Batalla de Adis y victoria por los Romanos.—Reprueba Cartago las proposiciones de paz que M. Atilio la propone. ....	48
IX. Llega Jantippo á Cartago, y se le entrega el mando de las tropas.—Ordenanza de Cartagineses y Romanos.—Batalla de Túnez y victoria por los Cartagineses.—Reflexiones sobre este acaecimiento. ....	52
X. Regreso de Jantippo á su patria.—Victoria naval de los Romanos.—Tempestad que éstos sufren.—Carácter del pueblo romano.—Toma de Palermo. ....	56
XI. Segunda tempestad que sufren los Romanos.—Batalla de Palermo.—Construcción de una nueva armada por estos. ....	60
XII. Situación de la Sicilia.—Sitio de Lilibea.—Traición de las tropas extranjeras descubierta.—Socorro que envía Cartago bajo la conducta de Annibal.—Salida de los sitiados contra las máquinas. ....	64
XIII. Audacia de un Rodiano, que al fin es apresado por los Romanos.—Incendio de las baterías. ....	69
XIV. Sorpresa de Drepana malograda. ....	73
XV. Derrota de los navios romanos en Lilibea.—Evitan éstos dos batallas.—Pérdida total de sus escuadras. ....	76
XVI. Sorpresa de Erice por Junio, y descripción de esta ciudad.—Toma de Erictes por Amilcar.—Tentativas de un General contra otro.—El cartaginés se apodera de Ericina. ....	79
XVII. Tercera armada mandada por C. Lutacio.—Batalla de Egusa. ....	84
XVIII. Tratado de paz entre Roma y Cartago.—Reflexiones sobre esta guerra.—Estado de las dos repúblicas después de la paz. ....	87

CAPS.	PÁGS.
XIX. Origen de la guerra de los extranjeros contra Cartago.—Error de esta república en acuartelar estas tropas dentro de Sicca.—Elección de Jefes que hacen los amotinados.....	91
XX. Declaración de la guerra.—Extremo á que se ven reducidos los Cartagineses.—Sitios de Utica é Hippacrita por los rebeldes.—Incapacidad de Hannón.....	97
XXI. Amílcar sucede en el mando.—Tránsito del Marcar.—Derrota de los rebeldes junto á este río.—Abandona Naravaso el partido de éstos.—Victoria de Amílcar y clemencia con los prisioneros..	102
XXII. Pérdida de la Cerdeña.—Crueldad que cometen Mathos y Spendio contra el derecho de gentes.—Reflexiones sobre este punto.....	106
XXIII. Extremo en que se ven los Cartagineses.—Sitio de Cartago.—Socorros de Hierón y de los Romanos.—Hambre horrible de los rebeldes, que les precisa á implorar la paz.....	110
XXIV. Sitio de Túnez.—Sorpresa del campamento de Anníbal por Mathos.—Muerte de este capitán.—Batalla decisiva.—Cesión de la Cerdeña á los Romanos.....	115

## LIBRO SEGUNDO.

I. Recapitulación del libro precedente.—Muerte de Amílcar en la España.—Asdrúbal le sucede.—Primer pensamiento de pasar á la Iliria los Romanos.—Sitio de Midionia por los Etolios y combate de éstos con los Ilirios.—Poder de la fortuna.....	119
II. Muerte de Agrón.—Sucesión de su mujer Teuta en el reino.—Fenice entregada por los Galos á los Ilirios.—Rescate de esta plaza por los Epirotas á precio de dinero.—Imprudencia de los Epirotas.....	123
III. Embajada de los Romanos á Teuta, reina de Iliria.—Muerte que ésta manda dar á uno de los embajadores.—Sorpresa de Epidamno malograda.—Batalla naval ganada por los Ilirios junto á Pa-xos, y toma de Corcira por los mismos.....	127

IV.	Desembarco de los Romanos en la Iliria.—Expediciones de los cónsules Fulvio y Postumio.—Tratado de paz entre Roma y Teuta.—Construcción de Cartagena por Asdrúbal, y tratado de éste con los Romanos. ....	130
V.	Descripción general de Italia, y particular del país que ocupaban los Galos.—Producciones de esta comarca, y costumbres de estos pueblos.....	134
VI.	Resumen de la historia de los Galos.—Toma de Roma por éstos, y diferentes encuentros que tuvieron con los Romanos.....	139
VII.	Irrupción de los Galos por la Etruria.—Estado de fuerzas que los Romanos tenían.—Victoria de los Galos sobre los Romanos junto á Fesola....	145
VIII.	Llegan los dos cónsules L. Emilio y C. Atilio á la Etruria.—Cogen en medio á los Galos.—Orden y disposición de ambos ejércitos.—Batalla de Telamón y victoria por los Romanos.....	149
IX.	Invasión de P. Furio y Cayo Flamiano por la Galia.—Batalla entre Insubrios y Romanos, y victoria por éstos.—Segunda invasión de Marco Claudio y Cn. Cornelio contra los Insubrios.—Victoria y toma de Milán por Cn. Cornelio.....	155
X.	Muerte de Asdrúbal en la España.—Anníbal le sucede.—Motivo por qué prevaleció en todo el Peloponeso el nombre de Aqueo.—Sistema de esta República.—Ejemplos de su integridad y quién fué el autor de la liga Aquesa.....	160
XI.	Compendio de la historia de los Aqueos.—Máxima fundamental de su gobierno.—Expediciones de Arato.—Esfuerzos de éste para abolir la tiranía en el Peloponeso.—Alianza de los Etolios con Antígono, gobernador de Macedonia, y con Cleomenes, rey de Lacedemonia.....	165
XII.	Principio de la guerra Cleoménica.—Resuelve Arato confederarse con Antígono.—Comisión de Nicofanes y Cercidas para esta embajada.—Arenaga que éstos hacen á Antígono, y su buen despacho.....	170
XIII.	Parecer de Arato aprobado.—Entrega que éste hace del Acrocorinto á Antígono.—Toma de Argos por los Aqueos.—Conquista de muchas	

	plazas por Antígono.—Sorpresa de Cleomenes en Megalópolis, y rigor con que la trata.....	175
XIV.	Juicio de Polibio contra Filarco.—Objeto de la historia, y diferencia entre ésta y la tragedia.—Los Mantineos abandonan la liga de los Aqueos y son reconquistados por Arato.—Perfidia que éstos cometen con la guarnición aquea, y benigno castigo á tal delito.....	180
XV.	Muerte de Aristomaco, tirano de Argos.—Filarco exagera este hecho; omite la constante fidelidad de los Megalopolitanos para con los Aqueos; pondera el saco de Megalópolis é incurre en una contrariedad manifiesta.....	185
XVI.	Invasión de Cleomenes por los campos de Argos.—Número de tropas de Antígono y Cleomenes.—Bella disposición de ambos campamentos.....	190
XVII.	Batalla de Selasia y victoria por Antígono.—Huída de Cleomenes á Alejandria.—Toma de Esparta por Antígono.—Restablecimiento del gobierno republicano en esta y otras ciudades.—Su muerte.....	193

LIBRO TERCERO.

I.	Idea general de toda la obra, y distribución de materias que se han de tratar en esta historia...	199
II.	Error de algunos escritores en asignar las verdaderas causas de la segunda guerra Púnica.—Refutación que hace Polibio del historiador Fabio.....	204
III.	Verdaderos motivos de la segunda guerra Púnica: Primero el odio de Amílcar contra los Romanos. Segundo, la toma de la Cerdeña por éstos, y nuevo tributo que impusieron á los Cartagineses. Tercero, los prósperos sucesos de los Cartagineses en la España.....	208
IV.	Expediciones de Anníbal en la España.—Frívolos pretextos con que procura satisfacer á la embajada de los Romanos.—Sitio y toma de Sagunto.	212
V.	Expedición de L. Emilio á la Iliria, toma de muchas plazas por éste y victoria sobre Demetrio.—Embajada que Roma envía á Cartago.—Mani-	

CAPS.	PÁGS.
fiesto en que esta República justifica su derecho.	217
VI. Tratados de paz ajustados entre Romanos y Cartagineses antes de la segunda guerra Púnica.....	221
VII. Manifiesto en que exponen los Romanos su derecho.—A cuál de las dos repúblicas se debe atribuir la causa de la segunda guerra Púnica.—Utilidades de la historia y ventajas en que excede la universal á la particular.....	227
VIII. Declaración de la guerra.—Sabias providencias que toma Annibal para poner á cubierto el África y la España.—Marcha desde Cartagena hasta los Pirineos, y conquista de muchos pueblos de parte allá del Ebro.....	231
IX. Digresión que hace Polibio para informar á los lectores en la geografía.—División del universo, y nociones más comunes de esta materia.....	235
X. Número de estadios que hay desde Cartagena á Italia.—Roma envía á la España á P. Cornelio, y al África á Tiber. Sempronio.—Sublevación de los Boios.—Arribo de Scipión á las bocas del Ródano.....	238
XI. Llegada de Annibal al tránsito del Ródano.—Preparativos que hace para pasarle, y oposición que encuentra en los bárbaros comarcanos.....	241
XII. Pasa al fin Annibal el Ródano.—Exhortación á sus tropas.—Refriega entre dos partidas de caballería romana y cartaginesa.—Tránsito de los elefantes.....	244
XIII. Ruta que tomó Annibal después de pasado el Ródano para superar los Alpes.—Extravagancia de los historiadores cuando describen el tránsito de Annibal por estas montañas.....	247
XIV. Llega Annibal á lo que se llama la Isla, pone en posesión del trono á un potentado de aquel país y es magníficamente recompensado.—Oposición que encuentra en los Allobroges al principiar los Alpes y victoria por los Cartagineses.....	250
XV. Tránsito de los Alpes por Annibal.—Emboscadas, desfiladeros y dificultades que tiene que vencer.	254
XVI. Digresión que hace Polibio para justificarse sobre varios particulares esenciales á la historia.....	259
XVII. Estado del ejército de Annibal después de pasados	

CAPS.	PÁGS.
los Alpes.—Toma de Turín.—Arenga de Anníbal para la batalla del Tesino.....	261
XVIII. Arenga de Scipión á sus tropas.—Batalla del Tesino.—Traición de los Galos que militaban bajo las banderas romanas.—Paso del Trebia por Scipión y pérdida de su retaguardia.....	267
XIX. Pretextos á que atribuye Roma la causa de la derrota.—Anníbal toma por trato á Clastidio.—Refriega de la caballería y ventaja de Sempronio.—Diversidad de pareceres entre los dos Cónsules sobre el estado de la guerra.—Emboscada de Anníbal.....	272
XX. Batalla del Trebia.....	277
XXI. Preparativos que hace Roma para la campaña siguiente.—Expedición de Cn. Cornelio Scipión en la España.—Artificios de que se vale Anníbal para atraer los Galos á su partido y asegurar su persona de un atentado.—Resolución de pasar á la Toscana.....	280
XXII. Tránsito de los pantanos de Clusio, é incomodidades que sufrió el ejército cartaginés.—Carácter de Flaminio.—Estudio principal que debe hacer un General.....	284
XXIII. Batalla del lago Trasimenes ganada por Anníbal.—Distinción que hace entre los prisioneros romanos y los aliados.....	287
XXIV. Sensación que hace en Roma esta derrota.—Pérdida de cuatro mil caballos que mandaba C. Centenio.—Tránsito de Anníbal por la Ombria y el Piceno hasta la costa del Adriático.....	291
XXV. Fabio nombrado dictador.—Diferencia entre la <i>Dictadura</i> y el <i>Consulado</i> .—Razones que movieron á Fabio á atenerse sólo á la defensiva.—Conducta opuesta de Minucio.—Resolución de Anníbal de pasar á la Campania.—Descripción de esta provincia.....	294
XXVI. Tala de la Campania por Anníbal.—Estratagema con que engaña á Fabio para salir de esta tierra.....	298
XXVII. Batalla naval que Cn. Scipión gana á Asdrúbal en la España.—Roma envía á la España á Publio Scipión para obrar de concierto con su hermano.—Pasan los Romanos el Ebro por primera	

CAPS.		PÁGS.
	vez.—Abilix entrega á los Scipiones los rehenes que Annibal habia dejado en Sagunto.....	302
XXVIII.	Campamento de Annibal en Gerunio.—Ventaja que Minucio gana sobre Annibal.....	308
XXIX.	Minucio hecho dictador con igual potestad que Fabio.—División del ejército entre los dos dictadores.—Ruina que sufre Roma por la temeridad de Minucio, y ventaja que saca por la reserva de Fabio.....	311
XXX.	L. Emilio y C. Terencio Varrón, nombrados cónsules. — Providencias del Senado para la campaña siguiente.—Toma de la ciudadela de Cannas por Annibal.—Número de legiones aumentado.....	314
XXXI.	Arengas de L. Emilio á los Romanos y de Annibal á los Cartagineses.....	317
XXXII.	Sobresalto que causó en Roma la noticia de que estaban al frente los dos ejércitos.—Disposición de batalla de uno y otro campo.—Batalla de Cannas y victoria por los Cartagineses.....	322
XXXIII.	Número de muertos y prisioneros en uno y otro campo.—Consecuencias que de la batalla de Cannas se siguieron á una y otra república...	327

## LIBRO CUARTO.

I.	Recapitulación del libro precedente.—Epoca que establece Polibio para entrar en la historia de los Griegos.....	331
II.	Carácter del pueblo Etolio.—Motivos que tuvo para la guerra con los Messenios.....	333
III.	Discurso de Dorimaco para excitar los Etolios á la guerra.—Declaración de ésta, y su primera campaña.....	336
IV.	Arato toma el mando de las tropas aqueas.—Retrato de este pretor.....	338
V.	Batalla de Cafias perdida por imprudencia de Arato.....	341
VI.	Cargos que forman los Aqueos contra Arato, y justificación de éste.—Resolución de la asamblea aquea. — Proyecto ridiculo del pueblo etolio.....	346



VII.	Estado de Cineta.—Traición de algunos de sus habitantes.—Saco y ruina de esta ciudad por los Etolios.—Caza que da Taurión á éstos sin efecto.—Inacción de Arato. ....	350
VIII.	Carácter de los Cinetenses. ....	354
IX.	Sedición en Esparta.—Diversidad de pareceres en el consejo de Filipo sobre el castigo.—Sabio corte que el Rey toma en el asunto.—Declaración de guerra por todos los aliados contra los Etolios. ....	357
X.	Aprobación del decreto por los Aqueos.—Inicua conducta de los Etolios en nombrar por pretor á Scopas.—Regreso de Filipo á Macedonia.—Motivo que tiene Polibio para tratar aparte estas guerras. ....	362
XI.	Filipo atrae á Scerdilaidas al partido de los aliados.—Acesión de los Acarnanios á la alianza, y elogio de este pueblo.—Doblez de los Epirotas.—Yerro de los Messenios en no entrar en la liga.—Aviso importante para éstos. ....	365
XII.	Debates de los Lacedemonios sobre el partido que habian de abrazar, y superioridad por el de Filipo.—Sedición en Esparta, y alianza que hace esta ciudad con los Etolios.—Creación de nuevos reyes.—Sus primeras expediciones. ....	370
XIII.	Descripción de la ciudad de Bizancio, del Ponto y de la laguna Meotis. ....	375
XIV.	Proporciones que logra por mar Bizancio para el comercio.—Ventajas que tiene sobre Calcedonia.—Desconveniencias que la rodean por tierra. ....	381
XV.	Motivos de la guerra de los Bizantinos y Aqueo contra los Rodios y Prusias.—Aqueo toma bajo su protección á los Bizantinos.—Dilatados estados de este príncipe.—Prusias abraza el partido de los Rodios.—Infaustos sucesos de los Bizantinos.—Fin de la guerra. ....	384
XVI.	Bandos que se suscitaron en la isla de Creta entre Cnosios y Litis.—Suerte infeliz de la ciudad de Litis.—Triste estado de toda la isla.—Guerra de Mitrídates contra los Sinopenses.—Socorro que les dan los Rodios.—Situación y defensa de esta ciudad. ....	390

CAPS.	PÁGS.
XVII. Sorpresa de Egira malograda.—Expediciones de Eurípidas contra varios pueblos de la Grecia.—Imploran éstos el socorro de Arato.—Determinación que toman á vista de la indolencia de este pretor.....	393
XVIII. Error de Filipo en detenerse á sitiár á Ambraco.—Irrupción de Scopas en la Macedonia.—Conquistas de Filipo en la Etolia.—Oposición que encuentra para pasar el Aqueloo.—Toma de varias plazas.....	397
XIX. Regreso de Filipo á Macedonia.—Dorimaco, hecho pretor de los Etolios, tala el Epiro.—Vuelve Filipo á Corinto, derrota á Eurípidas en el monte Apeaurio y pasa á Psosis.—Fortaleza de esta plaza.....	402
XX. Sitio y escalada de Psosis por Filipo.—Conquistas de varias plazas de la Elida.—Negligencia de este pueblo en recobrar sus antiguas inmunidades.—Toma del castillo de Talamas.....	407
XXI. Apeles se propone quitar los fueros á los Aqueos.—Elogio de Filipo.—Situación y pueblos principales de la Trifalia.—Escalada de la ciudad de Alifera—Conquistas del Rey en la Trifalia.....	412
XXII. Filidas general de los Etolios, forzado á salir de Lepreo.—Filipo somete toda la Trifalia.—Alboroto excitado por Chilón en Lacedemonia.—Triste estado á que vino este pueblo.....	416
XXIII. Artificios de Apeles para descomponer á los Aratos con Filipo.—Tala de la Elida por este Rey.—Nuevas trazas de Apeles desmentidas.—Última voluntad de Antígono en la distribución de los empleos de palacio.—Marcha de Filipo á Argos..	419

## BIBLIOTECA CLASICA.

La BIBLIOTECA CLÁSICA se publica en tomos en 8.º elegantemente impresos en papel satinado, de 400 á 500 páginas.

Las traducciones están hechas directamente del idioma en que fueron escritos los originales y por las personas más competentes.

El precio de cada tomo en rústica es de *tres pesetas*, comprándolo á los libreros corresponsales.

Haciendo el pedido directamente al editor *D. Luis Navarro, calle de Isabel la Católica, 25, Madrid*, y remitiendo el importe al hacerlo, *dos pesetas y cincuenta céntimos*.

Los tomos encuadernados en tela inglesa con lomos y tapas doradas y letras en mosaico, *cuatro pesetas y cincuenta céntimos* cada uno, comprándolos en las librerías, y *cuatro pesetas* haciendo el pedido al editor y remitiendo el importe al hacerlo.

Los tomos encuadernados en tela inglesa con lomos dorados y tapas grabadas en negro, cuestan á *cuatro pesetas* en las librerías, y *tres pesetas cincuenta céntimos* haciendo el pedido al editor y remitiendo al hacerlo el importe.

Se publica un tomo cada mes.

Puede hacerse la suscripción recibiendo el suscriptor mensualmente los tomos que desee.

El suscriptor no está obligado á adquirir más tomos de los publicados ó que en adelante se publiquen, que los que sean de su agrado.

Los suscritores de provincias recibirán los tomos por el correo y con las garantías necesarias para evitar extravíos.

Todos los tomos se venden separadamente.

### OBRAS PUBLICADAS.

	Tomos.
<b>Clásicos griegos.</b>	
HOMERO.— <i>La Iliada</i> , traducción directa del griego en verso y con notas de D. José Gómez Hermosilla.....	3
HERODOTO.— <i>Los nueve libros de la historia</i> , traducción directa del griego, del padre Bartolomé Pou.....	2
PLUTARCO.— <i>Las vidas paralelas</i> , traducción directa del griego por D. Antonio Ranz Romanillos.....	5
ARISTOFANES.— <i>Teatro completo</i> , traducción directa del griego por D. Federico Baráibar.....	3
POETAS BUCOLICOS GRIEGOS <i>Teócrito, Bión y Mosca</i> . Traducción directa del griego, en verso, por D. Ignacio Montes de Oca, Obispo de Linares (Méjico).....	1
ODAS DE PINDARO.—Traducción en verso del mismo....	1
ESQUILO.— <i>Teatro completo</i> traducción directa del griego por D. Fernando Brieva Salvatierra.....	1
XENOFONTE.— <i>Historia de la entrada de Cyro el Menor en Asia</i> , traducción directa del griego por D. Diego Gracián, corregida por Flórez Canseco.....	1
— <i>La Cyropedia ó Historia de Cyro el Mayor</i> , traducción del mismo.....	1
LUCIANO.— <i>Obras completas</i> , traducción directa del griego de D. Cristóbal Vidal. Se ha publicado el tomo I.....	4
ARRIANO.— <i>Expediciones de Alejandro</i> , traducción directa del griego de D. Federico Baráibar.....	1
POETAS LIRICOS GRIEGOS.— Traducción directa del griego por los señores Baráibar, Menéndez Pelayo, Conde, Canga Argüelles y Castillo y Ayensa.....	1
POLIBIO.— <i>Historia Universal</i> , traducción de D. Ambrosie Rui Bamba.....	1

## Clásicos latinos.

Tomos.

VIRGILIO.— <i>La Eneida</i> , traducción directa del latín, en verso y con notas de D. Miguel Antonio Caro.....	2
— <i>Las églogas</i> , traducción en verso, de Hidalgo.— <i>Las geórgicas</i> , traducción en verso, de Caro; ambas traducciones directas del latín, con un estudio del Sr. Menéndez Pelayo.....	1
CICERON.— <i>Tratados didácticos de la elocuencia</i> , traducción directa del latín de D. Marcelino Menéndez Pelayo...	2
— <i>Tratados filosóficos</i> , traducción del mismo.....	2
TACITO.— <i>Los anales</i> , traducción directa del latín de don Carlos Coloma.....	2
— <i>Las historias</i> , traducción del mismo.....	1
SALUSTIO.— <i>Conjuración de Catilina</i> .— <i>Guerra de Jugurta</i> , traducción del Infante D. Gabriel.— <i>Fragmentos de la grande historia</i> , traducción del Sr. Menéndez Pelayo, ambas directas del latín.....	2
JULIO CESAR.— <i>Los Comentarios</i> , traducción directa del latín por D. José Goya y Muniein.....	2
SUETONIO.— <i>Vidas de los doce Césares</i> , traducción directa del latín de D. F. Norberto Castilla.....	1
SÉNECA.— <i>Epístolas morales</i> ; traducción directa del latín por D. Francisco Navarro y Calvo.....	1
— <i>Tratados filosóficos</i> ; traducción directa del latín por el licenciado D. Pedro Fernández de Navarrete y D. Francisco Navarro y Calvo, Canónigo de Granada.....	2

## Clásicos españoles.

CERVANTES.— <i>Novelas ejemplares y viaje del Parnaso</i> .....	2
CALDERON DE LA BARCA.— <i>Teatro selecto con un estudio preliminar</i> del Sr. Menéndez Pelayo.....	4
HURTADO DE MENDOZA.— <i>Obras en prosa</i> .....	1
QUEVEDO.— <i>Obras satíricas y festivas</i> .....	1
QUINTANA.— <i>Vidas de españoles célebres</i> .....	2
DUQUE DE RIVAS.— <i>Sublevación de Nápoles</i> .....	1
ALCALA GALIANO.— <i>Recuerdos de un anciano</i> .....	1
MANUEL DE MELO.— <i>Guerra de Cataluña y Política Militar</i> .....	1

## Clásicos ingleses.

MACAULAY.— <i>Estudios literarios</i> .— <i>Estudios históricos</i> .— <i>Estudios políticos</i> .— <i>Estudios biográficos</i> .— <i>Estudios críticos</i> . Traducción directa del inglés de M. Juderías Bänder.....	5
— <i>Historia de la Revolución de Inglaterra</i> , traducción directa del inglés de M. Juderías Bänder y Daniel López.....	4
MILTON.— <i>Paraíso perdido</i> , traducción directa del inglés en verso castellano por D. Juan Escoiquiz.....	2

## Clásicos italianos.

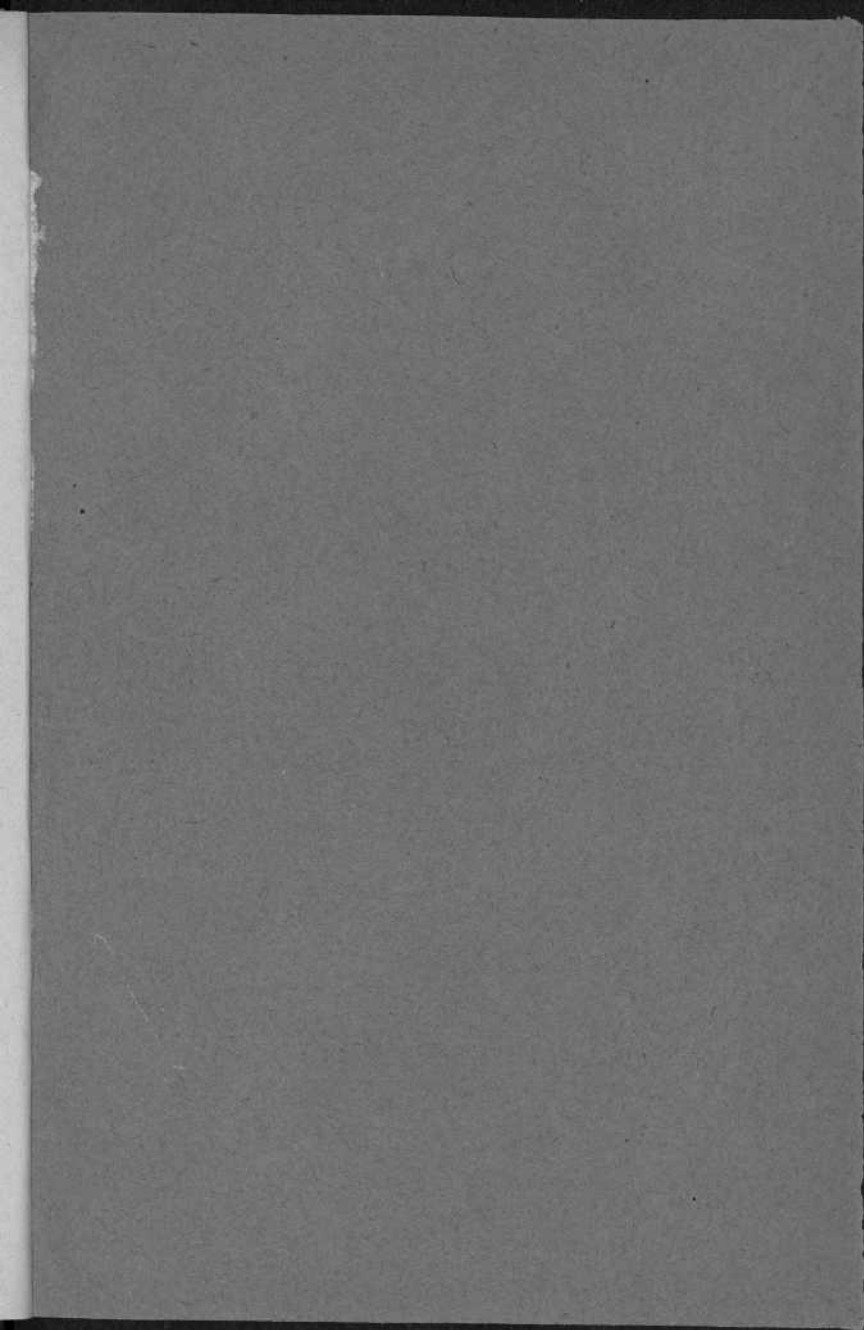
MANZONI.— <i>Los Novios</i> , traducción directa del italiano por D. Juan Nicasio Gallego.....	1
— <i>La Moral Católica</i> , traducción directa del italiano por D. Francisco Navarro y Calvo.....	1

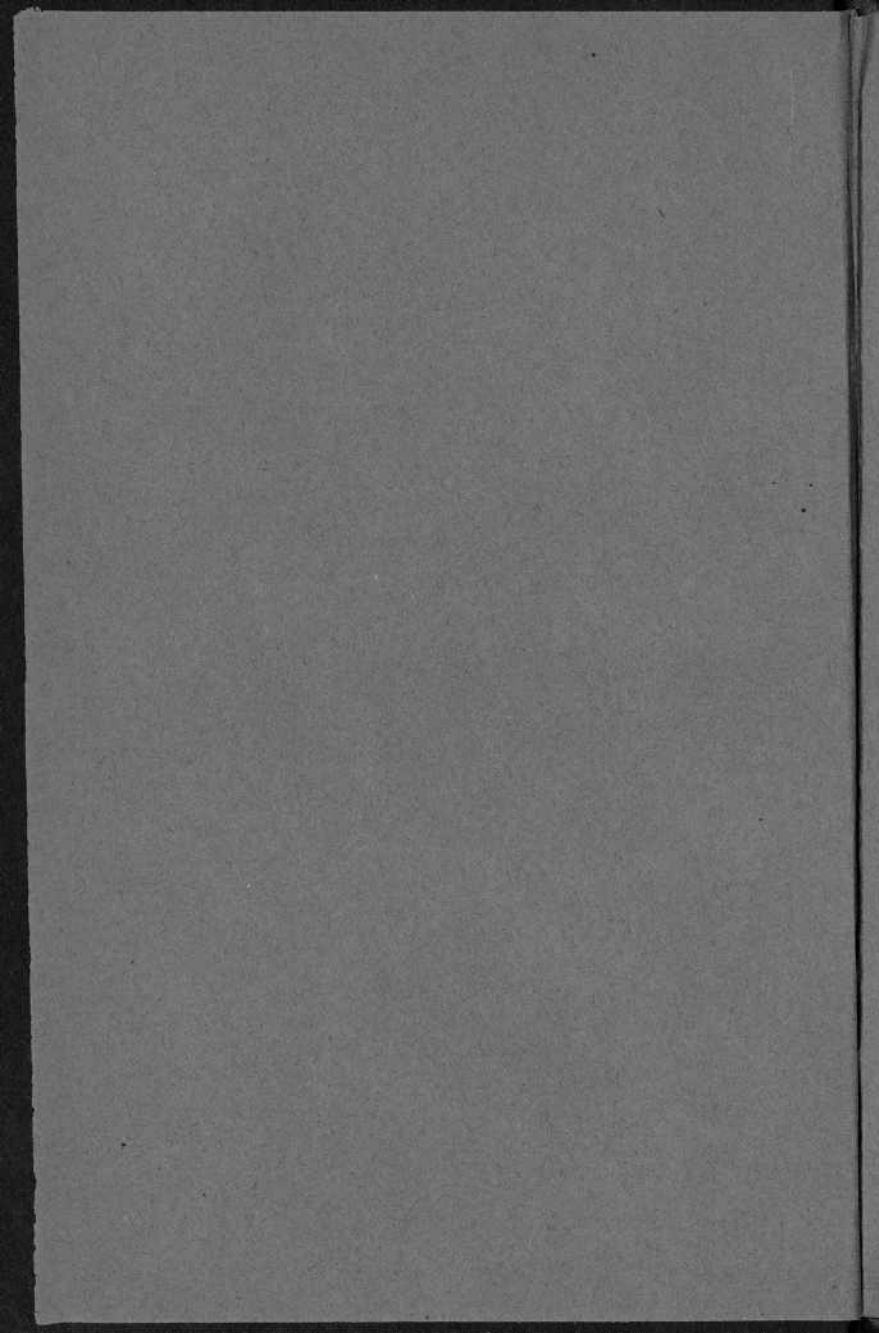
## Clásicos alemanes.

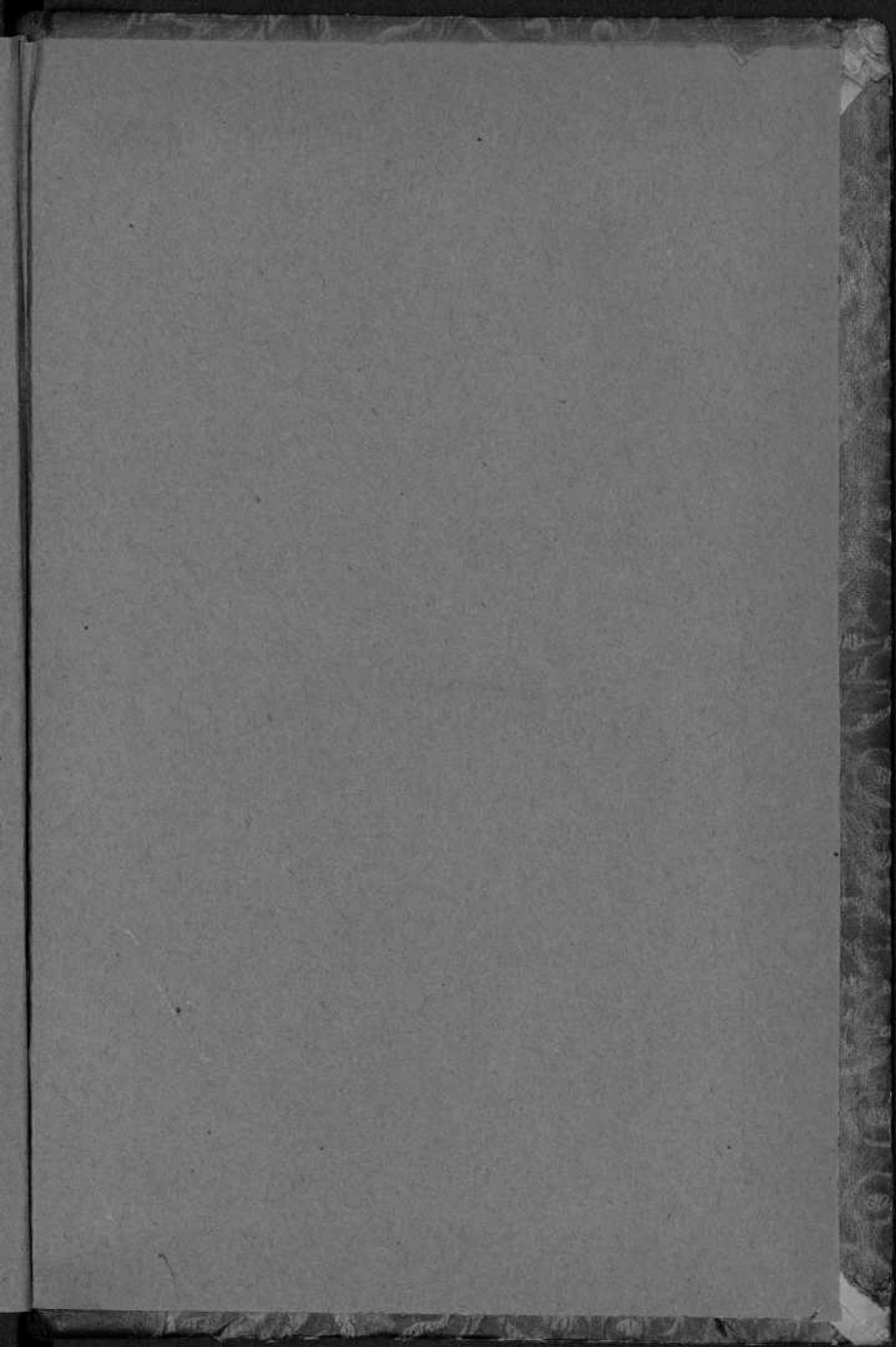
SCHILLER.— <i>Teatro completo</i> , traducción directa del alemán por D. Eduardo Mier.....	3
HEINE.— <i>Poemas y fantasías</i> , traducción en verso castellano por D. José J. Herrero.....	1

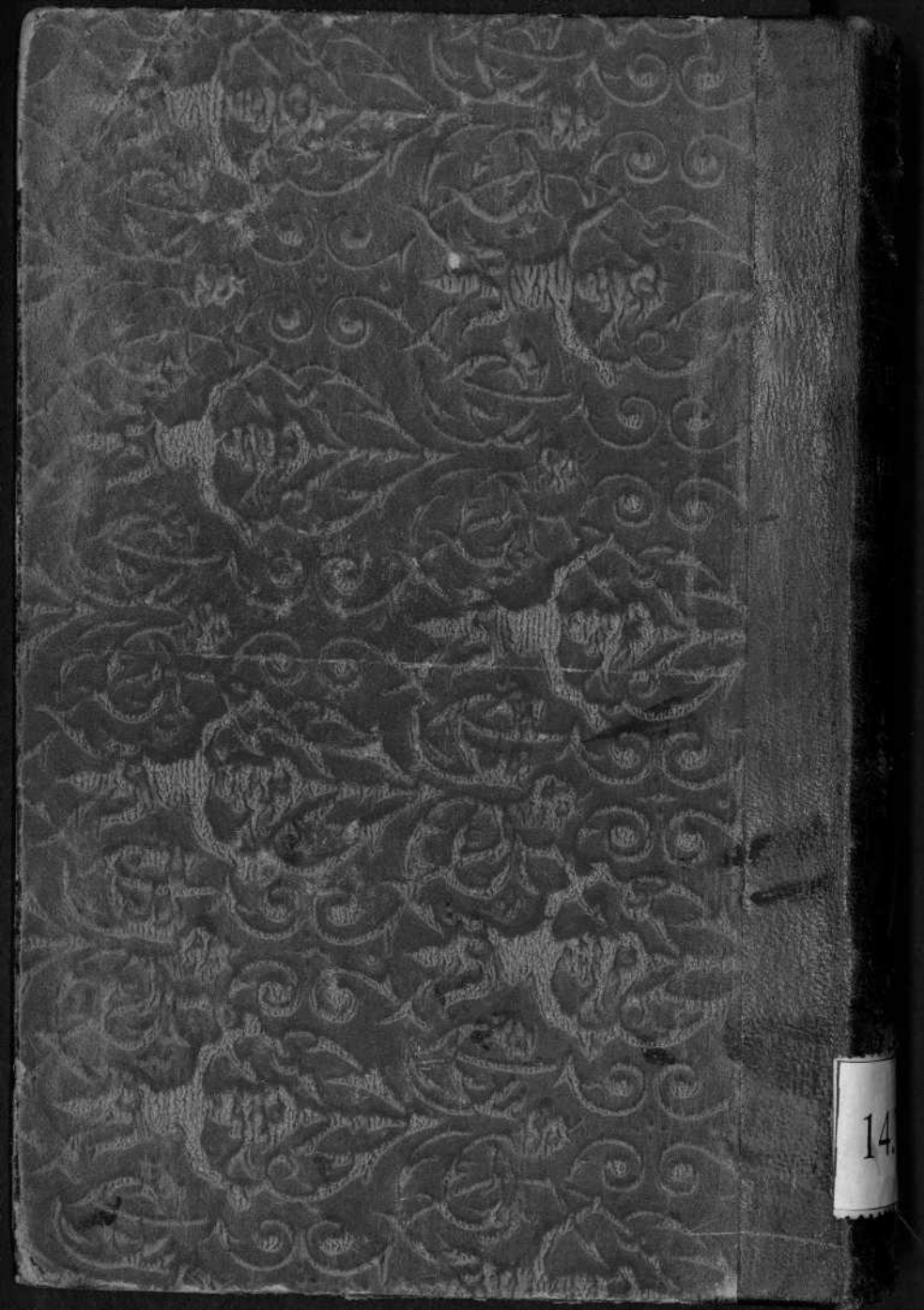
## Clásicos franceses.

LAMARTINE.— <i>Civilizadores y conquistadores</i> , versión española de D. Nobeito Castilla y D. M. Juderías Bänder.....	2
--	---









14





POESIO

HISTORIA

UNIVERSAL

1

14.767